
HAZME
ARRODILLAR
HOLLY MYERS

HAZME ARRODILLAR

HOLLY MYERS

ÍNDICE

Introducción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Gracias por leer

INTRODUCCIÓN

Hola, querido lector:

Antes de que te sumerjas en la lectura, solo quiero tomarme un momento para darte las gracias por elegir este libro. Significa muchísimo para mí que estés aquí, compartiendo tu tiempo con estos personajes y con esta historia.

Esta es una historia de **romance oscuro MM de mafia**, ambientada en un mundo de poder, control y hombres peligrosos que no siempre toman las decisiones correctas. En su esencia hay una historia de amor, pero el camino hasta ella es intenso, caótico y, a veces, confrontador.

Tu bienestar es importante, así que, por favor, tómate un momento para revisar las advertencias de contenido que aparecen a continuación y decide qué es lo mejor para ti.

Advertencias de contenido (Trigger Warnings):

Asesinato
Violencia explícita
Menciones de abuso sexual infantil
Dolor consensuado
Violencia con armas de fuego
Trastorno de estrés postraumático (TEPT)
Abuso de sustancias

Por favor, cuídate mientras lees: haz una pausa, sáltate partes o deja el libro a un lado siempre que lo necesites. No hay ninguna presión por seguir adelante con algo que te haga sentir incómodo.

Si estás listo, este libro te adentrará en el mundo de los hermanos Dresvanni, donde la lealtad se pone a prueba, el poder tiene un precio y el deseo no siempre sigue las reglas.

Gracias por estar aquí.

Con amor,

Holly

1

Capítulo uno

Alessio

Tessari, en Italia, está llena de lobos, y esta noche esos lobos aúllan y rechinan sus dientes contra los huesos de sus enemigos sin vacilar. No hay tiempo para correr y esconderse, como si yo fuera a hacerlo. Debo permanecer frío como la piedra por el bien de mi familia. No puedo permitir que mi temperamento me domine. Incluso aunque el hombre que está de pie en nuestra sala de juntas improvisada sea el último hombre en la Tierra al que deseo ver.

Eivor Fiorelli. Debería estar muerto. Debería haber muerto hace semanas, pero Carmine insiste en intentar llegar a un acuerdo con él.

Un acuerdo que nuestro padre había intentado cerrar antes de morir. Ahora, meses después, sigue en marcha. Tras semanas de engaños por parte de Soren Fiorelli… y ahora Carmine se está acostando con el hombre.

—No entiendo por qué esto no puede solucionarse con el matrimonio de Carmine y Soren —digo desde mi sitio en la mesa—. Después de todo, están dispuestos y encantados de compartir cama. —

—No hables de ellos delante de mí —dice Eivor con una expresión de asco en el rostro—. Ya tengo bastante con tener que verlos.—

—Estamos aquí mismo, joder —le recuerda Soren.

Miro al novio de mi hermano con desinterés. Francamente, no estaríamos aquí si me hubieran dejado matar a Eivor hace semanas. Puedo hacerlo; sé que puedo. He matado antes y volveré a matar. El problema: ellos quieren llegar a un acuerdo y yo no. No realmente.

Preferiría terminar la disputa acabando con Eivor Fiorelli. Entonces, Soren estaría al mando y todo quedaría solucionado. Eivor es la última persona con la que deberíamos negociar.

Y, sin embargo.

—Independientemente de su relación, no tengo intención de basar un acuerdo en ustedes dos. Me han traicionado dos... no, tres veces —nos dice Eivor a todos. A mí, a todos mis hermanos y a Soren. Hay varios guardias repartidos por la sala asegurándose de que esta reunión no se convierta en una lucha a muerte.

—¿En qué estás dispuesto a basar el acuerdo? —le pregunto, con los ojos clavados en él. No me fío. Tengo una mano en la cadera y la otra sobre la mesa mientras me inclino hacia él.—

—Qué amable por tu parte preguntar —me dedica una sonrisa burlona—. Se trata de ti, hijo.—

Le lanzo una mirada fulminante. —No soy tu hijo.—

—Alessio, al menos escúchale —insiste Carmine. Miro de reojo a mi hermano mayor. Somos muy diferentes, a pesar de haber nacido con apenas un año de diferencia de los mismos padres. Su pelo claro contrasta fuertemente con mis mechones castaños oscuros. Su piel es más pálida y tiene pecas. Mi piel es bronceada y olivácea.—

Compartimos rasgos faciales que me recuerdan a nuestra madre y una estatura que imita a la de nuestro padre, pero poco más.

—¿Por qué tengo la sensación de que ya sabes cuáles son sus condiciones, Carmine? —pregunto, con voz queda y suspicaz.

Carmine suspira y nos mira a ambos. Su expresión es dura, pero puedo ver más allá de ella. Noto la vacilación. —Es lo mejor, te lo aseguro.—

—¿De qué se trata? —Entre cierro los ojos.

La habitación se queda en silencio.

La tensión aumenta.

—No seas tímido, muchacho, diles quién es tu futuro cuñado —Eivor rompe el silencio.

Parpadeo. —¿Qué? —¿Acaso Carmine y Soren se habían comprometido y no nos habían dicho nada? ¿Estaba mintiendo Eivor sobre tomarse en serio su relación?—

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Tommaso, uno de mis hermanos menores, con la voz cargada de irritación—. Soltadlo de una vez.—

—Tommy, no me obligues a pedirte que te retires —le amenaza Carmine.

Vuelvo a mirar directamente a Eivor, cansado de la demora y el drama. Ni siquiera debería estar aquí.

—Tiene razón. Dímelo y acabemos con esto, sea lo que sea. —Mantengo la mirada fija en el hombre al que había amenazado con matar solo un par de semanas antes. La tensión en la sala es más densa que nunca.

—Eivor ha aceptado aliarse con nosotros si unimos a las familias mediante matrimonio —explica Carmine. Lo miro y espero a ver dónde está la trampa.

—El matrimonio de Rosalie... y tú. —

Me quedo parpadeando mientras proceso lo que dice. —¿Perdona? —le pregunto.

—Ya se ha decidido. Es la mejor opción para esta familia, para la suya, y unir a nuestras familias evitaría lo que podría ser una guerra. —

—Lo que será una guerra si no cumple con su parte del trato —insiste Eivor.

—¿A nadie se le ocurrió preguntarme? —Entre cierro los ojos—. ¿O quizás a Tiberi, o a Tommaso? Los otros hermanos que están disponibles. ¿Por qué yo?—

—Tiberi y Tommaso no eran las mejores opciones. Tú sí. Eres el segundo mayor.—

—El segundo al mando —dice Eivor con una sonrisa—. Solo lo segundo mejor para mi sobrina.—

Se me tensa la mandíbula y siento que una emoción ardiente me sube por el pecho. La reprimo, intentando que no estalle ni en mi interior ni por mi boca. Necesito actuar con cautela. Carmine habla en serio, no como hace semanas, cuando estaba fuera de control tras la muerte de nuestro padre.

Ha asumido un papel auténtico como líder de su familia. El Don. Su palabra pesa tanto como la de nuestro padre, pero solo porque es el mayor. Este hecho no me agrada lo más mínimo. Si yo hubiera nacido antes que él, o si hubiéramos sido gemelos, podría ser yo quien estuviera en su lugar, obligándole a hacer lo que yo dijera.

—¿Cómo se siente Rosalie al respecto? —pregunto.

—Hará lo que se le ordene —insiste Eivor.

Miro a Soren. Como preguntándole con la mirada: *¿de verdad podrías hacerle esto a ella?*

—Ella quiere terminar con este conflicto tanto como el resto de nosotros —asiente Soren—. Lo más importante es que mantengamos todo esto bajo control.—

Aprieto los dientes. No estoy de acuerdo, pero no lo digo. No puedo decirlo. No delante de todos ellos. Solo me haría parecer un puto quejica.

Me arreglo el cuello de mi camisa de vestir de color morado pálido y me aclaro la garganta. —No puedo decir que sea una mala elección —les digo—. Pero solo lo haré si Rosalie va en serio con esto.—

—Lo harás de todos modos —me espeta Carmine—. Pero lo va. Está de camino aquí desde su apartamento para repasar los detalles contigo.—

—¿No se ha estado quedando contigo, Eivor? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta. Simplemente tengo ganas de verle retorcerse.

Le tiembla el rostro mientras se esfuerza por no fruncir el ceño. —No está cautiva en mi casa. Puede quedarse donde le plazca.—

Donde le plazca, dado que desde su numerito de intentar retenerla, de hecho, cautiva en su casa cuando Soren se negó a matar a Carmine y apoderarse de nuestra familia, es cualquier lugar menos en la finca de los Fiorelli.

Sea como sea, hace tiempo que no la veo, y nunca hemos hablado mucho. Alguna que otra cosa, pero es una mujer testaruda que no muestra mucho interés por mis hermanos ni por mí.

Cómo han conseguido que acepte esto es algo que no alcanzo a comprender.

—Entonces, si me caso con Rosalie Fiorelli, ¿qué significa esto para nosotros dos? —pregunto lentamente—. ¿Cuál es el acuerdo exacto que se está pactando?—

—Cuando te cases con Rosalie, nuestras familias se unirán. Nuestro personal, empleados y aquellos que se nos han unido, ya sea como guardias, sicarios o por necesidad de protección, se compartirán entre nuestras familias. Nuestras fincas estarán abiertas a ambos apellidos. Nuestro club. Los pisos francos. Compartiremos nuestro arsenal y recursos. No habrá luchas de poder entre nosotros —explica Carmine—. Esto es lo que el Don Fiorelli ha aceptado.—

Miro a uno y a otro. —¿Estáis seguros de que os fiáis el uno del otro? —Arqueo una ceja.

—No me fío de nadie —admite Eivor—. Pero no tengo mucha elección, ¿verdad? Han dejado claro que su familia es más fuerte que la mía, y necesito nuestro poder combinado para recuperar el mío propio.—

—¿Estás diciendo que sigues planeando enfrentarte a otros? —le pregunto.

—Igual que nosotros —responde Soren—. No de una manera tan violenta como elegiría Eivor, pero necesitamos afianzar el control, y no podemos hacerlo solo mediante la amistad.—

—Pensé que querías centrarte en las alianzas, Carmine —digo con intención—. ¿Qué ha pasado con eso?—

—Las alianzas solo pueden llevarnos hasta cierto punto —dice mientras yergue los hombros—. He aceptado encargarme de derrocar a un par de familias junto a Eivor por el bien de fortalecer la nuestra.—

—Matar familias por el bien de la nuestra, entonces —le espeto —. No es que no esté de acuerdo. —Sonrío mostrando todos los dientes que puedo, con la mandíbula apretada, e intento ignorar el

nudo que se me forma en el estómago—. Pero pensaba que querías evitarlo.—

—Y quiero. En la medida de lo posible, evitaré dañar a inocentes. Pero a veces es necesario —la voz de Carmine sube de tono—. Ahora bien, esto trata sobre tu unión con Rosalie. No está sujeto a debate. Te reunirás con Rosalie y hablaréis de vuestra boda y de la luna de miel.—

Oigo un resoplido a mi lado; es Cassian. Nuestro hermano menor. Ha estado callado todo este tiempo.

—¿Tienes algo que decir, hermanito? —le pregunto con la mirada torva—. Tú mismo estás a punto de cumplir los dieciocho, quizá ya tengan pensada una pretendiente para ti. —Miro a Carmine y a Soren—. ¿O es que no vais a obligar a todos vuestros hermanos a casarse?—

—El matrimonio concertado no es nada raro en este mundo y lo sabes —me sisea Soren—. Obedece o atente a las consecuencias.—

—Ah, pero no para vosotros dos, ¿verdad? Vosotros podéis estar juntos pase lo que pase. —Doy un paso atrás y suelto una risa suave.

—¿Hay algo más que necesites decir, Alessio? —pregunta Tiberi —. Yo me casaría encantado con quien se me pidiera para seguir protegiendo a esta familia.—

Casi me muerdo la lengua. —Si quieres presentarte voluntario y casarte con Rosalie, no tendré objeción alguna. —Hago un gesto con la mano—. Pero no os atreváis a sugerir que no haré lo que sea necesario para proteger a esta familia. He matado por nosotros, y volveré a matar, pero soltarme esto sin siquiera una conversación previa es algo que esperaría de nuestro padre. No de ti, Carmine. —Lo miro mientras doy otro paso hacia atrás.

Él parpadea. —No voy a pedir perdón. Pensamos que era lo mejor. Tu reacción me confirma que tenía razón.—

Niego con la cabeza. —Tal vez la tuvieras —digo mientras tomo aire lentamente.

—¿Adónde vas? —me pregunta Carmine. Me dirijo hacia la puerta de la sala.

—Rosalie llegará pronto, quieres que la reciba, ¿no? —Lo digo sin mirarlo. Tengo los puños apretados. Camino hacia la puerta, sin que salga ni una palabra más de mi boca, y abandono la estancia. Dejo a mis hermanos mirándome fijamente hasta que la puerta se cierra tras de mí y avanzo por el pasillo, paso de largo la biblioteca y entro en el vestíbulo.

Siento la rabia acumulada en mi interior. Se atreve a salir en forma de un breve resoplido mientras me quedo de pie a pocos metros de la puerta.

Podría irme ahora mismo si de verdad quisiera. Podría hacer la maleta y huir tan lejos como deseara. Tengo el dinero para hacerlo. Mi propia cuenta bancaria privada con dinero que he estado guardando precisamente para una ocasión así. La ocasión en la que necesito largarme de aquí porque algo verdaderamente demencial está ocurriendo.

No es que sea algo inaudito, el uso del matrimonio concertado para vincular a familias de la mafia y el crimen. Sin embargo, siempre había pensado que el trato con mi hermano mayor era que él no creía realmente en eso. Al menos, que habría venido a hablar conmigo primero. Claramente, me equivocaba en ese aspecto.

Recorro el elegante suelo de baldosas del vestíbulo cinco veces antes de oír el sonido de un coche subiendo por la entrada. El coche no llega a pasar de la puerta principal hacia el garaje, sino que se detiene bajo el porche.

Intento prepararme para encontrarme con Rosalie. No sirve de nada. Necesito desesperadamente una copa y un cigarrillo en este preciso momento. Me tiemblan los dedos. Tengo la garganta seca. ¿Cómo se supone que debo saludar a la mujer que mi hermano ha decidido que sea mi esposa?

Sé cómo. Educado y correcto. Sin que se pronuncie ni una sola palabra de desacuerdo entre nosotros o sobre nosotros.

Aun así, no puedo imaginar que Rosalie aceptara esto sin que hubiera algo verdaderamente provechoso para ella. La unión familiar y el intercambio de poder simplemente no son suficientes. No para ella. Sé lo suficiente sobre ella para saberlo. Vi cómo fingió que Soren realmente la estaba secuestrando y torturando en el pasado

cuando necesitaron que Eivor aceptara una tregua. Está dispuesta a jugar, está claro, pero ¿está realmente dispuesta a jugar a *largo* plazo?

No importa. Estaré cara a cara con ella en apenas unos instantes.

A pesar de que el corazón me late con fuerza en el pecho, me acerco a las grandes puertas dobles y abro una de ellas para invitar a la mujer a pasar.

Rosalie está de pie al principio de las escaleras, con su pelo rubio recogido en un moño desordenado en la nuca, con varios mechones enmarcándole la cara, y ese rostro suyo sonrosado por el frío.

—Rosalie —digo con la mayor calma posible. Suena rígido.

—Alessio. Buenos días —dice ella con una pequeña sonrisa. Entra e inmediatamente empieza a quitarse el abrigo. Antes de que el mayordomo pueda ayudarla con eso y colgarlo, me acerco y me ofrezco a ayudar.

Necesito quedarme a solas con ella lo antes posible. Tenemos que hablar, y tenemos que hablar sin que nadie más escuche. Eso ya es una tarea difícil de por sí.

—Vayamos a la biblioteca —sugiero mientras cuelgo su abrigo. Ella se está quitando las botas mojadas y también se saca los guantes.

—Frena un segundo, acabo de llegar —insiste ella—. Necesito algo caliente para beber. Hace un frío que pela ahí fuera.

Suspiro y miro hacia el mayordomo, que asiente y desaparece del vestíbulo hacia la cocina.

—Eres mi futura esposa, tengo algunas preguntas que hacerte —insisto y le indico que me siga por el pasillo.

Me mira de arriba abajo. —Ya me lo imaginaba. Yo también tengo algunas cosas que preguntarte, pero tenemos todo el día para eso. Me gustaría ver a mi hermano mientras siga aquí.

Gruño entre dientes. —Está bien, si no queda más remedio. —Señalo con la mano—. Está después de la biblioteca, en la sala de juntas.

—¿Tenéis una sala de juntas? —me pregunta con una ceja arqueada, pero empieza a caminar de todos modos.

—Es un antiguo despacho que se convirtió en sala hace algunos años, cuando nuestro padre empezó a incluirnos en sus decisiones —le cuento, casi con desdén. A diferencia de Carmine, que parece haber decidido tomar nuestras decisiones por nosotros.

—Eivor rara vez me deja participar en sus decisiones, pero en esta lo hizo —admite Rosalie cuando llegamos a la puerta. La miro con incredulidad.

—¿Ah, sí?

Me sostiene la mirada. —No estaría aquí si no fuera por elección propia.

Le abro la puerta a pesar de mi irritación y la veo entrar, pero no voy con ella.

—Soren, ¿podemos hablar? —la oigo preguntar justo antes de que la puerta se cierre conmigo al otro lado. Podría quedarme e intentar escuchar su conversación a través de la puerta, pero no tengo interés en eso.

La frustración está hirviendo ahora por encima de un nivel que pueda contener. Me dirijo a la parte trasera de la casa con zancadas largas y, en cuanto cruzo las puertas dobles que dan al jardín, saco un cigarrillo y lo enciendo.

He prometido que lo dejaría unas doce veces ya, pero nunca he llegado muy lejos. Hay vicios peores que tener, y… yo también los tengo. Este es simplemente el más fácil de saciar.

Enciendo el delgado cigarrillo con aroma a clavo y aspiro lentamente, sintiendo cómo el humo llena mis pulmones y la nicotina llega a mi torrente sanguíneo casi al instante. Que sea real o no, no importa. Se siente como un alivio inmediato de todos modos.

Una nube sale de mi boca alrededor de mi cabeza y mi cara en el aire frío de finales de invierno. No me importa el frío que me pone la piel de gallina en los brazos, ni me importa el viento que me despeina el pelo largo.

Miro hacia la hilera de árboles cerca de la parte trasera de nuestra casa. La Mansión Dresvanni. Ha estado a nuestro nombre desde nuestro tatarabuelo, Stephan Dresvanni. Él la construyó con sus propias manos… y las de una docena más a los que pagó o extorsionó por su trabajo. Los detalles son bastante borrosos, pero

sé que Stephan era un hombre cruel que murió mucho antes de que yo naciera.

Mi padre no era un hombre compasivo, pero la ira y la violencia parecieron templarse con cada generación. Lo que habría acabado en muerte con Stephan, terminaba en una paliza con mi padre. Al menos algunas cosas.

—Hace un frío que pela aquí fuera, Alessio —la voz de Tiberi viene de detrás de mí.

—Ahí dentro hace un calor asfixiante, así que se compensa —respondo mientras doy otra calada.

Tiberi se pone a mi lado y me echa un abrigo sobre los hombros. Es el más alto de todos nosotros, pero solo me saca un par de centímetros.

—Debes saber que no estuve de acuerdo con la decisión de Carmine —me dice.

Lo miro con la cabeza ladeada. —¿Lo expresaste o simplemente te lo guardaste para ti? —le pregunto, con un tinte de acusación en la voz. Doy otra calada y dejo que el humo empañe el espacio entre nosotros. Tiro la colilla al suelo y la aplasto con la punta del zapato.

—He dicho que no estuve de acuerdo, no que no lo esté ahora. Después de pensarlo, creo que podría ser bueno para esta familia unirse a los Fiorelli. Oficialmente. El pueblo, y nuestros aliados, lo verán como un movimiento para continuar de forma pacífica en lugar de violenta —explica Tiberi. Siempre el estratega.

—Pacífica… ¿Y qué hay de su plan para derrocar a varios de nuestros aliados de todos modos? —le pregunto mientras me meto las manos en los bolsillos. Paso los pulgares por los bordes de los bolsillos donde la tela sobresale. Mis iniciales bordadas en el tejido con hilo dorado.

—Necesitamos ampliar nuestro control, eso es inevitable. No podemos seguir siendo estrictamente aliados de todo el mundo. Si queremos ser más poderosos, tenemos que arrebatarle el poder a aquellos que nos miran desde arriba —me dice Tiberi y hace un gesto con la mano hacia arriba.

Frunzo el ceño. —Tenemos que superar a los que son más poderosos que nosotros, claro, eso lo entiendo en teoría, ¿pero qué

parte de eso no puede hacerse simplemente mediante un acuerdo con los Fiorelli? —entre cierro los ojos.

—Sabes por qué —suspira.

Suelto un bufido. —Vale, tienes razón. Lo sé. Eivor quiere el control. Carmine y Soren ya están juntos; no puede obligarlos a casarse, pero sí puede obligar a Rosalie. No se trata de que necesitemos estar juntos por el bien de nuestras familias, sino por su propio bien. Por su codiciosa necesidad de ser el señor de todo y de todos.

Tiberi asiente lentamente. —Puede que sea cierto, pero si queremos el fuego añadido y el poder social de los Fiorelli, es lo que tenemos que hacer.

Niego con la cabeza. —Es lo que YO tengo que hacer. No tú. Tú eres libre de hacer lo que te plazca. —Me doy la vuelta y empiezo a entrar. Dejo que el abrigo se me resbale de los hombros y caiga al suelo frío y duro. Tiberi lo ha sacado, que sea él quien lo vuelva a meter.

~

Cuando llego a la biblioteca, con todas sus imponentes estanterías de roble llenas hasta los topes de novelas de historia, romance y guerra, Rosalie ya está allí. Está sentada en un asiento junto a la ventana, sobre el cojín forrado de terciopelo, con el sol invernal asomando tras las cortinas parcialmente abiertas. Ilumina su cabello rubio fresa y tengo que admitir que es hermosa. Su nariz es pequeña y respingona de forma graciosa, y su mandíbula es a la vez suave y marcada. No me está mirando, así que me tomo un momento más para admirarla.

El jersey de color rojo oscuro y negro que lleva no hace más que acentuar sus suaves y estrechas curvas, y sus muslos parecen más carnosos por la forma en que tiene las piernas cruzadas.

Si no fuera por el hecho de que las mujeres no me interesan lo más mínimo, tal vez no me desagradaría tanto casarme con ella.

Incluso podría verme llegando a quererla, tal vez. Si fuera un hombre diferente.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vamos a hablar? —dice finalmente Rosalie y gira la cabeza para encontrarse con mis ojos.

Me aclaro la garganta y me acerco a ella. —¿De qué es de lo que quieres hablar? —pregunto.

—Tú eras el que tenía tanta prisa antes. Empieza tú —insiste ella. Se gira más hacia mí y yo me acerco para ponerme frente a ella, pero no me siento. Necesito mantener la ventaja, y ponerme por encima de ella es una forma de hacerlo.

—¿Has dicho que no estarías aquí si no fuera por elección propia? —le pregunto, o más bien se lo recuerdo—. ¿Aceptaste casarte conmigo por tu familia?

Ladea la cabeza y parte de su pelo le cae sobre el hombro. Lo sigo con la mirada. Es particularmente distractivo por alguna razón. Como si mi mente estuviera intentando concentrarse literalmente en cualquier cosa menos en el momento presente y en lo que tenemos que hablar. En lo que tenemos que hacer.

—Al principio no me gustaba la idea, tengo que admitirlo —me dice Rosalie—. Pero… no quiero que esto se convierta en una guerra. Eivor quiere que nos casemos y se calmará si lo hacemos.

Mis labios se curvan en las comisuras. —Así que no se trata de casarse conmigo, entonces. Se trata de saciar la fantasía de tu tío.

Ella parpadea. —¿Fantasía?

—Oh, por favor. Veo cómo te mira. Está claro que hará lo que sea necesario para controlarte de alguna manera. Quiere el control de todos nosotros.

—Eivor es un hombre malo —coincide ella—. Pero no es solo mi tío, es el Don de los Fiorelli. Mientras él esté cerca, mi vida corre peligro.

—Entonces, ¿por qué no lo matamos y ya está? —le pregunto arqueando una ceja. Me acerco más a ella, mirándola con los ojos entrecerrados—. Es lo que yo quería hacer desde el principio.

—Y lo que sigues queriendo hacer, claramente —dice ella en voz baja—. No lo quiero muerto, Alessio. Quiero que lo aparten del

poder, claro, pero esa no es una opción. La mejor opción ahora mismo es casarme con alguien de tu familia donde estaré a salvo.

—Se trata de tu propia seguridad; supongo que puedo entenderlo. Pero debes entender que *mi* seguridad está en riesgo al casarme con alguien de tu familia —digo mientras hago un gesto con la mano.

—Eres un hombre —me recuerda ella—. Mi seguridad está en riesgo diez veces más sin importar lo que elija. Tú siempre tienes la opción de dominar a los que intentan controlarte. Yo no.

Le sonrío con suficiencia. —¿Estás diciendo que eres débil e indefensa? Querida, esa no es la mujer que vi hace unas semanas.

Ella me fulmina con la mirada. —Jamás. Si realmente no quisiera estar aquí, encontraría una salida. Sé cómo manejar un arma, *créeme*, lo he hecho.

—¿Te estás subestimando entonces? —Me pongo de cuclillas para mirarla—. ¿O es que de verdad quieres casarte conmigo tanto? ¿Crees que te follaré bien en nuestra noche de bodas? —Mi voz baja el tono.

El rostro de Rosalie se pone rosado y aprieta los puños. —Que te den. Me casaría con cualquier hermano que Eivor quisiera. —Se echa más atrás en el asiento para alejarse de mí—. No se trata de ti. Se trata de cuál es mi mejor opción, y ahora mismo es casarme con alguien de tu familia para que mi tío se deje de joder de una puta vez. —Su voz se vuelve fría y oscura de una manera que nunca le había oído antes. Me lanza una mirada asesina y no puedo evitar sentir un hormigueo de emoción por todo el cuerpo.

—Supongo que será mejor que empecemos a planear nuestra boda entonces, Esposa —le espeto de vuelta con desprecio.

Se le tensa la mandíbula, y a mí también. Simplemente nos miramos, negándonos a romper el contacto visual como si estuviéramos tratando de ver quién aguanta más. Quién vacilará. Quién apartará la mirada.

Ella lo hace. Sus ojos se desvían hacia un lado, pero me doy cuenta de que es porque alguien más ha entrado en la habitación cuando veo su figura larguirucha en el reflejo de sus pupilas.

—¿Estáis ocupados? —nos pregunta Cassian.

Suspiro y me doy la vuelta para mirarlo. —¿Por qué? —le pregunto a mi vez.

—Eivor quiere que vayáis al patio para trabajar en la planificación de vuestra boda —nos dice—. Ya que, al parecer, allí es donde se celebrará.

Aprieto los puños. —¿Qué patio?

—El de nuestra mansión —interviene Rosalie—. Me preguntó dónde preferiría celebrar la boda y dije que en nuestro patio. Tiene detalles hermosos, incluso en invierno. Pensé que es mejor que una iglesia.

Trago saliva con dificultad. —A mí no se me incluyó en esta decisión —digo.

—Discútelo con él —insiste Rosalie y se levanta del asiento de la ventana. La observo mientras pasa por delante de Cassian, que tampoco parece muy complacido, y desaparece por la puerta.

—Va a ser difícil de domar, ¿verdad? —dice él mientras mira por encima de su hombro.

Exhalo con un ligero resoplido, deseando ya tener otro cigarrillo.

—Podría decirse así.

2

Capítulo dos

Damian

La una y treinta y dos de la tarde. Llevo ya una hora en casa de los Fiorelli. Espero en el patio, tal como se me ha indicado. Mientras estoy aquí, inspecciono el lugar. Tomo nota de cada una de las cámaras. Tendré que asegurarme de tener acceso a ellas.

Eivor Fiorelli no es un cliente para el que haya trabajado antes. Regresé a Italia hace apenas un par de semanas. Estuve en Alemania en otro trabajo durante varios meses. Un trabajo que no había terminado bien. Un trabajo que preferiría olvidar cuanto antes.

Recorro el patio de adoquines y cuento cada paso. Calculo cuánto tardaría en ir de un extremo a otro al ritmo al que me muevo actualmente. Miro a mi alrededor y busco los puntos ciegos. Es bastante fácil ver las ventanas de la parte trasera de la casa si me sitúo cerca del pabellón. Si me quedo bajo el pabellón, el gran tejado blanco lo bloquea casi todo.

En su lugar, tendré que ponerme cerca de las escaleras si quiero vigilarlo todo a la vez.

A la una y cuarenta y seis de la tarde es cuando Eivor Fiorelli cruza la puerta trasera y baja por el sendero hacia el patio. Está

solo.

—Rosalie y Alessio llegarán en breve —me dice—. Tú debes de ser Damian Rossi. Necesito darte algunas instrucciones más antes de que lleguen. Confío en que hayas leído los documentos que te envié.

Encojo los hombros. Él se planta frente a mí. —Sí, señor —le digo.

—Bien. Verás, mi sobrina y su prometido se casarán en apenas un par de semanas. Primero se casarán por lo civil; la boda real es solo para guardar las apariencias. Habrá mucha gente importante aquí, así como en la gala de compromiso que he organizado —explica Eivor—. Tu trabajo consiste en vigilarlos a ambos. Ellos creerán que se te ha asignado velar por Rosalie cuando esté fuera de casa, y así es... Pero necesito que prestes mucha atención a Alessio. Cualquier información que averigües sobre él me llegará a mí y a nadie más.

Asiento en respuesta. —Por supuesto. Trabajo para usted. Haré cualquier cosa que me pida —le digo, quizá incluso para tranquilizar al hombre. Al fin y al cabo, me está pagando mucho dinero por este trabajo. Más de lo que he ganado en mis últimos tres trabajos juntos.

—Bien. Alessio es el más cercano a Carmine, y Carmine me ha arrebatado a mi sobrino, Soren. Como ya sabes. Estoy perdiendo el control de mi familia. Me gustaría recuperar parte de él. Este matrimonio es parte de eso. Pero lo que realmente busco es cualquier información que pueda utilizar contra ellos en el futuro.

—Deben de ser personas peligrosas —respondo—. Le traeré cualquier información que pueda encontrar.

—Yo soy más peligroso —insiste Eivor, con los ojos encendidos—. Más de lo que ellos imagino, y tú eres parte del porqué, Damian. Haz esto por mí y me aseguraré de que nunca tengas que volver a trabajar para otra familia. Jodes esto y me aseguraré de que *nunca* vuelvas a trabajar. ¿Estamos claros?

Lo observo de pies a cabeza. Podría acabar con él en un segundo, de eso estoy seguro. Sin embargo, no tengo interés en hacerlo. Mi único interés ahora mismo es hacer aquello por lo que me paga. No tengo ningún apego a ninguna de estas personas. El

dinero es lo único que importa. Proteger a mis clientes es lo único que importa. Encontrar la información que desea...

—Estamos claros, Sr. Fiorelli —asiento.

Un momento después, mira detrás de mí, en dirección opuesta al pabellón.

—¡Ya estáis aquí! Por fin. —Eivor pasa por mi lado.

Miro hacia allá.

Son las 13:55, y quienes supongo que son Alessio y Rosalie se acercan a nosotros. Llevan abrigos de invierno y bufandas. Una pelirroja, uno moreno. La nieve se acumula sobre sus cabezas y sus expresiones parecen dudosas.

—Este es Damian Rossi —me presenta Eivor mientras permanezco detrás de él. Mi traje no está cubierto por ninguna chaqueta, ni sombrero, ni bufanda. El frío no me molesta—. Él se encargará de vigilarte, querida sobrina, cuando estés fuera de casa. Tu seguridad es mi máxima prioridad.

—Pensaba que no necesitaba un guardaespaldas —dice Rosalie, frunciendo el ceño.

—Eso fue antes de vuestro compromiso. Antes del pequeño altercado de tu hermano con los Carvel. Siguen bastante molestos, ¿no te acuerdas? Esto no es solo por ti, también es por Alessio. —Eivor señala al hombre con la mano—. Para manteneros a salvo a ambos.

Observo a Alessio, de ojos oscuros y brillantes, entrecerrar la mirada. Es evidente que desconfía de Eivor. No le culpo. El hombre actúa bien, pero es fácil darse cuenta de que no es más que eso.

—Si cree que es lo mejor —accede Rosalie con un suave asentimiento. Parece sumisa y callada en su presencia.

Alessio no habla.

Eivor se marcha. Me quedo a solas con Rosalie y Alessio.

Mientras los acompaño al pabellón, noto inmediatamente que Alessio es más alto que yo. Al menos quince centímetros. Evalúo si parece más fuerte de lo que aparenta. Es esbelto, pero bajo el abrigo podría ser más musculoso de lo que alcanzo a ver.

Examino cada gesto de su cara, cada movimiento. También observo a Rosalie, pero ella parece mucho más relajada que Alessio.

Se apoya en el lateral del columpio que hay en medio del pabellón y respira profundamente.

—Entonces. ¿Qué queda por planificar si ya sabemos que la boda será aquí? —pregunta Alessio.

Me quedo a un lado, en los peldaños de la estructura, para poder verlo todo a mi alrededor.

Aunque no sé con certeza de quién los estoy protegiendo exactamente, hago mi trabajo de todos modos. Vigilo cada movimiento por el rabillo del ojo. Los miro a ellos, miro la casa, observo el bosque al fondo del jardín.

No pasa nada. Simplemente están los dos de pie en medio del pabellón mirándose con desconcierto.

—Supongo que decidir las flores sería el primer paso. Creo que unas rosas rosas quedarían genial como detalle —sugiere Rosalie.

—Cómo no, ibas a elegir el rosa —dice Alessio, y al principio pienso que es una pulla, pero luego se acerca más a ella y le pone una mano en la espalda—. Estás preciosa de rosa, después de todo.

Rosalie suelta una risita y lo mira con una ceja levantada. Comparten una mirada que no alcanzo a identificar, luego me miran a mí, vuelven a mirarse y la expresión de ella se suaviza. —Bueno, si hay alguna flor que prefieras, podemos combinarlas. Siempre que no queden fatal juntas.

—Creo que las rosas rosas son una idea estupenda, ¿quizá también blancas? —sugiere Alessio.

Ella asiente y mira a su alrededor. —Esas también encajarían bien. Estoy pensando en un arco con ellas en medio que llegue hasta aquí —se acerca más a mí y a las escaleras y agita los brazos —. El verde de los tallos y las hojas tiene que verse también. Quedará muy bien conjuntado.

Alessio la sigue mientras camina. —Estoy de acuerdo. ¿Qué tal varios arcos que lleven hasta las escaleras? A lo largo del pasillo improvisado.

—¡Ay, sí!, eso sería precioso, además mi tío me ha dicho que no hay límite de presupuesto. —Le sonríe con un brillo en los ojos.

Alessio le devuelve una sonrisa de suficiencia.

Parece increíblemente encantador en este momento, comparado con la versión silenciosa y de rostro de piedra que mostraba cuando Eivor estaba cerca.

Me sorprendo preguntándome si los dos están realmente enamorados y se casan por algo más que por sus familias. No sé mucho de ninguno de los dos, a pesar de la información que me dio Eivor. No tengo forma de saber qué es verdad y qué es simplemente su opinión sobre las cosas.

Según Eivor, Alessio es un hombre frío y débil. No parece muy frío ahora mismo mientras sigue a Rosalie escaleras abajo, pasando por mi lado, y camina con ella junto a los setos y el empedrado.

—¿Para cuántas personas crees que necesitamos asientos? —pregunta Rosalie—. Contando a nuestras dos familias que están en la ciudad, y las de fuera, son unas veinte personas. Quién sabe a quién más invitará mi tío.

—Deberíamos planear para cincuenta. Creo que podemos meter todas las sillas aquí. También tendremos que traer calefactores para que no se les congele el culo. Quizá piensen que estamos locos por celebrar una boda al aire libre durante el invierno más frío que se recuerda por aquí. —Alessio se ríe y me lanza una mirada mientras están parados a unos metros—. No sé cómo puedes estar aquí fuera sin abrigo.

Ladeo la cabeza hacia ellos y me subo las gafas de sol por el puente de la nariz. —Lo que en Roma es frío no se acerca ni de lejos al de otros lugares y, además, estoy acostumbrado.

—Ya lo veo —Alessio me sonríe con sorna, con un gesto torcido, y baja la mirada hacia mis pies para volver a subirla. Siento un hormigueo recorriéndome la espalda. Por la forma en que ladea los labios. Por cómo su pelo largo está salpicado de nieve. Su melena oscura está recogida en una coleta en la base del cuello, pero varios mechones ondulados destacan a los lados de su cara.

Puedo ver por qué Rosalie querría casarse con él.

Parpadeo, y agradezco que mis ojos estén ocultos.

El cielo se está oscureciendo mientras amenaza con lluvia intensa.

Me acerco a ellos de forma más brusca y pongo una mano sobre el hombro de Alessio por algún instinto del que ni yo mismo soy consciente. Rápidamente vuelvo a ponerla a mi costado.

Él se vuelve hacia mí. Rosalie también me mira y sus ojos bajan hacia mi mano.

—Es hora de entrar —les digo.

Ambos miran al cielo justo cuando las nubes parecen aún más siniestras. —Claro —dice Rosalie—. Me gustaría un minuto para hablar con Damian, ¿de acuerdo, Alessio?

Alessio nos mira a los dos, con expresión sombría. —Está bien. Estaré dentro. —Se inclina hacia delante y reconozco que intenta besar a Rosalie, pero ella no le corresponde enseguida.

—Oh —murmura ella. Luego se inclina y presiona sus labios muy suavemente contra los de él. Tiene la cara sonrojada, pero estoy seguro de que es por el frío.

O tal vez no. Cuando él se aparta tras el suave beso, ella parece un poco desconcertada.

Alessio entra en la casa y yo me quedo fuera, bajo el viento cada vez más fuerte, con Rosalie. Me mira con sus ojos pálidos y frunce los labios.

—Mi tío te tiene aquí por una razón, no creas que no lo sé. Sea lo que sea lo que esté tramando, no voy a seguirle el juego —insiste—. Mantén las distancias con mi prometido. ¿Entendido?

—Trabajo para Eivor; haré lo que él me pida —le digo.

—También trabajas para mí. Estás aquí para protegerme. Si es que eso es cierto. Y te estoy diciendo que te mantengas alejado de Alessio. No necesitamos dramas —suelta Rosalie con brusquedad.

En comparación con lo dulce y sumisa que sonaba antes, ahora suena acalorada e irritada. Su voz es baja y tranquila, pero firme en su seguridad. La seguridad de que escucharé lo que me está diciendo. O si no...

No me cabe duda de que esta mujer podría causar algún daño si quisiera.

Podría matarla en un segundo, pero quizá, solo quizá, ella me dejaría alguna secuela.

—Entendido, Srta. Fiorelli. ¿O debería empezar a llamarla ya Sra. Dresvanni? —le pregunto ladeando ligeramente la cabeza. Mis anchos hombros son mucho más grandes que los de ella.

Ella da un paso atrás y niega con la cabeza. —Solo Rosalie está bien —me dice—. Ahora, voy a entrar. No haces falta dentro, ¿verdad? ¿Solo fuera de la casa? Ve a buscar algo con lo que mantenerte ocupado.

Tengo que contenerme para no soltar una carcajada. Definitivamente es una mujer difícil de tratar. Empiezo a entender por qué Eivor me contrató para este trabajo.



Me dirijo a mi coche por el momento, ya que no tengo ni idea de cuándo se irán y volverán a necesitarme. Tengo que vigilar la parte delantera de la casa, así que no he aparcado en el garaje.

Saco el móvil y, en lugar de ponerme a mirar cosas y distraerme, busco el número del único miembro de mi familia que me queda. Bueno, el único con el que todavía me hablo.

Me pongo el teléfono al oído y ladeo la cabeza, con el otro brazo apoyado en la puerta del conductor.

—Fiona, hola —digo en cuanto responde. Noto una sonrisa en su voz. Soy el único de nuestra familia que la llama por su nombre elegido, en lugar de por su nombre de nacimiento.

—¡Damian! —dice alegremente—. Han pasado unos días; ¿no ibas hoy a tu nuevo trabajo? —me pregunta.

—En él estoy, y para eso te llamo. Voy a estar fuera unas semanas, quizá unos meses, no sé cuánto tiempo. Tengo que vigilar a estos dos prometidos y no estoy seguro de hasta cuándo. Puede que me quede aquí atrapado incluso después de que se casen. El tipo quiere cierta información, no sé cuál, pero a menos que la consiga, creo que va a dar problemas —explico.

—Madre mía. Este es el que te paga una barbaridad, ¿verdad? —pregunta. Oigo algo de movimiento de fondo.

—Sí, desde luego lo suficiente para recuperar la casa de mamá —le digo—. Quiere que siga trabajando para él después, pero no estoy seguro de que el tipo me caiga bien. —Miro de reojo hacia la casa. No veo que ocurra nada especial en la puerta principal.

—Fíate de tu instinto, primo —me recuerda Fiona—. Ah, tienes algo de correo aquí. ¿Lo guardo hasta que vuelvas?

Pongo los ojos en blanco. —Como haces siempre. Gracias de nuevo por dejarme poner mi dirección en la tuya. No tener sitio propio es duro, pero estoy tanto tiempo de viaje que simplemente no hace falta.

—Ya, ya. No es ningún problema. Eres el único de nuestra familia al que realmente le importo un bledo, así que creo que guardarte el correo y cogerte el teléfono de vez en cuando es lo menos que puedo hacer —dice con una sonrisa en la voz.

No puedo evitar sonreír ligeramente yo también. —Vale. Te llamaré en unas semanas. No quiero que te veas involucrada en esto, así que voy a intentar pasar lo más desapercibido posible.

—Entendido. Te quiero, primo.

—Y yo a ti.

3

Capítulo tres

Alessio

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que estaría en una gala por mi propio compromiso, le habría preguntado qué narices está fumando. Ahora, sin embargo, mientras salgo del coche con Rosalie a mi lado, sé que es real. Hay luces brillantes sobre nosotros y flashes de cámaras. Apenas puedo ver a los invitados o la decoración mientras entramos en el edificio.

Nunca me ha gustado ser el centro de atención, no de esta manera; pero tengo que admitir que arreglarme y lucirme no me resulta precisamente difícil. Me encanta ponerme mi mejor traje, en tonos azul real y negro, con el pelo suavemente rizado y recogido hacia atrás con elegancia… Me siento importante.

No es tanto el evento con su brillo y su glamur lo que me molesta. No. El problema radica en quién organizó el evento y con quién estoy aquí.

Rosalie camina a mi lado, del brazo, luciendo un vestido largo hasta el suelo, sin tirantes, en azul oscuro y plateado, con una estola de piel gris sobre los hombros que la protege del frío al entrar. Su

cabello rojizo cae en tirabuzones por su espalda y, la verdad, está especialmente hermosa. Eso es evidente.

Sin embargo, ella no es la persona con la que quiero estar aquí.

No hay nadie con quien quiera estar aquí. Ningún hombre con el que tenga ni el más mínimo pensamiento de estar comprometido. Mi vida no ha sido más que lucha y hacer lo que me ordenan para mantener a salvo a la familia, y esta noche hago exactamente lo mismo. Anunciar mi compromiso con una mujer a la que apenas conozco.

Apenas la conozco, pero quizá pueda llegar a respetarla.

Planear nuestra boda juntos unos días antes, montar un espectáculo y actuar como si realmente quisiéramos estar juntos, ha sido más divertido de lo que me atrevería a confesar. Siempre he sido un buen actor, y esta no es precisamente la primera vez que tengo que fingir que estoy enamorado de una mujer por el bien del apellido Dresvanni. Pero es la primera vez que no acabaré matando o mutilando a alguien al final de todo. Me voy a casar.

Quién sabe qué más esperan de mí… de nosotros.

Trago saliva con dificultad cuando finalmente entramos en el salón de baile y todos los ojos se posan en nosotros. Asiento en dirección a mis hermanos, que esperan cerca. Eivor también está allí, y siento detrás de nosotros a un hombre corpulento y familiar al que acabo de conocer hace unos días.

Damian.

Se cierne sobre nosotros desde atrás a pesar de ser más bajo que yo. Es más grande, más ancho, y sin duda una buena elección como guardaespaldas, si es que alguna vez ha habido una.

Se parece a Soren en ese sentido. Grande y protector.

Me quito el pensamiento de la cabeza y lo disimulo mirando a mi prometida. Me sonríe suavemente y me desengancho para quitarle la estola.

Un miembro del personal se me acerca, me la quita y nos pregunta si necesitamos algo más.

—No, gracias —digo con una sonrisa forzada.

Tengo que exagerar el papel lo mejor que pueda. No importa la frustración que todavía me hierve bajo la piel cada vez que miro a

Carmine y Soren.

Últimamente parece que Soren tiene más peso en esta familia que yo.

Respiro hondo por la nariz y le ofrezco la mano a Rosalie. Tiene la cara encendida por el frío, pero está empezando a palidecer de nuevo.

—¿Estás bien? —le pregunto, inclinándome y dejando que sea solo un susurro.

Ella me susurra de vuelta: —Odio bailar.

Suelto una risita suave. No esperaba eso de ella. —De momento solo iremos a por unas copas. Nada de bailar —la tranquilizo.

Ella suspira y me coge de la mano. Ambos ponemos nuestra sonrisa más afectuosa y nos dirigimos a la barra.

—Oh, hacen una pareja maravillosa —nos dice la camarera con aire alegre. La conozco. Morgen. Se encarga de muchos de nuestros eventos. Su sonrisa parece genuina y me pregunto si realmente cree que somos una pareja unida por amor y no solo por lealtad a nuestras familias.

Quizá sea lo mejor. Cuanta más gente se crea la mentira, mejor irán las cosas. ¿Verdad? Se supone que debemos unir algo más que a nuestras familias; esto también va de nuestros aliados.

Si creen que realmente hemos hecho las paces, el proceso de aumentar nuestro poder podría ser más fácil.

Cada vez resulta más difícil ignorar cuánta razón tiene Carmine sobre nuestro compromiso.

Por mucho que deteste a Eivor y sus razones para exigir que nos casemos, sé que mi propio hermano nunca permitiría que esto sucediera si no creyera que es lo mejor.

—Ay, Alessio —murmura Rosalie.

Me doy cuenta de que le estoy apretando demasiado la mano. Relajo los hombros y aflojo el agarre.

A juzgar por la mirada que me está lanzando Morgen, Rosalie ya ha pedido su bebida.

—Ron con cola —digo con una sonrisa encantadora.

Los ojos de Morgen brillan con alegría y se pone a preparar nuestras dos bebidas.

—¿Estás *tú* bien? —pregunta Rosalie en voz baja, mirándome con desconfianza.

—Ambos sabemos que yo no estaría aquí si pudiera elegir —le digo mientras Morgen está de espaldas. Pronuncio las palabras con los dientes apretados—. Pero ya que estamos aquí, supongo que deberíamos divertirnos un poco.

Rosalie frunce ligeramente el entrecejo, pero asiente y aparta la mirada de mí.

—Aquí tienen. Que pasen una noche maravillosa —dice Morgen mientras nos desliza las dos copas. Rosalie ha pedido una copa de vino.

—No te hacía del tipo que bebe vino —le digo mientras nos damos la vuelta para mirar la sala llena de gente que está aquí por nosotros.

—No lo soy, pero si quiero mantener la compostura, necesito beber con moderación —explica. Tamborilea un momento con sus uñas recién hechas en el tallo de la copa antes de dar un sorbo.

Yo doy un trago largo a la mía y siento el ardor bajando por la garganta. Francamente, me vendría bien un poco de ron solo, sin la cola, pero sé que tiene razón. Si quiero mantener la cabeza fría, yo también debo beber con moderación.

—Bueno, ¿socializamos? —le pregunto.

—Es mejor idea que bailar —concluye ella.

Hay varias parejas bailando en el centro de la sala, pero evitamos esa zona. En su lugar, deambulamos saludando a los invitados. Hay al menos cien personas en el salón.

Del techo cuelgan brillantes adornos de cristal que, cada vez que corre una ligera brisa por la sala, tintinean entre sí produciendo un sonido similar al de las campanas de hadas de un cuento infantil.

A nuestro alrededor, adornos en blanco, plata y azul cuelgan de las vigas de mármol, entrelazados con hileras de luces centelleantes.

—Eres casi más hermosa que el propio sol, Rosalie —le dice alguien a quien no reconozco, y se abrazan brevemente, intercambiando besos en cada mejilla.

Él se vuelve hacia mí y me ofrece la mano. Se la estrecho, apretando con firmeza y soltando después de dos segundos.

—Soy Vernon. El primo de Eivor. No nos vemos muy a menudo —explica Vernon—. Paso la mayor parte del tiempo en Rusia con mi encantadora esposa que no ha podido estar aquí hoy, pobrecilla.

Miro a Rosalie por un momento.

—Está muy enferma. No puede viajar —me dice Rosalie con un leve temblor en su sonrisa.

Debería importarme. Debería rodearla con el brazo y consolarla. Debería querer hacer esas cosas… pero no quiero, la verdad.

Sin embargo, sé que es lo que se espera de mí aquí, así que le pongo la mano en la espalda y le dedico una mirada de tristeza por un segundo antes de mirar a Vernon—. Siento mucho oír eso. Estamos encantados de que hayas podido venir hoy. ¿Estarás en la boda?

—Oh, no me la perdería por nada del mundo. No puedo creer que sea la primera vez que nos vemos. ¡La pequeña Rosa guarda muchos secretos! Como lo mucho que ha crecido —dice entre risas —. Me quedaré aquí hasta la boda.

—Genial —digo, y me contengo antes de que mi tono derive en aburrimiento—. Te sentaremos en las primeras filas.

La conversación se alarga hasta que apenas puedo aguantarla, pero sonrío y bebo de mi copa. Hasta que dicha bebida se acaba y me quedo sin nada para aplacar la irritación.

Miro hacia un lado mientras Rosalie sigue hablando, y lo veo.

Damian Rossi.

Está allí cerca, observándonos. Vigilándonos. Es su trabajo. Aun así, me descubro intentando sostenerle la mirada lo mejor posible. Lleva los ojos cubiertos por unas gafas de sol. Algo raro de llevar en interiores, pero sé por qué lo hace. Lo oculta pero le permite mirar a todo el mundo a su alrededor. Todavía no le he visto los ojos de verdad. Me pregunto de qué color serán. Qué expresión habrá en ellos mientras observa a los invitados a nuestro alrededor, para luego volver a centrarse en Rosalie y en mí.

—¿Alessio? —Rosalie capta mi atención.

La miro con aire de disculpa. —¿Sí, amor mío?

Mis palabras parecen sorprenderla un poco, ya que sus ojos se agrandan ligeramente antes de que parezca recordar el juego al que

estamos jugando.

—¿Serías tan amable de traerme otra copa de vino? —pregunta.

—Por supuesto —le digo, y me siento increíblemente agradecido por la oportunidad de escapar.

Cojo su copa y vuelvo a la barra para que la rellenen, junto con mi propia bebida.

—Menos cola y más ron esta vez —le digo a Morgen.

—No parece que se esté divirtiendo mucho, señor Dresvanni —sugiere Morgen arqueando una ceja.

Le sonrío con un gesto un tanto forzado. —No me gusta ser el centro de atención —insisto.

Ella se ríe suavemente. —Eso es nuevo para mí. Quizá lo que le molesta es compartir el protagonismo. —Desliza las copas rellenas hacia mí y noto que se me cae la cara.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Se le veía bastante feliz en la fiesta de Nochevieja, y no recuerdo que Rosalie estuviera allí —me dice entornando un poco los ojos.

—Supongo que no estaba —finjo duda—. Gracias por las bebidas. —Bajo la voz; mi tono es un poco seco para recordarle por qué está aquí. Para hacer un trabajo.

La misma razón por la que yo estoy aquí. Para cumplir con mi deber hacia mi familia. Uno que la gente debe creer que es real. O al menos, que realmente nos importamos de verdad. Aunque sea obvio que el matrimonio es concertado.

Si la gente ve debilidad entre nosotros, verá algo que puede romper. Tanto nuestros aliados como nuestros enemigos deben creer que nos mantenemos fuertes.

Aunque no pueda soportarlo.

Doy un trago largo, ventilándome la mitad antes incluso de volver con Rosalie. Escudriño el lugar buscándola. No está donde estaba antes.

No me preocupo lo más mínimo. De hecho, espero no poder encontrarla durante un rato para poder irme por mi cuenta.

Antes de que pueda desaparecer de escena, tengo las cámaras encima, preguntándome dónde está Rosalie y lo emocionado que

estoy por la boda. Cómo nos las arreglamos para mantenerlo en secreto tanto tiempo.

Tanto tiempo…

Alguien debe haberles dado información que desconozco. Una historia de que llevamos juntos más tiempo de lo que parece.

—La boda va a ser un día increíblemente emocionante —les digo —. Y también estresante para mi pobre novia. Veréis, no se ha sentido muy bien últimamente. —Me cuesta no sonreír con sorna mientras miento.

Ellos sueltan una exclamación de sorpresa. —¿Qué le pasa a Rosalie Fiorelli? —preguntan.

—Es un asunto familiar. Privado. Les agradecería que mantuvieran esto de manera extraoficial —les digo con el ceño fruncido.

—¿Es por eso que la boda se celebra tan pronto después de la gala de compromiso? —me pregunta alguien.

Levanto una mano. —Yo no he dicho nada de eso. Aunque les diré que no puedo esperar a que llegue ese día. —Sonrío suavemente y me alejo de las cámaras.

Me alejo de ellos, oyendo a los buitres murmurar entre sí sobre la mezcla de información falsa que les he dado. Me pregunto si llegará a oídos de Rosalie. No me imagino que le haga mucha gracia, pero… quizá estoy empezando a disfrutar con este juego.

Si su tío va a empeñarse en nuestra boda y mi hermano me va a obligar a ella, voy a intentar divertirme un poco con el asunto.

Alguien más me detiene. Se acercan a mí demasiado rápido, no se le ven las manos de inmediato. Mis instintos se disparan.

Estoy a punto de agarrarle el brazo y apartarlo a un lado para gruñirle que no se me acerque así, cuando alguien más le agarra el brazo.

Damian.

Damian ha llegado hasta mí más rápido de lo que he podido procesar. Agarra el brazo del caballero mayor y lo tira hacia atrás.

—Tenga cuidado. No se acerque al señor Dresvanni con las manos ocultas —gruñe Damian en un tono bajo y severo.

El hombre parece atónito. Levanta las manos y nos mira a ambos con asombro.

—Mis disculpas, no era mi intención. Solo deseaba hablar con Alessio antes de que alguien más captara su atención —explica el hombre.

—¿Conoce a este hombre? —me pregunta Damian. Tiene los ojos ocultos, pero noto que me mira directamente. Le devuelvo la mirada y niego con la cabeza.

—No, no lo conozco. ¿Quién es usted? —le pregunto al hombre.

—Mis disculpas —el hombre suelta una risa incómoda—. Soy un amigo de su padre. Que en paz descanse… Llámeme Isaiah —insiste.

Lo observo. Por la edad, bien podría ser amigo de mi difunto padre, pero nunca lo había visto antes.

—¿Por qué el señor Dresvanni no lo conoce de nada? —pregunta Damian por mí.

Un calor se me extiende desde el estómago hasta la ingle como respuesta. El tono protector y posesivo de su voz. No debería sentir nada; solo está haciendo su trabajo, pero qué se le va a hacer.

—Vivo en Praga. Nuestra relación era principalmente a distancia —explica Isaiah con una risita—. Siento haber causado revuelo. De verdad, solo quería felicitarle por el compromiso y presentarme.

Asiento despacio. —Gracias. Señor Rossi —miro a Damian—, creo que ya no es necesario que intervenga.

Damian da un paso lento hacia atrás tras soltar el brazo del hombre. Ver cómo flexiona la mano hace que mi miembro tenga un espasmo.

Hay una diferencia inconfundible en cómo me afecta un hombre guapo frente a una mujer hermosa como Rosalie.

Si tenía alguna duda sobre mi sexualidad, desde luego ya no me queda ninguna.

Me aclaro la garganta mientras Damian se aleja, pero no puedo evitar seguir con la mirada su trasero fuerte y generoso mientras camina. Se sienta en una mesa cercana.

Supongo que podría haberle preguntado dónde está Rosalie… si de verdad quisiera saberlo.

—Usted no estuvo en el funeral de mi padre —le señalo a Isaiah.

—No estuve. Una decisión que lamento profundamente, pero me encontraba en medio de una… muy importante serie de reuniones con un aliado —dice en voz baja—. Pronto tendrá noticias suyas, ya que también desean discutir algunas ideas con usted. O… supongo que será a Carmine a quien contacten, ¿no es así?

Se me tensa la mandíbula. —Yo también me enteraré.

—Por supuesto. Estoy seguro de que él le cuenta todo lo que sucede en su familia —Isaiah sonríe, pero tengo la sensación de que intenta sacarme información que no pienso darle.

—Si me disculpa, tengo que encontrar a mi prometida —le digo poniéndole una mano en el hombro.

Parece decepcionado pero asiente. —Muy bien. Charlaremos más tarde.

Como si hubiera algo de lo que realmente tuviéramos que ponernos al día.

Me alejo de él y empiezo a buscar a Rosalie en serio. Tengo curiosidad por saber con quién está hablando, qué está haciendo. Si se está divirtiendo tanto, o tan poco, como yo. ¿Estará ella también inventando mentiras sobre mí?

Si es así, ¿cuáles son?

Esbozo una ligera sonrisa de suficiencia al pensarlo. No me molesta la idea de que mienta sobre mí. Solo me motiva más para inventar más mentiras que difundir sobre ella. ¿Quizá incluso podría estar embarazada? Esa sería una razón para casarse rápido y encajaría con eso de que se ha sentido indispuesta últimamente.

Suelto un resoplido para mis adentros. Por otra parte, eso requeriría que acabara naciendo un niño de nuestra unión, y la sola idea me produce un escalofrío desagradable por la columna vertebral.

—Aquí estás, querida —digo al encontrarla hablando con un grupo de mujeres jóvenes de su edad. Reconozco a algunas de haberlas visto por la finca de vez en cuando, o por el pueblo, pero nunca he llegado a hablar mucho con ellas. Quizá hayan estado en el club.

—Aquí tienes tu vino. —Le entrego la copa. Mi ron con cola ya casi se ha acabado de nuevo. Siento que un ligero puntillo empieza a dominarme, y eso hace que la velada sea más fácil de sobrellevar.

Me pregunto si una tercera copa la hará aún más agradable.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta ella con una risita.

—Oh, me han parado unas cuantas personas —insisto.

—¡Ya casi es la hora de vuestro baile! Qué romántico —arrulla una de las mujeres mientras da un sorbo a una copa de champán.

—¿La cena no es antes del baile? —pregunto con curiosidad. No he tenido voz ni voto en cómo se ha planeado el evento, pero si por mí fuera, el baile habría sido mucho después de la cena.

—No según Eivor —dice Rosalie entre dientes mientras fuerza una sonrisa—. Ha decidido que nuestro baile será más oportuno mientras se sirve a los invitados.

Me muerdo la lengua un momento. —Muy bien.



Al poco tiempo, nos indican a Rosalie y a mí que vayamos al centro de la pista mientras la música de violín que nos rodea se vuelve más fuerte y lenta de tempo. Es obvio lo que se espera de nosotros, a pesar de no haber bailado nunca juntos.

La mano de Rosalie que descansa en la mía se siente increíblemente fría de repente, y la miro de reojo para ver el gesto tenso de su rostro. Su sonrisa es aún más forzada que antes.

Aun así, al llegar al centro de la sala, la atraigo hacia mí. Una mano en su cintura; la otra sujeta su mano en el lado opuesto tras haber guiado su otra mano hacia mi hombro.

No hablamos. Al menos no todavía.

La música se desvanece por un instante.

—¡Por favor, acompáñennos a ver al señor Dresvanni y a la futura señora Dresvanni en un baile para celebrar su compromiso! —Juro que la mano de Rosalie me está apretando la mía con tanta fuerza que podría cortarme la circulación de los dedos.

Siguen los aplausos, y luego la música vuelve a sonar con fuerza. Suena una canción que me permitirá guiar a Rosalie a la perfección en un baile sencillo con un ritmo agradable. Ni muy rápido, ni muy lento.

Algo que sé que ninguno de los dos quiere estar haciendo ahora mismo.

A pesar de esto, doy un paso atrás y guío a Rosalie para que dé un paso adelante. Ella hace lo que yo le indico, y bailamos en una sección de apenas medio metro de la pista, de lado a lado, de atrás hacia delante, con nuestros cuerpos cada vez más cerca el uno del otro.

Sé bailar de una forma más elaborada, pero me parece innecesario para este evento y este momento.

Cuanto antes termine, mejor.

Tengo la mirada fija en un lado de la cabeza de Rosalie, concentrándome en su oreja en lugar de en su rostro o expresión. Pienso en mis planes para después de esto. Estar solo, sin nadie que me moleste. Sin nadie que espere nada de mí. Solo paz y tranquilidad.

Y un cigarrillo.

Ah, eso sería divino.

Doy un paso a la derecha, a la izquierda y hacia delante. En este paso hacia delante, sin embargo, siento que Rosalie flaquea. Es suficiente para hacerme perder el equilibrio por un breve instante. La miro a la cara mientras retomo el ritmo antes de que nadie se dé cuenta. Tiene los ojos brillantes. Húmedos y rosados alrededor de los bordes de sus largas pestañas cubiertas de rímel.

Siento que algo se remueve en mi interior, solo un poco. Cierta preocupación menor por la mujer que me impulsa a inclinarme más hacia ella de forma natural. Apoyo mi cabeza contra la suya para que podamos hablar sin que nos oigan ni nos interrumpan.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto en un murmullo.

—Estoy bien —insiste ella—. Es solo que no me gusta bailar.

Puedo oír cómo le tiembla la voz, y sé que me está mintiendo.

—Si vas a mentirme, al menos que sea una buena mentira —le respondo.

Ella resopla suavemente. —Vaya, no es como si te importara de verdad. ¿O sí? —Su pregunta está cargada de un veneno verbal. Afilado, pero no tanto como ella desearía.

—¿Acaso importa? —pregunto—. Nuestra audiencia se lo cree. —Apoyo mi mejilla contra el lado de su cabeza y poso mi boca contra su cabello muy levemente. Una expresión de afecto para cualquiera que esté mirando de cerca.

Deslizo mi mano desde su cadera hacia la parte baja de su espalda y la atraigo más cerca.

Siento que su respiración tiembla, y sonrío para mis adentros.

—Quizá incluso tú puedas creértelo —suelto con voz profunda. Sé cómo seducir a una mujer, aunque no esté interesado en ella.

—Odio esto —me susurra—. Bailar para toda esta gente. Me revuelve el estómago…

Acaricio su espalda con el pulgar lentamente mientras bailamos. —¿Por qué? —le pregunto—. Has dejado claro que estás dispuesta a llegar hasta el final con esto. Así que, ¿por qué el baile? ¿Por qué te afecta eso?

Rosalie me aprieta la mano con más fuerza por un momento. —No lo entenderías.

Puedo sentir que su respiración se acelera, y la siento más pesada en mis brazos.

—Te sorprenderías —respondo.

La canción está terminando, pero su cuerpo está temblando. Me separo de ella, y ella se aferra a mí solo un instante antes de separarse también. Tiene la cara húmeda y sigue respirando deprisa.

Apenas oigo cómo nos aplauden una vez más mientras entrelazo mi brazo con el suyo.

—Vamos —le digo.

—Estoy b-bien —insiste, pero le tiemblan los labios.

Tiro de ella a un ritmo lo suficientemente rápido como para no resultar demasiado sospechoso. Evitamos hablar con nadie por el camino. Después de todo, se está sirviendo la cena, así que todo el mundo está bastante distraído.

—¿A dónde vamos? —me pregunta Rosalie tajante, con la voz quebrada por la emoción—. He dicho que e-estoy bien, yo… —sus

palabras se vuelven incoherentes y su respiración tan rápida que su rostro empieza a enrojecer.

Entramos en el aseo. Hay una mujer lavándose las manos y nos mira con sorpresa.

—Fuera —exijo con una mezcla a partes iguales de encanto y violencia.

La mujer coge una toalla de mano de cerca y sale rápidamente de la estancia con ella mientras se seca las manos.

En cuanto estamos solos, acerco un taburete que hay por allí y guío a Rosalie para que se siente.

—¿Qué e-estás haciendo? —me pregunta con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Necesitas sentarte —insisto.

Finalmente hace lo que le digo y se sienta en el pequeño taburete con el vestido desplegado a su alrededor. Justo cuando voy a decir algo más, la puerta del baño se abre de par en par.

—¿Podemos tener algo de pri…? —Miro hacia allí y me detengo a mitad de la frase.

Es Damian.

—¿Qué está pasando? —pregunta, quitándose las gafas de sol y guardándolas en el bolsillo del pecho.

—Nada para lo que se te necesite —espeta Rosalie entre suaves hipos.

Damian cruza su mirada con la mía, y yo le devuelvo la mirada sin vacilar. Hay algo en la preocupación de su expresión que resulta increíblemente sexy. La forma en que ha irrumpido aquí sin pensárselo dos veces.

No puedo evitar preguntarme: ¿ha sido realmente por el bien de Rosalie?

—Está sufriendo un ataque de pánico —explico simplemente.

—N-no es cierto —resopla Rosalie.

Damian suspira y se acerca a nosotros.

—Respira hondo —dice en voz baja.

Su voz es profunda y me obliga incluso a mí a tomar aire lentamente por la nariz.

Me doy cuenta de que yo mismo me estaba empezando a poner un poco nervioso.

—¡Ya sé cómo respirar! —Rosalie me aparta el brazo de un tirón. Me pongo de pie, pues había estado agachado a su lado.

—Bien. Si no necesitas mi ayuda… —le espeto.

—Tienen que calmarse los dos. Hay gente esperándoles para cenar —nos recuerda Damian.

Me arreglo el traje y respiro hondo una vez más. —Por supuesto.

Rosalie respira lentamente, a pesar de su insistencia en que no lo necesita. Doy un paso y cojo una de las suaves toallas de mano del mostrador junto al lavabo. Me acerco a ella y se la entrego.

—Date toquecitos suaves o el maquillaje se te correrá. Todavía no se ha estropeado —digo en voz baja.

Me mira con una expresión de desconcierto.

—¿Qué? —le pregunto.

Parpadea y sacude la cabeza. —Nada. Solo… dame un minuto a solas, ¿quieres?

Aprieto la mandíbula y asiento. Paso por delante de Damian y salgo del aseo. Se está formando una pequeña cola.

—La futura novia necesita un momento —les digo en tono bajo. No me importa si piensan que ha pasado algo malo, que quizá hemos tenido una pelea. No cambiará el hecho de que tenemos que casarnos.

Nada cambiará eso.

~

Después de la cena, y de otra hora de alternar con gente que no me importa un bledo, por fin es hora de irse a casa. O eso creo.

Al menos hasta que Rosalie me informa de una fiesta posterior, donde unos pocos elegidos se unirán a nosotros para tomar copas hasta bien entrada la noche en la finca de los Fiorelli.

—Ni se te ocurra escaquearte —me advierte Rosalie—. Después de lo que ha pasado con el baile, tenemos que dar una buena impresión.

—No he dado más que una impresión perfecta, muchas gracias. —La fulmino con la mirada mientras estamos sentados en el coche de camino. Damian está al volante, habiéndose convertido no solo en el guardaespaldas de Rosalie, sino también en su chófer, al parecer.

—Eso crees tú, pero no sabes la cara que pones —dice ella con un suspiro.

—¿Por qué es tan importante para ti que la gente crea que somos una pareja feliz, de todos modos? No importa, tenemos que casarnos de todas formas —le recuerdo. Aunque apenas un par de horas antes estaba disfrutando del juego al que jugábamos. Ahora me encuentro demasiado sobrio para disfrutarlo. Ahora estoy cansado, y llevo demasiado tiempo sin fumar.

Enciendo uno mientras estamos en el coche y bajo la ventanilla.

—¿Tienes que practicar ese hábito asqueroso aquí dentro? —me pregunta Rosalie mientras aparta con la mano un humo inexistente de su cara.

—Si quieres que esté mínimamente agradable cuando salgamos de este coche, sí —digo mientras doy una calada y expulso el humo por el resquicio de la ventanilla. Esa primera aspiración en mis pulmones se siente de maravilla. Cierro los ojos y disfruto aún más de la siguiente.

Oigo una risita muy leve desde la parte delantera del coche, y el sonido hace que se me ponga la piel de gallina. Y no es por el frío.

Abro los ojos para mirar la nuca de Damian y luego el espejo retrovisor, donde me encuentro con sus ojos fríos. No están cubiertos por las gafas de sol. Me miran apenas una fracción de segundo antes de volver a la carretera.

Me pregunto si Damian fuma en su tiempo libre.

Puedo imaginarme ofreciéndole uno. Viendo su boca rodear el filtro del cigarrillo, y el humo saliendo de sus labios hacia el aire.

Quizá no estoy tan sobrio como creo.

Cuando el coche se detiene frente a la finca a la que voy a tener que acostumbrarme por ahora, tiro la colilla por la ventanilla hacia la aguanieve helada bajo el coche y me ajusto la chaqueta del traje.

Incluso me enderezo la corbata y me coloco un mechón de pelo en su sitio.

—Eres tan vanidoso —dice Rosalie con una sonrisa burlona.

—¿Te estás burlando de mí? —le pregunto con los ojos entrecerrados—. Ese es un juego peligroso.

—Todo esto es un juego peligroso, Alessio —me recuerda—. Ahora, pórtate bien, ¿quieres?

Damian sale y abre la puerta del coche para que ella pueda salir. Espero tener que abrir mi propia puerta, pero al segundo siguiente está a mi lado, abriéndomela.

Lo miro con curiosidad antes de bajarme.

—Gracias —murmuro.

Damian solo me dedica un asentimiento y se gira para seguir a Rosalie al interior. No caminamos juntos. Yo camino detrás de ellos mientras alguien viene a llevarse el coche al garaje.

Los observo a los dos mientras caminan, pero mis ojos se posan sobre todo en la parte trasera de Damian. Inclino un poco la cabeza hacia un lado. Luego recuerdo que podría haber cámaras por los alrededores.

Así que sigo mirando hasta que llegamos a la puerta. Rosalie me busca y le tomo la mano.

El juego comienza de nuevo. Para mi desgracia.

Solo hay unas doce personas dentro, al menos. Es lo justo para mantener nuestra atención sin ocuparnos todo el tiempo. Tampoco hay nadie haciendo fotos. Respiro hondo, agradecido de que no tendré que posar para más fotos esta noche.

Miro a mi alrededor, esperando que al menos Carmine y Soren estén aquí, pero no están. Cabrones. Librándose de estas cosas mientras yo tengo que sufrir.

En realidad no los culpo. Se preocupan de verdad el uno por el otro, y pueden ser libres. Al menos, más de lo que soy yo.

—Alessio, ven a tomar una copa conmigo —insiste Eivor.

Miro a Rosalie, que asiente. —Voy a cambiarme por algo más cómodo, adelante.

Como si necesitara su permiso. Solo la miraba para ver qué pensaba hacer ella.

Eivor es la última persona con la que quiero tomar una copa, pero el alcohol es alcohol, así que mientras Rosalie sube las escaleras, me dirijo al pequeño bar del salón con el hombre mayor que me produce rechazo en todos los sentidos de la palabra.

—¿Escocés, whisky, bourbon? —me pregunta.

—Si pudiera tomar los tres, lo haría —respondo con amargura.

Eivor o bien no entiende lo serio que hablo o bien no le importa, porque se ríe y coge la botella de bourbon, sirviéndonos a ambos una copa triple.

—Pareces alguien que aguanta bien el alcohol —comenta.

Doy un trago largo sin dejar de mirarlo a los ojos. Él también da uno, pero mira hacia un lado, por encima de mi hombro.

—¿De qué va esto? —le pregunto.

—¿A qué te refieres? —Levanta una ceja.

Entre cierro los ojos, doy otro trago y siento el ardor bajando por mi garganta. Mi copa ya está casi vacía. —Pedir que tome una copa contigo. Sé que solo estoy aquí porque necesitas una entrada en nuestra familia —le digo con franqueza.

El rostro de Eivor se ensombrece. —Vas a casarte con mi sobrina. A la que crié como a una hija. Me gustaría conocerte mejor —dice en un tono bajo y disgustado—. Si no sabes comportarte adecuadamente, quizá no deberías estar bebiendo.

Resoplo y me bebo el resto de la copa en ese mismo instante. Me lamo los labios y cojo la botella de escocés, sirviéndome otro vaso bien cargado antes de posarlo con un golpe seco.

—Aguanto bien el alcohol, ¿recuerda? —digo con una risita y luego me alejo de él.

Siento que el puntillo ya está empezando a notarse, pero no es suficiente. Necesito más para aguantar esta noche. Así que me bebo la mitad de mi nuevo vaso de un trago.

No va a ser el último.

Ni de broma.

4

Capítulo cuatro

Damian

Las diez y cuarenta y seis de la noche.

Es la fiesta posterior a la gala de compromiso, y estoy de pie en un rincón observando cómo Rosalie sube a cambiarse de ropa, mientras Alessio habla con Eivor. No imagino que sea nada bueno. Sé que el hombre quiere que extraiga tanta información como pueda sobre el segundo mayor de los Dresvanni y, francamente, él no ayuda irritándolo.

Está claro que la conversación no va bien cuando Alessio se aleja ahogándose en otra copa.

Como mi prioridad principal es asegurar que Rosalie esté a salvo cuando no está en casa, supongo que no hay nada de malo en vigilar a Alessio mientras esté aquí. Al fin y al cabo, en esta situación, él es quien no está en su casa. Él es quien corre más riesgo.

Así que, durante la siguiente hora, lo observo emborracharse cada vez más. Rosalie se mezcla con los pocos que quedan en la fiesta; se la ve más cómoda con un vestido menos glamuroso y sin las horquillas en el pelo. Evita a Alessio, pero no a su tío.

De hecho, noto que cuando él le dice que hable con alguien, ella lo hace. Se acerca justo como él le ha sugerido y se muestra amable con ellos. Está callada, más sumisa que cuando él no está presente.

Tomo nota mental de ello y vuelvo a centrar mi atención en Alessio. Me pregunto adónde ha ido. Quizá a por más alcohol. Su forma de beber esta noche sugiere que no está tan contento con el compromiso como pensé en un principio.

Lo ocurrido en el baño antes me ha indicado que puede que Rosalie tampoco lo esté.

No me sorprende, pero es bueno saberlo.

Me pregunto cuánto tiempo hace que saben lo de su compromiso, y si realmente han tenido algo que ver o si todo ha sido cosa de sus familias. Aún no he conocido a Carmine, el Don de los Dresvanni y hermano mayor de Alessio, pero si se parece en algo a Eivor, puedo imaginarlo presionando a Alessio para que acepte esto.

Mis ojos encuentran a Alessio dirigiéndose hacia... ¿mí? Enderezo los hombros, preparado para lidiar con lo que sea que me lance.

Camina con paso inestable y su copa está vacía, pero tiene los labios un poco brillantes por el alcohol que había en ella. Tiene los ojos ligeramente vidriosos. El pelo desordenado, la coleta torcida.

—Damian —arrastra las palabras al dirigirse a mí. Tiene la voz un poco pastosa.

Lo observo de arriba abajo. Su lenguaje corporal dice que no ha venido a exigirme nada, sino a provocar algo. Mientras se apoya en la pared junto a mí y ladea la cabeza, empiezo a preguntarme qué exactamente.

—Señor Dresvanni —me dirijo a él formalmente, manteniendo el cuerpo rígido y mirando al frente. En lugar de ponerme de frente a él o inclinarme hacia su lado. No deseo dar una impresión de relajación.

—Por favor, es una fiesta, llámame Alessio —insiste.

No respondo a eso en particular. Huele a licor, pero también a algo más. Algo cálido y almizclado. Lo ignoro.

—¿Qué es lo que necesita? —le pregunto con sencillez, y mantengo la vista fija en la fiesta frente a mí, en lugar de mirarlo a

él.

De repente, siento unos dedos rozarme la barbilla, y me sorprende tanto que dejo que me gire la cabeza para obligarme a mirarlo. Me levanta el mentón para que le sostenga la mirada.

Retiro la barbilla de su agarre tras recobrar la compostura.

—Al-al menos podrías mirarme —sonríe mientras habla—. Quiero darte las gracias.

Un calor me quema en el estómago y en la entrepierna, pero lo ignoro. Igual que intento ignorar el tono salaz de su voz.

—¿Dármelas por qué? —le pregunto, con mi propio tono bajo y tranquilo. Estoy completamente sobrio, a diferencia de todos los demás en esta fiesta.

Aparto la mirada de nosotros un momento para ver dónde está Rosalie. Está hablando con alguien junto a la chimenea, apartándose el pelo suavemente con una mano y sosteniendo una copa de champán con la otra. Vuelvo a mirar a Alessio mientras se inclina un poco hacia delante y hacia abajo. Su pelo largo se desliza por el lado de su cara y por la frente, donde se le está soltando de la coleta.

—Por venir a mi rescate en la gala —insiste—. Me has cuidado, no muchos lo hacen. —Frunce el ceño. Sé que está diciendo la verdad.

Algo en la tristeza que brilla en sus ojos solo por un breve segundo hace que se me encoja el estómago.

—Es mi trabajo, señor Dresvanni —le explico—. Las gracias no son necesarias.

—Oh, por favor... ¿No te gusta que te elogien un poco? —me pregunta, acercándose más.

Lucho por mantener mi cuerpo orientado hacia el frente, dándome cuenta de que me estoy girando ligeramente hacia él.

Miro mi reloj.

Once y cincuenta y nueve.

—Es casi medianoche, creo que debería irse a dormir —digo despacio, intentando dejar claro que está demasiado borracho para esta conversación, sin llegar a decirlo explícitamente. Normalmente no andaría con rodeos, pero tengo la sensación de que esta situación es más delicada de lo habitual.

—¿Te importaría acompañarme? —pregunta con una sonrisa socarrona, bajando aún más la voz.

—Está borracho —le recuerdo—. Es probable que por la mañana no recuerde esta conversación.

Ese hecho no impide que el pecho y el cuello se me calienten mientras miro hacia arriba al hombre, más delgado pero más alto, que tengo al lado. Se lame los labios, y yo estoy mirándolos fijamente.

—Mejor aún —murmura.

—Se está propasando, señor Dresvanni —le digo con brusquedad y giro la cabeza para mirar de nuevo hacia delante.

—Solo quiero darte las gracias —me dice, con la voz vibrando muy levemente.

Se me pone la carne de gallina por la espalda, e ignoro eso también.

—Ya me ha dado las gracias lo suficiente —digo—. Debería volver a la fiesta.

Justo cuando digo esto, Rosalie termina su conversación y mira en nuestra dirección. Cruzo mi mirada con la suya; se la ve un poco sofocada por el alcohol que también ha estado bebiendo.

—Su prometida lo está buscando —le informo a Alessio—. Quizá ella acepte su oferta. —Esta es mi forma de recordarle que está comprometido y que su prometida está literalmente en la misma habitación. Sin importar si realmente están interesados el uno en el otro.

Espero que lo estén.

¿O no?

Alessio suspira y se gira para mirar justo cuando ella se acerca a nosotros.

—¿Te está molestando? —pregunta ella—. Alessio, ¿cuánto has bebido?

Alessio suelta una risa burlona. —Francamente, querida, no lo suficiente —balbucea muy levemente.

Rosalie lo observa y luego me mira a mí. —No creo que se te necesite más esta noche; no tienes que quedarte aquí abajo durante toda la fiesta —dice, y luego se dirige más a Alessio—. ¿Por qué no

subimos a una habitación? Se está haciendo tarde, demasiado tarde para ir a mi piso.

Es pasada la medianoche. Tiene razón. A pesar de que sería yo quien los llevaría, es tarde y la mejor opción es pasar la noche aquí hasta la mañana.

—Si insistes —responde Alessio y me entrega su copa.

Rosalie pone los ojos en blanco cuando piensa que no la veo y coge la mano de Alessio.

Observo a los dos salir de la fiesta y subir las escaleras mientras sostengo la copa de Alessio. Alessio no me mira antes de desaparecer, y casi me siento decepcionado.

Miro la copa que me ha dejado y veo que queda un pequeño sorbo en ella. Mirando a mi alrededor un momento para comprobar que nadie me presta atención, me la acerco a la nariz y huelo.

Brandy.

Hay una leve marca de sus labios en varios puntos del cristal que veo a través de la luz parpadeante del fuego y las guirnaldas de luces que rodean la sala.

Tras unos segundos de deliberación, me llevo la copa a mis propios labios y tomo ese último sorbo.

Fuerte. De reserva. Y juraría que puedo saborear los labios que estuvieron ahí antes que los míos.

¿Qué estoy haciendo?



Tres días después, 09:34 de la mañana. Los últimos días han sido bastante tranquilos y he tenido muy pocas oportunidades de obtener información sobre la familia Dresvanni, sobre Alessio en particular. Apostarme fuera de la casa tampoco me daría más información, así que necesito acercarme. Acercarme a la familia. Más cerca de lo que me permite el simple hecho de vigilar a Rosalie.

Así que, cuando descubro que Alessio va a ir a practicar tiro esta mañana, decido autoinvitarme. Al fin y al cabo, soy un guardia, y

nosotros también necesitamos practicar con nuestras armas de vez en cuando.

Además, me gustaría ver cómo se desenvuelve Alessio con una pistola. Qué nivel de peligro podría representar; para los demás, para sí mismo, para mí.

A Eivor le parece una idea fantástica y encuentra la manera de mantener a Rosalie ocupada en la finca con su vestido de novia para que no me vea obligado a vigilarla a ella en lugar de unirme a Alessio.

No he desayunado. Lo único que he tomado es un café solo largo con un poco de azúcar. Es todo lo que necesito por la mañana. Me visto en la habitación de invitados que Eivor me ha proporcionado en la finca y, mientras a Rosalie le están probando el vestido en el salón, me dirijo al campo de tiro elegido, que se encuentra en un terreno intermedio entre las fincas Fiorelli y Dresvanni. Enclavado en el suelo en un bloque de cemento acolchado para la supresión de ruidos.

Llevo mi arma preferida en la cadera y me pregunto cuál será la de Alessio. Todavía no lo he visto armado.

La seguridad aquí es deficiente, pero ese no es mi problema. Si tengo que ser la seguridad mientras Alessio esté aquí, que así sea. Aunque protegerlo no está explícitamente en mi descripción de funciones. Por un momento me pregunto qué haría Eivor si le pasara algo a Alessio. ¿Con quién obligaría a casarse a Rosalie entonces?

Ese pensamiento me abandona inmediatamente cuando veo a Alessio de pie en una de las cabinas, encajonado entre cristal y madera, con una pistola apuntando a varios blancos blancos y rojos frente a él.

Es la primera vez que lo veo con vaqueros, pero incluso así, están perfectamente planchados y son de un lavado oscuro, que combinan con pericia con su camisa de seda azul marino. Tiene el pelo largo recogido y enrollado en un moño en la nuca. Mis ojos recorren su espalda hasta su trasero, bajando por sus pantorrillas y sus pies calzados con botas.

—¿Vas a disparar o solo vas a quedarte ahí mirándome? —pregunta Alessio sin ni siquiera mirar por encima del hombro. Debido

a la protección auditiva que lleva, su voz es más alta de lo que probablemente pretende.

Trago saliva con dificultad y entrecierro los ojos antes de dirigirme al espacio junto a él. Me quito el abrigo negro de invierno y lo lanzo a un lado.

—¿Con qué arma está disparando? —le pregunto mientras me coloco los protectores en mis propios oídos. Todavía es posible oírse hablar.

Él me mira con una expresión de desinterés en el rostro. —Como si importara —bufa.

Está de mal humor. Eso está claro.

Cargo mi arma, la alineo con el blanco y disparo, una, dos, tres veces. Cada vez doy en el centro de la diana, variando solo por un centímetro o dos. Miro hacia el blanco de Alessio y veo que solo ha dado en el centro una vez de una docena de disparos.

—Puedo ayudarle con eso, ya sabes —le digo.

Él pone los ojos en blanco y dispara de nuevo, fallando el tiro. —No necesito tu ayuda.

Me encojo de hombros y sigo disparando, fallando mi marca una o dos veces de cada doce disparos. El polo opuesto de Alessio.

—Al menos puede decirme qué le ha hecho decidirse a practicar hoy —insisto—. Aparte de tener una puntería terrible.

Alessio recarga su munición y levanta los brazos para disparar de nuevo. Puedo ver exactamente en qué se está equivocando. Mis ojos siguen la línea de sus bíceps, fuertes pero temblorosos, y bajan hasta sus codos y antebrazos. Sus manos... Tiene dedos largos y ágiles, pero no son tan firmes como deberían ser.

—No tienes que presumir —me dice y dispara dos veces más. Da en el centro del blanco una vez y exhala. Está claro que está frustrado.

Dejo mi arma, a pesar de saber que no debería dejarla ahí, y mucho menos cargada. No puedo evitar acercarme a él y ladear la cabeza.

—¿Es por lo de la otra noche? —le pregunto con curiosidad.

—¿De cuando me emborraché hasta las cejas? —pregunta con sarcasmo y me sonríe un poco de medio lado—. No, esto es por una

noche diferente.

—No se lo tengo en cuenta —insisto.

Él vuelve a mirarme, bajando el arma. —¿Por qué habrías de hacerlo? Cualquiera tendría suerte de tenerme —me dice con tono meloso. Sé que solo intenta jugar con mi cabeza poniéndose a la defensiva, pero algo en el tono de su voz sigue haciendo que me acalore.

—Cualquiera no lo tiene —le recuerdo—. La señorita Fiorelli, sí.

A Alessio se le tensa la mandíbula, pero después sonríe. —Sí, ella sí. ¿Es eso un problema?

Levanto la mano y doy un golpecito en el panel de madera que tiene delante. —No. Estoy aquí para hacer un trabajo —le recuerdo de nuevo. Me inclino un poco más hacia él—. Deja que te ayude. Sé lo que estás haciendo mal.

Algo cambia en sus ojos. Incertidumbre. Me observa el rostro.

—Con el arma —añado.

Alessio parpadea. —Claro. Por supuesto. ¿Vas a decirme que no estoy respirando correctamente? —arquea una ceja.

—Limítese a levantar el arma como lo haría normalmente —le ordeno.

Alessio aparta la vista de mí lentamente para mirar de nuevo al blanco y hace lo que le digo. Levanta el arma, pero esta vez coloco una mano en la base de su espalda y justo debajo de sus codos.

—Concéntrese en mantener el arma firme. Le tiembla demasiado —digo. Hablo con el volumen justo para que me oiga—. Tiene que crear estabilidad en sus brazos y manos. Mantenga los hombros rectos… Eso es.

El agarre de Alessio se relaja pero se vuelve más estable. —Ahora, no se limite a exhalar cuando apriete el gatillo; imagine que el aire va desde su pecho hasta sus pies. Mantenga la vista unos centímetros por encima de donde quiera dar.

Presiono mi mano con un poco más de firmeza contra su zona lumbar y siento que se mueve apenas un poco bajo mi tacto. Su espalda está caliente, más de lo esperado. Su camisa se siente suave bajo mis manos ásperas.

Mientras respira de nuevo, dispara y acierta en el centro de la diana al final de su exhalación. Siento que su aliento cálido roza mi mano, la que está bajo su codo.

—Buen chico —digo en un susurro. Me doy cuenta de lo que he dicho un segundo demasiado tarde; abro mucho los ojos por un momento y parezco espabilar. Alessio no parece reaccionar, quizás ha sido demasiado bajo para que lo oyera.

Menos mal.

—Buen trabajo —digo más alto—. Siga así y se protegerá sin problemas.

—Me las apaño perfectamente bien, gracias —me espeta Alessio, con los ojos entrecerrados, pero luego sonríe ligeramente—. Aunque ha ayudado.

—Se lo dije —le señalo y luego regreso a mi propio lado.

Me tiemblan las manos. Mi respiración es inestable.

Después de eso, me cuesta concentrarme en mi propia arma. Fallo el blanco más veces de lo normal y sé que es porque estoy demasiado pendiente de Alessio.

Alessio… que está acertando en el blanco al menos un cincuenta por ciento mejor que antes. Observo la forma en que su cuerpo se mueve con cada retroceso del arma. La forma en que su pelo rebota ligeramente. El sutil cambio de sus bíceps al tensarse y relajarse bajo la tela de su camisa.

Después de otra hora, finalmente vuelvo a guardar mi arma en la funda y me arremango. El sudor me baja por la frente.

—¿Te vas tan pronto? —pregunta Alessio, apartando el protector auditivo de su oreja izquierda.

Yo ya me he quitado los míos.

—Tengo trabajo que hacer. —Continúo subiéndome las mangas hasta los codos, revelando mis antebrazos profusamente tatuados, coloridos pero de tono oscuro. Juraría que Alessio me observa.

Tengo que recomponerme…

Y así lo hago. Me pongo el abrigo, salgo de la galería de tiro y regreso a la propiedad de los Fiorelli. Preparado para pasar el día vigilando a Rosalie.

—No estoy segura de qué me parece la falda —dice Rosalie mientras permanece de pie sobre un escabel en el centro del salón, donde han colocado varios espejos a su alrededor. Una mujer de unos sesenta y largos, quizás setenta y pocos, espera a un lado y frunce los labios.

Patricia, la tía de Rosalie, está sentada en el sofá cercano bebiendo una taza de té. Nikolas, el único hijo de Eivor y Patricia, está sentado cerca de la chimenea atizando el fuego con un hierro.

—¿Qué es lo que no le gusta? —pregunta la mujer mayor—. ¿Cuál es el problema? ¿Tiene demasiado vuelo, muy poco, es demasiado estrecha, demasiado ancha? Puedo recoger esta parte así. —Se acerca y empieza a manipular la falda del vestido. Un diseño excesivamente grande y ornamentado en el que parece difícil hacer cualquier cosa que no sea estar de pie.

—Sí, ¿qué te pasa, cielo? —pregunta Patricia—. Solo queda una semana para la boda, no hay mucho tiempo para arreglar estas cosas.

—Puedo hacer mucho en una semana, no dude de mí —insiste la anciana señalando con el dedo—. ¡Tendré sus arreglos listos en tres días! ¡Tres!

Yo permanezco junto a la entrada de la estancia, justo a un lado del arco de madera. Vigilo el pasillo a la izquierda, a la derecha, y la habitación donde Rosalie no parece… muy feliz.

—Es que no soy yo —responde ella con un suspiro—. No tuve mucho tiempo para decidirme por un vestido; solo sé que me voy a casar desde hace un par de semanas.

—En mi país, algunas novias no lo saben hasta el día de la boda —afirma la mujer—. ¡Tiene suerte de tener siquiera una opción!

No puedo evitar arquear una ceja mientras escucho a escondidas su conversación.

Un par de semanas… La boda se está organizando muy rápido.

Una semana para la boda. Eso no me deja mucho tiempo para reunir información.

Casi había olvidado que debía hacerlo esta mañana en la galería de tiro.

Si he de cumplir con lo que Eivor me pide —no, me exige—, necesito entrar en la propiedad de los Dresvanni.

¿Qué información podría querer? ¿Algo para boicotear el matrimonio o algo para que sea menos probable que los Dresvanni se echen atrás?

Tengo la sensación de que la información que quiere Eivor Fiorelli es cualquier cosa que pueda usar contra los Dresvanni. Cualquier cosa para ganar y mantener la ventaja.

Mi atención se desvía cuando Eivor entra en la habitación.

—Vaya, vaya. Estás preciosa, mi querida sobrina —dice con una gran sonrisa y se acerca a ella, poniéndole las manos sobre los hombros.

El lenguaje corporal de Rosalie cambia por completo. Antes estaba con la espalda erguida, la cabeza alta y sin miedo a decir lo que pensaba sobre el vestido. Ahora sus hombros suben hacia sus orejas, se inclina un poco hacia delante y noto que se está mordiendo el interior de la mejilla.

—Gracias, tío —dice con una pequeña sonrisa. Su voz es más suave y tímida.

—¿Qué le gustaría cambiar del vestido? —pregunta la costurera —. ¿Qué haría que se sintiera más usted?

—¿Cambiar? ¿Estás de broma? Es un vestido magnífico. Nunca te he visto tan guapa, estás radiante, Rosalie, cielo. —Eivor le acaricia los hombros descubiertos y se acerca a ella, mirándola en uno de los espejos.

—Bueno… —Rosalie se aclara la garganta—. Hay una o dos cosas que cambiaría.

Eivor se mueve para mirarla de frente y da un paso atrás. —Yo no veo qué, pero lo que sea por mi princesa. —Le sonríe de oreja a oreja.

Ella vuelve a sonreír y asiente. —No es mucho, lo prometo.

—Sé que me harás sentir orgulloso —dice mientras gesticula con las manos—. Esta va a ser la boda que cambie a la familia para siempre.

Patricia tose un poco. —¿Te olvidas de nuestra boda, querido? ¿No es así?

Eivor se ríe. —¡Claro que no! Por supuesto que no. Qué día aquel; nunca podría olvidarlo —dice mientras se acerca y se sienta junto a su esposa. Observo cómo le coge la mano y se la besa.

La costurera anda retocando y ajustando el vestido con sus alfileres.

Nikolas parece increíblemente desinteresado en toda la conversación en general. Su presencia es totalmente irrelevante. Eivor parece mucho menos interesado en la vida del joven que en la de Rosalie…

Es solo la una de la tarde. Tengo la sensación de que va a ser un día muy largo.

—Una copa, cariño —le dice Eivor a Patricia al soltarle la mano.

Veo que la sonrisa de la mujer flaquea, pero la mantiene y asiente. Se levanta y le sirve un vaso de whisky del mueble bar cercano.

—Trae la botella —insiste él.

Rosalie mira por encima del hombro. —¿Qué tal ha estado Alessio esta mañana? —me pregunta.

—Ah —Eivor parece reprenderla—. No interrogues al hombre, está trabajando. Además, no necesitamos oír hablar de *él* ahora mismo. Hoy todo gira en torno a ti.

Empiezo a evadirme, aunque no debería. La conversación es aburrida y no me podría importar menos. Además, no hay nada peligroso a la vista.

Al menos, eso creo.

Pero pensándolo bien, las cosas están demasiado tranquilas. Demasiado agradables.

Desde que estoy aquí, ha habido muy pocas cosas de las que realmente proteger a Rosalie. Se diría que deberían tener más enemigos. Conozco el conflicto que tuvieron con los Dresvanni —esta boda se supone que va a resolverlo—, ¿pero qué hay de sus aliados que no están de acuerdo con el matrimonio?

Mientras reflexiono sobre esto, el sonido del timbre capta mi atención.

—Yo voy —insiste Nikolas.

—¿Esperabais algún paquete? —pregunta Patricia. No estoy seguro de a quién se lo pregunta.

—Yo no —dice Rosalie simplemente.

De repente, al oír abrirse la puerta, siento un vuelco en el estómago.

—Creo que es un paquete —dice Nikolas, y todo sucede a cámara lenta—. ¿Debería comprobarlo pri…?

Me doy la vuelta y me dirijo directamente hacia la puerta. Mi objetivo no es la puerta, sino el joven que está con la puerta a medio abrir, mirando una pequeña caja marrón con varias etiquetas.

—¡Cierra la puerta! —le exijo.

—¿Qué? —pregunta él, como si no hubiera procesado lo que estoy diciendo.

No hay tiempo para repetirme.

En una fracción de segundo, placo a Nikolas contra el suelo y lo protejo con mi cuerpo. Al mismo tiempo que golpeamos el suelo, cierro la puerta de una patada, pero no se cierra del todo. Se ha quedado atascada.

Mantengo la puerta cerrada con los pies, empujando con fuerza con los muslos y las rodillas.

Nikolas, debajo de mí, solo tiene tiempo para un grito ahogado antes de que una explosión sacuda la fachada de la propiedad y atraviese la puerta por una rendija lo bastante grande como para lanzar escombros contra mis brazos y el suelo.

No es una explosión enorme, es pequeña y bastante contenida, pero prende fuego a la corona de la puerta y chamusca la planta que hay junto al interior de la entrada, además de la manga de la chaqueta de mi traje.

Siento un hormigueo en la piel de mi mano izquierda, pero lo ignoro.

—¡Oh, Dios mío! —la voz de Patricia suena detrás de mí.

—¡Que todo el mundo se quede atrás! ¡Llama a tus guardias a la entrada! —le exijo a Eivor—. Que traigan a tu experto en explosivos.

—Lo estoy llamando ahora mismo —me dice Eivor. Creo que está de pie sobre mí, pero tengo la cabeza un poco aturdida.

Tras otros dos segundos, al ver que no ha estallado otra bomba, me incorporo lentamente y me quito de encima del pobre chico.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él me mira con los ojos como platos. —S-sí, creo que sí.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una bomba? —me pregunta.

Me incorporo del suelo de baldosas y le tiendo la mano para ayudarle a levantarse. —Sí. Vete, no es seguro quedarse aquí. Ve a decirle al servicio que se mantengan alejados de las puertas y ventanas hasta que esto esté despejado.

Se levanta del suelo y desaparece rápidamente por el pasillo.

De repente, Rosalie entra precipitadamente en la habitación, ya no lleva el vestido de novia sino un fino camisón.

—¿Quién ha hecho esto? —pregunta—. ¿Quién haría algo así?

Miro hacia ella. —Eso es lo que voy a averiguar.

5

Capítulo cinco

Alessio

En el segundo en que me entero de que el porche delantero de la mansión Fiorelli ha saltado por los aires, ya estoy en mi coche de camino hacia allí. A pesar de que Carmine me ha dicho que no me involucre. Si él está involucrado, yo también. No hay más que hablar.

Hay que reconocer que no me han avisado hasta una hora después de que ocurriera, así que para cuando entro en la entrada de la casa, Carmine y Soren ya llevan aquí el mismo tiempo. El porche ha sido barrido de cualquier escombro y el paquete que explotó no aparece por ninguna parte. Hay varios coches oscuros más aparcados en la entrada, y la puerta está entreabierta cuando llego a lo alto del porche, bajo el techado para los coches.

—¿Alguien me va a poner al tanto de los detalles de cómo ha pasado esto? —pregunto mientras empujo la puerta para terminar de abrirla. Me encuentro cara a cara con varios hombres que están raspando trozos y restos de ceniza de la puerta y del suelo que hay junto a ella.

Entonces me cruzo con la mirada de Rosalie. Está de pie cerca de la escalera, envuelta en una bata de Navidad roja oscura y blanca a

pesar de que ya hace varias semanas que pasaron las fiestas. Tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras me acerco despacio.

Ella asiente. —Yo no abrí la puerta, fue Nikolas. Yo estoy bien y él también —me dice. La observo un segundo o dos y compruebo que dice la verdad. No parece ensangrentada ni quemada por ninguna parte que yo pueda ver. A menos que lo esté escondiendo bajo la bata. No imagino por qué me mentiría, así que paso rápidamente a buscar a mi hermano.

—¿Carmine? —llamo.

—Te he dicho que te mantuvieras al margen, Alessio —la voz de Carmine viene de la sala de estar. Hay varios espejos colocados por allí junto a un vestido que cuelga sobre uno de ellos, pero oculto dentro de una funda de sastre.

Ah, es cierto. Rosalie se estaba probando el vestido hoy.

—Voy a entrar a formar parte de esta familia por matrimonio, no hay forma de mantenerse al margen —le recuerdo—. Además, se supone que soy tu segundo. ¿O es que Soren ha ocupado mi lugar? —Me planto ante él con los puños cerrados.

—No hay tiempo para discusiones —interrumpe Soren.

—Esto no va contigo —le espeto, y luego vuelvo a mirar a Carmine—. Hasta hace un mes, yo era quien se aseguraba de que nuestra familia se mantuviera a flote mientras tú estabas borracho, drogado y haciendo Dios sabe qué cada bendita noche. Perdiéndote a ti mismo.

—Ahora es diferente, Alessio. Lo sabes —insiste Carmine.

Suelto un bufido. —O sea, que te has encontrado a ti mismo y estás listo para tomar el mando de esta familia; me alegro por ti, pero yo también soy parte de esto. Soy el segundo hermano mayor, no soy Cassian. No soy un niño pequeño al que haya que mantener fuera de la refriega.

Carmine suspira. —Tienes razón. Es solo que no quiero que salgas herido.

—Si pasamos demasiado tiempo intentando mantener vivo al otro, nos van a matar en el proceso —gruño—. Ahora, cuéntame exactamente qué ha pasado.

Carmine mira por encima de mi hombro. —Damian... Rossi, ¿verdad? Tú estabas aquí durante el impacto, ¿por qué no lo explicas?

Siento la presencia de Damian detrás de mí igual que esta mañana y se me eriza el vello de la nuca.

—Por supuesto, señor Dresvanni —dice Damian con un tono bajo y profesional carente de emoción. Es distinto a cómo me ha hablado en la galería de tiro.

—Durante la prueba del vestido de la señorita Fiorelli esta tarde, han llamado a la puerta. Nikolas se ha dirigido a ella. Solo ha llegado a abrirla parcialmente antes de que yo le alcanzara. He presentido que algo no iba bien. Le he placado contra el suelo y he mantenido la puerta cerrada con los pies justo cuando un pequeño paquete en el porche ha detonado —explica Damian.

El corazón se me sube a la garganta. ¿Estaba justo ahí cuando ha explotado? En la puerta... reteniendo la explosión con los pies mientras Nikolas estaba protegido debajo de él.

—¿Estás herido? —suelto sin pensar.

Damian me rodea y se sitúa entre mi hermano, Soren y yo.

—He sufrido quemaduras leves, pero no es nada que no pueda soportar —nos dice a todos, aunque sus ojos se desvían hacia los míos y se quedan ahí unos segundos más de lo que duran sus palabras—. Nikolas está arriba con Beau tranquilizándose. —Beau es un joven que los Fiorelli adoptaron después de que mataran a su familia. Parece que tienen una fijación con adoptar huérfanos.

—Bien —digo simplemente, recobrando la compostura. Necesito mantenerme sereno. No puedo dejar que Carmine encuentre ningún motivo para mantenerme en la ignorancia o apartarme de esto.

Además, ¿no es el trabajo de Damian hacer lo que ha hecho? Debería esperar que el hombre saliera herido, debería esperar que todos saliéramos heridos a este paso. Trago saliva con dificultad y centro mi atención en los detalles más importantes.

—¿Cómo era de grande el paquete? —pregunto.

—Era bastante pequeño. Igual que la bomba. Los técnicos están examinando las piezas restantes todavía, pero basándome en mi

propia experiencia, no creo que el dispositivo tuviera intención de matar.

Carmine chasquea la lengua. —Si no tenía intención de matar, solo de herir, entonces quizás sirva como advertencia —sugiere.

Eivor entra en la habitación resoplando. —Una advertencia que no me voy a tomar a la ligera —agita los brazos y se dirige al mueble bar, cogiendo inmediatamente una botella y sirviéndose una copa de lo que parece ser whisky.

—¿Quién cree que le estaría advirtiendo, Eivor? —pregunta Carmine.

—Creo que es bastante obvio —replica Soren.

Los miro con los ojos entornados y luego miro a Eivor, que está dando un trago y negando con la cabeza.

—Nunca es tan obvio como parece, muchacho —insiste.

Damian murmura y se aleja del grupo, se aleja de mí. Me doy cuenta de que hace esto justo cuando Rosalie entra en la habitación.

—¿No debería participar yo en esta conversación? —pregunta ella —. Alessio está en ella, Soren también.

—Cuanta menos gente esté involucrada, mejor; francamente, esta habitación ya está demasiado llena para mi gusto —admite Eivor con un suspiro.

Lanzo una mirada hacia Damian, que tiene las manos metidas en los bolsillos del traje. Me fijo en que una de sus manos está quemada, todavía sin cubrir por ningún vendaje, la carne viva expuesta al aire. El puño y la manga están chamuscados y rotos hasta el codo.

—Rosalie debería tener un lugar aquí —digo mientras aparto la vista de Damian—. Al fin y al cabo, la amenaza muy bien podría estar relacionada con nuestro compromiso.

Rosalie me mira con sorpresa pero la oculta rápidamente y se aclara la garganta. —Sí, estoy de acuerdo.

—Bueno, no hay mucho de qué hablar aparte de quién creemos que ha enviado la amenaza, la advertencia —dice Soren lentamente —. Yo creo que son los Carvel.

—No hemos sabido nada de ellos desde que les dije que nuestra enemistad mutua contra la familia Dresvanni estaba en pausa —

explica Eivor—. Enviar una bomba es una forma ridícula de llamar mi atención.

—¿Cómo lo haría usted? —le pregunto—. ¿Con una cabeza de caballo?

Eivor bufa. — ¿Perdón?

—Tiene razón, Eivor —concuerda Carmine conmigo, lo que me hace sonreír con sorna—. Los Carvel contaban con vosotros, los Fiorelli, para ser su ejército en la lucha contra nosotros. Ahora que Rosalie y Alessio se van a casar, se han quedado solos para luchar.

—No imagino que estén contentos por eso —interviene Rosalie—. Hemos pasado de trabajar con ellos a dejarlos a su suerte.

—Necesitaré más información sobre la familia Carvel —dice Damian tras un momento de silencio—. Si he de mantener a Rosalie a salvo de ellos, necesito saber qué trucos pueden tener bajo la manga.

—Ya te he dado toda la información que tengo —le dice Eivor.

Suspiro. —Muy bien, ¿son los Carvel nuestro único sospechoso? —pregunto con una ceja levantada y los brazos cruzados.

La habitación se queda en silencio. —Hasta que sepamos con certeza quién es, creo que alguien debería acompañar a Alessio a casa también —dice Carmine—. Muy bien podrían ir a por Rosalie y a por ti específicamente. —Asiente en mi dirección.

Me muerdo la lengua brevemente. —Sé cuidarme solo, hermano —le recuerdo.

—Nadie está a salvo cuando se trata de un bombardero misterioso —responde él.

Exhalo pesadamente y miro hacia Damian, que está flexionando su mano herida y tiene la frente arrugada.

—Está bien. ¿Por qué no preparáis una lista de quién más podría estar involucrado mientras yo curo a nuestro guardia aquí presente? —digo. Todos miran hacia Damian con confusión.

—¿Es que no os habéis dado cuenta de que tiene la carne quemada completamente al aire? —Suelto un bufido y me acerco a él.

—Le aseguro que he tenido cosas peores —me dice Damian.

Niego con la cabeza. —No me cabe duda.

—Ve a que te venden, señor Rossi. No hay nada más que podamos hacer por el momento —accede Eivor. Una de las primeras veces que ha estado de acuerdo conmigo.

Damian me sigue fuera de la sala y por el pasillo hasta uno de los baños grandes.

—¿Cómo de grave es la quemadura en realidad? —le pregunto mientras cierro la puerta casi del todo, dejando solo una pequeña rendija en el marco.

—No es para tanto —me dice Damian mientras se quita la chaqueta del traje y se sube las mangas—. El daño parece peor de lo que es.

Frunzo un poco el ceño y abro uno de los cajones del amplio mueble en el que está encastrado el lavabo. Luego otro, hasta que encuentro un pequeño botiquín de primeros auxilios.

—Puedo hacerlo yo solo. —Damian pone una mano sobre el botiquín.

Le aparto la mano de un manotazo. —Tómalo como una forma de compensarte por lo de esta mañana —le digo. Aunque no estoy muy seguro de por qué lo hago, si soy sincero. Algo en la visión de este hombre herido simplemente... me afecta.

—Está bien —masculla Damian.

Tomo su mano despacio y observo la piel quemada a lo largo del lateral de sus grandes dedos y la palma, subiendo por el antebrazo.

—Esto tardará un par de semanas en curarse por completo —comento—. Me sorprende que no te hayas hecho más daño.

—Como he dicho, la explosión no ha sido tan mala como ha parecido.

Me río suavemente. —¿Por qué me da la sensación de que dirías eso aunque hubieras perdido media cara?

—Estaría vivo, ¿no?

Niego con la cabeza y empiezo a limpiar la herida. Damian no sisea ni hace ningún sonido de incomodidad en absoluto. Simplemente aguanta. Sé que le duele, sin embargo, porque sus músculos se tensan cada vez que el paño toca la carne quemada, y las venas de sus manos y brazos se vuelven más prominentes.

Me muerdo el labio inferior un segundo antes de centrarme.

—¿Por qué hace esto? —me pregunta.

Parpadeo y le miro a los ojos. Son cálidos y curiosos, pero guardan una oscuridad que no alcanzo a desentrañar. No tengo ni idea de dónde viene, de quién es realmente. Solo de por qué está aquí.

Y, aun así, no podía dejar que se quedara ahí fuera herido.

—No lo sé —digo con sinceridad—. Simplemente lo hago.

Los ojos de Damian escudriñan los míos, igual que los míos los suyos, y me pregunto qué estará viendo allí. El corazón me late deprisa e intento ignorarlo.

Miro hacia abajo, apartando la vista de él, y pongo ungüento en las quemaduras antes de envolver su brazo con vendas con la presión justa. Deslizo mis dedos por sus tatuajes un momento. Algunos son florales. Enredaderas con sombras oscuras que se entrelazan por todas partes.

No se dice nada más. Ni siquiera cuando se baja las mangas y salimos del baño.

Pero sigo oliéndolo, igual que esta mañana. Como un almizcle especiado, a pino y madera.

También recuerdo esas palabras que me ha dicho. Aunque habían sido tan tenues que casi no las capto con los protectores puestos.

Buen chico.



Dos días después, es hora de casarme con Rosalie. Oficialmente. Legalmente. Aunque nada de celebraciones. La ceremonia de boda será dentro de una semana, pero Eivor insiste en que revisemos el contrato de nuestro matrimonio y lo hagamos oficial ahora en lugar de más tarde.

Qué romántico.

Las bodas que tienen lugar en el despacho de un juez no son exactamente raras en mi familia. A veces los matrimonios deben ser secretos, o no comunicarse al público hasta cierto momento. ¿Pero

este? No estoy seguro de por qué Eivor está tan empeñado en que pasemos por el juzgado primero. Quizás por la amenaza de bomba.

El aviso.

Los Carvel son nuestros principales sospechosos, pero hay otros enemigos que nuestras dos familias han tenido y mantienen. Las treguas entre nosotros solo duran un tiempo; era cuestión de tiempo que alguien saltara.

Aun así, el espectáculo debe continuar.

Me he fumado unos cuatro cigarrillos para cuando finalmente entro en el bufete de abogados y me dirijo al despacho del juez con Carmine y Soren pisándome los talones.

—No hay prisa, Alessio —me recuerda Carmine.

—Pues no lo parece —respondo con una sonrisa socarrona—. Además, cuanto antes acabe esto, antes podré tomarme una copa. ¿Tú no quieres una, *Carm*?

Mi hermano me lanza una mirada fulminante. —Estás jugando con fuego.

Abro la puerta de un empujón. —Igual que tú. No creas que he olvidado cómo te pusiste cuando murió nuestro padre.

A Carmine se le descompone el gesto y yo le doy la espalda, entrando en la sala con mi traje negro y morado.

Rosalie ya está esperando al frente de la sala con un traje de chaqueta azul y plateado y el pelo recogido de forma elegante pero sencilla. Parece estar tan entusiasmada con esto como yo, con esa sonrisa falsa asomando a sus labios al verme.

—Alessio —dice, y me coge de la mano mientras me acerco a ella.

—Cariño —digo mientras le llevo la mano a la boca y beso el dorso.

Desvío la mirada hacia Damian, que está de pie cerca de nosotros. Sus ojos no se encuentran con los míos; en su lugar, permanecen fijos en la nuca de Rosalie. Parece estar totalmente volcado en su trabajo estos últimos días.

La puerta chirría de una manera extraña cuando entran Eivor y Patricia, e incluso yo noto que me sobresalto ligeramente.

Todo el mundo está en tensión.

Probablemente ese era el plan de quienquiera que pusiera el explosivo.

Respiro hondo.

—¿Están todos listos? —pregunta el juez.

Asiento con la cabeza, Rosalie también, y tras echar un vistazo a la sala, compruebo que todos los que debían estar presentes, están.

Hemos optado por una boda lo más sencilla posible, ya que la gran boda de cara a la galería ya será bastante de por sí.

—Muy bien —dice el juez simplemente—. Entonces empezaré.

Patricia nos entrega las alianzas, con los ojos llorosos a pesar de lo frío y profesional que es todo esto. Nikolas y Beau están cerca, pareciendo igual de desinteresados en todo el asunto. Eivor ha intentado mantenerlos al margen de todo el drama que ha estado ocurriendo en la medida de lo posible, y es obvio que no saben lo grave que es la situación con la amenaza.

—¿Conoce alguno de ustedes algún impedimento legal para contraer matrimonio? —pregunta.

—No —digo con seguridad. Legalmente, es cierto. Mi opinión personal es otra cuestión.

—No —le sigue Rosalie. Le tiembla un poco la voz.

—Muy bien.

—¿Usted, Alessio Dresvanni, toma a Rosalie Fiorelli como su legítima esposa? —me pregunta el juez.

Tomo aire lentamente y miro a Rosalie a los ojos.

Ya está.

Nos vamos a casar. La única salida será un divorcio largo y probablemente difícil con su tío y mi hermano luchando contra nosotros por el camino.

¿Por qué nos casamos? ¿Por nuestras familias, o por culpa de nuestras familias?

Si tuviera que elegir a alguien con quien casarme, puedo asegurar que no sería Rosalie. Somos dos personas tan sumamente distintas que ni siquiera saldríamos juntos si tuviéramos elección. ¿Verdad? Así que casarme con ella parece un error.

Pero aquí estamos.

Para proteger a mi propia familia, ¿estoy realmente dispuesto a vender mi alma a los Fiorelli? ¿A la misma familia que nos amenazó hace apenas unas semanas? Eivor, un hombre que quiere acaparar todo el poder posible. ¿De verdad creo que será una buena incorporación a nuestra familia? ¿O solo será un arma más en el arsenal de nuestro dolor y sufrimiento?

Tal vez no importe.

Tal vez lo único que importe sea el ahora; es lo que Carmine considera que es mejor para nosotros. Se merece la oportunidad de liderarnos al igual que nuestro padre, y al igual que lo haré yo si él muere. Aun con sus fallos y errores.

Él no es el único que los tiene.

La lealtad a mi familia es todo lo que tengo ahora, así que haré lo que hay que hacer.

—Sí, quiero —digo sin romper el contacto visual con Rosalie. Deslizo el anillo en su dedo lentamente. Le queda perfecto. Una alianza de oro con suaves grabados en el exterior.

—¿Usted, Rosalie Fiorelli, toma a Alessio Dresvanni como su legítimo esposo? —le pregunta el juez.

Rosalie duda un momento, igual que yo. Me pregunto si estará pensando lo mismo. Si un millón de pensamientos estarán cruzando su mente.

—Sí, quiero —dice finalmente.

—Por el poder que me ha sido otorgado, los declaro marido y mujer.

Me inclino hacia Rosalie, que se alza lentamente hacia mí. Al segundo siguiente sus labios están contra los míos. No cierro los ojos, solo presiono mis labios contra los suyos con firmeza pero sin abrir la boca. Ella me besa de una forma más suave, pero su beso es igualmente recatado. Dura un par de segundos más antes de que ambos nos separemos.

Noto que el beso no me ha producido asco, sino más bien algo de inquietud. He interpretado este papel antes, pero no así. No un papel que se espera que interprete por el resto de mi vida.

Ante el ligero aplauso a nuestro alrededor, tomo aire.

—¿Qué es lo siguiente? —pregunto.

—Firmáis la licencia de matrimonio, y luego… hay unos papeles que necesito que tu hermano revise —explica Eivor.

—¿Yo no? —arqueo una ceja.

—Tú los verás después —insiste.

Siento un vacío profundo y oscuro en el estómago, y miro hacia Damian, que sigue negándose a mirarme. O quizás, simplemente estoy demasiado centrado en él.

Las siguientes dos horas me parecen un borrón. Firmo los papeles junto a Rosalie. Y estamos casados.

Estoy casado con una mujer.

Siento un poco de mareo mientras vamos al salón de la catedral donde volveremos a casarnos dentro de una semana. Eivor insiste en que lo visitemos antes del ensayo, que es en solo unos días.

He estado aquí antes, una docena de veces o más. Sobre todo cuando era niño. Por Semana Santa y Navidad.

La gran cruz en el centro del podio parece incluso más grande de lo que recordaba en mi infancia. Los techos altos me hacen sentir como una criatura insignificante en todo esto.

—¡Ay!, ya me imagino la decoración, ¿a que tú también, cielo? —me pregunta Rosalie con una sonrisa. Poniendo esa voz suya. La dulce y afectuosa. La que dice: *ahora estamos jugando a las casitas*.

Solo que este juego no es ni de lejos tan divertido como lo recordaba.

Fuerzo mi propia sonrisa y me entrelazo del brazo con ella mientras caminamos por el pasillo, mirando los bancos.

—Sí, va a ser precioso, querida —secundo.

Damian camina detrás de nosotros, y su presencia se siente aún más pesada ahora.

Juraría que siento cómo me atraviesa con la mirada, pero no puedo darme la vuelta para comprobar si es cierto.

—Te vas a morir cuando me veas con mi vestido —dice Rosalie con un suspiro—. Es impresionante. No puedo creer que lo tuvieran listo tan rápido.

Estoy un poco distraído, así que me limito a canturrear una respuesta vaga.

—¿Alessio? —dice Rosalie lentamente y se detiene.

—¿Hm? —pregunto.

Ella suspira. —Mira, si no vas a decir nada relevante como respuesta, mejor no digas nada.

Parpadeo hacia ella. —¿Qué quieres de mí? Estoy aquí, ¿no?

Veo cómo traga saliva con dificultad. —No espero nada de ti, excepto silencio. Así que, limítate a estar callado entonces.

Asiento en respuesta e intento no sonreírle con condescendencia, pero cuando ella aparta la vista, mi expresión decae y sigo caminando. Cada paso se siente como si lo diera otra persona.

La siguiente vez que soy plenamente consciente del entorno, estamos dejando a Rosalie en su apartamento, y yo estoy sentado en el asiento del copiloto del coche de Damian mientras él me lleva de vuelta a la finca de mi familia.

—El día se me ha pasado volando —digo lentamente.

Damian no responde nada. No debería resultarme extraño. Al fin y al cabo, solo es el guardaespaldas que me lleva a casa. Por insistencia de mi hermano, ni más ni menos. Como si no pudiéramos permitirnos contratar a mi propio guardia.

Supongo que piensa que Damian tiene un interés especial debido a su posición con Eivor. Yo personalmente creo que solo quiere buscar más formas de empujarnos a Rosalie y a mí a estar juntos.

No importa. Ya está hecho.

—Estoy casado —mascullo.

—Sí, lo está —responde finalmente Damian.

Miro por la ventana y me pregunto si mi madre se sintió así el día de su boda. O mejor aún, mi padre. ¿Cómo se sintieron cuando se casaron?

—Recuerdo que mi madre me decía que el día de su boda fue un día que nunca olvidaría —digo despacio, sin apartar la mirada del gris exterior—. Lo hermoso y emotivo que fue.

—Aún le queda la ceremonia religiosa, ¿no? —pregunta Damian.

Parpadeo. —Ah, sí —recuerdo—. En esa iglesia.

Se hace el silencio durante un largo momento antes de que vuelva a hablar. —Esto no es lo mismo.

—¿Por qué no? —Damian me mira. Puede que yo no lo esté mirando a él, pero noto cómo sus ojos se posan en el perfil de mi

cara.

Sin embargo, cuando lo miro, él ya ha vuelto a fijar la vista en la carretera. Su expresión es dura y tiene la mandíbula tensa.

—Como si no lo supieras —le reto—. Eres un hombre inteligente. Eivor no te habría contratado si no lo fueras.

—Usted y Rosalie parecen hacer buena pareja —insiste—. Aunque puedo imaginar que su matrimonio no es solo por romance. En nuestro mundo, nunca lo son.

Suelto una risita por lo bajo. —Hablas como si tuvieras experiencia de primera mano.

Damian niega con la cabeza. —No. La vida que usted lleva no es para mí —me dice.

—¿La vida que llevo yo? —le pregunto, ladeando la cabeza.

Giramos por otra calle.

—Usted tiene cierto poder en su familia. Imagino que por eso lo eligieron —dice Damian en voz baja. Su voz es un murmullo grave en la penumbra del coche—. A mi familia no le podría importar yo menos… y prefiero que sea así. Prefiero moverme de un trabajo a otro. Sin apegarme nunca.

—¿Nunca? —pregunto mientras mis ojos recorren su rostro. Él no me mira, pero observo cómo se remueve ligeramente en el asiento del conductor.

—Nunca me he apegado. Al igual que usted no acaba de casarse con una mujer a la que no ama de verdad —responde Damian.

Le dedico una sonrisa burlona y luego miro al frente mientras nos acercamos a la finca. Todo está en silencio. Ninguno de los dos habla.

El silencio hace que sea difícil no pensar en lo que ha pasado hoy. En que ahora estoy atado a una mujer a la que nunca me imaginé unido de ninguna manera. ¿Qué pasará ahora? Más allá de la ceremonia y la recepción. Más allá del contrato que le da a Eivor más poder en nuestro dominio.

¿Qué se esperará de mí?

Antes de que pueda profundizar en esos pensamientos, Damian detiene el coche frente a la puerta principal de la finca de mi familia.

—Ya hemos llegado —dice cuando ve que no me bajo de inmediato.

Me desabrocho el cinturón y pongo la mano en la puerta.

—Recuerdo lo de la otra noche —le digo—. La forma en que me miraste.

Damian se queda callado.

Abro la puerta del coche y saco una pierna larga. —O a lo mejor me equivoco.

—Se equivoca —dice él.

Miro al suelo mientras saco la otra pierna. El viento frío me golpea la cara y me despeina. —Si tú lo dices.

6

Capítulo seis

Damian

En la oscuridad de mi habitación de invitados en la finca de los Fiorelli, no consigo quitarme de la cabeza la imagen del rostro de Alessio. La forma en que su pelo largo se movía con la brisa.

Son las diez y cuarenta y seis de la noche, y en lo único que puedo pensar es en el rubor que el frío le ha provocado en la nariz y las mejillas. Incluso tiene pecas.

La forma en que me ha hablado en el coche ha sido más vulnerable de lo que esperaba que nadie me hablara aquí. Incluso con lo vago que ha sido todo.

Me doy la vuelta sobre el costado. Me pongo boca arriba. Me giro hacia el otro lado.

Estoy inquieto.

Tengo demasiado calor.

Aparto las mantas de un tirón.

El calor me recorre el abdomen hasta la entrepierna.

Estoy duro.

Estoy duro y el rostro de Alessio es el que tengo en mente. No solo su rostro. Su cuerpo alto. Su voz suave. La mirada de sus ojos.

Reconozco a un hombre que se cuestiona sus decisiones en cuanto lo veo.

No es asunto mío. No hay razón alguna para que me importe. No solo eso, ni siquiera debería estar alimentando los pensamientos que tengo.

La idea de su piel rosada bajo mis grandes manos. El sonido de su voz susurrando mi nombre.

La culpa me inunda. Me atraviesa. Hasta lo más profundo de mis huesos.

Las once y treinta y uno. Sigo despierto. Sigo empalmado.

Todo esto por un hombre. Como si fuera un degenerado salido y no estuviera trabajando para dos de las familias más poderosas de Italia.

Trago saliva con dificultad y me pongo boca abajo. Aplasto mi polla entre la cama y mi cuerpo. Siento cómo palpita. La sangre bombeando.

¿Es solo lujuria? ¿De verdad es solo eso? Apenas conozco al hombre. Así que tiene que ser eso.

Aunque se me encoja el corazón al pensar en la tristeza de su voz.

Cierro los ojos con más fuerza.

Es medianoche. Mi miembro sigue doliéndome entre mi cuerpo y el colchón. No puedo más.

Me descubro balanceando las caderas contra la cama. Una y otra vez.

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Hacia delante. Hacia atrás.

Desesperado por la fricción. Por el alivio.

Gruño contra la almohada junto a mi cabeza y agarro el borde de la cama con la mano izquierda. Sigo así diez, quince minutos. Respirando fuerte y humedeciendo el aire de la habitación. La cama cruje muy levemente bajo mi peso cambiante mientras me froto la polla contra el colchón.

Intento pensar en otra cosa, en otra persona; pero cuando me corro en los calzoncillos en varios chorros calientes, es a Alessio a quien veo en mi mente.

~

Se han colocado jarrones de cristal transparente en cada mesa redonda del salón. Se me escapa lo caros que puedan ser. No tengo ningún interés en qué tipo de flores ha elegido Rosalie para el evento. Ni me importa especialmente el resto de la decoración. Los adornos de tela azules y morados. Las luces parpadeantes.

Presto atención, sin embargo, a todas y cada una de las posibles entradas y salidas del edificio. Incluidas las que de otro modo podrían olvidarse.

El gran ventanal del pasillo que va del comedor a los baños. No tiene forma de abrirse ni cerrarse, pero podría romperse fácilmente.

El tragaluz sobre la mesa de los novios.

Las puertas dobles traseras que actualmente están sin vigilancia.

—¿Habrá guardias en todas las puertas la noche del enlace? —le pregunto a Eivor.

Está distraído hablando con el responsable del catering sobre el tema del alcohol, queriendo asegurarse de que Nikolas y Beau no puedan mangar nada de bebida. Resulta bastante divertido que eso sea algo que le preocupe en una situación como esta.

Me mira con expresión de incertidumbre. —¿Qué? Ah... sí. Por supuesto.

—¿Por qué no los hay esta noche? —pregunto, mirando las puertas con recelo.

—Solo es el ensayo. No vendrá mucha gente —insiste él.

Me tiemblan los dedos. —Después de lo de la bomba, creo que sería conveniente estar en alerta máxima —digo.

Él suspira. —Sí, sí. Estoy de acuerdo. Por eso hay unos cuantos guardias de más aquí esta noche. No quiero que el lugar parezca que está bajo asedio. Estoy seguro de que con su ayuda, todo irá de maravilla. ¿No lo cree? —Me sonríe. Noto una mirada dura en sus ojos.

—Si usted está seguro, señor Fiorelli —le digo, cambiando mi tono. Está claro que no tiene interés en escuchar ninguna crítica.

—Vaya que si lo estoy —dice él—. No ha pasado nada más desde ese pequeño... aviso. Has mantenido vigilada a mi querida sobrina, y Carmine no ha encontrado nada de qué preocuparse por ahora con los Carvel. Se te notificará si hay algún motivo de preocupación.

Entre cierro los ojos. Me siento inquieto. —Sí, señor Fiorelli.

A pesar de sus palabras, no voy a bajar la guardia. Ni un solo instante.

Me giro para buscar a Rosalie. Está caminando por ahí y dando instrucciones a la gente sobre dónde deben ir los adornos. Lleva una especie de vestido con corsé que parece dificultarle la respiración, ya que tiene la cara encendida y no para de tomar aire profundamente con la mano en el estómago.

Miro mi reloj.

Las siete y dos.

Me dijeron que toda la cena de ensayo solo duraría un par de horas, pero a juzgar por el hecho de que ya ha pasado una, yo diría que voy a estar aquí para largo rato.

Me muevo a una esquina de la sala desde donde puedo ver mejor todas las salidas y entradas, ventanas y demás. Observo a los invitados entrar a cuentagotas. Solo una docena. Ni siquiera la mitad de los que asistirán a la recepción real.

Conozco a cada uno por su nombre porque los he buscado. Para asegurarme de estar familiarizado con cada nombre y cada rostro. Nadie que no deba estar aquí, estará.

Veo a Rosalie saludar a los nuevos invitados con apretones de manos y besos en la mejilla. Camina como si flotara sobre una nube. Ejerciendo de anfitriona perfecta. Llevando a los invitados a sus mesas. Asegurándose de que tengan sus menús de lo que se va a servir esta noche. Sonríe, ríe y charlan... pero su sonrisa flaquea en las comisuras. Sus ojos están cansados. Su forma de moverse es ligeramente rígida.

Se pone aún más tensa y su sonrisa se vuelve más amplia, y más falsa, cuando Eivor y Patricia se acercan a hablar con ella.

Miedo y ansiedad. Igual que en el baño durante la gala de compromiso.

Parece que Alessio no es el único que tiene dificultades con su matrimonio.

¿Dónde está él?

Tras varias miradas largas por toda la sala, soy incapaz de encontrarlo. Su pelo largo y su elevada estatura no se ven por ninguna parte. Ni una sola camisa de vestir morada a la vista.

Carmine, sin embargo, está hablando con Soren y Nikolas cerca del pequeño escenario donde una banda se está instalando. Me dirijo hacia ellos con paso firme.

—Señor Dresvanni —le digo, añadiendo rápidamente—, lamento interrumpir.

—Sea lo que sea, debe de ser importante —dice Carmine y se gira para mirarme—. ¿Qué ocurre?

—No consigo localizar a su hermano. Al novio —le digo. Mantengo la voz calmada, pero veo la ansiedad de mis ojos reflejada en los suyos.

Inesperadamente, Carmine suelta una carcajada y me pone una mano en el hombro. —No hay por qué preocuparse. Si hay algún sitio donde pueda estar mi hermano, es fuera fumando. ¿Por qué no echas un vistazo al patio trasero? —sugiere. Sus ojos se entrecierran con diversión.

—No me parece divertido. Tenemos una amenaza seria sobre nuestras espaldas —le recuerdo—. Una que podría haber matado a Nikolas, si no lo recuerda. —Hago un gesto hacia el adolescente.

Se le demuda el rostro. —Soy muy consciente de ello —me dice —. También conozco a mi hermano. Si estuviera en apuros, yo sería el primero en enviar a la caballería tras él.

Nikolas parece incómodo, como si no quisiera estar allí, y no dice palabra.

Soren se acerca a Carmine y le pone una mano en la espalda. —Ve a mirar al patio. Si no está allí, entonces actuaremos con un poco más de prisa, ¿te parece?

Asiento rígidamente y me doy la vuelta para ir a la parte trasera del comedor. La fuerza con la que empujo la puerta hace que esta, y la pared a la que está conectada, vibren. Salgo al aire invernal y veo

una nube de humo elevándose justo a mi izquierda. Salgo, sin importarme el frío.

La puerta se cierra lentamente a mis espaldas mientras me giro y veo a Alessio de pie a un lado, apoyado contra el ladrillo del edificio. Fumando.

—Ahí estás —digo en voz baja. Me mira con expresión de pocos amigos.

—¿Es que alguien me echa de menos? —pregunta en voz baja.

Me detengo a su lado y lo miro con el ceño ligeramente fruncido. —No lograba encontrarte.

Él arquea una ceja. —Necesitaba fumar. No es que me hayan secuestrado.

Resoplo. —Con la amenaza reciente, creo que cualquier cosa es posible —le recuerdo.

Alessio parpadea y mira frente a él, hacia la carretera que hay a media milla por el paisaje nevado. Altos pinos flanquean los márgenes, y sería fácil perder a alguien por los caminos secundarios de esta zona.

—Como ves, estoy bien —dice y da otra calada antes de tirar el cigarrillo al suelo y aplastarlo con el tacón de su zapato de vestir.

No solo huele a humo, hay algo diferente en él. En sus ojos. Tiene las pupilas dilatadas. Habla más despacio.

No huele a alcohol, así que sé que no es eso.

Me acerco a él y lo agarro por la cara. —¿Qué te has tomado? —le pregunto bruscamente.

Alessio intenta apartar la cara de mi mano, pero le cuesta. —¿Q-qué? Nada. —Gruñe y me empuja el pecho, pero parece más débil de lo que suele ser.

—Hablo en serio, Alessio. ¿Qué te has tomado? —Le clavo la mirada con los ojos entrecerrados. No parece demasiado colocado, pero nunca se sabe con certeza.

—Solo lo justo para suavizar los nervios —insiste—. No te preocupes por mí.

—Te estás metiendo pastillas cuando hay gente amenazando con matar a tu prometida. Estoy preocupado. —Le suelto la cara y él se frota la mandíbula.

—No vuelvas a tocarme así nunca más —me fulmina con la mirada. Luego se le dibuja una sonrisa socarrona. —A menos que tengas pensado terminar lo que empiezas. —Me recorre con la mirada de arriba abajo.

Se me calienta la nuca e intento ignorarlo.

—No te drogues si no quieres que te interrogue —replico—. Puedes hacer lo que quieras cuando estés en casa, ¿pero en público? ¿Y si pasara algo ahora mismo y tuvieras que defenderte? ¿De verdad crees que estás en condiciones de pelear? —le pregunto.

Alessio tensa la mandíbula y aparta la vista de mí. —Sé cuidarme solito.

—Seguro que sí. Cuando estás sobrio. Ahora mismo no me fío de ti. —Observo sus manos inquietas y la forma en que se balancea de un lado a otro.

—Tú no lo entiendes —insiste. Alessio niega con la cabeza y mira hacia los árboles tenuemente iluminados. Observo cómo la luz sobre nuestras cabezas proyecta sombras a lo largo de su pelo largo y su rostro de rasgos afilados. Tiene algo que es igual de femenino que masculino. Es alto, de hombros anchos, pero su cuerpo es ágil y sus labios carnosos. Sus mejillas parecen ser suaves al tacto.

Tengo que parar.

Aparto la mirada de él y respiro hondo. —Es hora de volver dentro.

—Volveré cuando me dé la gana —replica.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar a Alessio con irritación, pero la tristeza que hay ahora en sus ojos hace que me detenga.

No tengo ni idea de qué hora es. Ni de qué está haciendo la gente ahí dentro. De si Rosalie está realmente a salvo allí... y por alguna razón no me molesta tanto como debería normalmente.

—Dime —insisto— qué es lo que no entiendo.

Alessio mira al suelo y se mete las manos en los bolsillos del pantalón de vestir.

—Mi vida no debería ser así —me dice—. Casarme con una mujer a la que apenas conozco.

Me limito a escuchar. Observo cómo se le frunce el ceño y cómo se le desploman los hombros.

—Casarme con una mujer, para empezar. No sé si te has dado cuenta, pero no es que me interesen precisamente. No tiene nada que ver con Rosalie. Nunca me han... atraído las mujeres. Mi familia lo sospecha. Qué demonios, Carmine lo sabe. Y aun así, accedió a esto. Me empujó a ello sin darme opción.

Cierro los puños, pero permanezco en silencio. Aunque siento un nudo en la garganta.

Alessio suspira. —¿Cuánto durará? ¿Cuánto tiempo tendré que fingir que amo a Rosalie? ¿Toda mi vida? No es precisamente poco lo que se le pide a alguien. Oh, Alessio, cásate con esta mujer y olvida cualquier posibilidad de estar con alguien a quien realmente ames —se burla de sí mismo mientras habla.

A pesar de que sus palabras salen más lentas, no tengo la sensación de que sean falsas en absoluto. Parecen reales. Se está desahogando conmigo ahora mismo, soltándolo todo, y eso solo hace que me sienta... enfadado. Enfadado por él.

Sé que no debería. Así es como funcionan las cosas en estas familias. Cuando formas parte de una familia del crimen, no debes esperar que nada sea normal. Ninguna oportunidad.

Debería decírselo, recordárselo, pero no lo hago. No clavo otro clavo en el ataúd que es su vida.

—Podrías escapar de todo esto —digo en su lugar. Es una mala idea. Una idea muy mala. ¿Especialmente decirle algo así a un hombre que va colocado y que lucha contra la idea de vivir su vida así? Mal. Muy mal.

Pero no me detengo.

—No puedo —dice Alessio negando con la cabeza—. Estaría huyendo el resto de mi vida. Carmine nunca dejaría de buscarme.

—¿Sería eso mejor o peor que estar con Rosalie el resto de tu vida? —le pregunto en voz baja.

Él suspira. —No lo sé. Pero ya está hecho, Damian. Ya estoy casado con ella. Ya he firmado los contratos —me recuerda esta vez.

Aparto la vista de él e ignoro el dolor en mi pecho. Ignoro el impulso de acercarme a él. De tocarlo.

—Este matrimonio es una jaula —me dice Alessio—. Pero... mi vida ya era una. Sabía que esto podía pasar. Sabía lo que significaba

ser un Dresvanni. Sacrificarse por el bien de la familia. Es culpa mía no haber esperado que fuera tan pronto.

Cuando vuelvo a mirar a Alessio, sus ojos brillan empañados por las lágrimas. Trago saliva con dificultad y le tiendo la mano despacio. Rozo mis dedos con los suyos, notando lo fríos que están.

—Estás helado —susurro.

Él baja la vista hacia nuestras manos y, lentamente, roza sus dedos contra los míos. Más cerca. Con más firmeza.

—Tú estás tan caliente. ¿A qué se debe? —pregunta con una débil risita.

Justo cuando estoy a punto de responder, se abre una puerta cercana y una voz familiar nos interrumpe.

—Alessio, trae tu culo aquí dentro, es hora de comer —dice Carmine mientras asoma la cabeza por la puerta. Pone cara de sorpresa al verme con Alessio.

—Ah. Te dije que lo encontrarías —dice con una sonrisa. Sin embargo, baja la vista hacia nuestras manos, luego vuelve a mirarle a él y se aclara la garganta.

—Es hora de comer —repite, y su mirada se ensombrece.

Asiento sin decir palabra y le hago un gesto a Alessio para que pase delante de mí.

—Solo estaba fumando un cigarrillo, como le dije a él, no hacía falta que vinieras a buscarme —gruñe mientras vuelve a entrar. Su voz es menos suave y vulnerable de lo que había sido unos momentos antes.

Prácticamente puedo ver cómo se vuelve a poner la máscara. La forma en que los hombros de Alessio se yerguen, su expresión se recompone y sus ojos tristes se abren un poco más para parecer más alegre. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

Me pregunto si sus hermanos notarán su estado; si lo hacen, no parece importarles.

Cuando entramos, llevan a Alessio a una mesa con Rosalie, donde se sientan junto a Eivor, Patricia, Carmine y Soren. El resto de los hermanos están en una mesa a un lado de ellos, y a mí me colocan entre Cassian y Tommaso.

No he hablado mucho con ninguno de los dos.

No tengo mucho interés en hacerlo, pero recuerdo lo que Eivor quiere de mí. No solo que coma en este evento, sino que descubra más información sobre la familia. Sobre Alessio.

Mientras como despacio, escucho hablar a los hermanos.

—¡De ninguna de las maneras! No podemos dejar que quien haya soltado una bomba en el porche se vaya de rositas —insiste Tommaso, con la voz más alta que los demás.

—No podemos dar por sentado quién ha sido, Tommy —le recuerda Tiberi—. Si suponemos que han sido los Carvel y no es así, solo empeoraremos la situación. —La voz del segundo hermano más joven es suave y queda. Habla como si intentara guardar un secreto.

Cassian suspira. —¿Tenemos que hablar de esto aquí? —pregunta. Parece cansado y molesto con sus hermanos. Es el más joven. Apenas tiene dieciocho años. A pesar de ser de madre distinta, es el que más se parece a Carmine; casi se parece más al hermano mayor que el propio Alessio.

—¡Sí! —insiste Tommaso—. Ahora es el momento perfecto. Estamos todos juntos, ¿por qué no? Solo porque sea la cena de ensayo de Alessio y Rosalie. Ja. ¿Crees que quienes los amenazaron van a parar por respeto a la tradición?

No puedo evitar sonreír ligeramente mientras escucho. Está tan acalorado por esta conversación que resulta casi divertido pero, al mismo tiempo, le comprendo. Curiosamente, es con el que más de acuerdo estoy.

Si los Carvel hicieron esto, deberíamos llegar al fondo del asunto. Lo hicieran o no... Bueno, quienquiera que fuera, no va a parar solo porque Alessio y Rosalie se casen.

—¿Tú qué piensas, Damian, quién ha sido? —pregunta Tiberi mientras da un sorbo a una copa de vino.

Parpadeo y dejo el tenedor. Inclino la cabeza hacia un lado.

—Tenemos que averiguar quién ha hecho esto, por qué y cómo detenerlos —digo—. Podrían estar en peligro ahora mismo. Al fin y al cabo, si su matrimonio es el detonante, cuanto más se acerque la boda, más peligro correrán, ¿no?

—¡Ja! ¡Te lo dije! —Tommaso extiende una mano y me sacude el hombro antes de volver a agarrar el tenedor.

Tiberi niega con la cabeza. —No digo que eso no sea cierto. Yo también lo creo, pero si no se nos permite hablar activamente con los Carvel y preguntarles, ¿cómo vamos a averiguarlo? —pregunta con curiosidad.

—No tenéis permiso para hablar con ellos... ¿Eso ha dicho Carmine? —pregunto.

Cassian suspira y finalmente se une a la conversación. —Sí. No quiere que ninguno de nosotros empeore la situación antes de la boda —explica. Dirige la mirada a Tommaso con expresión irritada.

—Supongo que la única forma de saberlo es hablando con vuestros otros enemigos, entonces —digo mientras cojo mi propio tenedor y empiezo a comer de nuevo. No me importa especialmente lo que estoy comiendo; el pollo está bien, las patatas y las verduras y la salsa para acompañarlo todo... Es en lo último en lo que estoy prestando atención ahora mismo.

—Ah, sí —asiente Tiberi—. Así podemos descartarlos.

—A menos que mientan, entonces ¿cómo vamos a descartarlos? —dice Tommaso con el ceño fruncido—. Además, ¿cómo vamos a hablar con todos nuestros enemigos en solo unos días?

—No habléis con todos, solo con los de la zona —sugiero—. Los que tengan los recursos para hacer esto. Es probable que estén más cerca que lejos.

—Lo que pone a los Carvel en primer lugar —Cassian da unos golpecitos en la mesa—. De nuevo, a *nosotros* no se nos permite hablar con ellos.

—Él ya lo sabe, pedazo de... —empieza Tommaso, pero le interrumpo.

—No, entiendo lo que dice —digo despacio—. Vosotros no tenéis permiso. Nadie ha dicho nada sobre mí. —Bajo la voz.

Los hermanos se miran unos a otros y luego me miran a mí. —Ah. Sí. ¿Estás seguro de que quieres exponerte al peligro? —pregunta Tiberi.

Suelto una risita. —Ya estoy expuesto al peligro. —Miro de reojo hacia Rosalie y Alessio, que están hablando con todos los de su mesa y no parecen estar oyendo nuestra conversación.

—¿Quién más podría ser? —pregunto a los hermanos con curiosidad—. Solo conozco a los enemigos de los Fiorelli y, dado que hasta hace un par de semanas vosotros erais los principales, no tengo mucho donde rascar.

—Bueno, la familia Tulo nos ha estado vigilando el último año; al menos eso lo sabemos. Han estado en un segundo plano, sin hacer ningún movimiento, pero nos ha llegado información de que nos siguen con más frecuencia —explica Tommaso.

—¿Por qué no se me dijo esto desde el principio? —pregunto.

—Carmine quiere llevarlo con discreción —explica Tiberi en un tono más suave—. No queremos que sepan que lo sabemos. Es peligroso incluso hablar de ello aquí. —Lanza una mirada de advertencia a Tommaso.

—Podrían tener este lugar con micrófonos —asiento—. Tendré que investigar más sobre ellos. ¿Algún otro nombre con el que deba familiarizarme?

—¿Y los Wolfgang? —menciona Cassian.

—Están en Alemania. Dudo que se tomaran tantas molestias —Tiberi hace un gesto con la mano restándole importancia.

Hago un ruidito pensativo. —Si os guardan suficiente rencor, este sería el momento perfecto para mover ficha —les digo—. Independientemente de lo lejos que estén.

Los hermanos se quedan pensativos un momento antes de que la presencia de Carmine a nuestro lado se haga notar.

—Espero que aquí solo estén hablando de cosas buenas —dice con una pequeña sonrisa. Sin embargo, sus ojos dicen otra cosa. Son duros y suspicaces.

—Comentando cómo será la vida con los recién casados —digo despacio—. Puede que se me necesite aquí más tiempo del que Eivor esperaba.

Esto podría deberse a varias razones, así que dejo la frase en el aire.

—Estoy de acuerdo —me dice Carmine—. Especialmente con la amenaza actual... tener a alguien específico que los vigile sería ideal... pero no hablemos de eso esta noche. Tenéis una comida deliciosa que terminar, ¿verdad, hermanos?

—Mmm —dice Tiberi mientras toma un pequeño bocado.

Tommaso parece molesto mientras se mete un trozo de comida en la boca de un empujón.

Cassian simplemente suspira y bebe un trago antes de hablar. —Yo se lo dije.

—Seguro que sí —murmura Carmine. Nos dedica un asentimiento antes de volver a su asiento al lado de Soren, que está mirando hacia la mesa con curiosidad.

Ellos dos... transmiten una imagen de pareja poderosa más que cualquier otra persona en la sala. Cada paso que dan, lo dan juntos. Empiezo a preguntarme qué se guardan para ellos. Qué secretos podría arrancarles. De la propiedad de los Dresvanni. Tanto por el bien de Eivor como por el de su propia seguridad.

Me ocultaron lo de los Tulo para no ponerles sobre aviso, ¿qué más o quién más podría no saber?

Pienso en esto mientras mastico cada bocado; al mismo tiempo, no pierdo de vista a Rosalie y Alessio.

Alessio parece cada minuto más desinteresado en cualquier conversación que haya en la mesa.

Parece excusarse, y me imagino que va a por una bebida fuerte o a fumar otra vez. Ya se ha bebido varias copas de champán durante la cena, y no creo que eso combine bien con la droga que haya tomado.

Mis ojos le siguen, pero entonces Rosalie camina tras él. Tiene el rostro contraído por el disgusto. Intento leerle los labios, pero está demasiado lejos.

Alessio hunde los hombros con un suspiro, pero luego mira a su alrededor y parece recordar que debe guardar la compostura. Volver a ponerse la máscara de hombre cariñoso, atento y seguro de sí mismo. Se acerca a Rosalie y le pone una mano en el brazo, frotándoselo suavemente mientras habla con ella.

Ella se aparta de él solo un poco y luego le busca la mano, como si se hubiera dado cuenta de su error.

Durante un momento o dos, eso es todo lo que hacen, y no hay nada de qué preocuparse... pero entonces, por la ventana que

tienen a un lado, veo cómo un coche pasa despacio por la carretera que viene del aparcamiento.

Todos los invitados han llegado. Ninguno se ha ido. La cena acaba de terminar, así que no hay razón para que nadie se haya marchado. Estoy seguro de ello.

Observo el coche en lo que parece cámara lenta.

Cada neumático gira firme y preciso. El coche tiene los cristales tintados, pero por lo demás es vulgar y nada memorable. Negro con detalles plateados. Sin pintura personalizada. No alcanzo a ver desde esta distancia si hay alguna pegatina en el parabrisas.

La ventanilla empieza a bajarse.

El instinto se activa y estoy fuera de la silla antes de volver a respirar.

—¡Al suelo! —les grito a Alessio y Rosalie.

No son lo bastante rápidos. Al igual que el chico que abrió la puerta hace varios días. Varias zancadas largas me llevan desde la mesa hasta ellos y extiendo los brazos para alcanzarlos. Mis manos rodean ambos cuerpos y tiro de ellos hacia atrás y hacia el suelo conmigo. Mis piernas se deslizan bajo mi cuerpo en un movimiento rápido.

Justo cuando las cabezas de Alessio y Rosalie desaparecen de la vista de la ventana, varios disparos atraviesan el cristal.

Se desata el caos en el comedor, pero nada de los gritos y jadeos de los otros invitados me importa.

Las dos personas que tengo en mis brazos en el suelo son las únicas a las que iban dirigidas esas balas. Estoy seguro de ello.

Un tercer disparo impacta en la ventana, un cuarto la atraviesa y el cristal salta por los aires contra el suelo. Se oye el chirrido de unos neumáticos sobre la carretera helada mientras el quinto disparo se clava en la pared de ladrillo bajo la ventana.

—¡Id! ¡Seguid a ese coche ahora! —grita Eivor a los otros guardias de la sala. A mis espaldas se oye un revuelo de pasos hacia la puerta.

—Oh, Dios mío —jadea Rosalie. Ella y Alessio se incorporan del suelo lentamente.

—¿Están bien? —les pregunto, pero es a Alessio a quien me dirijo primero.

Parece mareado y tiene el pelo revuelto por toda la cabeza. Varias horquillas de Rosalie están también en el suelo, pero todavía no la he mirado a ella.

Alessio asiente. Se mira las piernas, luego los brazos y se palpa el pecho. —Sí. Creo que sí.

El alivio me invade. Miro finalmente a Rosalie.

—Nos has salvado —susurra ella—. Esos hijos de puta. —La ira arde en sus ojos.

—Déjeme ver sus brazos —le digo, oliendo de repente a hierro. Caliente y denso.

—Estoy bien —insiste ella.

Le agarro los brazos y los miro de todos modos. Hay sangre en la manga de su vestido.

—Está herida —le digo. Le subo la manga y veo que no es una herida de bala, sino un rasponazo por haber golpeado el suelo con tanta violencia—. Solo es un rasguño.

—Te lo he dicho —resopla Rosalie. Pone las manos en mi hombro ancho para impulsarse hacia arriba del suelo y luego se lleva una mano a la cabeza.

—¡Rose! ¿Estás bien? Dios mío, podrían haberte matado —está diciendo Soren mientras corre a su lado.

Carmine también está allí, ayudando a Alessio a levantarse del suelo. Yo me incorporo a su lado y me sacudo el frente del traje con las manos.

—Quienquiera que fuera, tenía la intención de matarlos a ambos —digo.

—¿En serio? ¿No solo a Rosalie? —pregunta Carmine con curiosidad.

Niego con la cabeza. —No. Si tuvieran la intención de matarla solo a ella, habrían esperado. Estaba claro que era para los dos.

—Malditos Carvel, tienen que ser ellos —gruñe Alessio. El sonido de su voz tan intenso y grave me produce un escalofrío por la espalda que hago todo lo posible por ignorar.

—Alcanzarán el coche y nos enteraremos —insiste Soren—. Tenemos dos coches tras él.

—No se saldrán con la suya —corrobora Carmine.

—No, no lo harán —resopla Rosalie—. Esto no va a pasar en mi boda, o que los cielos me ayuden... —Cruza los brazos—. Estoy lista para ponerle las manos encima a alguien. —Rechina los dientes. Tiene la cara sonrosada. A pesar de su pequeña estatura y su aspecto femenino, especialmente en este momento con su vestido, no dudo en absoluto de sus capacidades.

Miro a todos los demás en la sala, hablando entre ellos, mirando a la pareja con ansiedad; algunas personas se van y otras intentan abrirse paso para hablar con ellos, pero Eivor mantiene a la gente alejada.

—Creo que deberían mantener un perfil bajo hasta la boda —sugiero—. ¿Hay algún otro lugar donde pueda llevarlos hasta entonces?

—Me parece una idea estupenda —dice Carmine. Mira a Soren, que frunce los labios.

—Hay un piso franco en el centro. Lo adquirimos hace poco, después de que el anterior se viera comprometido. Quienquiera que esté detrás de esto no sospechará nada —dice Soren.

Asiento. —Bien. —Miro a Alessio, que tiene los puños apretados —. Saquémoslo de aquí.

7

Capítulo siete

Alessio

Los lobos han salido a jugar esta noche. Arremetiendo y atacando cuando menos lo esperamos, aunque deberíamos haberlo previsto. Un evento público con un papel que interpretar… No me lo pensé dos veces antes de ponerme junto a aquella ventana con Rosalie. Ni siquiera me fijé en el coche.

Quizá si hubiera estado un poco más sobrio, lo habría hecho… pero no esta noche. Esta noche tengo la cabeza nublada y el efecto de las pastillas que me he tomado antes, combinado con el alcohol, solo hace que me cueste más pensar con claridad.

Damian piensa por nosotros, y se lo agradezco.

Sugiere que nos cambiemos de ropa con otros asistentes al evento para que ellos puedan salir de vuelta a la mansión de los Fiorelli como si fuéramos nosotros. Me visto en medio de una bruma. La ropa me queda un poco pequeña, pero no importa.

Nos escoltan fuera y nos suben al coche de Damian. Yo me siento en el asiento de atrás, mientras que Rosalie va delante. Sigue pareciendo más que cabreada. Tiene el maquillaje corrido y no deja de mover la pierna en todo el trayecto.

Debería estar más preocupado por ella, pero lo único en lo que puedo pensar es en la sensación del cuerpo de Damian, mucho más grande que el mío, cuando me ha tirado al suelo. En cómo me ha sujetado contra su pecho mientras sonaban los disparos. Todos y cada uno de ellos. Firme, con mi rostro hundido en su cuello. No importaba que Rosalie también estuviera allí. Se fijó en mí primero, se preocupó por mi seguridad primero. No por la de ella.

Algo en todo esto me hace sonreír. Hace que mi corazón brille en el pecho. Como si estuviera tan desesperado por recibir la atención de ese hombre que desearía que me pasara algo malo solo para que pudiera salvarme de nuevo.

Para que me apretara contra su cuerpo y me protegiera como algo valioso.

Tal vez las drogas me están afectando más de lo que creo.

Cierro los ojos y, lo siguiente que sé, es que el coche está aparcando detrás de un viejo edificio de ladrillo en una de las zonas más antiguas y peligrosas del centro. Es cierto, nadie esperaría que viniéramos aquí después de lo que acaba de pasar, pero no soporto dormir en las camas de mala muerte que siempre hay en estos refugios de baja categoría. Ya es suficiente con llevar un traje de una talla menos y tener el pelo hecho un desastre.

—¿Solo hay una cama?— pregunta Rosalie cuando entramos en el apartamento de la tercera planta. —Genial.

—Estoy seguro de que dormir con tu marido no será un problema — dice Damian con naturalidad.

No puedo evitar sonreír para mis adentros mientras cruzo el salón del pequeño apartamento. El suelo cruje bajo mis pies cuando me coloco detrás de Rosalie y Damian.

—Desde luego— responde Rosalie, que parece recomponerse.

¿De verdad cree que Damian no sabe que nuestro matrimonio es solo por nuestras familias?

Sea como sea, a mí tampoco me entusiasma compartir cama con ella, pero la otra opción es el sofá e imagino que Damian lo estará ocupando.

Damian se queda mirando su teléfono un largo rato antes de mirarme a mí y después a Rosalie. —Alguien traerá algo de comida

para que aguantemos los próximos días, junto con algo de ropa.

—Ah, bien. Jamás podría dormir con este vestido— dice Rosalie con un suspiro mientras se sienta en el borde de la cama.

—¿Estamos seguros de que eso es fiable? ¿No les seguirán?— pregunto.

—Podrían hacerlo; siempre es un riesgo, pero tenéis que comer— responde Damian.

Asiento lentamente. —Podría pasar sin ello si fuera necesario, pero supongo que tienes razón— digo pausadamente.

—Yo también podría— interviene Rosalie. —No creas que es solo por mí.— Se levanta de la cama y descruza los brazos. Casi se dirige a pisotones hacia nosotros dos con sus tacones resonando contra el suelo. —No soy ninguna damisela en apuros.

—Desde luego que no.— Damian da un paso a un lado y mira hacia la salida de la habitación. —Estaré en el salón vigilando la puerta. Evitad las ventanas y mantened las cortinas cerradas.

—Entendido— mascullo.

No puedo evitar mirarlo mientras sale de la habitación. La anchura de su espalda y hombros capta mi atención. Las venas que recorren desde sus codos, donde tiene las mangas remangadas, bajando por sus antebrazos hasta sus manos fuertes. Esas manos estaban sobre mí hace apenas unos instantes, salvándome la vida.

Un calor me envuelve, me llena el estómago y baja más allá. Más abajo de lo que quiero pensar. Intento ignorar la excitación, pero es difícil. Aparto los ojos de él y dirijo la mirada hacia Rosalie. Se está quitando lentamente la chaqueta y los guantes.

Yo también me quito lo mío, tirándolo sobre el arcón que hay a los pies de la cama.

—Podríamos haber ido a un refugio mucho mejor— me dice ella. —Mi familia tiene uno junto al agua, no está tan…— Rosalie mira a su alrededor, luego al suelo y mueve su pie calzado con el tacón sobre las tablas desgastadas. —Usado.

—Y ese es probablemente el primer lugar donde nos buscarán— le recuerdo.

Ella suspira. —Tienes razón. Dios, esto es un desastre— dice agitando los brazos con los guantes en la mano. Baja la voz para lo

siguiente. —Este matrimonio era para garantizar la seguridad de nuestras dos familias. Después de todo, vosotros erais nuestro mayor enemigo. Ahora estamos los dos escondidos.

Niego con la cabeza. —Puede que hayamos sido los mayores, pero no somos los únicos. Solo hace falta que un par de familias decidan unirse contra nuestra… nueva alianza y… bueno, tenemos un problema entre manos, querida. Abro mucho los ojos hacia ella por un momento antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

Rosalie resopla. —Deberíamos ser capaces de encargarnos de ellos de todos modos. Ni siquiera debería estar aquí. Debería estar ahí fuera buscándolos— estruja uno de sus guantes. —Cuando ponga mis manos sobre quien sea que nos haya disparado hoy…

—Por favor, como si fueran a dejar que nos acercáramos a ellos. — Pongo los ojos en blanco.

—Oh, ¿tienes miedo, Alessio?— me pregunta mientras se sienta en el borde de la cama y cruza los tobillos.

—No— respondo con la mirada oscurecida y bajando la voz. —Si Carmine no me arrastrara de vuelta, estaría ahí fuera ahora mismo.

Se hace el silencio un momento entre nosotros.

—Acéptalo, para ellos somos lo que no pueden arriesgarse a perder. Por tanto, somos el artículo de lujo que todos quieren. Cuanto más lejos estemos de la pelea, más a salvo estaremos. Eso es lo que ellos piensan, al menos— le recuerdo.

Rosalie se muerde uno de sus labios rojo rubí y el pintalabios le mancha los dientes, aunque lo elimina rápido con un movimiento de lengua. —Se equivocan. Me siento como un blanco fácil.

—Quizá lo seamos— digo encogiéndome de hombros.

—¿A ti te parece bien esto?— me pregunta.

Suelto una risita y me acerco a ella. —No, no me parece bien, pero tenemos a Damian aquí para protegernos. Además, ten por seguro que no me rendiré sin luchar.

Ella resopla y niega con la cabeza, mirando hacia una de las ventanas con cortinas. —Sé que nos ha salvado, pero…— frunce el ceño.

—¿Qué?— le pregunto con voz más baja. Me siento en el borde de la cama dejando unos treinta centímetros entre nosotros. El traje

que llevo me resulta incómodo, pero al menos puedo mirar a Rosalie a los ojos.

—No sé si confío en él— admite.

La miro con incertidumbre. —Tu tío lo contrató— le recuerdo. —Es ajeno a todo lo demás. Al menos, eso creo. En todo caso, soy yo quien no debería confiar en él.

—No confío en Eivor— dice con franqueza. Su voz es un susurro. —Quiere más poder del que Carmine está dispuesto a darle. Actúa como si el intercambio de poder junto con nuestro matrimonio fuera suficiente para él, pero no creo que lo sea.

Me acerco a ella. —Tal vez deberías haber mencionado esto antes — le digo con un resoplido. —Antes de que, ya sabes, dijéramos *sí, quiero* ante un juez.

—No habría cambiado nada. Todo el mundo está empeñado en esto— alarga la mano y la pone sobre la mía. —Todos esperan esto. Pase lo que pase. Por el poder o para callar a mi tío… Qué demonios, creo que debería hacerse solo para darles a nuestras dos familias un momento de paz.

Miro su mano, más pequeña y femenina, sobre la mía. Mis dedos son largos y finos, pero los suyos son más estrechos y sus uñas están perfectamente cuidadas con un esmalte blanco perla. Envuelvo lentamente mis dedos con los suyos, por curiosidad.

Curiosidad por ver si me hace sentir algo.

Siento… algo suave en el pecho y en la cabeza. Un poco de mareo, tal vez, pero no es nada comparado con estar cerca de *él*. De Damian.

Aun así, le aprieto la mano. —Creo que podemos confiar en Damian— le digo. —Nos ha salvado la vida. Podría estar muerto ahora mismo. Incluso si los planes de Eivor no son lo que parecen, no creo que debamos preocuparnos por Damian.—

Rosalie me observa la cara, pero no dice nada.

—¿Qué?— pregunto tras una pausa demasiado larga para no significar nada.

Ella niega con la cabeza.

—No podemos tener secretos— le digo. —A menos que ya tengas uno.— Entorno los ojos.

Ella me devuelve la mirada de la misma forma. —Por la forma en que hablas de él… será mejor que tengas cuidado o podría pensar que eres tú en quien no debería confiar.—

Le suelto la mano y me levanto de la cama. —¿Acaso confías en mí ahora?—

Ella ríe suavemente. —Buen punto.—

—Eso no ha sido una respuesta— le digo.

Rosalie inclina la cabeza hacia un lado. —Eres un hombre atractivo, que ahora es mi marido… pero no. No del todo.—

No puedo evitar sonreírle con sorna. —Mujer inteligente.—

—Nunca confiaré en un hombre por completo— me dice.

Me lamo los labios. —Probablemente sea lo mejor.—



Incluso vestido con ropa deportiva cómoda y una camiseta, no consigo dormir esta noche. No dejo de pensar en lo fácil que habría sido abatirme si Damian no se hubiera abalanzado sobre nosotros para tirarnos al suelo a Rosalie y a mí.

Podría estar muerto ahora mismo.

Estoy acostumbrado a ese pensamiento; al menos creo que lo estoy. No es la primera vez que me amenazan, y mucho menos que casi muero. Sin embargo, hay algo en todo esto que me está afectando de verdad. Había estado más colocado que un avión en la cena de ensayo, y lo único que quería era alejarme de Rosalie, pero ella me había seguido hasta la ventana.

¿De verdad intentaba el tirador matarnos a ambos, o podría tener algo que ver Eivor? ¿Podrían haber sido esas balas solo para mí?

Me quedo mirando el techo del asqueroso piso franco con Rosalie a mi lado. Parece estar durmiendo, a juzgar por los pequeños ronquidos como de ardilla que provienen de su lado de la cama.

Estamos tan separados como es posible. Dos mantas diferentes y varias almohadas estrujadas entre nosotros para que no podamos

tocarnos mientras dormimos. Ni por accidente ni de ninguna otra forma.

Esto me parecería bien si no fuera por el hecho de que la cama es ridículamente pequeña. Estoy prácticamente en el borde.

Con un suspiro, me froto la cara y me incorporo despacio. Miro a la mujer que tengo al lado. Rosalie. Mi mujer.

Mi… mujer.

Ese pensamiento hace que me duela el estómago y sé que no puedo quedarme en esta cama ni un minuto más. No puedo dormir aquí.

Así que me levanto y salgo de la habitación, cerrando la puerta del dormitorio tras de mí y esperando que no se despierte. Si lo hace, quizá se alegre de tener la cama para ella sola.

No estoy seguro de qué esperaba, si a Damian dormido en el sofá o despierto vigilando la puerta, pero lo que me encuentro es a él de pie en la cocina con unos pantalones de chándal grises a juego con los míos, sirviéndose una taza de café de la cafetera de mierda que hay en la encimera.

Damian me mira y parece que va a decir algo, pero no lo hace. En su lugar, se limita a sacar otra taza del armario y empieza a servir café en ella también.

Ya que estamos.

Me acerco a él y, justo cuando voy a coger la nata, él la agarra y empieza a echarla, y luego me mira como preguntando: «¿Ya basta?».

Asiento tras un segundo más de vertido y él lo remueve. Lleva azúcar, así que no hace falta añadir más.

En lugar de dejar que coja mi propia taza, la sostiene en sus manos y se gira hacia mí.

No puedo evitar mirarle a los ojos, viendo algo interesante en ellos… arrepentimiento, tal vez. Algo oscuro y triste. Hace que me duela el estómago incluso más que estar tumbado en la cama con Rosalie. Lo único que puedo hacer es devolverle la mirada en silencio y preguntarme cosas.

¿Sabe más sobre la situación de lo que aparenta? ¿Forma Eivor parte de esto realmente y Damian se arrepiente de trabajar a su

lado? O, lo que es peor, ¿será Damian el que está detrás de todo, engañando al hombre para el que trabaja y a la gente a la que protege al mismo tiempo?

Trago saliva con dificultad.

No. No quiero creer eso. No puedo creerlo. Por alguna razón.

Damian me entrega mi café y nuestros dedos se tocan brevemente. Las yemas de mis dedos rozan sus nudillos. Sus manos son mucho más grandes que las mías, a pesar de que él es más bajo. Es más fornido, más fuerte…

Si tuviera que pelear con él, creo que sería un combate menos equilibrado de lo que quiero creer.

Aun así, en silencio, me llevo la taza a los labios y doy un sorbo lento. Damian hace lo mismo con la suya mientras permanecemos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

Casi me dan escalofríos, pero me contengo.

En su lugar, me alejo de él y voy hacia el sofá. Él no me sigue. Se queda apoyado en la encimera de la cocina, visible desde donde estoy sentado.

Bebo mi café y me pregunto… Quizá sea otra cosa. El silencio tenso y las miradas entre nosotros. Quizá él siente lo mismo que yo. Aprensión, vacilación… deseo.

Vuelvo a mirar a Damian y me está observando con una expresión encendida. No puedo evitar sentir el calor que me inunda el estómago y baja hasta la polla. No es por el café, desde luego.

No tengo forma de saber por qué seguimos sentados en silencio de esta manera. No hay forma de saber si realmente —totalmente— puedo confiar en Damian. No sin hablar.

Ahora mismo, no encuentro las palabras.



El resto del día transcurre de forma increíblemente aburrida. No tardo mucho en terminar los pocos libros que encuentro por el piso, y Rosalie quiere su turno con ellos. La televisión solo consigue distraerme durante un tiempo. Me siento nervioso e inquieto.

Así que estoy atrapado en mis pensamientos sin ningún lugar donde esconderme. Ningún lugar al que huir.

También estoy agotado por haber pasado casi toda la noche en vela, así que, mientras Rosalie está en el sofá y Damian está de pie junto a la puerta, me tomo mi tiempo en la ducha, bajo el agua caliente. Intentando aliviar el estrés que siento. No funciona.

Sin embargo, sí que me cansa todavía más. Así que me tumbo en la cama con el pelo húmedo e ignoro lo mucho que odio la sensación del pelo mojado contra la almohada.

Me quedo mirando el techo y, poco a poco, su textura se vuelve borrosa y difusa. Mis párpados empiezan a cerrarse. Intento obligarlos a abrirse, pero esto solo funciona una o dos veces antes de que no pueda hacerlo más.

Lo único que puedo hacer es caer en el arrullo del sueño.



—Tú y tu hermano… sois muy especiales —me dice mi padre. Estoy ante él, mucho más pequeño de lo que soy ahora. Mucho más pequeño de lo que suelo recordar ser.

Todo es mucho más grande en nuestra casa. Las escaleras parecen las de una torre, y el gran reloj de pie del salón familiar suena tan fuerte que me duelen los oídos cada vez que suena a la hora en punto. A esa hora, y a la siguiente. Un toque, y luego dos.

Me indica que son las dos de la mañana.

La forma en que mi padre me mira hace que todo mi cuerpo tiemble. Resulta aterrador bajo la luz tenue. Pero no se me permite tener miedo. Lo sé. Sé que tengo que ser un hombre fuerte, no tener miedo de nada; esa es la única forma en que sobreviviré. Me lo ha repetido una y otra vez.

Esta noche, sin embargo, es diferente. Esta noche sé de qué se trata, incluso aunque no debería saberlo. Sé que se trata de los sentimientos que guardo en mi interior. Los sentimientos que Carmine comparte conmigo. Los dos mirando a los chicos de la misma forma que otros miran a las chicas.

Nuestra madre nos dijo que no dejáramos que nuestro padre se enterara. Que lo mantuviéramos en secreto, pero Carmine no pudo evitar ir a besar a otro chico. Tenían que pillarlo.

Ahora, nuestro padre me habla en plena noche como si nuestro linaje dependiera de ello.

—Cómo te sientas respecto a… otros hombres, no importa —me dice—. Te casarás con una mujer.

Trago saliva con dificultad. Asiento con la cabeza.

—¿Me entiendes? —pregunta.

Asiento de nuevo.

—Habla como un hombre. No te quedes ahí parado como un cobarde.

Tomo aire. —Lo entiendo, papá.

—Tu hermano me ha avergonzado. El maricón que es, pero tú no lo harás, ¿verdad? Eres un buen chico. —Me alarga la mano y me acaricia el lado de la cara. Hay algo en la forma en que sus dedos se demoran que me produce náuseas.

Apenas puedo mirarle a los ojos, es mucho más alto que yo, y eso me hace sentir inestable.

—Me casaré con una mujer —le digo—. Tal como usted quiere.

—No, tal como tú quieres, Alessio —dice con severidad—. Para cuando seas un hombre de verdad, comprenderás por qué tiene que ser así… y yo estaré allí para verte caminar hacia el altar.

—Como yo quiero. —repito después de él.

Apenas sé lo que estoy diciendo. No lo entenderé hasta dentro de unos años, pero lo que sí sé en este momento es que quiero estar lo más lejos posible de mi padre. Quiero estar con mi hermano. Quiero acurrucarme a su lado en nuestro dormitorio y llorar.

Carmine llora mucho por culpa de nuestro padre. Sé que él me comprenderá.

—A partir de ahora, ninguno de los dos volveréis a ver a esos chicos de Carvel. No son más que problemas —me dice mi padre.

—P-pero —empiezo, pero él me agarra por la barbilla.

—No me repliques. Me has oído. Ahora, vete arriba antes de que despiertes a tu madre.

Cierro los ojos con fuerza y espero a que me suelte la cara. En cuanto lo hace, salgo disparado del salón y subo las escaleras.

Las lágrimas me resbalan por la cara.



Me despierto de golpe. Siento la humedad recorriéndome la cara, el sabor en mis labios. Salado y amargo. El contenido de mi sueño, un recuerdo que hace tiempo luché por olvidar, está justo en la superficie de mi conciencia ahora, y duele. El corazón se me aprieta dolorosamente en el pecho. Mi respiración es rápida y me quema en los pulmones.

Necesito olvidar. Necesito algo, lo que sea, que me ayude a olvidar.

No puedo soportar esto.

—¿Qué está pasando? —pregunta Rosalie desde el otro lado de la cama.

Me incorporo y agito una mano, ya que no puedo hablar. Siento que, si hablo, todo podría salir de mí a raudales, y es lo último que quiero que ella sepa.

—Cielo santo, vuelve a dormirte —masculla ella y vuelve a hundir la cara en la almohada. Debo de haber dormido todo el puto día. Es de noche y ahora mi mujer intenta dormir.

Mi mujer.

Esas dos palabras solo me recuerdan mi sueño. Aprieto los puños y salgo de la cama.

Algo que ayude. Algo que me quite el dolor. Lo que sea.

8

Capítulo ocho

Damian

Estoy sentado en el sofá, observando cómo la corriente de una de las ventanas agita las cortinas, cuando oigo que se abre la puerta del dormitorio. Alessio sale dando traspiés, jadeando, con sudor en la frente y la frustración grabada en el rostro.

Se dirige a la cocina y sus dedos se aferran con fuerza a la encimera.

Mi primer pensamiento es que algo va mal, muy mal. Compruebo la puerta. Compruebo las ventanas. Camino rápidamente hacia el dormitorio, abro la puerta y no veo nada más que a Rosalie dándose la vuelta en la cama hacia el otro lado. Ni rastro de intrusos, ni disparos en las ventanas, ni cristales por todas partes.

Con un resoplido, cierro la puerta y me vuelvo hacia Alessio, confuso.

—¿Qué está pasando? —le pregunto en voz baja.

Alessio está registrando los armarios de arriba abajo, como un loco.

—Tiene que haber algo aquí, tiene que haber algo —farfulla una y otra vez.

Observo cómo aparta varias cosas del armario, sacándolas, mirándolas, maldiciendo para sus adentros y volviéndolas a meter a empujones.

Finalmente, abre la nevera y gruñe entre dientes.

—Tiene que haber algo, necesito algo…

Me doy cuenta de a qué se refiere.

—Aquí no hay alcohol —le aseguro, aunque esto solo parece agitarlo más.

—Lo necesito —me dice, con las manos temblorosas y los ojos desorbitados—. Necesito… algo.

Niego con la cabeza. —No vas a encontrar nada aquí, Alessio.

Se acerca a mí. —Entonces ve a buscarme algo —me ordena—. Lo que sea… me da igual. ¡Colutorio, joder! —sisea Alessio.

—¿Qué demonios pasa? —le pregunto.

Él niega con la cabeza. —No te preocupes por eso. No… no pienses en ello. Yo no puedo pensar en ello. —Levanta una mano y cierra los ojos un instante, y luego los abre de golpe como si no soportara tenerlos cerrados.

Me acerco a él. —No vas a encontrar nada aquí —repito—. Este sitio es para estar a salvo, no para ir de fiesta, Alessio. Sea lo que sea lo que te pase, tienes que controlarlo antes de que llames la atención.

—¡Tú vas a llamar la atención! —me gruñe—. ¡Basta ya! ¡Para!

Respiro hondo y me llevo una mano a la frente un momento. —Estás siendo un imprudente, Alessio —le digo.

Se detiene y me mira con furia. —Cállate.

—No. —Planto los pies en el suelo. Preparado por si se lanza contra mí en su ira, en su… dolor. Puedo verlo en sus ojos. El dolor está ahí. Ardiente e irritado.

Roto.

No sé por qué, pero sé que sea lo que sea con lo que esté lidiando, necesita una vía de escape.

—También fuiste un imprudente en el ensayo. Colocándote antes, bebiendo mientras estabas bajo los efectos de… fueran cuales fueran las drogas que tomabas. Ahora buscas algo para calmar los nervios. Pues no hay nada. Excepto tus dichosos cigarrillos. Pero eso

no basta, ¿verdad? Te has metido en un lío, ¿no es cierto? —Mi voz es áspera pero tranquila, y eso parece alterar a Alessio, que no consigue evitar que le tiemble la voz.

—Tú no me conoces —me dice con los ojos brillantes.

Me acerco más a él. —Podría —le digo—. Podría conocerte.

No debería estar haciendo esto, pero no puedo evitar acercarme más a él. No puedo evitar querer estar más cerca.

—Ni siquiera sé si puedo confiar en ti —me escupe.

Suelto una risa suave de incredulidad. —¿Después de haberte salvado la vida? —le pregunto—. ¿De verdad crees que haría algo para hacerte daño?

—Oh, Dios. —Alessio se lleva las manos a la cabeza y las lágrimas empiezan a brotarle por la cara a causa de toda su frustración—. Esto. Esto me está haciendo daño —me dice.

—¿El qué? —le pregunto, intentando comprender—. Cuéntamelo.

—Esto —hace un gesto señalándonos a ambos—. Lo que sea que esté pasando entre nosotros. Esta… tensión, este… ¡ah! Solo puedo pensar en ti… y… luego en mi padre. Mi padre me odiaría. Me odiaría por esto.

Parpadeo sorprendido. — ¿Tu padre me odiaría a mí? —le pregunto, haciendo lo posible por entender.

Él niega con la cabeza y se acerca un paso. —No, no lo… no lo entiendes —me dice, y se muerde el labio inferior un momento—. Mi padre odiaba que yo fuera… gay. Odiaba que todos sus hijos fueran *maricas*. Intentaba que no se notara, intentaba actuar como si le pareciera bien, por el bien de Carmine. Pero ¿conmigo? Me decía que yo era…

Me acerco a él. —Alessio —susurro, y le pongo una mano en el hombro.

—Tenía cinco años, puede que… no, siete. Solo era un niño. Me dijo que tenía que mejorar. Que tenía que casarme con una mujer. En el fondo de mi mente, siempre pensé… no voy a hacer lo que él quiere. Pasé años besando a hombres, follándomelos a sus espaldas. Pero no. Mírame; lo he hecho. —Alessio resopla y se zafa de mi mano en su hombro.

—Está muerto —le recuerdo—. Que le den a lo que pensara.

Alessio vuelve a negar con la cabeza. —No puedo olvidar. No puedo… parar esto. No puedo dejar de sentir… —se acerca más a mí y hay una expresión de dolor en su rostro—. No puedo dejar de desearte, Damian.

Mis ojos se abren aún más, pero no puedo ignorar mi propio deseo creciendo en mi interior. Dos impulsos distintos.

Consolar a Alessio.

Follarme a Alessio.

Dos cosas que no suelen ir emparejadas, al menos no en mi vida. Ha pasado una eternidad desde la última vez que tuve sexo y no fue precisamente un momento reconfortante. En todo caso, no fue más que una distracción.

—No puedes —le digo—. No por tu padre… que le jodan, sino porque eres un desastre, Alessio.

Él llora y se sienta en el sofá, ocultando la cabeza entre las manos. —No puedo creer que me haya casado con ella. Con Rosalie —sisea—. He hecho exactamente lo que mi padre quería que hiciera. Y Carmine… Oh, él consigue lo que quiere. Ahora que padre ha muerto. Él llega a ser el jefe de nuestra familia, se queda con el chico, lo consigue… todo.

Frunzo el ceño y me siento a su lado, acercándome más, intentando ignorar el impulso de alargar la mano y tocarlo, pero es casi imposible.

Echo un vistazo al reloj cercano. Las once y cuarenta y dos.

Miro hacia las ventanas y las puertas. No hay nada allí.

Miro hacia la puerta cerrada del dormitorio, no hay movimiento.

No me queda nada más que mirar, excepto a Alessio. Es en lo único en lo que puedo centrarme.

Estiro la mano y la pongo sobre uno de sus puños.

—¿Qué necesitas? —le pregunto—. Aparte de alcohol, pastillas… aparte de ser un temerario. Dime, dime qué necesitas y lo tendrás.

No estoy seguro de qué espero. Simplemente observo cómo Alessio respira hondo y se acerca más a mí. Apoya la cabeza en mi hombro un momento.

Le rodeo con mis brazos, sin necesidad de que lo diga para saber a qué se refiere. Quiere que lo estreche. Eso puedo hacerlo.

Puedo hacer esa única cosa sencilla. Simplemente abrazarlo. No hay nada malo en ello. No estoy rompiendo ninguna regla. Él no está engañando a su mujer.

Solo estoy sosteniendo al hombre mientras se viene abajo.

Sin embargo, Alessio hunde la cara en mi hombro y siento que sus lágrimas gotean por mi cuello, y me estremezco. Su nariz roza el costado de mi garganta.

Antes de darme cuenta, lo estoy atrayendo más hacia mí, hasta que está prácticamente en mi regazo.

—Dime que no sientes esto —dice Alessio entre lágrimas. Su mano se desliza sobre mi pecho, justo encima de mi corazón—. Dime que esto no te hace sentir…

Mi cuerpo está más caliente que nunca. Se me pone la piel de gallina en los brazos y el cuello, y sé que el hombre que tengo en el regazo puede sentir lo excitado que estoy. Mi miembro erecto está presionado contra la parte inferior de uno de sus muslos.

Sin embargo, me parece que está mal. Él está alterado. Está llorando literalmente. Y aun así, también se aferra a mí como a un bote salvavidas en medio del océano.

—No puedo —farfullo.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Porque no deberías? A la mierda con eso. A la mierda con todo. —Alessio respira contra mi garganta—. Mi padre… él no puede… no puede tener razón. No puedo escuchar su voz en mi cabeza; necesito algo más. Necesito lo que realmente quiero. No quiero a Rosalie.

Cierro los ojos con fuerza, sabiendo lo que va a decir a continuación y sabiendo que no voy a ser capaz de resistirme si pronuncia esas palabras.

—Te quiero a ti, Damian.

Para mí, se acabó todo.

Al menos ahora mismo.

Una explosión de deseo estalla en mi pecho y en mi cabeza como una bomba. Como un fuego artificial lanzado al vasto cielo gélido.

No sé por qué Alessio me desea, por qué me ha elegido a mí, pero no importa.

Siento una atracción e inclinación tan increíbles hacia él que lo único que me importa en este momento es estar aún más cerca de él.

Respiro hondo y mis siguientes palabras salen temblorosas. —Entonces me tienes.

Bajo la cabeza y me encuentro con Alessio a mitad de camino. Su boca se presiona contra la mía, con sabor a lágrimas saladas y emociones reprimidas. Me besa con todo el fervor de un hombre obligado a guardárselo todo dentro durante demasiado tiempo.

Rodéandolo con mis brazos con más fuerza, le devuelvo el beso apasionadamente. El beso no es lento ni delicado. No, es húmedo y desordenado. Mi lengua se desliza en la boca de Alessio y la suya saluda a la mía con avidez.

Sus manos, de dedos ágiles y temblorosos, recorren mi pecho, acariciando y frotando. Deslizo mi propia mano por debajo de su camiseta y siento las cicatrices de su espalda. Pequeñas, pero suficientes para saber que ha sido herido de más de una forma.

Recorro cada una de esas cicatrices con los dedos mientras nos besamos, y él gime suavemente contra mi boca.

La mano de Alessio llega por fin al bajo de mi camiseta, pero no desliza los dedos por el dobladillo, no, baja más. Baja hacia mi regazo.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin aliento contra su boca.

—Quiero s-saborearte —me dice—. Lo necesito. Ponme de rodillas y toma mi boca, Damian.

No es lo que esperaba. Esperaba que él quisiera ser el dominante en esta situación. Ponerme a mí de rodillas. O hacer algo juntos. Algo que pudiera ser, potencialmente, más reconfortante. No, en cambio el hombre se desliza desesperadamente hacia el suelo frente a mí, ante el sofá.

—Dímelo —insiste.

Trago saliva, tratando de aliviar mi garganta seca, y pronuncio las palabras con esfuerzo. —De rodillas, Alessio.

Uso una mano para empujar su hombro hasta que está completamente de rodillas, y él empieza a tirar de mi pantalón de chándal hasta que mi polla asoma por la cinturilla.

Su cara todavía está húmeda mientras me mira hacia arriba.

Hay algo increíblemente sexy en la forma en que me mira. Como si chuparme la polla fuera la única forma de devolverlo a una realidad con la que se sienta a gusto.

No puedo resistirme.

Lo único que puedo hacer es echar la cabeza hacia atrás cuando introduce la punta de mi miembro en su boca.

Intento no hacer ruido. Soy consciente de que Rosalie está en la otra habitación, con solo un tabique fino y una puerta separándonos.

Otra parte de mí se la trae floja.

Nunca me he sentido tan excitado en mi vida.

—Ahh, joder —mascullo, gimiendo por lo bajo mientras Alessio trabaja mi erección con la boca, de arriba a abajo. Su lengua juguetea alrededor de la punta cada vez que sube.

Empiezo a balancear la pelvis contra su boca y él gime en respuesta, enviando un escalofrío de placer por mi miembro hasta los testículos y luego hacia el estómago.

Ha pasado... demasiado tiempo, quizá toda una eternidad, desde que sentí algo tan malditamente mágico.

Necesito mirarlo.

Me obligo a bajar la vista hacia él mientras me la chupa. Su pelo se agita alrededor de su cabeza y me mira con unos ojos hermosos y húmedos. Esas pupilas se dilatan a medida que se entrega más a la tarea.

El hombre usa su otra mano para apretarme suavemente las pelotas y estoy a punto de correrme aquí mismo.

La presión aumenta mucho más rápido de lo que estoy acostumbrado. La necesidad y el orgasmo se mezclan en una única sensación eléctrica y candente de placer.

—Jo-joder... Alessio —siseo entre dientes mientras mis muslos se tensan y mi cadera se alza contra su boca una vez, luego dos... y una tercera.

Me corro en su boca y hasta su garganta, y él lo acepta como nunca antes lo había visto. Traga alrededor de mi miembro y me estremezco con fuerza.

Alessio engulle hasta la última gota y, cuando termina, me lame de arriba a abajo como si buscara más.

Tengo la cabeza tan aturdida que apenas puedo levantarla para mirarlo mientras se pone en pie.

Lo intento.

Lo intento, y lo que veo es a un hombre de pie ante mí con la tela de su pantalón de pijama tensa y una mancha húmeda formándose en la punta.

—Deja que te ayude —gruño, bajo y suave.

Alessio se sube a mi regazo y estampa su boca contra la mía.

—Tómame como quieras —insiste.

Si no acabara de dejarme seco, puede que le hubiera dado la vuelta para hacer exactamente lo que quería, pero ahora las opciones son limitadas.

Sin mencionar que tenemos que ser silenciosos. Y rápidos.

Así que giro a Alessio en mi regazo hasta que su espalda queda pegada a mi pecho. Una mano se desliza bajo su camiseta y pellizco suavemente uno de sus pezones. Gime bajito y apoya su cabeza contra la mía, intentando ocultar su reacción entre mi pelo, aunque tengo mucho menos donde esconderse que él.

Mi otra mano se desliza dentro de su pantalón e inmediatamente rozo con el pulgar la punta de su polla; noto el líquido preseminal y lo uso a mi favor. Lo extiendo por toda su erección y empiezo a masturbarlo con parsimonia pero con firmeza.

—A-Ah... sí —balbucea Alessio en voz baja. Sus caderas empiezan a rozar contra mi mano y yo sigo el movimiento. Quiero hacer lo que le haga sentir bien. Lo que él quiere que haga. Ni más ni menos.

La habitación ya está muy cálida y el aire se siente húmedo a nuestro alrededor. Huele a sexo. Eso es innegable.

Es sencillamente irresistible.

—Eso es... —le susurro al oído—. Suéltalo...

Alessio gimotea, un sonido que hace que mi propio miembro vuelva a palpitar. Gruño suavemente y le aprieto el suyo un poco más fuerte. Siento cómo pulsa en mi mano. Late. Ansía.

Su respiración se entrecorta y sé que está cerca.

Acelero un poquito, sin cambiar demasiado el ritmo, solo lo suficiente para empujarlo al abismo.

—Por favor... no pares, ohh —jadea Alessio, un poco demasiado alto.

El sonido hace que suelte un gruñido contra su hombro y le pellizco el pezón con más fuerza.

El cuerpo de Alessio se queda rígido contra el mío y se corre en varios espasmos rápidos de pegajosa humedad contra el interior de su chándal y mis dedos.

Ambos estamos jadeando cuando termina.

Nos quedamos así un rato —él en mi regazo, recuperando el aliento, y mis dedos trazando círculos en sus pectorales—. No sé cuánto tiempo pasa, algo inusual en mí. Normalmente siempre estoy pendiente del reloj. Cuando por fin lo miro de reojo, lo veo borroso y no alcanzo a distinguir qué hora es.

Por primera vez en mucho tiempo, decido que... no importa.

Tengo la mente nublada y mi cuerpo se siente... bien. Tan bien. Como si pudiera quedarme dormido aquí mismo.

Sin embargo, solo tardo unos minutos en recuperar la lucidez y darme cuenta de que estamos en una posición muy precaria.

—¿Mejor? —le susurro a Alessio.

Gira la cabeza para mirarme a los ojos y juro que... el corazón me da un vuelco.

—Mucho mejor —me susurra de vuelta.

Sus pestañas rozan mi mejilla antes de que finalmente se baje de mi regazo.

—Me pido la ducha primero —dice con naturalidad.

Pero al caminar se nota que le flaquean un poco las rodillas y no puedo evitar sonreír con suficiencia.

Me recuesto más en el sofá y me paso los dedos por el pelo mientras lo veo dirigirse al baño y oigo cómo abre el agua.

No me puedo creer que acabe de hacer eso.



No me puedo creer que lo haya hecho.

Después de que Alessio se duchara y desapareciera de nuevo en el dormitorio, lo único que he podido hacer es quedarme despierto preguntándome qué significa esto ahora. Obviamente, no puede significar nada. El hombre está casado con Rosalie y están a punto de celebrar su ceremonia pública en poco menos de doce horas.

Aun así, me sorprendo preguntándome... ¿qué demonios acaba de pasar?

Alessio llorando. Alessio perdiendo los estribos por su padre y entonces... Él me da placer y yo se lo devuelvo. Eso debería ser normal para mí; al fin y al cabo, no es la primera vez que tengo sexo con alguien porque necesitaba distraerse de su vida de mierda. Por alguna extraña razón, no puedo quitarme este momento concreto de la cabeza.

Culpa.

Me doy cuenta, cuando el sol empieza a asomar por el horizonte, de que lo que siento es culpa. Se supone que trabajo para esta gente, no que me los follo.

Y lo que es más importante, se supone que debo proteger a Rosalie y obtener información sobre Alessio, no verlo chupármela de rodillas y...

Trago saliva con dificultad. Es difícil no volver a excitarse al imaginar lo que ocurrió hace solo unas horas.

Antes de que Alessio y Rosalie se levanten, antes de que tengamos que salir hacia la catedral, me meto yo mismo en la ducha.

El agua caliente recorriendo mi cuerpo musculoso ayuda a aliviar parte de la tensión que siento, pero también me recuerda lo cálido que estaba el cuerpo de Alessio. Lo dura y palpitante que había estado su erección en mi mano.

Me quito el champú del pelo y, al hacerlo, me doy cuenta de que hoy Alessio y yo oleremos igual. El mismo jabón, el mismo champú... el mismo aroma.

Termino rápido de ducharme y me pongo mi traje completamente negro, listo para afrontar el día. Listo para olvidar lo sucedido.

Aunque la culpa sigue revolviéndose en mi estómago como una piedra.

Miro el reloj.

Las siete cuarenta y dos.

Rosalie es la primera en levantarse. Se dirige a la ducha, pero lleva una pequeña bolsa de aseo que le han traído.

Debato brevemente si sabrá lo que ha pasado entre su marido y yo. Si siquiera le importaría realmente.

Menuda chorrada.

Solo intento convencerme de que no le importaría para así evitar la culpa.

Cierro los ojos, intentando transportarme a otro lugar. Algún sitio imaginario donde el cielo sea azul, el aire sea cálido y la brisa huela a salitre y a dulzor.

Sin embargo, oigo crujir el suelo y abro los ojos para ver a Alessio allí de pie, con unos vaqueros ajustados y una camiseta de cuello de pico, con el pelo recogido de forma descuidada detrás de la cabeza.

Me lanza una mirada antes de dejar su bolsa de ropa en la encimera y ponerse el abrigo.

—Rosalie está en la ducha —le recuerdo. Quién sabe cuánto tiempo tardará.

—Ya lo sé —masculla Alessio. Sus palabras suenan cortantes.

Quizá esté sintiendo la misma culpa que yo. En todo caso, él debería sentir más culpa que yo. Yo solo trabajo para la familia; él pertenece a ella.

—Muy bien. —Me siento en el sofá, esperando a que Rosalie termine de ducharse. No me pongo el abrigo hasta que oigo que el agua deja de correr.

Ella sale envuelta en una toalla, goteando por todo el suelo mientras sujeta su bolsa de aseo, y nos fulmina con la mirada.

—Dadme un minuto —dice, notando claramente que Alessio tiene prisa por irse.

Rosalie desaparece en el dormitorio y, cuando vuelve a salir, viste un atuendo muy parecido al de Alessio, pero su camiseta es de manga larga y su pelo aún está húmedo y le cae sobre los hombros.

—¿Hemos tenido noticias sobre quién nos disparó? —pregunta Rosalie con curiosidad.

Niego con la cabeza. —No he oído nada. Deberíamos saber algo en cuanto lleguemos a la catedral.

Ella suspira. —Genial. Así que quién sabe si hoy habrá otro tiroteo.

Alessio pone los ojos en blanco. —¿No deberíamos simplemente cancelarlo, posponerlo? ¿O prefiere Eivor arriesgarse?

Veo a Rosalie apretar los dientes. —Mi tío está haciendo lo que puede.

Parece que Alessio se muerde la lengua. —Vámonos ya.

Rosalie se pone el abrigo y ambos cogen sus bolsas con la ropa limpia y la sucia que les trajeron hace un par de días.

—Yo primero —insisto, acercándome a la puerta. Necesito comprobar el perímetro.

Echo un vistazo al pasillo y veo que todas las puertas están cerradas y no hay nadie más. Bajo por las escaleras primero y, una vez fuera, doy una vuelta alrededor del edificio antes de indicarles con la mano que salgan hacia mi coche.

Rosalie se sienta delante, Alessio detrás.

Mientras conducimos hacia la catedral, miro por el espejo retrovisor y cruzo la mirada con Alessio por un instante. Sus ojos son oscuros e implacables. Es una expresión que no le había visto antes, pero ¿es a mí a quien no perdona, o a sí mismo?

9

Capítulo nueve

Alessio

—Quiero saber quién es —le digo a Carmine. Mi voz es baja y está cargada de ira—. Merezco saber quién nos ha disparado.

Carmine está frente a mí en una de las salas traseras de la catedral donde me estoy preparando para la ceremonia de mi boda. Su rostro se muestra inexpresivo e indiferente. Sé que no quiere que me involucre. Eso está más que claro.

—Hoy tienes que centrarte en casarte, hermano —insiste—. Ten por seguro que tenemos a uno de los dos implicados.

—Ese hijo de puta ha intentado matarme, Carmine —le recuerdo —. Creo que merezco una oportunidad con él. O al menos saber qué le habéis sacado ya.

Resoplo y doy un paso hacia mi hermano.

Carmine niega con la cabeza. —Hoy no. Preocúpate de eso mañana, Alessio. ¿De acuerdo? Nadie va a venir a pegar tiros, te lo prometo.

Aprieto los puños. —¿Qué pasa? No habéis conseguido sacarle nada, ¿verdad? —pregunto, observando a mi hermano— Sé qué cara

pones cuando estás listo para entrar en guerra, pero no habéis sacado de él lo suficiente ni para pegar el primer tiro, ¿a que no?

Carmine suspira. —Si tanto empeño tienes en saberlo, no, no le hemos sacado nada al cautivo. Hemos estado muy ocupados asegurándonos de que Rosalie y tú estéis a salvo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que lo estamos, entonces? —pregunto.

—Tiene razón —dice Tommaso desde detrás de mí—. No le hemos sacado una mierda al cabrón, no podemos prometer que no aparecerá otro pegando tiros a diestro y siniestro.

—No hemos tenido noticias de nadie más sospechoso —nos dice Carmine a ambos. Más bien recordándoselo a Tommaso.

—Me importa un bledo; la primera vez tampoco vimos señales de nadie. ¿Sabes? ¿Cuando pusieron una bomba en la puerta de los Fiorelli? —le recuerda Tommy a nuestro hermano mayor.

Carmine mira de reojo un momento a Tiberi, como buscando a alguien que se ponga de su parte.

—Estoy con Alessio —dice él, lo cual me sorprende incluso a mí —. Necesitamos a todo el mundo disponible.

—Está bien, vale, pero ahora mismo no —dice Carmine, claramente frustrado—. Alessio tiene que estar recorriendo el pasillo hacia el altar en una hora. No tenemos tiempo para tonterías.

—Lo tendríamos si reprogramáramos todo esto —le recuerdo.

—Oh, mejor aún, ¿por qué no cancelamos y lo suspendemos todo, simplemente anulamos el matrimonio, sí? Eso es lo que quieres de verdad —me acusa Carmine.

Aprieto la mandíbula y me lanzo hacia él. —Tú eres quien me empujó a esto —le siseo—. No te hagas el sorprendido.

—Venga, calmaos —dice Tiberi y se pone de pie—. Carmine también tiene razón. No tenemos tiempo para esto ahora, pero... después de la boda, dejaremos que Alessio participe en todo lo que tengamos.

—Ya lo creo —digo yo.

Carmine frunce los labios. —Bien. Después de la boda. Lo que incluye el convite. Te portarás lo mejor posible, ¿entendido? —me señala con el dedo.

Suelto una mofa. —Por favor. Eres tú el que estaba borracho perdido y perdiendo los papeles hace apenas un par de meses. No me digas que me comporte lo mejor posible cuando fui yo quien se hizo cargo de esta familia mientras tú estabas de juerga.

El rostro de Carmine se enrojece, pero no dice nada más. Se limita a asentir y luego se da la vuelta para salir de la habitación. Ya está vestido para la boda.

—Aseguraos de que esté listo a tiempo —les dice de pasada a mis otros hermanos antes de desaparecer.

—Maldita sea —murmuro y lucho contra el impulso de coger la botella de alcohol más cercana; no estoy seguro de si quiero bebérmela entera o estrellarla contra la pared.

Dado que ni siquiera debería haber alcohol en una iglesia, tengo suerte de que Tommaso me haya traído una botella de whisky para empezar.

—Tú deberías ser el que estuviera al mando de esto —me dice Tommaso mientras me sirve una copa y me la tiende.

La cojo y me la bebo de un trago mucho más rápido de lo que debería.

—Despacio, fiera —se ríe Tommy.

—Aquí dentro no puedo fumar, tengo que hacer lo que pueda —respondo en voz baja.

Tiberi se acerca y me quita el vaso de la mano. —Sé que no quieres esto, y si por mí fuera, dejaría que pudieras elegir, pero ahora estás atrapado. No querrás ir hacia el altar hecho una cuba, ¿verdad?

Me lamo los labios y saboreo el alcohol que aún queda en ellos. Ya está empezando a aliviar parte del dolor que siento.

—¿Por qué no te casas tú con Rosalie y luego me dices lo que quiero? —suelto con desprecio.

—Es una mujer muy guapa —comenta Tommaso—. No puede ser la peor de las opciones.

—Ella está... bien —doy un paso hacia mi esmoquin.

—Pero que elijan por ti a la persona con la que te vas a casar nunca es fácil —termina Tiberi por mí—. Mucha gente en nuestra familia ha estado en tu misma situación.

—Lo sé —murmuro—. Por el deber.

—Por el honor —responde Tommy en voz baja.

—Por la familia —suspira Tiberi.

Niego con la cabeza. —Acabemos con esto de una vez para que podamos pasar a la parte importante, ¿vale?

Ponerme el esmoquin es la parte menos difícil de todo el asunto. Tampoco es un esmoquin feo. Es de color azul real con una impecable camisa blanca y pajarita a juego. Mis zapatos de punta de ala están perfectamente pulidos y, una vez que tengo el pelo cepillado y recogido en un moño en la nuca, me siento bien conmigo mismo. Sé que tengo un aspecto estupendo.

Mi apariencia ni siquiera está en los primeros puestos de la lista de problemas que tengo con este día.

—Ah, Alessio, estás fantástico —dice Eivor mientras entra para ver cómo estoy. Nikolas y Beau van justo detrás de él, vestidos con trajes oscuros iguales para la ocasión.

Eivor lleva un traje de un tono similar, pero su corbata es más ornamentada que la mía. Sinceramente, llama más la atención que la mía, lo cual me resulta irritante. Si es el día de mi boda, debería llevar ropa más vistosa que el padre de la novia, ¿no?

Respiro hondo con lentitud. ¿A quién le importa? No es que quiera estar aquí de verdad. No es que a nadie le importe si quiero estar aquí o no. Además, todo el mundo se centrará en Rosalie. La novia es siempre el centro de atención de una boda cuando hay una de por medio, y francamente me parece bien. Cuanto menos tenga que sonreír y fingir, mejor.

Así pues, dejo de lado mis celos infantiles porque Eivor llame más la atención que yo. Es por un bien mayor. Prefiero pasar desapercibido que destacar en lo que respecta a este evento.

Mi propia boda.

Qué jodidamente triste es esto.

—¿Has visto a Rosalie? —le pregunto.

—Sí, está deslumbrante —dice con una amplia sonrisa. Se le ve demasiado feliz para alguien que sabe que todo esto es una farsa. Por otra parte, es su farsa, ¿no? Él es quien quiso que esto ocurriera. Supongo que tiene motivos para estar feliz.

Cabrón.

—¡No culparía al muchacho si derramara alguna lágrima! —les dice Eivor a Tommaso y Tiberi con una carcajada. Mira hacia atrás, a los dos adolescentes que están justo detrás de él. Tienen cara de preferir estar en cualquier otro sitio. Como suele ser habitual en ellos.

Ellos también se ríen, pero es una risa rancia y forzada.

—Seguro que está maravillosa —digo mientras me levanto de mi metafórico trasero y me pongo mi máscara emocional. Sonríe y finge. Es lo mejor que puedo hacer.

Si pienso en lo feliz que *debería* sentirme, tal vez pueda superar esto. No tengo otra opción.

Eivor se queda por allí hasta que llega el momento de dirigirse a la capilla. Nikolas y Beau, que están constantemente con sus teléfonos y mirándose el uno al otro, se quedan hasta apenas un par de minutos después de que Eivor se vaya.

Me quedan un par de minutos más para ir yo también, y aprovecho ese tiempo para beberme otro chupito de whisky, o dos, y ponerme una pastilla de menta. No es suficiente para ocultárselo a Rosalie, pero es suficiente venda para sentir que la figurada llaga está cubierta.

—Muy bien, hora de llevarte al altar —dice Tommaso, y noto que intenta estar animado, por mí, pero no sirve de nada. Lo que me serviría sería un par de pastillas, pero sé que me darían una paliza si apareciera en el altar drogado.

Si sería Rosalie o Damian, no estoy del todo seguro.

Mientras camino por el pasillo hacia la capilla, no puedo evitar pensar en la noche anterior. El recuerdo de mi padre me persigue, pero no solo eso... el cálido abrazo de Damian. Su boca sobre la mía. No había sido un beso de persecución. No, fue todo lenguas y pasión. Más pasión que la que había sentido en años de cualquier persona.

El sabor de él en mi boca, tanto arriba como abajo, permanecía en mi mente. Con qué facilidad se había desmoronado por mí... qué rápido me había llevado a mi propio orgasmo.

Una mueca de verdad aparece en mi rostro mientras camino por el pasillo para reunirme con mis hermanos, Eivor y otros miembros de la familia Fiorelli que están cerca del sacerdote.

—Estás de mejor humor —me murmura Carmine mientras ocupo mi sitio.

Le lanzo una mirada un poco torva, pero luego dirijo mi vista a los bancos, donde se sientan unas cuantas docenas de amigos, familiares y desconocidos. Al menos la mitad son aliados políticos y medios de comunicación. Ninguno de ellos saca fotos, pero hay un cámara a la derecha del pasillo, que hace algunas fotos antes de que llegue la novia.

Hay un murmullo bajo de charla en la sala, al menos hasta que empieza la música. Entonces, todo el mundo se acomoda en sus asientos y las puertas de la parte trasera de la capilla se abren.

Mientras algunas damas de honor son escoltadas por el pasillo con sus parejas, echo un vistazo a la catedral. Los techos altos me traen recuerdos. Recuerdos de estar sentado en el regazo de mi madre en un banco de la primera fila, mirando las pinturas y tallas grabadas con tanta delicadeza en la piedra y la madera.

Hoy, la luz del sol invernal brilla a través de las vidrieras que representan el nacimiento, vida y muerte de Jesucristo. Franjas de color púrpura y azul adornan los bancos y las paredes, fajas y luces centelleantes.

Todo es tan perfecto. De una forma muy tradicional. No se parece en nada a lo que yo hubiera querido para mí si mi elección en el asunto hubiera importado lo más mínimo.

No es así. Así que no me importa.

No me importa que la boda se celebre en pleno invierno, en lugar de en verano, cuando el sol brilla y calienta. Me importa un bledo que el tono de púrpura elegido para representarme sea demasiado claro y, además, estridente. Y ciertamente no me importa que estemos en una casa de Dios, en lugar de fuera, al fresco y con los pinos alzándose sobre nosotros.

Ninguno de mis posibles sueños sobre cómo transcurriría este día importa, porque esto es lo que está ocurriendo.

Me voy a casar con Rosalie, y esta boda no tiene nada que ver conmigo y sí todo con mi familia.



Mi atención vuelve al pasillo cuando la música cambia y las puertas dobles de roble tallado se abren de nuevo. Revelan a Rosalie, en todo su esplendor de vestido blanco. Un largo velo cubre su rostro y la mayor parte de la parte superior de su vestido, pero la mitad inferior es elegante y con volumen, fluye sin esfuerzo con cada uno de sus pasos.

A su lado está, como era de esperar, Soren. Me había preguntado por un momento si Eivor habría sido el encargado de acompañarla al altar, pero sabía que probablemente elegiría a su propio hermano antes que a su tío. En eso no la culpo.

Rosalie camina como si hubiera nacido para ser novia. Sus pasos son firmes y siguen el ritmo de la música. Lleva un brazo entrelazado con el de Soren y con el otro sostiene con delicadeza su ramo de flores frescas y alegres.

Todas las miradas están puestas en ella, pero a medida que se acerca, también están puestas en mí. Esperando una reacción.

Pienso en mi madre.

Eso me humedece un poco los ojos. Lo justo.

Por dentro, sin embargo, a medida que se acerca a mí, mi sonrisa no es más que una máscara para mi entumecimiento.

Soren me entrega a Rosalie, la tomo de la mano y me acerco al sacerdote con ella. Luego, le paso el velo por detrás de la cabeza.

Tiene el pelo rizado y recogido detrás de la cabeza de forma excesivamente ornamentada y elegante. Unos tirabuzones decoran el lateral de su rostro bien maquillado, y sus mejillas están de un rojo sonrosado. Me sonríe de forma suave, cálida, femenina.

El papel lo borda. Incluso me aprieta la mano y mantiene los ojos fijos en los míos durante varios segundos más de lo necesario.

Yo le devuelvo el apretón, aunque no sea necesario.

Miro al sacerdote. Un hombre al que ni siquiera reconozco y que parece mucho más feliz por el acontecimiento de lo que yo puedo llegar a fingir.

—Estamos hoy aquí reunidos para unir a Alessio Dresvanni y Rosalie Fiorelli en sagrado matrimonio —comienza el sacerdote con voz alta pero suave. Probablemente se le oye incluso en el último banco.

—Si alguien se opone a este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre —añade el sacerdote. Y espera.

Hay una parte de mí, una parte importante, que desea que alguien se levante y dé una razón por la que Rosalie y yo no debamos —no podamos— estar casados. Aunque no hay ninguna razón real. Ninguna que importe.

Aun así, desvío la mirada hacia un lado y me encuentro con la suya.

Damian.

Ahí está, a un lado de la procesión de la novia, cerca de la pared del fondo. Lo bastante cerca como para acudir corriendo si pasa algo, pero no tanto como para arruinar las fotografías pareciendo un guardaespaldas enorme y llamativo.

Juro que su mirada se cruza con la mía.

Solo durante un segundo o dos; luego mira a Rosalie. Yo también la miro a ella y me doy cuenta de que no me está mirando a la cara. Está mirando hacia un lado, detrás de mí, hacia los bancos.

Me pregunto a quién estará mirando. Quizá a ese exnovio con el que había estado saliendo hasta hace unas semanas.

Cuando nadie dice nada, el sacerdote continúa. Habla y habla sobre el amor, el afecto, la aceptación y la importancia de unir las almas.

Me desconecto durante la mitad del discurso, pero me acuerdo de mantener una expresión serena y contenida. Intento no fruncir el ceño.

Me siento mareado cuando empiezan los votos. Votos tradicionales, por supuesto, porque apenas nos conocemos. ¿Cómo podríamos decir algo sobre el otro que no sonara a eso?

—Alessio, ¿aceptas a Rosalie Fiorelli como esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y prometes honrarla?

Trago el nudo que tengo en la garganta mientras aprieto la mano de Rosalie y cojo el anillo del portador de alianzas, uno de sus primos.

—Sí, quiero —digo, y lo que sale de mi boca suena a una voz completamente ajena.

No obstante, deslizo el anillo en su dedo anular, donde había estado apenas una hora antes, y luego vuelvo a mirarla.

—Rosalie, ¿aceptas a Alessio Fiorelli como esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y prometes honrarlo?

Rosalie finge lágrimas, respira temblorosamente y dice: —Sí, quiero —. Luego me desliza el anillo en el dedo.

Se oyen algunas risas ahogadas detrás de nosotros.

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer; puedes besar a la novia —el sacerdote agita una mano con entusiasmo.

Para mí todo es puro espectáculo. Ya estamos casados, nada de esto importaba de verdad. Todo ha sido para la multitud, para los medios. Todo por Eivor.

Aun así, mi papel en todo esto no ha terminado, y no lo hará hasta dentro de bastante tiempo.

Me acerco a Rosalie, la agarro por la cintura y me inclino para besarla. Ella se estira para encontrarse conmigo a mitad de camino y la beso con firmeza. Sus labios se funden con los míos, cálidos y con sabor a fresas.

No siento nada.

Absolutamente nada.



Al son de vítores y aplausos, Rosalie y yo desaparecemos por el pasillo central de la catedral.

—Tendréis las fotos y luego diez minutos para vosotros antes de tener que salir para el convite —nos dice Soren.

Asiento y sigo a Rosalie afuera, donde nos fotografían en varias poses diferentes junto a la familia. Incluso mis hermanos participan en las fotos, a pesar de que a Tommaso le horroriza que lo fotografíen.

Para cuando volvemos dentro, siento un escalofrío hasta los huesos a pesar del whisky que me he tomado antes de la ceremonia. Las mejillas de Rosalie están más rosadas de lo que el colorete pretendía conseguir.

—Diez minutos —nos recuerda Carmine.

Vuelvo a asentir y me limito a coger la mano fría de Rosalie, dejando que me guíe a la sala donde podemos hablar y sentarnos en privado. Durante diez minutos enteros. Genial.

Rosalie entra primero y yo cierro la puerta tras de mí. No me habla, al menos no de inmediato.

Suspiro y me siento en un sofá para dos que hay en un rincón de la habitación mientras ella empieza a quitarse el velo y varios pasadores con incrustaciones de perlas del pelo.

—Necesito que me ayudes con el vestido —admite.

Miro hacia la ventana; está cubierta por cortinas, pero aun así me pone nervioso. Cualquiera podría saber que estamos aquí e intentar la misma jugada de antes.

—Damian está delante de la puerta y hay cuatro guardias vigilando el perímetro de la catedral —me dice Rosalie, como si me leyera el pensamiento—. Así que no te preocupes. Además, no creo que vuelvan a intentar esa mierda.

No puedo evitar soltar una risita por cómo lo ha dicho.

—Quizá tengas razón —acepto. Me levanto y me acerco a ella.

La ayudo a desatar las cintas de la espalda del corpiño antes de ayudarla a quitarse el vestido de novia. Está lejos de estar desnuda. Lleva una combinación que le llega a las rodillas y ropa interior debajo. Aun así, aparto la vista mientras se pone otro vestido blanco más sencillo pero igualmente elegante, que le llega a las rodillas y tiene un escote cuadrado festoneado. Se deja puestas las joyas y cambia sus tacones altos blancos por unos tacones bajos plateados.

Todo eso para que yo me quede con el mismo esmoquin con el que me he casado. Es curioso cómo funciona esto.

Rosalie incluso se cambia el peinado. Se deja media melena suelta por detrás para que no esté todo recogido. Yo dejo el mío como está, sin querer molestarme. Seguro que acabará hecho un desastre a medida que avance la noche.

—Estás muy guapa —le digo con una sonrisa de labios apretados, intentando parecer animado a pesar del entumecimiento que sigue rodeando mis emociones.

Rosalie me mira de arriba abajo y enarca una ceja, como para decirme que es muy consciente de lo bien que se ve. Luego se acerca a mí y me arregla la pajarita.

—Tú también estás guapo —me halaga—. Aunque me gustaría que hubiéramos podido hacer un primer encuentro a solas antes de la ceremonia.

Suelto un bufido. —No habría sido precisamente genuino —le recuerdo—. Ese tipo de cosas... bueno, requieren emoción.

Su expresión decae y mira hacia un lado. —Lo sé —dice en voz baja. El silencio que sigue es ensordecedor.

Tal vez ella desearía que yo sintiera algo más. No lo sé. Lo único que sé es que no es así. No ahora mismo, al menos. Si me permitiera sentir... creo que lo único que sentiría es tristeza porque mi madre no estuviera hoy aquí, mezclada con alivio por el hecho de que no estuviera hoy aquí.

Mi madre no querría verme casar con una mujer a la que no amo solo con el fin de aliar a nuestra familia con alguien como Eivor.

Soren... bueno, no es tan mal tipo, ¿pero Eivor? Creo que mi madre lo odiaría más de lo que odiaba a su propio marido.

Ella sabría lo que es casarse con alguien a quien no amas.

Tengo vagos recuerdos de ella diciéndole a alguien que antes amaba a nuestro padre, pero que se dio cuenta de qué clase de hombre era en realidad.

Se suponía que yo no debía oír esa conversación, pero a pesar de mi corta edad, lo había entendido muy bien. Porque yo también había empezado a aprender qué clase de hombre era mi padre, y no era el tipo de hombre cuyos pasos quería seguir.

Había esperado que Carmine lo hiciera mejor que él.

Eso es duro. No me importa. Ahora mismo, se está comportando bastante parecido a nuestro padre en lo que respecta a todo este asunto del matrimonio. Es exactamente lo que él habría hecho si no hubiera despreciado la idea de darle a Eivor Fiorelli más poder del que ya tenía.

Esa es la diferencia entre ellos, supongo. Una diferencia de dos líneas paralelas. No se tocan, pero están terriblemente cerca.

—¿Estáis listos?

La voz de Damian corta el silencio. No me he dado cuenta ni de que se había abierto la puerta.

—Estamos listos —responde Rosalie por mí.

Cojo mi abrigo y observo cómo ella se pone el suyo antes de seguir a Damian fuera de la habitación y por el pasillo hasta la entrada trasera de la catedral.

Damian comprueba el aparcamiento trasero antes de que nos amontonemos en una pequeña limusina que ha pagado Eivor para ir al convite. Damian no es el conductor.

Él se sienta en los asientos delante de nosotros, sin embargo, y vigila que todo esté en orden.

—¿Estamos seguros de usar el mismo salón de banquetes después de lo que pasó? —pregunto. Sinceramente, se lo pregunto a ambos, no solo a Rosalie.

—La ventana ha sido reparada —explica Damian—. Los dos os mantendréis alejados de las ventanas por esta noche.

—Además, han cogido a uno de los tipos que iban en el coche —me recuerda Rosalie—. Con suerte, podremos sacarle algo.

—¿Podremos? —pregunto con una risita.

—Bueno, yo no, porque Carmine no me deja acercarme a él, pero quizá te deje a ti después del convite. Al fin y al cabo, sois hermanos —sugiere ella.

Asiento lentamente. —Sí, me prometió que después de esto podría hablar con el tirador, o el conductor. Quienquiera que sea.

—No sé si es buena idea —interviene Damian.

—¿Por qué no? —pregunto—. No es la primera vez que interrogo a alguien.

—Yo no puedo estar allí —replica—. Tengo que quedarme con Rosalie.

Rosalie mira de uno a otro. —Se las ha apañado perfectamente sin ti hasta ahora —le recuerda a Damian.

Me gano un poco más de respeto por ella en este momento.

Aun así, noto la ansiedad de Damian y me pregunto si el intercambio sexual entre nosotros tiene algo que ver.

Lo último que necesito es que intente impedirme hacer mi trabajo. Mi familia. Carmine ya está haciendo un trabajo condenadamente bueno intentando eso.

—Estaré bien —le aseguro.

Damian asiente con rigidez y mira por la ventana, sin decir nada más durante el resto del trayecto hasta el convite.

El coche está en silencio hasta que llegamos al salón de banquetes. Está decorado de forma similar a la catedral. Excepto que hay guardias en cada esquina del edificio, por dentro y por fuera; en la iglesia habían sido un poco más discretos.

Dudo mucho que eso detenga realmente a alguien si quiere llegar hasta nosotros.

No obstante, tenemos que celebrar el convite. Si por mí fuera, no lo haríamos, pero está claro que nada depende de mí.

Se me tensa la mandíbula. Respiro hondo y luego salgo del coche. Mantengo la puerta abierta para Rosalie y luego la tomo de la mano para ayudarla a bajar.

No tengo por qué hacer ninguna de esas cosas, pero quedan bien para las cámaras. Además, algo de la tristeza que había en sus ojos mientras conducíamos me ha llegado.

Por mucho que diga que participa voluntariamente, me cuesta creerlo.

Sigo dándole la mano mientras nos dirigimos al convite. Nos presentan como el señor y la señora Dresvanni. Me sorprende, teniendo en cuenta que no esperaba que Rosalie aceptara mi apellido. Al parecer, así ha sido.

Es muy parecido al ensayo, excepto que la gente está claramente nerviosa. Todos con los que hablo me preguntan por el ensayo, al menos de alguna forma vaga.

El centro de atención deberíamos ser nosotros como pareja, pero es difícil cuando todo el mundo se pregunta quién fue exactamente el que nos tiroteó la última vez que estuvieron aquí.

No los culpo. Yo también quiero saberlo.

—Es hora de vuestro primer baile —nos dice Patricia.

Asiento y tomo la mano de Rosalie tal como practicamos. Veo la mirada de incertidumbre en sus ojos, pero mantiene la sonrisa suave en el rostro de todos modos. Mantengo mi cara relajada e intento mirarla solo a ella mientras nos dirigimos al centro de la pista de baile.

Una canción clásica larga y excesivamente romántica suena por los altavoces mientras la atraigo hacia mí. Le toco la cintura, le sujeto la mano con firmeza y la acerco aún más de lo que ya está.

Me lanza una mirada de sorpresa que se corrige rápidamente y se mueve al compás de cada uno de mis pasos.

—¿Estabas mirando a tu ex durante la ceremonia? —le pregunto en voz baja mientras ladeo la cabeza junto a la suya, inclinándola hacia su oreja.

Rosalie se tensa un poco. Se queda callada, como si estuviera debatiendo su respuesta.

—Puedes decírmelo, no pasa nada —insisto.

Ella suspira. —Lo estaba mirando —admite—. No puedo creer que Eivor lo haya puesto en el equipo de seguridad para esto.

—Parece un movimiento arriesgado —estoy de acuerdo—. A menos que él fuera capaz de cualquier cosa para protegerte.

Rosalie se queda callada otro momento y percibo una tristeza en la forma en que se mueve junto a mi cuerpo. Aun así, bailar con ella es natural, fácil. No me resulta difícil en lo más mínimo.

Puede que ella no sienta lo mismo. Su pulso está acelerado. Puedo sentirlo en su palma.

—Puede que sí —me dice finalmente.

Tarareo una respuesta antes de dejar que se aleje de mí para dar un giro que arranca algunas reacciones del público antes de atraerla de nuevo a mi lado.

Huele bien. Floral y dulce. No como el jabón que usé para ducharme esta mañana en la casa de seguridad.

Es suficiente para distraerme del hecho de que todo el mundo nos está mirando. Como si este baile fuera un gran gesto romántico, en lugar de una simple tradición.

—¿Por qué cortasteis? —le susurro al otro oído tras cambiar de lado.

—¿Por qué crees? —pregunta Rosalie a su vez, pero no me hace responder—. Por esto.

—Ah. O sea, que lo dejaste con él para casarte conmigo. Pensé que no te habían obligado a esto. —No puedo evitar sonreír un poco con suficiencia. La idea de que Rosalie pueda estar tan amargada como yo me produce un poco de satisfacción. Se ha mostrado tan superior con todo este asunto.

—No me obligaron —me espeta, y el baile vacila por un segundo —. Aun así... aun así tuve que romper con él para que esto funcionara.

—¿No estaba dispuesto a compartir? —le pregunto.

Rosalie bufa suavemente y esconde la cara en mi pelo un momento. Siento que su respiración se vuelve más pesada. —No estaba segura de que tú lo estuvieras —admite—. Además, es más fácil de esta manera.

—¿Fingir que es real? Yo no lo llamaría fácil —mascullo mientras la canción llega a su fin.

—Es lo que tenemos que hacer —me recuerda Rosalie—. Lo que Eivor espera.

Frunzo los labios y, tras separarme un poco, me inclino más cerca de su cara. —Tal vez —le digo—. Y para que lo sepas, no me importa que estés con tu ex.

Se le iluminan un poco los ojos. —¿No te importa?

Niego ligeramente con la cabeza. —¿Por qué iba a importarme?

Una mirada de curiosidad se apodera de ella. —¿Pasa algo que yo no sepa? —pregunta.

El corazón me da un vuelco y se me sube a la garganta.

En todo este tiempo no me había dado cuenta de que ser tan abierto sobre el hecho de que no me importe que vea a otras personas mientras estamos casados podría delatar mis propios intereses.

—No —miento.

Solo es una mentira a medias.

Claro, se la chupé a Damian y él me hizo una paja, pero no es que haya nada más. Ni que vaya a volver a pasar. ¿Verdad?

Me mira con los ojos entrecerrados un segundo.

La canción ha terminado. La gente espera.

Me inclino más y poso mis labios sobre los suyos con suavidad y dulzura. Lo justo para contentar a la multitud.

Luego salimos de la pista de baile mientras nos aplauden.

Eivor se lleva a Rosalie para bailar con ella antes de que se pueda decir nada más. La velada transcurre deprisa, pero no lo suficiente para mí.

En lo único que puedo pensar es en tener la oportunidad de hablar con el canalla que formó parte del plan para matarnos.

El corte de la tarta, la cena, el interminable intercambio de saludos... todo se interpone en mi camino para salir de aquí.

Finalmente, todo el mundo está tan borracho o tan absorto hablando entre sí que por fin puedo escabullirme con Carmine.

—¿Adónde vais? —me pregunta Damian justo cuando llego a la salida del salón del convite con Carmine a mi lado.

—A hablar con el cabrón que nos disparó —suelto entre dientes —. Probablemente el mismo tipo que puso la bomba que casi mata a Nikolas. *Casi te mata a ti*, es lo que quiero decir. Francamente, Nikolas me importa un bledo, apenas lo conozco. El crío no me ha dirigido ni una palabra en toda la noche... pero ¿Damian? No quiero ni pensarlo.

Damian me pone una mano en el hombro y se me pone toda la piel de gallina.

Vaya. Eso no me lo esperaba.

—Yo debería estar allí —insiste Damian.

Carmine niega con la cabeza. —Se te necesita aquí para vigilar las cosas, para proteger a Rosalie.

—¿Por qué no viene Rosalie? Ella forma parte de esto tanto como nosotros —nos dice Damian. Veo que solo está intentando agarrarse a un clavo ardiendo. No le importa si Rosalie viene o no. Solo quiere estar allí.

La razón, sin embargo, es incierta. ¿Es por mí o por algún otro motivo?

—La novia no puede desaparecer —le recuerdo—. Además, ya tendrá oportunidad de hablar con él si quiere. Pero no esta noche.

Damian tensa la mandíbula. —Está bien.

Es como si me hubiera mandado a la mierda.

Lo observo de arriba abajo.

—Vamos, Tommy está esperando en el coche —dice Carmine y me indica que salgamos.

Mis ojos se clavan en los de Damian e intento comprenderlo en este momento. Intento averiguar cuál es su motivo. ¿Simplemente quiere estar al tanto de todo o cree que podrían herirme?

Niego con la cabeza hacia él y veo cómo su rostro se relaja. Intento decirle sin hablar que estaré bien.

La puerta se abre y Carmine me guía hasta la zona principal antes de que salgamos al frío. Lo sigo hasta el coche que conduce Tommaso y me meto atrás. Mientras estoy sentado en el asiento trasero, me quito la pajarita y me suelto el pelo, quitándome las horquillas que lo sujetan y guardándolas en uno de los bolsillos de mi esmoquin.

No pasa mucho tiempo antes de que estemos finalmente de vuelta en nuestra propiedad.

—¿Lo tenéis aquí? —pregunto con curiosidad.

Carmine sube las escaleras heladas más rápido que yo. —Aquí tenemos lo necesario para interrogarlo y, además, no hay lugar mejor vigilado.

Asiento conforme. —Mejor aquí que en la finca de los Fiorelli; está claro que ellos necesitan nuestra ayuda más de lo que nosotros necesitamos la suya —me mofo. Todo este matrimonio es una ventaja mucho mayor para la familia Fiorelli que para nosotros.

—No te quito la razón —responde Carmine—. Centrémonos en sacar toda la información posible de este tipo. No te distraigas. Intentará usar la boda en tu contra.

Asiento con rigidez. —Sé lo que hago, Carmine. Ya lo he hecho antes.

—Lo sé, pero esta vez nos toca mucho más de cerca que nunca. Te quieren muerto, Alessio. Normalmente van a por el cabeza de familia.

—Quizá el hecho de que esta vez me hayan elegido a mí quiera decir algo —le digo mientras bajamos al sótano con varios guardias armados siguiéndonos por delante y por detrás.

—No empieces ahora —gruñe Tommaso—. Vamos a por ese tío antes de que intente suicidarse o algo así.

Pongo los ojos en blanco.

El sótano consta de tres habitaciones con sólidos muros de hormigón y puertas tan pesadas que hacen falta dos guardias para empujarlas una vez desbloqueadas con llave y teclado.

—Tú eres el que siempre empieza las movidas, Tommy —le recuerdo antes de entrar en la habitación fría, sin ventanas y tenuemente iluminada.

Hay un hombre atado a una silla en el centro de la habitación con sangre seca en la camisa y una expresión de agotamiento e irritación en el rostro. Parece estar a mediados de los treinta, quizá. Piel aceitunada clara, pelo negro azabache y una nariz que parece haber sido rota unas cuantas veces.

—No os voy a decir nada —escupe mientras se retuerce en la silla.

—Ya veremos —le espeta Tommaso—. ¿Te gusta tener los dos brazos intactos?

—Tommy —le regaña Carmine, y luego me mira a mí—. Adelante. Es todo tuyo.

Me acerco al tipo y lo observo mejor. Parece pequeño. Canijo, la verdad. Nada del otro mundo.

—Tú eras el conductor —digo, haciendo una conjetura fundamentada.

—Yo no he dicho nada —dice con desprecio.

—Eres demasiado flacucho para disparar el arma que se usó —comento—. Especialmente tantas veces y desde un vehículo en marcha. Tenías que ser el conductor.

—¡Podría disparar a cualquiera de vosotros! —afirma en varios bufidos fuertes y entrecortados—. Os mataré ahora mismo, joder.

Me acerco a él y me inclino. —Adelante, vuelve a intentarlo, pero esta vez no saldrás de aquí.

—Dime quién te contrató —exijo.

Él simplemente me mira con rabia.

—¡Si no quieres hablar, a lo mejor podemos cortarte la puta lengua! —sisea Tommy desde detrás de mí.

Me doy la vuelta y estampo la mano contra el pecho de mi hermano. —Cierra la puta boca, Tommaso —le exijo—. Estoy hablando con él.

El hombre de la silla se ríe. —Ni siquiera podéis controlaros entre vosotros... sois patéticos.

Me doy la vuelta frustrado. —A lo mejor tiene razón —digo y echo mano a mi bolsillo para sacar mi navaja automática—. Quizá estarías más dispuesto a colaborar si te faltara algún miembro.

—Sí, claro, mucho hablar pero no haces na... —antes de que el hombre pueda terminar la frase, clavo mi navaja en sus dedos y empujo con fuerza, cortándole el anular y el meñique a la mitad. La sangre brota de las heridas.

—¡Joder! —grita el hombre de pánico y dolor. Mira detrás de mí, hacia Carmine, como si esperara que me detuviera.

—Él no te salvará. Dejará que te mate incluso —digo mientras me inclino más y más hasta que mi nariz prácticamente toca la suya.

Presiono la hoja con más fuerza con todo el peso de mi cuerpo hasta que rebana sus dedos por completo y estos caen al suelo. La sangre mana de sus muñones.

Él gime de dolor y las lágrimas empiezan a brotar de sus mejillas hundidas.

—¡Hijo de puta! —sisea entre sus lágrimas entrecortadas.

—Dime quién te contrató, o perderás aún más —gruño.

No me escucha. Solo llora y empieza a suplicarme que no lo haga.

—Me matarán.

—Yo te mataré si no lo haces —le digo.

—Lo hará —responde Carmine—. No hay nadie aquí para salvarte.

—¡Hazlo de una puta vez! —bufa Tommy desde atrás. Claramente irritado porque estamos dejando vivir a este tipo tanto tiempo.

—¡Vale, vale! —solloza el tipo—. L-Los Tulo.

Me alejo de él y cierro mi navaja con un clic. —¿Los Tulo te contrataron para matarnos a mí y a Rosalie? —le pregunto.

No responde, solo solloza como un bebé.

—¡Respóndele! —Tommaso me aparta de un empujón y apoya las manos con fuerza en los brazos de la silla—. ¿Qué tienen que ver los Tulo con esto?

Aparto a Tommy y lo fulmino con la mirada, pero luego vuelvo a dirigirme al hombre de la silla.

—Me contrataron para matar a Rosalie —admite.

Parpadeo. —¿A mí no? ¿Solo a Rosalie?

Toma aire. —Sí, solo a Rosalie.

—¿Por qué? —pregunta Carmine, acercándose—. ¿Por qué solo a Rosalie?

El hombre niega con la cabeza. —No lo sé. De verdad que no lo sé —insiste—. Solo... no. Dejadme ir, huiré, no volveré a molestaros nunca más.

—¡Claro que no lo haras, estarás muerto! —dice Tommy bufando, moviéndose de un lado a otro por su agitación.

Los guardias de la habitación se acercan, por si acaso.

—¿Quién disparó? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Tú eras el conductor, ¿quién apuntó a Rosalie? —pregunto una vez más.

Suspira profundamente. —Marco Tulo —responde— A mí solo me contrataron como conductor. Ya lo he hecho antes... Me ofrecieron un montón de dinero.

—¿Valió la pena tus dedos? —le pregunto.

Él solo llora.

—Creo que tenemos suficiente —dice Carmine—. Ahora sabemos que tenemos que investigar más a la familia Tulo.

—No, quiero saber por qué —digo—. Tiene que saber más.

—¡No lo sé, no sé nada más! ¡Solo que me contrataron para ser el conductor! ¡El tirador solo apuntaba a la chica! ¡Eso es todo!

Gruño entre dientes. —¿Por qué? ¿Por qué querrían solo matar a Rosalie?

Carmine me pone una mano en la espalda. —Tal vez el problema lo tengan con los Fiorelli, no con nosotros.

Niego con la cabeza. —Eso no tiene ningún sentido.

—¿Ah, no? —pregunta Tommy—. Pusieron una bomba en su puerta, ¿verdad?

Vuelvo a meterme la navaja automática en el bolsillo, con sangre y todo, y suspiro.

—Tenemos que decírselo a Eivor —digo a regañadientes—. No le va a gustar nada esto.

—Primero tenemos que encargarnos de él —me recuerda Carmine.

El tipo de la silla nos mira con los ojos como platos.

—No, no, por favor —suplica.

Aprieto los dientes y miro a Tommaso, que parece demasiado ansioso por acabar con la vida del hombre que casi nos mata a Rosalie y a mí.

—Hazlo tú, Tommy. Tengo una luna de miel a la que asistir.

10

Capítulo diez

Damian

No saber qué está pasando después de que Alessio se haya marchado de la boda me hace sentir inquieto. No le quito el ojo de encima a Rosalie, por supuesto, pero todo el tiempo me pregunto qué estará haciendo Alessio. Si habrá conseguido la información que tanto necesitamos para averiguar quién dejó la bomba en la puerta de los Fiorelli y tiroteó la cena de ensayo... y por qué.

El porqué de todo esto no es ni mucho menos tan importante como el quién, pero en mi línea de trabajo, conocer el móvil de una acción puede facilitar la resolución en la misma medida.

Aunque depende de si realmente buscan una resolución.

Si Eivor es tal como ha aparentado estas últimas semanas, puede que prefiera acribillar a toda la familia de quienquiera que esté detrás de esto, antes que llegar a un final pacífico.

Mi trabajo, sin embargo, no es ser un pistolero. Estoy aquí para proteger. Incluso si eso significa sacar a Rosalie y a Alessio de todo este jaleo de una maldita vez.

Espero que esta luna de miel signifique precisamente eso.

Una vez terminada la recepción, llevo a una Rosalie bastante achispada a un hotel a una hora de Tessari. Lo bastante lejos como para que sea una especie de escape, pero no demasiado por si se les necesita para algo.

Rosalie entra antes que Alessio, que se reunirá con nosotros allí.

El hotel es propiedad de los Fiorelli, pero está bastante apartado de todo lo demás.

La suite privada tiene varios dormitorios, una cocina y un pequeño salón que también cuenta con un escritorio.

Reviso cada una de las habitaciones y cada una de las ventanas. Que yo sepa, no hay micrófonos ni cámaras plantados en ninguna parte. Las ventanas están cerradas. El balcón da al océano y no a otro edificio. Los armarios están vacíos. Los baños limpios y nada parece fuera de lo normal.

Son las 22:52 y todo parece seguro.

—Necesito un café— dice Rosalie con un poco de arrepentimiento en la voz. Se lleva una mano a la cabeza y se encamina a la cocina, todavía con el vestido de la recepción.

Mientras prepara el café, me apoyo en la pared que da a la puerta de la suite.

Parece pasar una eternidad antes de que finalmente se abra con la tarjeta y Alessio entre con su maleta de ruedas en la mano.

Todavía lleva el esmoquin, pero tiene manchas de sangre en los puños.

—¿Estás bien?— le pregunto en voz baja.

Él asiente. —Lo estoy— responde. —¿Está Rosalie despierta?—

Yo también asiento. —Está en la cocina haciendo café.—

Alessio deja su maleta en el salón y se dirige a un lado, a la pequeña cocina donde el café se está haciendo y algo se está cocinando también en los fogones. Huevos, por lo que parece.

—Necesitaba comer algo más— explica ella con naturalidad, pero luego parece darse cuenta de que no soy solo yo quien entra en la habitación. Alessio está delante de mí.

—Oh, Alessio— dice despacio. —¿Qué ha pasado?—

Él suspira. —No son buenas noticias— admite.

Rosalie deja la espátula de madera y se cruza de brazos.

—¿Qué está pasando? ¿Qué has averiguado?— pregunta. —Por cierto, escaparse de la boda sin ni siquiera invitarme ha sido una jugada de mierda.—

Le lanzo una mirada significativa a Alessio, que él parece ignorar deliberadamente.

—Era mejor que solo estuviera yo allí— insiste Alessio. —De todos modos... resulta que el conductor fue contratado por los Tulo. Un sindicato del crimen que nos tiene echado el ojo desde hace tiempo. Nunca habían movido ficha hasta hace poco.—

—No pareces muy seguro de ello— comenta Rosalie.

Miro a uno y a otro. Puedo sentir la tensión en la habitación. No estoy seguro de cuánta proviene de mí. Tengo las manos prácticamente hechas puños.

—El conductor ha confesado que el pistolero solo fue contratado para matarte a ti— admite Alessio.

Me quedo helado. Rosalie también se queda paralizada, sin pestañear.

Hay una quietud gélida en la habitación. El único sonido es el chisporroteo de los huevos y el borboteo del café al terminar de hacerse.

—¿Solo a mí?— pregunta Rosalie.

—Solo a ti— confirma Alessio. —Bueno, si hemos de creer al tipo. Podría haber estado mintiendo, pero teniendo en cuenta por lo que estaba pasando en ese momento, lo dudo.— Alessio sonríe con suficiencia un instante, pero luego su rostro vuelve a ensombrecerse. —Parece que los Tulo tienen algo específicamente contra los Fiorelli.—

—Eso tendría sentido— murmura Rosalie. —Al fin y al cabo, pusieron la bomba en nuestro porche.—

Alessio niega con la cabeza. —No estoy seguro de que fueran ellos. No tenemos forma de saberlo, pero si lo hicieron, probablemente no tarden mucho en volver a intentarlo.—

—Podrían estar mirando ahora mismo— dice Rosalie con incomodidad. —Lo que no entiendo es por qué nos guardan rencor. No hemos hecho nada que tenga ni remotamente que ver con ellos. —

—Estoy de acuerdo, no tiene tanto sentido como parece.— Alessio se acerca a ella. —Personalmente, no creo que se trate solo de ti. Aunque tú fueras el objetivo previsto.—

Miro hacia el suelo un momento, pensando. Intentando atar todos los cabos que me han dado hasta ahora.

—¿Podrían los Tulo estar en contra del matrimonio, pero solo a causa de los Fiorelli?— pregunto.

—¿Por qué no irían a por los dos?— pregunta Rosalie.

—Tal vez quieran a los Dresvanni vivos— sugiero. —Si les interesan los Dresvanni, pero se oponen a que los Fiorelli se unan a ellos, podrían fijar el objetivo solo en ti.—

Rosalie suspira. —Genial. Justo lo que me faltaba. Eivor estaba totalmente a favor de esta boda, pensaba que iba a resolver todos sus problemas de poder— admite. —Ahora podría ser la razón por la que nos han puesto en la diana.—

—Si os han puesto en la diana por eso, ya es demasiado tarde— nos recuerda Alessio a ambos.

Asiento lentamente. —Ya estáis casados. Hecho está.—

Rosalie se vuelve hacia los fogones y coge de nuevo la espátula. Remueve un poco los huevos antes de apagar el fuego y deja que se terminen de hacer con el calor residual.

—La única opción es acabar con los Tulo— murmura Rosalie.

—Puede que así sea— coincide Alessio.

La habitación se queda en silencio. —Necesitamos más información— les digo. —No sabemos con certeza qué está pasando y, por ahora, estáis a salvo. He revisado todas las habitaciones.—

—Bien.— Alessio me mira y juraría que siento un vuelco en el pecho. El corazón me late con fuerza y rapidez.

Rosalie echa los huevos en su plato, coge un tenedor y luego una taza para servirse el café. Todo transcurre en absoluto silencio. Rosalie parece más que cansada.

Ninguno de nosotros dice nada más, y me pregunto si es porque a todos se nos han agotado las palabras o si todos tenemos lo mismo que decir.

Sea como sea, el silencio se prolonga varios instantes más y la tensión en la sala es densa.

—Dormiré en mi propia habitación— le dice a Alessio con una mirada intencionada. —Sé que tu privacidad es importante para ti.—

Incluso yo entiendo a qué se refiere antes de que desaparezca de la cocina.

No van a consumar su matrimonio esta noche.



Me siento en el salón de la suite dando sorbos a mi propia taza de café mientras Alessio se dirige al otro dormitorio con sus cosas.

Pasan de las once cuando vuelve a salir. Mi café se ha terminado y no esperaba volver a verlo esta noche.

—La familia Tulo podría estar planeando su próximo movimiento ahora mismo— dice en voz baja.

Alessio se ha quitado el esmoquin y lleva unos pantalones de pijama de seda azul oscuro y una camiseta gris claro que se le ciñe a los bíceps y al pecho.

Trago saliva y aparto la mirada de él hacia la pantalla de la televisión, que está en negro y solo me devuelve el reflejo de mi propio rostro.

—Probablemente lo estén haciendo— asiento.

Me recuerdo a mí mismo que hay cosas más importantes en las que estancarse que en el aspecto de Alessio esta noche y vuelvo a mirarlo. —Deben de saber que su conductor ha sido capturado e interrogado.—

—Tenemos que encontrar al pistolero— responde. —Él nos dará la información que necesitamos. El conductor no tenía ninguna relación con los Tulo, pero el pistolero... el conductor dijo que era un Tulo.—

Asiento despacio y me pongo en pie. —Es bueno saberlo. ¿Sabemos si los Carvel están compinchados con los Tulo?—

Alessio se cruza de brazos y se planta frente a mí con gesto frustrado. El ceño fruncido. —No. El conductor apenas nos dio información más allá del hecho de que solo pretendían matar a Rosalie.—

—Pediría una oportunidad para sacarle más información, pero ya está muerto, ¿no?— pregunto lentamente, preguntándome si fue Alessio quien se encargó del trabajo.

—Lo está— dice Alessio, y me observa. —Si te preguntas si lo he hecho yo, no ha sido así.—

—No me lo preguntaba— miento. —Pero sé que lo que hay que hacer, se hace.—

—Así es, y es parte de mi vida. Estoy acostumbrado. No actúes como si tú no lo estuvieras— me espeta. Es evidente que percibe la tensión reinante.

Niego con la cabeza. —Matar no va en contra de mi naturaleza, Alessio, pero no es para lo que me han contratado— le explico. —Estoy aquí para protegerte y, sí, si eso significa meterle una bala en la cabeza a algún bastardo, lo haré. Pero antes que nada, si tengo la opción, te sacaré de allí antes de empuñar el arma.—

La expresión de Alessio se suaviza. —No es que disfrute matando, no como otros— mira hacia un lado. —Hay un subidón, pero es un lío y odio tener que reponer mi ropa. Prefiero averiguar qué puede beneficiar a ambas partes. Aun así... estoy acostumbrado a la muerte; pero no soy un simple soldado. No mato por orden ni por otra razón que no sea el ego de otro hombre.—

—Bien— respondo simplemente. —Es bueno saber que serás capaz de manejarlo si llega el momento.—

—Puedo manejar cualquier cosa.— Alessio se acerca un paso. —Si crees que lo que pasó la otra noche significa lo contrario...—

Pestañeo. Tardo un segundo en darme cuenta de a qué se refiere. —No— insisto. —No pienso eso.—

Un calor me recorre el cuerpo y cierro los puños.

—Bien— repite mi palabra y se acerca aún más.

Él no dice nada más. Yo tampoco digo nada. Alessio se acerca más y más hasta que sus dedos rozan los míos. Sus ojos se clavan en los míos como agua cristalina. Es eléctrico, y el corazón me retumba en el pecho. Siento una punzada en la entrepierna. Me doy cuenta de que no soporto estar tan cerca de él y no besarlo.

Es un pensamiento aterrador.

Casi espero que se acerque más. Que elimine la distancia entre nosotros. En cambio, desliza sus dedos alrededor de la taza de café que tengo en la mano y la retira con suavidad. —Yo me llevo esto— dice en un susurro. —¿Quieres más?—

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra violentamente en mi bolsillo. Lo saco y veo que es Eivor Fiorelli.

Suspiro, lanzándole a Alessio una mirada de reojo antes de contestar.

—Señor Fiorelli— digo despacio. —Llegamos al hotel hace una hora más o menos, todo está seguro y bajo control.— Le envié un mensaje con dicha información hace cuarenta y cinco minutos, pero quizá no lo ha mirado.

Alessio se aleja de mí y entra en la cocina cercana. Siento más frío ante su ausencia.

—Soy plenamente consciente, gracias por la actualización— me dice Eivor. —Necesito que vuelvas a la finca, tenemos que hablar.—

Hago una pausa. —¿Todos nosotros?—

—No, solo tú. Estoy organizando que varios guardias ocupen tu lugar en el hotel— explica. —No llevará mucho tiempo.—

—¿Ha ocurrido algo?— pregunto.

—Lo discutiremos cuando llegues. Los guardias estarán allí en quince minutos— insiste Eivor.

—Sí, señor— respondo simplemente. Miro en dirección a Alessio y veo que se está sirviendo el café restante sin mirarme. Eso no significa que no esté escuchando. —Allí estaré.—

Cuelgo el teléfono y voy a coger mi chaqueta de la percha que hay junto a la puerta.

—¿Qué pasa?— pregunta Alessio.

—Eivor necesita que vuelva a la finca Fiorelli por alguna razón. No quiere decírmelo por teléfono. Supongo que querrá hablar de los Tulo— le digo. Es una verdad a medias. Me hago una idea mejor de lo que quiere tratar, pero no estoy seguro. No puedo decírselo a Alessio, eso lo sé.

La culpa me recorre la espalda y trato de ignorarla.

Esto es un trabajo. Nada más. Debo recordarlo.

—¿Me dejas... nos dejas?—

Asiento. —Va a enviar refuerzos para que vigilen mientras no estoy. No debería tardar mucho— le digo, bajando la voz a un tono casi reconfortante.

El rostro de Alessio se tuerce ligeramente. —Esto no me gusta nada.—

—A mí tampoco, pero tengo que hacer lo que dice— le recuerdo. —Trabajo para él.—

—Claro.— Se le ensombrece el semblante y deja la taza de café. —No para mí.—

Capto inmediatamente a qué se refiere. —Alessio...—

—¿Lo de la otra noche fue solo por él?— pregunta. —¿Él...?—

Abro mucho los ojos. —En absoluto— le juro. —Él... él no sabe nada de eso. De hecho, creo que si lo supiera, yo no estaría aquí.—

—Quizá de eso se trata todo esto— sugiere Alessio.

Niego con la cabeza. —No, no lo creo.— Aun así, ahora tengo esa idea en la cabeza. ¿Y si Eivor sabe lo que pasó entre nosotros?

Trago saliva al oír que llaman a la puerta.

—Volveré— le prometo. Mirándolo directamente a los ojos y esperando a que asienta antes de darme la vuelta y dirigirme a la puerta.

Va a ser una noche larga. Ya lo presiento.



Las cero cincuenta y dos. Cuando llego a la finca de los Fiorelli, no puedo evitar pensar que resulta excesivamente cálida y alegre para un lugar en el que se ve la muerte y la planificación del fin del enemigo con cierta regularidad. Los adornos navideños siguen repartidos por los pasillos y el aroma a canela y manzanas emana de varias velas encendidas por toda la casa.

Es como poner una manta suave y esponjosa sobre un cadáver. Todavía hay un tipo muerto debajo. Todavía hay sangre filtrándose en las tablas del suelo, y el olor asqueroso de la descomposición eventualmente llegará a la nariz de todos.

De todas formas, subo a la oficina de Eivor, donde está débilmente iluminada y él está sentado detrás de su escritorio fumando un puro.

—Damian, estás aquí… por fin —dice y se incorpora un poco más —. Empezaba a pensar que algo terrible podría haberte pasado.

Me cuesta no poner los ojos en blanco. Como si alguna vez le preocuparía de verdad algo así. No parece el tipo de hombre que le importe.

—Estoy aquí —digo simplemente—. ¿Qué es lo que quería discutir?

—Vamos, vamos. Toma algo conmigo primero —insiste en ello, llegando al punto de servirme una copa y hacerme un gesto para que me siente—. Aparto el vaso más lejos de mí.

—Si voy a tener que conducir de vuelta al hotel, es mejor que no —le digo.

Se ríe suavemente. —Veremos.

Lo observo mientras da varias caladas largas a su puro, y luego bebe antes de volver a hablar.

—¿Has conseguido información sobre Alessio? —me pregunta.

La garganta se me tensa. He tenido la sensación de que esto es de lo que quería hablar.

—No —le digo—. No ha habido mucho tiempo para obtener información sobre el señor Dresvanni dadas las… circunstancias, últimamente. —Elijo mis palabras cuidadosamente. Me mantengo de pie frente a su escritorio con los brazos detrás de la espalda.

—Entiendo —dice Eivor lentamente. No suena satisfecho—. Me preocupaba que hubieses olvidado esa parte de tu trabajo.

Niego con la cabeza. —Le aseguro que no —le digo. Aunque no creo que estaría tan satisfecho si le contara lo que sí sé sobre Alessio.

Lo duro que se pone cuando mi mano está envuelta alrededor de él. Cómo suena cuando está gimiendo de placer… Cómo sabe su boca.

Tengo que volver a traerme a la realidad. Todo mi cuerpo está caliente y con la piel de gallina.

—Encontrarás más información sobre Alessio y su familia —me dice Eivor. Su tono es claro a pesar de que está bebiendo. Todavía está demasiado sobrio como para que tome sus palabras como algo que no sea serio.

—Por supuesto —vuelvo a asentir—. No estoy seguro de cómo o cuándo, pero tendré que encontrar información sobre los Dresvanni pronto o va a perder la paciencia conmigo. Puedo notarlo.

—Esta noche —dice bruscamente.

—¿Qué? —pregunto, y luego me aclaro la garganta—. Es decir, ¿cómo le gustaría que lo hiciera, señor? He llamado «señor» a más de trescientos hombres en mi línea de trabajo *señor*, pero algo en referirme a Eivor de esta manera me resulta profundamente incómodo. La manera en que sus ojos me penetran como si estuviera mirando dentro de mis huesos es inquietante.

—Irás a la finca de los Dresvanni y fisgarás. Te tienen confianza ahora. No cuestionarán por qué estás allí —me dice.

Miro hacia abajo por un instante. —¿Qué debería decirles si lo hacen?

—Encontrarás la manera. Eres un hombre inteligente.

Ignoro el impulso de decirle que este plan es ridículo. Casar a su única sobrina con Alessio y luego insistir en que encuentre la manera de acabar con ellos. Si quiere acabar con ellos hay un millón de otras maneras que funcionarían mejor y no requerirían un matrimonio.

Dicho esto, no puedo decir que este plan no tenga algo de mérito. Ha ganado su confianza. Los ha hecho creer que realmente quiere compartir el poder con ellos.

Quizás simplemente no puedo soportar que sea yo quien envíe a buscar información para acabar con Alessio.

No debería importar; es solo un trabajo. Una vez que esté terminado, seguiré mi camino. Como siempre hago. Por alguna razón siento resistencia en lo profundo de mí.

Sabiendo que Alessio me desea de la misma manera que yo lo deseo a él… hace todo esto mucho más difícil.

Mientras asiento y espero la señal de Eivor para que me vaya, intento decirme a mí mismo que la noche con Alessio no significó

nada. Fue solo para consolarlo de una pesadilla sobre su padre.

Si hubiese significado algo, no habría pasado por la boda tan fácilmente como pareció hacerlo. No me hubiera probado con sus palabras anteriormente en la noche.

No significó nada. Absolutamente nada.

¿Por qué?

Porque tiene que ser así.

Dejo la finca de los Fiorelli y me dirijo a la finca de los Dresvanni con un plan de acción.

Estoy contando con que todos estén borrachos por la recepción, o incluso que se hayan ido. Después de todo, estas cosas tienden a durar eternamente, incluso después de que los novios se han ido. Las bodas italianas son un gran evento.

Incluso las que se planearon en solo un par de semanas.

Cuando llego a la finca Dresvanni, hay varias luces encendidas que brillan a través de las ventanas con cortinas. Los guardias me dejan pasar por la puerta sin problema, y dejo el coche en la cochera.

Su finca es significativamente más grande que la de los Fiorelli, y sé que si quiero encontrar información, tendré que elegir algunas áreas específicas, en lugar de simplemente abrirme paso por todo el lugar. Eso sería demasiado sospechoso y llevaría demasiado tiempo.

Ya tengo una idea de dónde dirigirme primero.

—Damian, ¿qué estás haciendo aquí? —Cassian es el primero en saludarme. Está sentado en la biblioteca con un libro en las manos, sentado en un asiento de ventana, con una taza humeante a su lado.

El chico se ve inseguro, pero no amenazado. Tengo suerte de no haberme encontrado con nadie más mientras estoy aquí.

—Alessio me pidió que recogiera algunas cosas más para él —le digo—. Como no tuvo mucho tiempo para empacar.

—Oh, está bien —dice Cassian casualmente. Sin parecer confundido ni sospechoso en absoluto. Aunque sí pregunta—: ¿Quién está con ellos en el hotel?

—Hay un par de guardias más allá. Están seguros, te lo aseguro —le digo calmadamente. Mantengo el tono bajo y la expresión

bastante plana.

Cassian me observa por un segundo. —¿Qué necesita de la biblioteca? —pregunta, de repente pareciendo inseguro.

Meto las manos en los bolsillos e inclino la cabeza a un lado. —Bueno, supongo que tengo que confesar que es por mí —digo con una ligera risa—. Necesito algo mejor para leer.

—Eso es justo. Tienes libre acceso a cualquier cosa aquí, siempre y cuando la devuelvas. Carmine es muy serio con respecto a la biblioteca —me dice.

Asiento. —Por supuesto.

Luego, me dedico a la tarea tediosa pero no completamente inútil de elegir un par de libros que realmente quiero leer. Mientras lo hago, busco cualquier cosa particularmente interesante en los estantes. Hay algunos registros de ventas de madera de cuando la familia solía hacer eso, pero nada fuera de lo ordinario.

—¿Están Carmine y Soren aquí? —pregunto mientras me dirijo hacia las puertas de la biblioteca.

Cassian niega con la cabeza. —No, decidieron quedarse afuera por su cuenta mientras los recién casados están en su luna de miel. Que tengan un poco de una ellos mismos, supongo —explica con una ligera sonrisa. Pero hay una tristeza en sus ojos.

—Tommy y Tiberi están dormidos, se emborracharon demasiado —añade.

—Seré silencioso entonces. —Me llevo un dedo a la boca. El tipo se ríe y luego vuelve a la lectura.

Cassian parece ser el hermano más fácil de tratar. Es lo bastante joven como para no ser tan sospechoso como los otros podrían serlo. Eso probablemente cambiará en los próximos años.

Pobre chico.

Es simplemente el camino de esta vida. Cuando estás en una familia criminal, eventualmente tienes que elegir un papel y mantenerte en él.

Me dirijo por el pasillo silenciosamente con mis libros en la mano, y lo primero que hago es subir y agarrar algunas prendas de ropa de Alessio de su armario, en caso de que tenga que demostrar que estoy aquí por él.

Mientras estoy en su habitación, fisgo en su escritorio. Busco algo interesante.

Se siente mal estar haciendo esto. Encuentro fotografías de él con su madre y Carmine. Encuentro cartas que ha escrito pero nunca ha enviado. No las leo, aunque es exactamente el tipo de cosa que Eivor querría que hiciera.

Cuando estoy seguro de que puedo dejar su habitación y decirle a Eivor que no encontré nada de interés, lo hago.

Pero hay un lugar más al que debo ir.

La oficina de Carmine.

La oficina que solía pertenecer a su padre, y la suya antes de eso.

El suelo cruje bajo mis pies, y ruego que Cassian esté demasiado absorto en su lectura nocturna para darse cuenta de que estoy pasando por la biblioteca de nuevo. Y solo hay un par de habitaciones después de la biblioteca.

La oficina, la sala de juntas, o sala de estar.

Me muevo para abrir la puerta de la oficina, pero está cerrada con llave.

Con un chasquido de lengua, me llevo la mano a uno de mis bolsillos y saco una ganzúa. Esto es mucho más precario de lo que quiero. Si me atrapan haciendo esto, sin duda estaré bajo fuego.

Con manos suaves y lentas, desbloqueo la puerta, escuchando cómo hace clic varias veces. Vuelvo a meter el juego de ganzúas en mi bolsillo, doblado en su sitio, y abro la puerta.

La oficina está quieta y oscura. Cierro la puerta detrás de mí y enciendo la luz. Es otro movimiento que podría causarme problemas, pero es lo que debe hacerse.

Busco primero en las áreas más obvias. Las estanterías, las superficies de las mesas y el escritorio. Hay información sobre el conductor del tiroteo. Teorías que Carmine ha escrito y no son muy diferentes de las que he formado yo mismo.

Hay un diario que abro y rápidamente me doy cuenta de que estoy leyendo una página sobre las primeras interacciones de Carmine con Soren. Siendo recapituladas varias semanas después de

que sucedieron, junto con la muerte de su padre. Paso unas cuantas páginas más.

Es claro cuán intenso fue el conflicto entre los Dresvanni y los Fiorelli, y me pregunto si Carmine tiene alguna idea de que no ha terminado solo porque haya casado a su hermano con Rosalie.

De todas formas, no hay nada allí para mí. Nada que sería útil para Eivor y su deseo de chantajear o avergonzarlos para que le den más poder del que se merece.

Estoy a punto de rendirme después de desbloquear el último cajón y volverlo a bloquear, cuando me doy cuenta de que el panel inferior del escritorio es desigual. Tan solo un poquito. No parece un problema con la construcción, y cuando lo toco y tiro de él, cede.

El polvo sale volando mientras quito el panel inferior del escritorio lo suficiente para meter mi mano grande y palpar alrededor. Madera, polvo, puntas de pequeños clavos que se han soltado.

Papeles.

Puedo sentir que son papeles satinados bajo la yema de mis dedos.

Los saco, un par a la vez, hasta que no siento ninguno más. Dudo que Carmine sepa que están aquí, ya que el polvo me dice que el panel no ha sido sacado en al menos un año.

Quizás se dejaron de su padre, o incluso del padre de su padre. No estoy seguro de que sea algo que pueda ayudar mi situación, especialmente si es demasiado viejo como para importar ahora.

Hasta que doy la vuelta a los papeles satinados y me doy cuenta de que son fotografías.

Algunas son pequeñas y tomadas con una cámara Polaroid, otras son más grandes y tomadas con una cámara diferente e impresas después.

Me toma un momento mientras las miro bajo la luz débil para procesar lo que estoy viendo.

Extremidades. Extremidades desnudas. Cabello corto oscuro, cabello largo claro, y ropa que está de lado.

Niños.

Mi corazón empieza a latir fuertemente en mi pecho.

Estoy mirando fotografías de niños. Desnudos y…

La bilis me sube por la garganta y cierro los ojos con fuerza mientras paso a la siguiente fotografía pero no la miro de inmediato.

Esto no puede ser…

Abro los ojos. Allí está él.

Alessio. Es tan joven, pequeño, pero parece tan igual. Esos mismos ojos, pero llenos de miedo y confusión.

Carmine.

Paso a la siguiente fotografía, y a la siguiente, hasta que ya no puedo soportarlo.

En mis manos tengo fotografías de Alessio y Carmine siendo abusados de niños. Ninguna de ellas muestra a su padre, pero es evidente para mí que debe ser él quien las tomó. Debe haber sido él quien las instruyó y las posicionó.

Las peores de ellas son aquellas en las que están juntos. Forzados en poses asquerosas y pareciendo tan asustados.

Me doy cuenta rápidamente de que he encontrado algo que Eivor agarraría con sus manos codiciosas si tuviera la oportunidad. Si se las doy, usará el hecho de que su padre los abusó en su contra.

Meto las fotos en los bolsillos interiores de mi abrigo lo más rápido que puedo, y cierro el fondo del escritorio tal como lo encontré.

No sé qué hacer. No sé cómo hacer nada en este momento.

Me duele el estómago y los ojos me arden.

Desearía poder borrar esas fotografías de mi mente. Nunca quise verlas en un millón de años… pero las vi. Ahora lo sé. Ahora sé qué tipo de hombre era realmente su padre, y cuál es el dolor que tanto Carmine como Alessio han sentido.

Necesito salir de aquí.

Apago la luz y rápidamente me abro paso fuera de la oficina, cerrándola con llave detrás de mí.

Nadie me detiene mientras me dirijo a la puerta principal y vuelvo a mi coche.

Conduzco hacia el hotel con lágrimas en los ojos y las manos agarrando el volante fuertemente.

Eivor estará esperándome para decirle si encontré algo, pero no sé qué hacer. ¿Cómo podría darle esto? ¿Cómo podría no? Es mi trabajo, pero…

No, no puedo pensar en ello en este momento. Decidiré más tarde. Solo necesito volver al hotel y continuar con lo que se me da bien.

Proteger a Alessio.

11

Capítulo once

Alessio

Damian se ha comportado de forma extraña desde el día de la boda. Desde que se fue a hablar con Eivor aquella noche, en realidad. Nunca me ha dicho de qué se trataba, y no he tenido ocasión de hablar con él a solas. Rosalie no se ha separado de mi lado los últimos dos días. Solo por la noche se va a dormir a su propia cama y me deja que me entretenga solo.

No es que me importe. Tengo el mismo interés en consumar nuestro matrimonio que ella. Es decir, ninguno.

Incluso de noche, hablar con Damian parece imposible. Siempre encuentra algo que hacer, algo que comprobar, o simplemente se queda callado.

Algo no va bien, y necesito averiguar qué es. No saberlo me está sacando de quicio.

Por desgracia, Eivor ha insistido en que Rosalie y yo asistamos a una gala benéfica que se celebra en el salón de baile del hotel donde nos alojamos una noche más.

Es casi como si el riesgo para la vida de Rosalie no le importara lo más mínimo.

Aún no hemos encontrado más información sobre el tirador, ni si los Tulo están realmente detrás de esto, pero da igual. Iremos al maldito baile benéfico y actuaremos como una pareja felizmente casada a pesar de todo.

No nos queda otra opción.

Haberle cortado los dedos a aquel hijo de perra del conductor hace un par de días debería haberme dado la serotonina necesaria para aguantar todo esto, pero me encuentro cayendo cada vez más hondo en el pozo negro que ocupa el lugar donde debería estar mi estómago.

Mi esmoquin de boda, que una vez tuvo su sangre salpicada, está en la tintorería, pero sé que nunca volveré a ponerme ese maldito trasto. Si no tengo que volver a verlo, por mí perfecto.

Huelga decir que no estoy de humor esta noche mientras bajo en el ascensor al evento con Rosalie y Damian. Mi traje está impecable y llevo una corbata que combina perfectamente con el tono coral oscuro del vestido de Rosalie. Pero mi expresión dista mucho de ser la adecuada para un acto social.

Cada piso que bajamos es un segundo más en el que intento recomponerme. Cuando las puertas se abren al pasillo, justo a la salida del salón de baile, respiro hondo y miro a mi esposa.

Rosalie pone su mano en mi brazo y espera claramente que la guíe fuera del ascensor. Eso mismo hago. Camino con ella por el pasillo y ya noto la opresión en el pecho. El tamborileo de mi pulso en los oídos y la garganta.

Esta es nuestra primera salida desde nuestra boda. Sé que habrá fotógrafos. Esperando para hacernos fotos. La gente querrá hacernos preguntas.

¿Tengo las respuestas a esas preguntas? Sí, sí las tengo. ¿Son las que quieren oír? No, ni de lejos.

Las puertas dobles del salón de baile se abren y el zumbido largo y pausado de una sinfonía clásica llena mis oídos. Eso y el murmullo de las conversaciones, el tintineo de las copas.

Me vendría muy bien una copa ahora mismo.

Rosalie no me deja pasar ni parece dirigirse a la barra libre. En su lugar, me guía directamente hacia los fotógrafos que

prácticamente babean al vernos.

—Deja que saquen unas cuantas fotos—, dice con una sonrisa en la cara. Mi propia sonrisa me tira de la boca de forma incómoda, y me esfuerzo por mantenerla sin flaquear. Me pregunto, brevemente, si llega siquiera a mis ojos. Siento la mirada fría y distante.

Miro más allá de las cámaras y veo a gente mirándonos, hablando entre ellos. Apartan la vista rápidamente cuando se dan cuenta de que los he visto, pero las sonrisas y las risas permanecen con ellos.

—¿Cómo están disfrutando de su vida matrimonial?—, pregunta alguien al acercarse a nosotros.

Es casi como si toda esta gala benéfica fuera solo una excusa para meternos en una sala con un aspecto impecable para que la gente pudiera curiosear.

—Bueno, solo han pasado unos días, pero puedo decir que es maravilloso hasta ahora—, dice Rosalie en un tono suave que pretende resultar entrañable para quienes la escuchan, pero a mí me suena falso de narices.

Apenas hemos hecho nada juntos los últimos días, desde luego nada de lo que debería hacer una pareja de recién casados. El sexo no me preocupa. No creo que nadie pudiera pagarme lo suficiente para follarme a Rosalie, pero por alguna razón el hecho de que apenas hayamos hablado estos últimos días hace que me duela el pecho.

Hay una parte de mí que quiere conocerla. Si voy a estar casado con ella, al menos debería conocerla como amiga, ¿no? Al menos deberíamos hablarnos de forma habitual.

No me cabe en la cabeza la idea de estar casado con alguien con quien ni siquiera puedo hablar.

Me escuecen los ojos, y una vez más recuerdo que estoy atrapado en esto. Independientemente de lo que quiera o de cómo resulte. Estoy atrapado.

Alguien está haciendo otra pregunta, pero apenas puedo concentrarme en ella.

—Perdónenme—, digo de repente, y me aparto de Rosalie.

No doy ninguna razón para mi marcha, simplemente me alejo de ella y me dirijo a la barra.

Si voy a aguantar esta noche, necesito una copa, o dos, o tres. Aquí no tengo acceso a nada más fuerte, y dudo que Damian esté dispuesto a conseguir lo que deseo.

No debería. No debería necesitar esto, ni nada para superar esto... pero, ay, lo necesito.

—¿Qué puedo ponerte?—, pregunta el camarero con una sonrisa cálida y amable.

Tamborileo con los dedos en la barra con ansiedad. Siento cómo las emociones se acumulan en mi pecho. Necesito moverme, necesito hacer algo, necesito... beber. Necesito fumar. No puedo hacer lo segundo aquí dentro. Solo puedo hacer lo primero.

Así que lo haré.

—Un triple de su whisky más añejo—, le digo.

—Marchando.—

Tiene que buscar un momento, y ese momento es lo suficientemente largo como para que mi respiración se vuelva pesada. Siento el pecho como si me lo apretaran en un tornillo de banco. Todo lo que puedo hacer es agarrar la barra con los dedos clavados en la resina brillante y pulida.

Durante un minuto no puedo imaginar no sentirme así. Por lo que a mi cerebro respecta, es todo lo que he sentido siempre y soy incapaz de recordar cómo era no sentirse así.

Me sirven la copa. Demasiado lento. Los segundos parecen horas.

Me sorprendo moviendo una rodilla mientras me apoyo en la barra. No me importa quién me esté observando, mirándome, apenas puedo concentrarme en mantenerme erguido, y mucho menos en preocuparme por si me ven en este estado tan lamentable.

—Alessio—, llega la voz de Rosalie desde atrás, junto con el repiqueteo de sus tacones. Un taconeo enfadado sobre las baldosas de mármol. —¿Qué estás haciendo?—

Por fin, mi copa está lista y deslizada hacia mí. La cojo y me giro hacia Rosalie por instinto mientras me la bebo en toda su fuerte

gloria de color caramelo.

Siento el ardor bajando por la garganta, pero sobre todo, a medida que llena mi estómago desde la primera hasta la última gota, siento que el alivio me inunda casi de inmediato.

Ahora puedo entender cómo Carmine llegó al estado en el que se encontraba tras la muerte de nuestro padre. Cómo acabó convertido en un desastre borracho y temerario.

Es este sentimiento.

Aspiro profundamente con los ojos cerrados mientras mi corazón empieza a calmarse en mi pecho.

—Tomar una copa—, le digo.

—Te has ido en mitad de una entrevista. Esperaban que respondieras a las preguntas y que nos hicieran más fotos—, me dice resoplando.

—No iban a sacar nada de mí, créeme—, digo.

El pelo de Rosalie rebota mientras mueve la cabeza con frustración.

—¿Qué te pasa?—, pregunta en voz baja.

Aprieto los dientes. —Oh, no lo sé—, le siseo de vuelta. —Quizá sea difícil estar casado con alguien que apenas me mira por la mañana antes de tomarse el café, y luego simplemente me tolera durante el día, antes de desaparecer en su dormitorio sin siquiera un *buenas noches* o un *que te den*.—

La expresión de Rosalie pasa de la ira a la sorpresa. Frunce el ceño. —Alessio, yo...— sacude la cabeza. —Ahora no es el momento para esto.—

—¿No? ¿Cuándo es el momento?—

Respira hondo y mira a nuestro alrededor. —Mira, sea lo que sea por lo que estés pasando, yo también estoy lidiando con mi mierda, pero no estoy haciendo que quedes mal. No vuelvas a avergonzarme.—

Se me tensa más la mandíbula. Apenas empiezo a notar el efecto del alcohol, pero ese pequeño subidón hace que sea un poco más fácil no estallar contra Rosalie.

Sé que el camarero está detrás de nosotros escuchando. Si sabe lo que le conviene, se mantendrá callado.

Tanto con nosotros como sobre nosotros.

—Está bien—, macho.

Miro a Damian, que está a unos metros de distancia, sin mirarnos. Probablemente fingiendo que no oye nada de lo que decimos, pero sé que sí.

—Me portaré como un niño bueno si eso te hace feliz.— Paso por el lado de Rosalie, pero luego me giro hacia ella y le tiendo la mano. —¿Te gustaría acompañarme?—

Rosalie me recorre con la mirada de arriba abajo, con la cara un poco sonrojada.

Vuelve a mirar a la barra y luego a mí. —Después de tomarme yo una copa.—



Después de una hora hablando con la gente como pareja, Rosalie se separa de mí para hablar con la gente por su cuenta. Resulta bastante natural, nadie parece cuestionarlo, pero me deja a mi suerte. Lo cual significa otra copa.

El camarero parece casi preocupado cuando me ve por tercera vez esta noche.

—Me sorprende que sigas en pie—, me dice con una leve risita.

Me siento aturdido, y un poco ligero, pero lo más importante es que el dolor sigue ahí. Las varias copas de antes no han conseguido eliminarlo. Si acaso, la manifestación física en mi cuerpo ha desaparecido, pero aún puedo sentir el peso de la ansiedad y la tristeza.

Pesa mucho sobre mí esta noche. Aun así, fuerzo una sonrisa mareada. —Todo bien—, insisto. —Puedo aguantar una más.—

Me mira con los ojos entrecerrados un segundo. —De acuerdo, pero después de esta te corto el grifo. Te estás divirtiendo demasiado.— Lo dice con retintín. Como si en realidad estuviera diciendo lo contrario. Estoy lo suficientemente sobrio como para reconocer el tono de su voz.

Aparto mis ojos entornados de él, porque el contacto visual me resulta incómodo.

—¿Otro whisky?—, pregunta.

—Solo uno sencillo.—

Eso es mucho más rápido que uno triple, y ni siquiera estoy seguro de poder aguantar otro de esos.

Vuelvo a tomarme el whisky, esta vez sin que me queme mucho, y suspiro. Seguro que esto ayudará.

Antes de que tenga mucho margen de maniobra, hay alguien de pie a mi lado, y parece querer llamar mi atención.

—Alessio Dresvanni, ¿es así?—, me pregunta el hombre mayor, alto y rubio.

Asiento con la cabeza mientras deslizo el vaso vacío de vuelta hacia el camarero.

—Ese soy yo—, le digo, arrastrando un poco las palabras.

Él se ríe entre dientes. —Eso me parecía... No puedo creer que estés casado.—

Vuelvo a mirarlo, intentando averiguar por qué me habla con tanta naturalidad, pero entonces recuerdo quién es...

El político Gregor McHadden.

—Gregor—, digo despacio. —Han pasado...—

—Cuatro años—, sonríe con suficiencia y se acerca más a mí. —Sabes, nunca te pusiste en contacto conmigo.—

Debo admitir que el hombre es guapo. Siempre me han gustado los hombres mayores, pero... en aquel momento, involucrarme con Gregor habría complicado las cosas para mi familia.

—Así es como van las cosas—, le digo. —Ya sabes cómo es mi familia.—

—Ah, sí, lo sé—, asiente y tamborilea con los dedos en la barra como si el camarero debiera saber ya lo que quiere.

Sorprendentemente, lo sabe.

Un ron con cola se desliza hacia Gregor y él lo toma a sorbos lentos.

—Aun así, me habría gustado tener noticias tuyas—, me dice, ladeando la cabeza. Puedo sentir cómo se acerca un poco más a mí.

Atreviéndose a extender la mano y fingir que me quita algo del hombro.

—Demasiado tarde—, murmuro con una risita.

—¿Lo es?—, me pregunta en voz baja.

Miro hacia la fiesta y luego vuelvo a mirarlo a él.

Incluso en mi estado de embriaguez, sé que este es un movimiento audaz. Sin embargo, el lobo que es Gregor empieza a abalanzarse sobre mí. Lo que él no sabe, y lo que yo no sé hasta un segundo después, es que un lobo más grande y enfadado se está abalanzando sobre ambos.

—Sí, lo es.— La voz de Damian surge a nuestro lado. Casi me estremezco por la intensidad de su tono.

—¿Quién eres?—, le pregunta Gregor.

—Soy el guardaespaldas del señor Dresvanni y se le necesita en otro lugar ahora mismo—, insiste Damian. Lo miro y veo la contención escrita en su rostro. Tiene el ceño fruncido, la mandíbula apretada y las manos casi cerradas en puños.

¿Está celoso?

No puedo evitar sonreír con suficiencia y tamborilear con los dedos en la barra. —Estoy perfectamente aquí mismo, en realidad, Damian.— Digo su nombre arrastrando las palabras y vuelvo a mirar a Gregor, que parece casi reivindicado por mis palabras.

Por desgracia para ambos, Damian no está dispuesto a conformarse con eso.

—Tu esposa te está buscando—, me dice tajante.

Aunque lo dudo, y mucho. —¿Ah, sí?— Miro a mi alrededor un momento y, de hecho, veo a Rosalie hablando con unas cuantas personas al otro lado de la sala, con un aspecto totalmente desinteresado por mi paradero. No digo nada, sin embargo. Me gusta un poco este juego que estamos jugando.

—Sí—, confirma Damian, y su voz se vuelve más baja.

—¿Por qué no me busca ella misma?—, le pregunto, en un tono casi juguetón.

Damian gruñe entre dientes y se acerca más. Parece que ha terminado de ir de buen tipo. Se interpone entre Gregor y yo, con la espalda casi pegada a mi pecho.

—Busca otra cosa que hacer o la buscaré yo por ti—, le dice a Gregor.

Normalmente, el político firmemente seguro de sí mismo que es Gregor se sentiría ofendido y sería excesivamente engreído, pero la exigencia en la voz de Damian y su imponente tamaño parecen ahuyentar al hombre.

Mira por encima del hombro de Damian hacia mí como si intentara calibrar sus posibilidades y simplemente asiente con la cabeza.

—En otra ocasión, Alessio—, dice.

Asiento en respuesta y Gregor nos deja a los dos para ir a mezclarse con la multitud. Damian no se mueve, sin embargo. Sigue plantado frente a mí.

Suspiro, doy un paso a un lado y lo rodeo hasta que puedo mirarle a la cara.

—Dudo que sea por Rosalie por quien estás tan preocupado—, le digo.

Me observa, y esos globos oculares oscuros hacen que se me erice el vello de la nuca. —¿Qué estás insinuando?—, pregunta.

Ladeo la cabeza. —Oh, que alguien que no es mi mujer está celoso de que el guapo político flirtee conmigo, nada más.—

—¿Eso era lo que estaba haciendo? No me he dado cuenta—, murmura Damian y finalmente rompe el contacto visual conmigo para mirar hacia un lado, hacia donde está Rosalie.

Puede fingir que solo está haciendo su trabajo, pero yo lo conozco mejor.

—Claro que no.— Me guardo las manos en los bolsillos del pantalón. Siento la cabeza aturdida y ligera, y no estoy seguro de si es solo el alcohol o el estar tan cerca de Damian. Puedo olerlo. No huele a whisky ni a ningún otro alcohol. Huele a especias cálidas y almizcle.

Recuerdo claramente lo bien que huele cuando está sudando y jadeando, y es muy parecido a esto. Me acerco aún más a él, sintiéndome desesperado por la proximidad.

Damian, sin embargo, da un pequeño paso atrás y su expresión cambia de una de protección a... otra cosa. Frunce el ceño y las

comisuras de los labios se le caen.

—¿Qué pasa?—, le pregunto, ya no interesado en bromear con él.

Niega con la cabeza. —Nada. Deberías estar hablando con más gente aquí, no pasando el rato en la barra—, me dice simplemente.

—¿Desde cuándo es tu trabajo decidir lo que debo y no debo hacer?— arqueo una ceja. —Estás aquí para vigilarnos, no para dictar mis movimientos.— Las palabras salen de mi boca ligeramente pastosas. Me estoy dando cuenta de lo intoxicado que me estoy poniendo.

—Estás borracho—, me acusa Damian. —Alguien tiene que vigilar lo que haces.—

Le frunzo el ceño. —Te estás portando de forma... sospechosa—, le acuso yo a mi vez.

—¿En qué sentido?—, pregunta.

Me mofo. —Apenas me has dirigido la palabra desde que volviste de tu «charla» con Eivor. Ni siquiera me dices de qué se trataba. Ahora, lo primero que me dices de verdad es que debería estar hablando con más gente... después de interrumpir una conversación perfectamente agradable.— Se me tensa la mandíbula.

Damian me mira a los ojos con expresión pensativa. —Fue sobre el tiroteo, eso es todo—, me dice.

—Por alguna razón, no te creo—, digo. —Creo que fue otra cosa. Solo que no sé por qué no me lo quieres decir.—

Damian suspira y mira hacia un lado. —No es... algo de lo que hablar aquí.—

—Entonces vayamos a otro sitio—, digo y le tiendo el brazo. Le agarro de la manga y empiezo a alejarme de la barra, pero él no lo hace.

Está callado.

Vuelvo a mirarlo. —¿De verdad no vas a venir conmigo?—

No dice nada más. Callado y taciturno, como ha estado los últimos dos días.

Resoplo y le suelto la manga. —Bien.— Me aliso la parte delantera de la chaqueta del traje. —Si no vas a decirme de qué se trata, mantente alejado de mí. La próxima vez que no te guste cómo

se ve una conversación que estoy teniendo, no te metas, joder.— Le miro con desprecio, con palabras bruscas y afiladas.

Juraría que Damian se amilana muy levemente.

Bien.

Me aparto de él por completo y me llevo mi embriagado ser lo más lejos posible de él durante el resto de la noche.

Sin dejar ni un momento de pensar en qué demonios será eso que no quiere contarme.

12

Capítulo doce

Damian

Mantener las distancias con Alessio y, al mismo tiempo, vigilarlo ha resultado difícil. No solo por la logística; me ha pasado factura mentalmente. Saber lo que sé sobre él y Carmine sin poder hablarlo con nadie me pesa como una losa. Por no mencionar lo sospechoso que me he vuelto para Alessio. Sabe que oculto algo, pero no creo que ni él mismo sospeche hasta qué punto es personal.

Cuando termina su luna de miel, Rosalie y Alessio se separan en cuanto ella llega a casa y, como mi prioridad principal es ella —especialmente ahora que es el blanco más importante—, me veo obligado a quedarme en la finca Fiorelli y preguntarme adónde habrá ido Alessio. Si habrá vuelto a la finca Dresvanni o a algún otro lugar.

—No te preocupes por Alessio —dice Rosalie, captando a todas luces parte de mi inquietud—. Él no es a quien quieren matar. —Hay un deje de frialdad en su voz.

Son las 20:31 y todo en la casa está mucho más silencioso de lo que puedo soportar. Casi es más fácil gestionar grandes eventos que una casa vacía donde cualquiera podría estar agazapado.

La chimenea está encendida. Patricia y Rosalie están sentadas en la sala de estar, cada una enfrascada en su libro. Si no fuera porque esta casa es el hogar de un hombre capaz de matar a casi cualquiera para conseguir lo que quiere, la escena podría resultar hasta acogedora y doméstica.

—¿Adónde va a pasar la noche? —pregunto despacio, intentando sonar casual.

—Oh, creo que a su ático. No te preocupes, tendrá guardias vigilándolo allí —explica Rosalie con indiferencia, sin parecer muy preocupada. Aunque, cuando nuestras miradas se cruzan un momento en la sala iluminada por el fuego, hay más inquietud de la que esperaba. Pero no llega a verbalizarla.

—Bien —digo simplemente, y luego guardo silencio.

Hablar con Rosalie no forma parte de mis obligaciones, y ella parece igual de poco interesada en conversar.

Lee su libro. Habla con su tía de vez en cuando, y yo me quedo de pie en un rincón de la habitación, entre las sombras, observando.

Y todo el tiempo, esperando. Esperando a que Eivor llegue a casa de su reunión con Carmine.

Cuando lo hace, su mirada me localiza en la estancia de inmediato; no necesita hablar para que yo sepa lo que quiere. Sé exactamente qué quiere de mí.

La información que poseo podría poner la vida de los Dresvanni patas arriba si saliera a la luz. Avergonzarlos, humillarlos… Es suficiente para que Eivor obtenga de ellos lo que quiera, hasta cierto punto. Hasta qué punto exactamente, no estoy seguro.

Lo único que sé mientras sigo a Eivor a su despacho es que soy yo quien guarda esa información y que solo yo debo decidir qué hacer con ella.

—Y bien, ¿qué información has estado ocultando estos últimos días, hijo? —me pregunta Eivor en cuanto la puerta se cierra tras nosotros.

Todavía le doy la espalda de momento, y lo agradezco porque aún no he logrado controlar mi expresión facial.

Me compongo y me doy la vuelta para mirarlo. Después de todo, es una mala idea dar la espalda a nadie.

También es una mala idea estar de espaldas a una puerta, así que doy varios pasos hacia adelante y me coloco junto a su escritorio, girando el cuerpo para quedar de lado tanto respecto a él como a la puerta.

Solo tengo unos segundos para tomar una decisión.

Las siguientes palabras salen de mi boca con más facilidad de la que esperaba.

—Absolutamente nada.

Eivor me observa. —¿Me estás diciendo que has rebuscado por toda la finca de los Dresvanni y no has encontrado ni una sola cosa sobre Alessio?

Niego con la cabeza con un gesto de pesadumbre y decepción. —No, señor —le digo—. Encontré unos viejos registros de molienda que indican que podrían haber estado estafando a algunas personas, pero nada que tenga el menor interés.

—Me cuesta creer eso —admite Eivor, y se sienta en su sillón. Me hace un gesto para que me siente frente a él.

Sentarme ante su escritorio me dejaría vulnerable frente a la puerta que tengo a la espalda.

—Prefiero quedarme de pie.

—Y yo preferiría que tuvieras alguna puta información que darme —me sisea Eivor—. Siéntate. Ahora.

Aprieto los dientes pero obedezco. Me siento en la silla de espaldas a la puerta. Se me eriza el vello de la nuca. Esto no me gusta nada.

—Te contraté para dos cosas. Proteger a mi sobrina y sacar trapos sucios de Alessio Dresvanni —me recuerda—. Has hecho un trabajo condenadamente bueno protegiendo a Rosalie, pero me da la impresión de que has confundido tu lugar al lado de Alessio creyendo que también es para protegerlo.

Ignoro el nudo que se me forma en la garganta.

—También estoy aquí para protegerlo a él. Al menos, ellos deben creerlo así. Tengo que protegerlo cuando la situación lo requiera —le recuerdo yo también a Eivor.

—Eso lo entiendo. Sin embargo, si te estás tomando demasiado en serio la máscara que llevas, quizá tengamos que hablar —baja la

voz—. Estás aquí solo porque yo permito que estés aquí. Si no puedes cumplir con tus dos tareas, lo mismo me da buscar a alguien que sí pueda.

Mantengo la mirada fija en la suya. —¿Y si no hay «trapos sucios» que sacar? —le pregunto.

Él se ríe. —Eres gracioso, te reconozco eso, Damian. Si de verdad crees que no hay nada que intenten ocultarme, es que ya estás perdido.

Le fuerzo una sonrisa. —Por supuesto que hay algo que intentan ocultar, solo es cuestión de encontrarlo, señor. Puede que me lleve más tiempo del que le gustaría.

—¿Estás sugiriendo que no te he dado tiempo suficiente? —pregunta.

No respondo; dejo que su pregunta se conteste sola. Dejo que él rellene los huecos por su cuenta.

La sonrisa que se dibuja en su rostro mientras coge una botella de bourbon casi vacía de su escritorio y llena un vaso pequeño me revuelve el estómago.

—Quizá esté siendo impaciente —murmura Eivor—. Eso, o me la estás jugando. Y no me gusta que me la jueguen. —Entorna los ojos.

En este momento me doy cuenta de cuál es mi posición.

No soy un protector. No estoy en el bando de los buenos. Estoy en el bando del enemigo.

Ya he estado en este bando antes. Me han contratado hombres atroces y repugnantes para proteger a sus hijos, a sus esposas e incluso a ellos mismos, pero algo en esta ocasión me está pesando más de la cuenta. Saber que Alessio se ha casado con Rosalie para hacer lo mejor por ambas familias y que Eivor simplemente intenta meterse en sus asuntos para descubrir cómo usarlo en su contra… Hace que todos los demás hombres que juegan a juegos peligrosos parezcan de algún modo poca cosa en comparación; porque, al menos, ellos estaban dispuestos a ser honestos con sus enemigos sobre sus intenciones.

—Usted les está jugando a ellos —le recuerdo—. Yo soy el peón que está utilizando entre ambos.

Él se ríe entre dientes. —Cierto, lo eres. Lo que me preocupa es que te hayan puesto en mi contra.

Se me tensa la mandíbula aún más. —Nadie me ha puesto en contra de nada. —Es la verdad. Me mantengo firme donde siempre he estado. La única diferencia es que Eivor ignora el hecho de que nunca he tenido el menor interés en proporcionarle los secretos de los Dresvanni.

Puede que antes me dijera a mí mismo que estaba dispuesto a hacerlo, ¿pero ahora? Ahora que sé qué secretos se ocultan dentro… no puedo ni imaginarme dándoselos a alguien como Eivor Fiorelli.

—Bien —dice y da un trago a su bebida—. Porque si lo hubieran hecho… bueno, tendría que matarte. —Su expresión se vuelve gélida.

Sé que habla en serio.

Aun así, al cabo de un segundo se ríe de mí. Sus ojos reflejan las emociones brillantes y siempre cambiantes de un loco. Desconozco qué pasa por la cabeza de este hombre. Me inquieta.

Le devuelvo una risita forzada. Puedo ver la mirada sanguinaria en los ojos de Eivor. Está preparado para acabar conmigo en cualquier momento.

Lo que no sabe es que yo estoy preparado para defenderme siempre que sea necesario. Todavía no me han vencido, y no pienso caer fácilmente.

Con todo, si puedo salir de esta ileso y sin tener que asfixiar al hombre que está llenando mi cuenta bancaria con fajos de billetes, lo preferiría.

—Haré todo lo que pueda para conseguir lo que busca —le digo, esperando que eso ponga fin a lo que parece un interrogatorio.

Pero no es así.

—¿Exactamente qué crees que estoy buscando? —me pregunta —. Tenemos que estar en la misma onda, Damian. No busco fragmentos de información que puedan molestar a los Dresvanni. No, busco algo que me dé… bueno, no la ventaja, porque eso ya lo tengo. —Me sonríe—, sino algo que cambie las tornas por completo. Algo de lo que no puedan escapar. Ya sea el conocimiento de una alianza con alguien de quien dicen ser enemigos, o algo de su

pasado. Del pasado de su padre. Sé que tuvo una conexión profunda con los Tulo en su momento. Si ellos son realmente los que persiguen a Rosalie… bueno, seguro que les gustaría saber si los Dresvanni simplemente les están jugando a ellos también.

Asiento despacio. —Desde luego, Sr. Fiorelli. Sé exactamente lo que quiere. —No rompo el contacto visual con él. Mi voz es baja y mi expresión es dura. Estoy más serio que nunca, y mientras él ríe y bebe, yo sé lo que tengo que hacer.

Sé exactamente lo que tengo que hacer en cuanto logre quedarme a solas.

—Muy bien. Entonces no debería ser necesario que volviéramos a tener esta conversación, ¿verdad? —arquea una ceja.

Niego con la cabeza. —No, señor. Siempre y cuando me conceda el tiempo que necesito.

Él tararea en voz baja. —Está bien. No hay una prisa real. Tráeme la información que necesito cuando puedas, pero tráemela. No me importa lo que tengas que hacer. Si eso significa dejar a Rosalie bajo la protección de otro durante un tiempo, que así sea.

Un plan toma forma en mi mente. Veo la salida que me está dando sin querer. Veo por dónde puedo escapar durante un rato.

—Si le asigna a Rosalie un guardia diferente por la noche, podré dedicar más tiempo a desenterrar la información que necesita —le digo con sencillez.

Eivor inclina la cabeza hacia un lado. —Tiene sentido. Puedo hacerlo. Haré que otros dos guardias vigilen la puerta de Rosalie por la noche durante las horas en que solías hacerlo tú. Eres libre de hacer lo que debas para conseguirme lo que quiero.

Asiento en respuesta. —Gracias, Sr. Fiorelli.

—Por favor, llámame Eivor —dice, y me sonríe. Su sonrisa me pone inquieto.

—Por supuesto, Eivor —respondo.

Él suspira y da el último sorbo a su copa antes de volver a por la botella. Me he dado cuenta de que este hombre casi nunca deja de beber algo. Hay un momento de la noche en que está casi demasiado borracho para coordinarse. He guardado ese dato en mi cabeza para usarlo si me hace falta.

Nunca sé qué puede ser lo más útil para mí. Ahora que sé que me vigila, y que probablemente esperará impaciente una información que no estoy dispuesto a darle, necesito toda la información posible sobre él.

—Puedes retirarte. Vigila a Rosalie hasta que se acueste. Ya me inventaré alguna excusa para tu ausencia por las noches —dice Eivor.

—Gracias. —Me levanto y me aliso la parte delantera de la chaqueta del traje antes de dirigirme a la puerta. Me siento incómodo dándole la espalda al hombre, pero lo hago de todos modos.

Salgo de su despacho despacio, pero no demasiado. Intentando no parecer ansioso por dejarlo atrás.

Con un nudo en el estómago y otro en la garganta, vuelvo a la sala de estar para vigilar a Rosalie y a Patricia, según el caso. Ambas siguen leyendo, solo que ahora Rosalie tiene una taza de té y han encendido una pequeña lámpara a su lado.

Miro el perfil de su cara. Brilla ligeramente, como si estuviera húmedo.

¿Ha estado llorando? ¿Será por la historia que está leyendo o por algún otro motivo?

No debería importarme, la verdad. No es mi trabajo que me importe, pero me descubro sintiendo curiosidad.

La historia de estas familias se está convirtiendo en una red enmarañada en mi cabeza. Quiero saber más sobre ellos.

Por desgracia, sé más sobre los Dresvanni de lo que me gustaría saber ahora mismo.



Más tarde, cuando Rosalie se ha ido a la cama, y Patricia y Eivor se han ido a su propio dormitorio, finalmente me encuentro solo. Hay otros en la casa, primos y otros guardias que rondan por ahí, pero no les presto mucha atención. Recuerdo dónde están todos. La

cocina, la biblioteca, el comedor… pero no pierdo el tiempo hablando con ellos.

Me dirijo a mi habitación y, tras cerrar la puerta, saco una caja de zapatos de debajo de la cama.

Abro la tapa solo un segundo para ver las fotografías que hay dentro. En realidad no las miro, pues no deseo volver a ver esas cosas viles, sino que solo compruebo por pura paranoia que siguen ahí.

Al ver que siguen ahí, cierro la tapa y me meto la caja bajo el brazo. Me levanto y la saco de la habitación lo más rápido posible, ignorando el impulso de dar media vuelta y volver a esconderla bajo la cama.

Consigo evitar encontrarme con nadie mientras bajo las escaleras y entro en la sala de estar. Todavía arde un fuego intenso en la chimenea, gracias a Dios, y me acerco deprisa.

Hay cámaras instaladas en la casa; una de ellas en esta habitación. Soy plenamente consciente de ello. Afortunadamente, sé con certeza que dejan de funcionar por mantenimiento a las 23:30 todas las noches. Tengo exactamente dos minutos para hacer esto.

Me arrodillo junto al fuego y abro la caja.

Hace tiempo que tomé mi decisión, pero aun así dudo un segundo antes de meter la mano en la caja y coger un puñado de fotos. Las arrojo al fuego y observo cómo las llamas las envuelven rápidamente.

Cojo más hasta llegar al fondo de la caja. Huelo el papel y el celuloide quemándose, pero no me importa. Si alguien pregunta, de todos modos no quedará nada que puedan encontrar.

Intento no mirar las imágenes reales mientras las quemo, pero resulta difícil.

La ira crece en mi interior, más caliente incluso que las llamas a las que estoy lanzando las fotos. Siento el pecho apretado por la emoción y solo puedo pensar en cuánto dolor y sufrimiento debió de pasar Alessio. Y Carmine también.

De toda la maldad que he visto en mi vida, de toda la oscuridad… cuando se trata de niños, creo que esto es lo peor de todo.

Puedo entender que un hombre mate, mutile o chantajee; pero ¿esto? Arrebatar la inocencia de un niño y jugar con ella como si fuera un juguete… Ese es un pecado que debe ser totalmente imperdonable ante cualquier mirada.

Una a una, las fotos son destruidas. Todo esto sucede en poco menos de dos minutos.

Oigo el sutil pitido que indica que las cámaras están a punto de volver a conectarse y me levanto con la caja bajo el brazo. Me escuecen los ojos.

Salgo de la sala de estar, vuelvo arriba y pongo la caja de nuevo bajo mi cama. Si hubiera tenido tiempo suficiente, también la habría quemado a ella.

Sin embargo, ahora tengo que estar en otro sitio. Un sitio para el que Eivor me ha dado la excusa perfecta.

Mientras bajo de nuevo las escaleras, me cruzo con Nikolas. Lleva un libro de la biblioteca en las manos y me mira como si le sorprendiera verme.

—Oh, Sr. Rossi —dice en voz baja, mirando hacia un lado como si intentara escapar.

O eso creo, hasta que vuelve a mirarme con curiosidad.

—¿No debería estar en la puerta de Rosalie? —pregunta.

Le miro parpadeando. Apenas me ha dirigido la palabra desde que estoy aquí, ¿y ahora se interesa por mis idas y venidas? Cosas de adolescentes…

—Su padre me ha encomendado un recado —le digo sencillamente.

—Ah, vale —murmura. Se está poniendo colorado. Se balancea ligeramente de un pie a otro.

Quiero esquivarlo y seguir mi camino, pero por alguna razón me quedo mirándolo. Parece… sospechoso. Algo me dice que algo no va bien.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

Nikolas se me queda mirando. —Oh, sí. No, todo va bien.

Seguimos mirándonos. —Vale. Tengo que marcharme. —Doy un paso al lado, pero de repente siento que me agarra del brazo. Me tenso un poco y vuelvo a mirarlo.

—Perdón —me suelta y da un paso atrás—. Solo quería decir… esto… bueno. Gracias por salvarme la vida el otro día. —Las palabras salen de su boca casi demasiado rápido para que las entienda. Casi.

No puedo evitar reír por lo bajo. ¿Solo por eso estaba tan nervioso?

Los adolescentes son tan… extraños.

—Es mi trabajo —le digo sin rodeos.

—Bueno, ya lo sé, pero… —se rasca la nuca—. Nunca me han… casi hecho volar por los aires antes. A Beau sí, pero… nunca supe lo que asusta una cosa así.

Tengo que esforzarme de verdad para mantener la compostura. ¿Con la familia a la que pertenece este chico y nunca antes había estado bajo ese tipo de amenaza? Eivor realmente mantiene a Nikolas al margen de los negocios familiares, ¿no? Bueno, eso no va a durar mucho.

—Es aterrador —asiento—. Pero por eso estoy yo aquí. Por eso están los otros guardias. Estamos aquí para protegerle a usted y a la familia.

Él asiente despacio. —Es que… desearía que mi padre me dejara participar en lo que está pasando. Tendré que formar parte de ello tarde o temprano, ¿verdad?

Inclino la cabeza hacia un lado, intentando pensar qué decirle al chico. No es exactamente mi tarea consolarlo, ni estar de acuerdo o en desacuerdo con él. Francamente, me importa un bledo. O al menos no me habría importado hasta lo que acabo de hacer con esas fotos en el fuego. Ahora mismo, Nikolas me ha pillado con una intensa compasión por los niños corriendo por mis venas.

—¿Por qué no habla con él mañana? Hágale saber que quiere tener un papel más activo —sugiero. No estoy precisamente acostumbrado a dar consejos a adolescentes, pero lo intento lo mejor que puedo.

—Lo he intentado —dice Nikolas con un suspiro—. Beau y yo.

—Aproveche el hecho de que casi salta por los aires. Quizá entonces acepte dejar que empiece a aprender —digo encogiéndome de hombros—. Tiene que aprender a protegerse usted también.

Sus ojos se abren de par en par un momento. —¡Sí, es una buena idea! Lo haré. Gracias. Tengo que ir a hablar con Beau. —Me esquiva y se aleja a paso rápido—. Gracias otra vez por… ya sabes.

—No hay de qué, chaval —asiento, y observo cómo Nikolas desaparece por el pasillo y sube las escaleras.

Con mi propio suspiro, me dirijo hacia la puerta principal.

Puesto que Eivor espera que esté fuera unas horas esta noche, y la puerta de Rosalie está cubierta, no hay mejor momento para ir adonde necesito.

13

Capítulo trece

Alessio

Pensé que un poco de tiempo a solas me vendría bien. Resulta que estar sentado en mi ático completamente solo es, en realidad, increíblemente solitario y triste. Cabe decir que no estoy totalmente solo. Varios guardias han venido conmigo para asegurarse de que no me maten mientras duermo, pero estoy acostumbrado a eso. La mayor parte del tiempo apenas noto que están ahí, y así es como debe ser.

Sin embargo, me cuesta creer que estar sentado en mi sofá viendo la televisión a solas sea como se supone que debe ser la vida después del matrimonio. Debería estar durmiendo en la misma cama que Rosalie. Viendo series con ella. Cocinando y cenando con ella.

Y aun así, pese a estar casado con ella, me siento más solo que nunca.

No es solo culpa suya. De hecho, tras nuestro pequeño enfrentamiento en la gala, Rosalie parece estar intentando ser más... amable. Me dio las buenas noches y los buenos días después de aquella charla e incluso me ha enviado un mensaje esta noche diciendo que quiere que desayunemos juntos mañana.

Diría que todo es por remordimiento, pero no estoy tan seguro.

Podría estar en casa de los Fiorelli esta noche, pero he decidido ser testarudo.

Dejo mi taza de té en el brazo plano del sofá y cojo el mando de la mesa de centro, apagando la tele.

En el mismo momento en que lo hago, oigo que llamen a la puerta principal. No espero a nadie, así que, al principio, no me levanto a abrir. Luego pienso... bueno, ¿quién podría ser? Quizá ha pasado algo mientras he estado aquí.

Uno pensaría que me enteraría primero por teléfono, pero tal vez no.

Decido levantarme y abrir la puerta. Al fin y al cabo, si fuera alguien que no debiera estar aquí, mis guardias lo ahuyentarían o habría mucho más alboroto del que oigo ahora mismo.

El rostro de Damian no es el que espero tras marcar el código de seguridad y abrir la puerta. Está aquí plantado en plena noche con gotas de lluvia en el pelo y los hombros moviéndose con cada una de sus pesadas respiraciones.

El aire frío entra de golpe y se me pone la piel de gallina en los brazos y el cuello.

—Damian —digo despacio—. ¿Qué haces aquí?

A pesar de mi confusión, me hago a un lado para dejarle pasar. No lo hace, no de inmediato. En su lugar, se queda de pie en el umbral, bajo el frío.

Hay un guardia cerca del final de mi porche observándonos con curiosidad. Otro guardia está sentado en un coche cercano vigilando el perímetro.

—Tenemos que hablar —dice Damian. Su voz es baja y seria.

El viento gélido me alborota el pelo y se mezcla con el aire cálido de mi ático. —Entra, entonces —indico con un gesto, como si no pudiera verme ya a un lado.

Damian entra y cierro la puerta tras él; luego vuelvo a activar el sistema de seguridad.

—¿De qué se trata? ¿Hay más información sobre la familia Tulo? —le pregunto mientras me meto las manos en los bolsillos de mis pantalones de pijama de seda.

Damian niega con la cabeza. —No, no es por eso.

Miro el reloj de la pared adyacente a la cocina. —Bueno, ha pasado de medianoche, así que más vale que sea importante. —Vuelvo a mirarlo y entrecierro los ojos.

Damian cambia el peso de un pie a otro y se aclara la garganta. —No te va a gustar esto, Alessio.

Doy un paso atrás hacia el salón, intentando alejarme del aire frío que aún persiste en la entrada. —No me gusta casi nada de lo que ha estado pasando últimamente. ¿Qué hay de nuevo?

—Esto es serio —gruñe—. Es posible que quieras matarme después.

Se me tensan los hombros. —Escúpelo ya, si tan jodidamente serio es.

Damian se acerca a mí y, por un breve segundo, creo que se va a acercar tanto que nuestras caras podrían rozarse; en cambio, me rodea. Gotea agua sobre el suelo de madera, dejando manchas húmedas tras cada movimiento. Me irrita, pero lo ignoro. Si lo que tiene que decir es tan importante, preocuparse por los charcos que va dejando puede esperar.

—Eivor no me contrató solo para proteger a Rosalie —dice Damian.

Ladeo la cabeza. —También me proteges a mí. Lo sé —digo, pero él chasquea la lengua.

—No había terminado —resopla. Parece ya alterado, y eso está haciendo que yo también me altere aunque no tenga ni idea de a qué ha venido.

—Vale. —Cierro la boca y espero.

—Es verdad... También te protejo a ti, pero él no me contrató para eso. Él se preocupa por Rosalie, no por ti —explica Damian. Esto no me sorprende, pero no lo digo. Espero a que continúe—. Me contrató para hacer algo más que solo proteger. Me contrató para indagar en tu vida.

Me quedo completamente inmóvil.

Damian sigue hablando. —Eivor me contrató para encontrar algún tipo de información sobre ti que le diera ventaja —me dice—. Algo que usar contra ti y contra tu familia.

Aprieto los dientes y me limito a mirarlo fijamente un momento mientras proceso sus palabras. La sorpresa y la rabia crecen en mi interior como agua hirviendo en mis venas. No empieza hirviendo, sin embargo; empieza tibia y me tiñe las mejillas y el cuello de rojo.

—Tienes razón, quiero matarte —le siseo. Me acerco a él, sacando las manos de los bolsillos—. Has estado espiándome todo este tiempo.

—Sí —admite Damian sin vacilar.

—Confié en ti. —Tengo la garganta apretada y me duele al tragar —. ¿Cómo puedes decir que estás aquí para protegerme cuando has estado trabajando en mi contra todo este tiempo?

Lo miro a los ojos y veo cómo aparta la mirada de la mía. Elimino la distancia entre nosotros y le agarro por la mandíbula.

—No me apartes la mirada —gruño mientras obligo a su rostro a volver al centro y lo observo—. ¿Cuánta información has conseguido sobre mí, eh? ¿Qué has encontrado?

Damian aparta la cabeza de un tirón para zafarse de mi agarre y yo le agarro la camisa en su lugar, cogiendo un puñado de tela y atrayéndolo hacia mí una vez más.

—Nada que vaya a darle a él —insiste Damian—. Pero... —Se interrumpe de golpe.

—¿Pero qué? —le pregunto—. ¿Cómo voy a confiar en que no usarás contra mí nada de lo que he dicho o cualquier cosa que hayamos hecho?

Damian resopla. —¿Crees que usaría lo que hicimos juntos contra ti? Eso solo serviría para que me colgaran por las rótulas.

—Ah, claro, si eres tú el que está en apuros, no dirás nada. —Aprieto más su camisa y él se revuelve contra mi agarre—. ¿Pero y si soy solo yo? ¿Y si es solo mi familia?

La mirada de Damian se vuelve aún más oscura. —De eso he venido a hablarte, Les.

El corazón me da un vuelco en la garganta ante ese apodo. Nadie me ha llamado así antes. He recibido Al y Ales de mis hermanos en el pasado, pero saben que lo odio. Por lo general, odio casi todos los apodos.

Por alguna razón, que esa palabra salga de la boca de Damian me produce un cosquilleo en el estómago.

Suelto su camisa y sus hombros se relajan.

—No es exactamente... un tema fácil de sacar —admite Damian —. Es... Dios, es jodidamente horrible. —Se pasa los dedos por el pelo y niega con la cabeza.

—Dime de una vez lo que sabes —le exijo, con la respiración agitada y el cuerpo ardiendo.

Damian cierra los ojos. —Sé lo que hizo tu padre —dice.

Le miro, inseguro. —¿A qué te refieres? —le pregunto—. Ha hecho muchísimas mierdas, Damian. Necesito que seas más específico.

—Encontré fotos —suelta al fin y vuelve a mirarme. Sus ojos están llenos de un odio oscuro y ardiente como nunca he visto antes —. Estaba buscando en el despacho de Carmine, el antiguo despacho de tu padre... Encontré fotografías tuyas y de Carmine.

Siento como si mi mente se quedara en blanco. No entiendo a qué se refiere. Estoy total y completamente confundido.

—¿Fotos? —pregunto despacio, con voz baja y queda. Intento imaginar qué puede querer decir, pero no se me ocurre... nada.

—¿A qué te refieres con fotos?

Damian suspira y cierra los puños. —Fotos repugnantes —escupe —. Tu padre... quiero decir, no puedo imaginar que nadie más las hiciera... pero, fotos que tu padre os hizo a ti y a Carmine cuando erais niños pequeños.

Un muro se quiebra en mi mente.

—Solo erais niños —dice Damian con un resoplido, y sus ojos empiezan a brillar por las lágrimas.

Fogonazos de recuerdos vuelven a mí. Cosas en las que no he pensado en bastante tiempo. Comprendo lo que quiere decir de forma demasiado repentina y me duele el estómago.

—Ah. —Me siento... entumecido, casi. No puedo sentir nada más que el suelo bajo mis pies y el calor que sale de la rejilla de ventilación cercana.

Se hace el silencio. Ni Damian ni yo decimos nada durante lo que parecen horas, pero en realidad solo son un par de minutos.

—Él... hizo eso —susurro—. No he pensado en eso en años.

Damian se acerca a mí. —Lo que hizo estuvo mal.

De repente, algo en mi interior estalla. Miro a Damian con saña mientras la rabia contenida de antes se desborda en mi pecho y sale por mi boca.

—Ni siquiera sabes lo que pasó —me mofo—. Encuentras unas fotos y crees que lo sabes todo sobre mi familia, pero no es así.

—Cuéntamelo entonces —dice Damian, con los ojos todavía húmedos.

A mí me escuecen los ojos por unas lágrimas que intento contener desesperadamente.

—¿Cómo voy a confiar en ti? —le pregunto—. ¿Cómo sé que no irás corriendo a contarle a Eivor cualquier cosa que te diga?

Damian se acerca aún más y me pone las manos en los hombros, pero me aparto de él. —¡No me toques! —siseo—. No me toques, joder.

Damian levanta las manos y, ahora que no me toca, desearía que lo hiciera. Quiero dar un paso al frente y lanzarme contra su pecho. Sentir sus fuertes brazos rodeándome.

No lo hago por alguna razón. Quizá por orgullo.

—Quemé las fotos —me asegura Damian—. Jamás le daría eso a Eivor.

Me tiemblan los dedos y siento que apenas puedo mantenerme en pie, pero la emoción que siento por dentro me mantiene erguido.

—¿Cómo puedo saber eso? —le pregunto con la voz quebrada.

Las pestañas de Damian atrapan algunas de sus lágrimas. —Alessio —dice en voz baja—. Te juro por todo en lo que creo que jamás le entregaría eso, ni ninguna otra cosa, a ese hombre. Pensé que podría trabajar para él, que sería como cualquier otro trabajo, pero me equivoqué.

—¿Qué ha cambiado? —le pregunto con los labios trémulos.

—Tú —dice con convicción—. Te conocí a ti.

Damian alarga la mano y casi me toca la mejilla, pero no lo hace. Aún puedo sentir el calor de su mano desde esta corta distancia, y no puedo evitar inclinarme más para presionar mi mandíbula contra su palma.

—Vi lo que tu padre te hizo y vi el dolor en tu cara. En la cara de tu hermano. Vi lo que ningún niño debería tener que experimentar jamás. Ninguna persona —me dice.

—Ni siquiera lo habrías sabido si no hubieras traicionado mi confianza en primer lugar —le recuerdo, y me lo recuerdo a mí mismo. Me aparto de su contacto.

Las lágrimas que se acumulan en mis ojos pesan cada vez más.

—Lo sé —asiente Damian—. No puedo cambiar eso, pero nunca le daré a Eivor ni una sola palabra de información que pueda usar contra ti. Te lo prometo.

Un sollozo se forma en mi pecho y casi dejo que escape. Cierro los ojos con fuerza y varias lágrimas caen por mis mejillas.

—Él nunca me hizo daño físicamente —le digo a Damian.

—¿Qué? —pregunta él, con la voz teñida de confusión.

Aspiro una bocanada de aire. —Mi padre. Nunca me hizo daño... al menos no como a Carmine. Me hacía fotos. Las recuerdo. Recuerdo no entender qué estaba pasando, y recuerdo sentirme tan... incómodo. Simplemente me decía que eso era lo que hacían los niños buenos.

Damian no habla, solo me mira.

—Pero... nunca me tocó —explico despacio—. No como hizo con Carmine. No hablamos de ello, pero... sé lo que hacía con él por las noches. Sé lo jodido que estaba nuestro padre.

—No te merecías lo que hizo —me dice Damian—. Te tocara o no. A ti también te hizo daño.

—A Carmine le hizo más daño —susurro—. Y yo nunca dije nada. —Trago el nudo que tengo en la garganta y doy un paso atrás, alejándome de él.

—Oh, Dios. ¿Por qué te estoy contando esto? —Hago un gesto con la mano—. ¡No debería contarte nada!

—Puedes hablar conmigo —insiste Damian.

Niego con la cabeza. —No. No, no puedo. No puedo confiar en ti. Has venido aquí para sacarme esto, ¿verdad? —le acuso—. Todo lo que hicimos juntos... solo fue para que confiara en ti.

Damian gruñe por lo bajo y da dos pasos hasta que nuestros rostros casi se tocan.

—Puedes estar todo lo cabreado que quieras conmigo, pero no voy a permitir que me acuses de eso —me dice—. Estoy aquí porque quiero tu confianza. Si solo quisiera jugar contigo, le habría dado a Eivor Fiorelli la información que quería cuando me abordó antes y me amenazó si no la conseguía.

Trago saliva e ignoro el sabor salado de mis propias lágrimas en los labios.

—Le habría dado las fotos y te estarías enterando de esto por él. ¿De verdad crees que yo haría eso, Alessio?

Solo le miro con los ojos empañados y rabiosos.

—Porque si piensas que soy esa clase de hombre... —niega con la cabeza.

Tomo aire profundamente antes de hablar. —No —admito—. No creo que seas esa clase de hombre. Nunca te habría dejado entrar si lo creyera.

—Si fuera esa clase de hombre, habría entrado por la fuerza —coincide él.

Niego con la cabeza. —No me refiero solo a mi ático —le digo. Mi voz baja de tono.

Damian me devuelve la mirada con aire de complicidad. —Nunca tuve la intención de dejarte entrar —admite.

—Yo tampoco —digo—. Pero aquí estamos. Aquí estoy yo, plantado ante un hombre que me mintió. Que traicionó mi confianza. Que registró el puto despacho de mi padre y encontró un oscuro secreto que nadie debía conocer jamás. Que espera que yo, sin más... confíe en él.

—No espero que solo con... —empieza Damian, pero le corto.

—Cierra la puta boca —lo detengo—. No importa, porque lo hago.

Damian me mira fijamente.

—Confío en ti con mi vida, Damian. Y odio hacerlo, porque no debería. Es peligroso confiar tu vida a un hombre cuya arma pertenece al enemigo.

—Estás casado con el enemigo —me recuerda.

No puedo evitar reír de frustración. —Estoy tan jodido, Damian —le digo—. Así que quizá no importe.

—Importa —insiste Damian. Se acerca más a mí—. ¿Puedo tocarte? —pregunta.

Inhalo temblorosamente. —Por favor. —Por mucho que quiera empujarlo lejos de mí, también quiero estar más cerca de él. Es un sentimiento muy contradictorio.

Damian me agarra por la cara. —Esto importa —dice—. No sé por qué. No sé cómo... pero importa. Y haré lo que haga falta para demostrar que puedes confiar en mí. Nadie va a tocarte, no mientras yo esté aquí.

—Entonces será mejor que te quedes aquí un rato —susurro mientras me inclino más hacia él. Mantiene su mano en mi rostro hasta que me acerco aún más y su mano se desliza hacia mi garganta. Reacciono rápido, alargo la mano y le agarro a él por el cuello.

—Yo mando esta noche —le digo. Mi voz suena áspera y severa —. Has traicionado mi confianza; creo que te mereces un castigo.

Siento cómo se mueve la nuez de Damian al tragar saliva. —¿Qué tienes en mente? —pregunta.

Sonrío con malicia y me acerco más.

—Quiero sentir cómo te retuerces —digo. Mi mano se aprieta alrededor de su cuello y le atraigo hacia mí hasta que nuestros labios chocan. Le beso con fuerza y profundamente, sin perder el tiempo. Al sentir que Damian se funde conmigo y me devuelve el beso con el mismo ímpetu, todo mi cuerpo se enciende de energía. Tengo la piel de gallina por todas partes.

Introduzco mi lengua en su boca y domino la suya con movimientos bruscos y envolventes. Cada gramo de rabia y frustración que siento por la situación se vuelca en este beso.

Damian me rodea la cintura con las manos y, a pesar de ser tan grande y fuerte, noto cómo se rinde ante mí. Deja que estrelle mi boca contra la suya y que le posea por completo.

Uso mi otra mano para agarrarlo por el pelo de la nuca y tirar con fuerza. Suelta un gemido en mi boca y siento que el calor me sube directo al miembro.

—¿Te gusta que te dominen? —le pregunto cuando corto el beso para tomar aire—. ¿Eh? ¿Te gusta que otro hombre te ponga de

rodillas?

Suelto su cuello y le agarro el pelo tan fuerte que le obligo a inclinarse ligeramente hacia delante.

—S-sí —admite Damian, ya sin aliento y jadeando.

Suelto una carcajada sombría. —Entonces la palabra de seguridad es pepinillos, ¿entendido?

Él ríe suavemente, pero le pego un tirón del pelo y gruñe en respuesta. —Entendido.

Arrastro a Damian hasta el salón por el pelo y, sin soltarlo, me aseguro de que la televisión esté apagada y echo un vistazo a las ventanas para comprobar si las cortinas están echadas. Lo están.

Recuerdo cuando era yo quien estaba de rodillas ante Damian, y lo desesperado y vulnerable que me sentía... y ahora es completamente distinto.

Damian está frente a mí con una erección evidente bajo los pantalones de vestir y mi mano sujetando con fuerza su cabeza. Empujo su cabeza hacia abajo con una mano y su hombro con la otra.

—Ponte de rodillas de una puta vez —gruño.

Damian prácticamente se desploma sobre sus rodillas como un hombre que ha estado esperando oír esas palabras.

Siento toda mi sangre bombeando por el cuerpo y encontrándose violentamente en mi entrepierna. Apenas puedo contener el deseo que me recorre. Me bajo los pantalones de seda, no llevo nada debajo, y mi miembro erecto queda libre.

—Abre la boca —mis palabras son exigentes y duras, pero él reacciona como si se lo hubiera pedido de la forma más dulce posible. Damian abre la boca y saca la lengua.

—Mira qué boquita —digo con un jadeo mientras agarro mi propia polla y la golpeo contra su lengua. Él tararea suavemente en respuesta.

Me froto contra su lengua húmeda durante un momento antes de instarle finalmente a que cierre la boca alrededor de mi polla. Sigo sujetándole el pelo con la otra mano y la uso para hacer palanca.

—No te muevas, joder —le ordeno—. Deja que te folle la boca.

Damian no se mueve, no balancea la cabeza y ni siquiera se esfuerza por estabilizarse sobre sus rodillas. Cuando empiezo a empujar mis caderas contra su cara, simplemente se deja.

Lo acepta todo.

Gruño y gimo de placer mientras su boca rodea mi polla palpitante y cada uno de los giros de mis caderas me hace rozar su lengua de la forma adecuada.

—Eso es —le alabo. A pesar de que se supone que estoy castigándolo.

Recuerdo mi intención y le tiro del pelo con más fuerza, escuchándole gruñir y jadear en respuesta.

El sonido de mis testículos golpeando contra su barbilla resuena en la habitación; el único otro sonido es mi gemido y su gruñido.

Miro hacia abajo para ver que el bulto en sus pantalones ha crecido aún más y hay una mancha húmeda de lo que imagino que es líquido preseminal extendiéndose por la tela.

—A alguien le gusta que lo usen, ¿verdad? —digo sin aliento.

Le suelto el pelo para quitarme la camiseta por la cabeza. Ya estoy sudando. Cada parte de mi cuerpo arde de calor y no puedo evitar balancear mis caderas con más fuerza y rapidez en su boca.

Sé que si no paro pronto, no podré hacerlo después. Este momento increíblemente excitante habrá terminado cuando apenas acaba de empezar. Así que me obligo a ir más despacio. Me estremezco con fuerza mientras retiro mis caderas de su boca.

Damian se inclina ligeramente hacia delante como si intentara seguir la polla que le he quitado.

—Tsk, tsk —paso los dedos por su pelo y noto el sudor allí—. No debes moverte a menos que yo lo diga.

—Sí, señor —dice con voz baja y grave.

Un escalofrío me recorre la espalda y lo miro con más deseo y necesidad que antes.

—Eres un hombre malo —susurro—. Levántate y desnúdate. Quiero que te hayas quitado hasta la última prenda para cuando llegue a cinco. Uno...

Damian se levanta rápidamente y empieza a desvestirse. Su chaqueta, sus pantalones, su ropa interior.

—Tres...

Sus calcetines. Pero se queda atascado con los botones de su camisa de vestir.

—Cuatro.

Observo cómo decide simplemente desgarrar su camisa, como si no fuera nada. Los botones salen volando por la habitación y su camisa queda hecha un revoltijo desgarrado en el suelo cuando finalmente llego al último número.

—Cinco —no puedo evitar reprimir una risa. Todo el humor me abandona de inmediato al mirar al hombre que tengo delante. Músculos y vello corporal. Muslos gruesos y hombros anchos.

Colgando rígida entre sus piernas está su gruesa polla que gotea líquido preseminal.

Damian jadea buscando aire.

—Joder, maldita sea —murmuro mientras recorro con la mirada su cuerpo fuerte y sexy—. No tienes ni idea de las cosas que quiero hacerte.

Damian se acerca a mí, con el sudor acumulándose ya entre sus clavículas.

—Haz lo que quieras —dice—. Lo aceptaré.

Mi boca se llena de saliva de repente. La trago y me quito los pantalones por completo antes de acercarme aún más a él.

—Estás jugando a un juego peligroso.

Los ojos de Damian se oscurecen y ladea la cabeza hacia arriba para mirarme más directamente a los ojos. —Hacen falta dos para jugar.

No puedo evitarlo. Vuelvo a besarle, con la misma violencia que antes. Mi boca se mueve contra la suya en un baile coordinado que esparce saliva por nuestros labios y barbillas. Nuestros dientes chocan un par de veces antes de que Damian abra más la boca y me deje entrar de nuevo. Lamo su lengua mientras bajo la mano por detrás de él y le agarro el culo.

Tomo una de sus nalgas en mi mano con firmeza y la aprieto. Puedo sentir el músculo duro bajo la carne suave. Mientras deslizo la otra mano por su espalda, noto las cicatrices que tiene allí. Hay muchísimas.

Hundo las yemas de mis dedos en varias de ellas, queriendo sentirlo más cerca.

Las manos de Damian caen sobre mis caderas, cerca de mi cintura, igual que antes. Permitiéndome explorarlo como quiera pero sin hacer nada a menos que yo se lo diga.

Me separo del beso, mordiendo su labio inferior en el proceso.

Una vez que he roto el beso por completo, echo la mano hacia atrás y le doy un bofetón en la cara. Parece sorprendido por una fracción de segundo, pero luego aparece una excitación en sus ojos que solo hace que la mía aumente.

—Eso es por mentirme. —Empujo sus hombros hasta que cae de espaldas sobre el sofá, y entonces me hundo en su regazo. Echo mano a su garganta de nuevo, envolviendo mi mano alrededor de su cuello como si me perteneciera únicamente a mí.

Una marca roja se extiende por su cara a causa de mi mano, y me inclino para morderle la mejilla en la misma zona donde le he golpeado.

—Dios, quiero marcarte —le digo.

—Márcame —exhala él—. Reclámame.

Me inclino hacia su hombro y tomo su piel en mi boca, succionando con fuerza y pasando la lengua por el trozo de piel hasta que empieza a retorcerse debajo de mí. Cuando retiro la boca, mis dientes han quedado impresos en su carne y una mancha rosada se vuelve roja rápidamente. En una hora o dos, estará morada y azul.

Aprieto su garganta con más fuerza.

—Eres como un maldito perro en celo —le provoco.

Damian, como si me provocara a su vez, saca la lengua y echa la cabeza ligeramente hacia atrás. Gruño y me inclino hacia delante, lamiendo su lengua y luego obligándola a volver a su boca con la mía.

—Vas a pagar por eso —susurro contra su boca.

—Te pagaré lo que sea —responde él.

Me río y me deslizo fuera de su regazo. —Eres patético. —Eso me pone aún más duro de lo que ya estoy.

Me muevo fuera del sofá solo un momento. Solo el tiempo suficiente para rebuscar en uno de los cajones de la mesa auxiliar hasta encontrar lo que busco. Lubricante. No se ha usado en unos meses, pero siempre lo guardo a mano donde pueda ser necesario.

Tras echarme un poco en la mano, vuelvo al regazo de Damian y envuelvo mi mano alrededor de su gruesa polla, dándole un par de pasadas para extender el lubricante.

Damian gruñe suavemente y sus ojos se abren un poco por la sorpresa.

Cuando termino de aplicárselo, me llevo la mano atrás y me introduzco dos dedos en el ano hasta la mitad. Echo la cabeza hacia atrás y gimo. Puedo ver a Damian observando cómo me masturbo con una expresión que bien podría ser de estar babeando.

El apretado anillo muscular se contrae contra mis dedos mientras extiendo el lubricante dentro de mí. Puedo sentir mi polla casi palpitar al ritmo de cada movimiento.

—¿Qué? —pregunto entre gemidos. Me saco los dedos y me coloco sobre él—. No pensarías que hoy te rellenarían a ti, ¿verdad?

Damian observa intensamente mientras sujeto su miembro y me hundo en él centímetro a centímetro. Me abre tan perfectamente, pero le recuerdo que yo soy el que manda retirándome un par de veces antes de sentarme sobre él por completo. Está encajado dentro de mí y gimo de placer.

—Solo los hombres honestos reciben polla por el culo —le tomo el pelo.

Damian echa la cabeza hacia atrás y yo estiro la mano por detrás de su cabeza, obligándole a inclinarla de nuevo hacia arriba para que me mire.

—No, no. Vas a mirarme todo el tiempo, ¿entendido?

—Sí, señor —dice Damian humedeciéndose los labios—. Joder... te sientes tan bien.

Empiezo a cabalgarle. Al principio despacio, pero mi paciencia es casi nula esta noche. Quiero lo que quiero, y voy a conseguirlo.

Rodeo su garganta con las manos, con ambas, mientras boto sobre su polla y siento cómo me llena una y otra vez. Su longitud dura y palpitante golpea justo el punto adecuado dentro de mí,

haciendo que el líquido preseminal gotee desde mi miembro sobre su estómago.

—No vas a volver a mentirme nunca —digo entre gemidos entrecortados mientras mi agarre en su garganta se vuelve aún más fuerte.

—Si alguna vez... vuelves a traicionar mi puta confianza así... te mataré, joder. —Balanceo mis caderas hacia delante y hacia atrás antes de girarlas y empujar con más fuerza contra su regazo.

A Damian se le corta la respiración, y me doy cuenta de que es porque le estoy asfixiando. No me detengo, no de inmediato. Tiene el margen justo para poder respirar, solo que no muy bien.

—Porque puedo... puedo matarte —susurro mientras presiono mi frente contra la suya y continúo restringiendo su respiración solo un par de segundos más. Cuando lo suelto, aspira una bocanada de aire y luego gime. Sus manos se mueven a mi culo y no le detengo.

—Joder, joder... —Está sudando como un cerdo y es lo más excitante que he visto en mi vida. La forma en que se ve reluciente y jadeando por aire.

—Nunca... volveré a hacerte daño —me promete Damian—. Nunca.

La presión aumenta dentro de mí... caliente y necesitada. Puedo sentir que él también está cerca. Mi culo se aprieta contra su polla palpitante y cierro los ojos mientras nuestras frentes están juntas.

—Oh, joder —jadeo las palabras.

Damian no parece poder contenerse, porque me agarra el culo con más fuerza y empuja hacia arriba con las rodillas hasta que su trasero se levanta del sofá. Bombea dentro de mí con fuerza y rapidez.

Jadeo de sorpresa pero no le detengo. Prácticamente se me ponen los ojos en blanco mientras sus caderas golpean contra las mías una y otra vez. El sudor resbala por el nacimiento de mi pelo y gotea por su pecho, acumulándose en una mezcla de ambos.

Todo lo que puedo hacer es gemir y gruñir y jadear buscando aire hasta que termina.

Hasta que me vengo en varios chorros pesados de semen sobre su estómago y pecho, y él se sale de mí para correrse en mi

espalda.

No lo habíamos discutido, pero en el segundo en que siento los chorros calientes y húmedos en mi espalda, me alegro de que no se haya corrido dentro de mí. No tenía ganas de tener que limpiar eso esta noche.

Mi cuerpo se tensa. Cada centímetro de mí. Hasta que me relajo de golpe.

Me derrito contra Damian y él parece derretirse en el sofá. Mi cabeza se desliza hasta su hombro y me esfuerzo por recuperar el aliento.

—Madre mía —murmuro. Entonces recuerdo que se suponía que estaba castigándolo—. Eres tan patético.

Damian se ríe por lo bajo. —Eres un capullo.

Me incorporo con todas las fuerzas que puedo. —Te ha gustado.

Él me sonríe con picardía y esta vez me agarra por la nuca y me da un mordisquito en la nariz. —Eso sí.



Después de asearnos, vestirnos y dejar que Damian vuelva un poco más a la realidad, me siento en la cama a su lado.

—¿No tienes que mantener las apariencias? —le pregunto. Miro mi mano, viendo la alianza de boda allí, y se me encoge el corazón. Por lo menos durante unos minutos casi me había olvidado de ella.

—No me esperarán de vuelta hasta dentro de un par de horas —insiste Damian—. Además. Tengo que encontrar una camisa nueva antes de volver. —Se ríe entre dientes.

Pongo los ojos en blanco. —Eso fue decisión tuya.

—No me arrepiento —responde. Lo miro a los ojos y sé que no se refiere solo a haber destrozado su camisa.

Cambio de tema rápidamente. —Bueno. Cuéntame más sobre ti.

Él arquea una ceja. —¿Como qué exactamente?

Frunzo los labios un segundo. —De dónde eres. Tu... postre favorito, cualquier cosa, en realidad —sugiero.

La sonrisa de Damian se ensancha. —¿De verdad me pides que te diga mi color favorito y esas chorradas después de lo que acabamos de hacer? —me pregunta.

Le frunzo el ceño. —Quítate esa puta sonrisa de la cara. Sabes qué, da igual... No me lo digas. —Cruzo los brazos y miro hacia la ventana con cortinas de la izquierda.

No estoy muy seguro de por qué quiero saberlo. Por qué me importa. Normalmente intentaría alejarme de un ligue lo más rápido posible, pero esto no es eso, ¿verdad?

Hay algo más aquí con Damian. No debería haberlo. No puede haberlo; pero lo hay.

Me quedo callado mientras pienso en ello. Tengo el ceño fruncido y me muerdo el interior de la mejilla.

¿Cómo podría pasar algo más de verdad? Estoy casado con Rosalie. Es lo que hay. Si alguien se entera de esto, podría joder todo el plan.

Aunque... ¿qué plan?

Al parecer, Eivor me está espiando en secreto a mí y a mi familia e intentando descubrir algún secreto enorme sobre mí para usarlo en nuestra contra. Si no fuera porque a Damian... le importo, podría tener ya lo que necesita.

—Mi color favorito es el azul —dice Damian.

Le miro y salgo de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunto.

Él se encoge de hombros. —Mi color favorito es el azul —se repite—. Mi postre favorito es el tiramisú. Nací en Sicilia, pero he estado en casi todas partes la mayor parte de mi vida.

Ladeo la cabeza. —Vale —digo despacio—. ¿Por qué elegiste este trabajo?

Suelta una pedorreta. —Esa es una pregunta con truco.

—Nuestras vidas tienen truco —le recuerdo.

Damian se ríe y sacude la cabeza. —Es... complicado. Lo más parecido a una respuesta que tengo es... es para lo único que sirvo.

Le observo detenidamente. —¿Así que no crees que serías capaz de hacer nada más?

—No estoy seguro de cómo. Proteger a la gente es lo que he estado haciendo casi toda mi vida. No formo parte de una gran familia criminal. Trabajo solo. Acepto contratos. Quien me necesite, me tiene... si puede pagar lo suficiente. Nunca estoy en un lugar durante mucho tiempo. Una vez que el trabajo termina, terminan conmigo. —Damian aparta la mirada de mí y mira hacia la puerta.

Me quedo mirando su perfil. Las palabras que quiero decir simplemente no salen. No es el momento para ellas.

—Parece que estarás aquí un tiempo —le recuerdo.

Él asiente lentamente. —Sí.

Se hace el silencio durante un largo rato. Suspiro y bajo la mirada hacia mi anillo. —¿Te sientes tan atrapado como yo? —le pregunto.

Él me mira. —Supongo que sí. Eivor espera información de mi parte y no tengo nada que darle. Algún día tendrá que acabar, pero... ¿cuándo?

—Y yo estoy casado con su sobrina. ¿Qué espera que pase aunque le entregues algún tipo de información? Que no lo harás, pero... —Sacudo la cabeza—. Todo esto es un puto lío.

Damian se acerca un poco más a mí y observo cómo su mano se aproxima a mi pierna antes de posarse finalmente justo por encima de mi rodilla.

—Lo solucionaremos —insiste—. No dejaré que te utilice.

—Pero te está utilizando a ti —le recuerdo—. ¿Cómo vamos a lidiar con eso?

Damian sacude la cabeza. —No lo sé. Tendrás que poner a Carmine al corriente de lo que ha pasado. Él tendrá una idea mejor de cómo deberíamos manejar las cosas.

Descruzo los brazos y rozo con los dedos el dorso de sus nudillos.

—Sí. Si tenemos que acabar con Eivor... Carmine y Soren necesitarán saberlo.

Damian asiente. —Rosalie también debería saberlo. No creo que lo sepa —me dice.

Entorno los ojos. —¿No crees que sepa lo que trama Eivor?

Él sacude la cabeza. —Si lo sabe, ha hecho un buen trabajo ocultándolo.

—Bueno... pues está decidido. Tú buscarás a Rosalie y la pondrás al tanto, y yo volveré con Carmine y Soren —digo despacio.

Damian se levanta de la cama y saca algo de los bolsillos de sus pantalones. —Por si acaso lo necesitas. —Me lo entrega.

Es un trozo de papel doblado. Cuando lo despliego, veo que es una lista de todas las ubicaciones de los Fiorelli. Incluidas algunas de las que Carmine y Soren no han oído hablar.

Miro a Damian sintiendo un apretón en el pecho.

—Esperemos que no sea así.

14

Capítulo catorce

Damian

Las tres y cuarenta y seis de la mañana. Colarse de nuevo en la mansión Fiorelli con una camisa de vestir absolutamente destrozada no es tan difícil como esperaba. Principalmente porque todo el mundo está profundamente dormido. Por suerte para mí.

Para cuando llego a mi dormitorio, me quito la ropa y me meto en la cama, y estoy a punto de perder el sentido yo mismo.

En lugar de eso, paso varios minutos mirando al techo, pensando en mi noche con Alessio. La intensidad de lo ocurrido sigue fresca en mi mente y en mi cuerpo. Mi hombro luce la marca de sus dientes y su lengua; juraría que aún puedo sentir aquel bofetón en mi mejilla. No lo esperaba, pero me había sentado mejor de lo que hubiera podido imaginar.

El sexo duro no es precisamente algo nuevo para mí, pero no había ido a casa de Alessio esperando otra cosa que no fuera que me echara una bronca monumental.

Cosa que, supongo, hizo... a su manera. El castigo con el que me marcó me proporcionó más placer de lo que he sentido en toda mi

vida. Me lo merecía, pero ¿de verdad? ¿Merezco su perdón y su confianza ahora, después de todo?

Claro, quemé las fotos, pero el hecho de que las hubiera encontrado demuestra que no podía confiar en mí. Al menos antes.

Ahora estoy decidido a no volver a mentirle a Alessio. A no buscar nunca más la información que Eivor desea para destruirlos.

Esto significa que tendré que idear una forma de librarme de esto. Tengo que largarme de aquí antes de que Eivor descubra que no estoy buscando ninguna información.

Este pensamiento me genera tanta ansiedad que no logro conciliar el sueño hasta casi las cinco de la mañana. Lo que significa que solo duermo unas pocas horas antes de que se espere que esté despierto, fresco como una rosa.

Y así estoy.

Para cuando Rosalie se está vistiendo para empezar el día, yo ya estoy ante su puerta con una taza de café en el estómago. Necesito hablar con ella a solas, sin que nadie más se interponga. Sé que sus planes para hoy consisten en salir a ver a unas amigas, así que también sé que esta mañana, antes de que bajemos, es el momento de hablar con ella.

En cuanto se abre la puerta, me vuelvo hacia ella.

—Buenos días —dice ella echándose el pelo hacia atrás. Entonces se da cuenta de que le estoy cortando el paso—. ¿Necesitas algo?

Miro hacia un lado un momento y veo que no viene nadie más por el pasillo ni sube por las escaleras. —Tenemos que hablar. A solas.

Rosalie da un paso hacia atrás, entrando en su dormitorio. —¿Sobre qué?

Doy un paso hacia dentro de su habitación. —Sobre Alessio.

—Vale, entra. —Me hace un gesto para que pase y cierra la puerta tras de mí; luego echa la llave. Sinceramente, me sorprende que Eivor permita siquiera cerraduras en las puertas de este lugar, con lo mucho que parece querer controlar a todo el mundo. Ni siquiera mi puerta tiene cerradura.

—¿Qué pasa con Alessio? —pregunta, cruzándose de brazos sobre su vestido de punto rosa claro.

Me acerco aún más a ella para poder mantener la voz lo más baja posible.

—Estoy asumiendo un riesgo aquí, pero tengo la sensación de que no sabes en qué ha estado metido tu tío —le digo—. Por si acaso... al menos prométeme que no intentarás atacarme. Perderías.

Rosalie bufa. —Por favor, podría tumbarte si quisiera.

La miro con seriedad. —Hablo en serio. No querrás intentarlo.

Ella me observa de arriba abajo lentamente. —Vale. Si me cabreas, te daré algo de ventaja.

Tomo aire lentamente. —Eivor quiere que encuentre información sobre Alessio para acabar con él y con la familia Dresvanni.

Ella parpadea, atónita. —¿Qué?

—Cuando me contrató para protegerte, también me contrató para espiar a Alessio. Para sacar todos los trapos sucios que pudiera —explico.

Ella niega con la cabeza. —No entiendo por qué haría que nos casáramos si ese fuera el caso —dice Rosalie con el ceño fruncido—. ¿Por qué no simplemente alargar el compromiso?

—Porque quiere el control. Quiere tanto control como pueda conseguir; eso incluye casarte con Alessio como si realmente planeara seguirle el juego, portarse bien —le digo con franqueza—. Puede que no tenga mucho sentido, pero seguro que ya te has dado cuenta de que tu tío no tiene sentido. Solo se preocupa por sí mismo, por nadie más.

—Él se preocupa por mí —insiste—. A su manera, pero... no, tienes razón. Solo acepté todo esto porque me preocupaba lo que pudiera hacer si no lo hacía. Pensé que casarme con Alessio y unirme a la familia Dresvanni sería suficiente poder para él, pero debería haber sabido que no lo sería. Maldita sea. —Empieza a caminar de un lado a otro frente a mí.

—No es demasiado tarde para enfrentarte a él, pero se va a cansar de esperar a que yo encuentre la información que quiere —digo lentamente.

Los tacones de Rosalie chasquean contra el suelo mientras camina de un lado a otro. —¿Por qué me estás contando esto

siquiera? —pregunta—. Podrías haber conseguido simplemente la información que Eivor quiere.

—Puede que tu tío me esté pagando ahora mismo, pero no me interesa que otro maníaco egocéntrico acapare todo el poder que pueda —digo con la voz teñida de frustración.

—¿Lo sabe Alessio? —Me mira de reojo.

—Lo sabe —admito.

—Me sorprende que no te matara.

—A mí también.

Ignoro el dolor punzante en mi entrepierna al pensar en todas las cosas que me hizo en lugar de matarme. Pero me doy cuenta de que no es el único dolor que siento. Me descubro preguntándome qué estará haciendo, dónde estará, si ya habrá hablado con su familia sobre lo ocurrido.

Vuelvo a la realidad cuando me doy cuenta de que Rosalie ha hablado y no lo he procesado.

—¿Me has oído? —pregunta.

Niego con la cabeza. —No, lo siento. Estaba pensando en cómo voy a lidiar con Eivor.

—Eso es lo que he preguntado —dice con un suspiro—. ¿Qué se supone que debemos hacer? Si no quieres entregar la información, no te va a dejar marchar así como así.

—¿Quieres que entregue la información? —le pregunto con una ceja arqueada—. Porque empieza a parecer que sí.

—¡No! —Rosalie resopla—. Claro que no. Yo... simplemente no sé qué hacer con él. Me ha criado la mayor parte de mi vida.

—No tienes por qué formar parte de esto si no quieres —le recuerdo—. Pase lo que pase... eres libre de desentenderte.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunta con el rostro cada vez más contraído y enrojecido—. No soy una cobarde. Haré lo que sea necesario, yo... —antes de que pueda terminar la frase, se oye un fuerte estrépito de madera rota detrás de nosotros.

Miro por encima del hombro para ver que la cerradura ha saltado por los aires y la puerta sale despedida en pedazos al ser forzada.

Me doy la vuelta para encarar la puerta por completo y echo mano a mi pistola.

—Suelta el arma, señor Rossi —me ordena Eivor Fiorelli. Está de pie en el umbral con cuatro guardias rodeándolo. Todos tienen sus armas apuntándome.

Evalúo mis posibilidades. No pintan bien. Por no mencionar que no tengo ninguna duda de que Eivor estaría dispuesto a arriesgar la vida de Rosalie para acabar con la mía.

Me agacho y dejo mi pistola en el suelo, y se la paso de una patada y luego me pongo derecho.

—¿De qué va esto? —le pregunto—. No me gusta que me amenacen.

—Y a mí no me gusta que me mientan —espeta Eivor. Entra en la habitación seguido de los guardias. Sus miras siguen fijas en mí.

—No sé de qué me está hablando. Solo estaba discutiendo los planes de hoy con Rosalie —insisto. Sé que cuanto más frío me muestre, más se va a cabrear si realmente sabe lo que está pasando... pero no estoy dispuesto a traicionar a Alessio otra vez.

No estoy dispuesto a entregarlo tan fácilmente. Ni de ninguna manera.

—Tío, ¿qué estás haciendo? —pregunta Rosalie, acercándose a él con una expresión de gran preocupación. Si está actuando, es condenadamente buena.

—No te metas en esto, querida Rosalie; ¿por qué no sales de la habitación? El señor Rossi y yo tenemos algunas cosas de las que hablar —insiste Eivor.

Rosalie aprieta los puños. —No. Soy tan parte de esto como cualquiera. Quiero saber qué está pasando. Estás amenazando a mi guardaespaldas, joder. —Es la primera vez que realmente le levanta la voz a su tío. Él la mira con irritación.

—Eres una chica tonta —le dice—. Ni siquiera puedes ver que tu propio guardaespaldas ha estado maniobrando a tus espaldas.

—¿De qué estás hablando? —pregunta ella.

Me doy cuenta de que ella asume que Eivor se refiere a la información que quiere que consiga... pero sé, por la mirada de sus ojos, que ese no es el caso.

Eivor sabe lo de Alessio.

Trago saliva con dificultad.

—Se supone que Damian debía proporcionarme información sobre tu marido, pero en lugar de eso, se lo está tirando —dice Eivor con total naturalidad.

Veo cómo el rostro de Rosalie pasa de la confusión a la absoluta desolación. Me mira.

—¿Es eso cierto? —pregunta.

—No le preguntes a él, mentirá hasta que se le caiga la boca con tal de proteger a su precioso juguete —comenta Eivor, con un deje de asco en su tono.

Mantengo la boca cerrada y miro hacia un lado. Sin permitir que Eivor me mire directamente a la cara.

—¿Cómo sabes esto? —le pregunta Rosalie a su tío. Puedo oír el dolor en su voz, y eso me hace sentir... culpable. A pesar de la situación en la que se encuentra, del hecho de que no ama a Alessio, está claro que el matrimonio le importa de alguna manera. Le importa la confianza que han depositado el uno en el otro. Al menos debe de ser así, porque si no, no reaccionaría con esa sorpresa y ese dolor.

—No han sido precisamente listos —dice Eivor con una risa sombría—. Solo hizo falta que uno de los guardias del ático de Alessio me contara que Damian estaba allí y qué estaba pasando dentro. Por no mencionar que conectarse a las cámaras de seguridad es extraordinariamente fácil.

Cierro los ojos. —Hijo de puta.

—¿Yo? —dice, y oigo que se acerca un paso—. Tú eres el que me está traicionando. Te pago para que trabajes para mí, pero has decidido trabajar en mi contra. Deberías haber sabido que acabarían pillándote.

Tenso la mandíbula.

—No me lo puedo creer —dice Rosalie sin aliento—. ¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Es que nadie sabe estarse quieto?

—Estoy de acuerdo. Primero mi sobrino con ese *Carmine*, y ahora tu guardaespaldas con Alessio. Parece que nadie es capaz de decidir de qué lado está —escupe Eivor.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunto sin rodeos al abrir los ojos—. Estoy harto de escuchar esto.

—¡Ja! ¿Tú estás harto? —Eivor hace un gesto a los guardias para que me rodeen—. Vas a estar más que harto cuando haya acabado contigo.

Tengo las pistolas tan cerca de la cabeza que sé que, si aprietan un gatillo, se acabó. Mi vida habrá terminado por completo.

—A menos que, por supuesto... aceptes hacer tu trabajo —sugiere Eivor. Se acerca aún más y me habla al oído. Sentir su aliento contra mi piel me revuelve el estómago—. Te daré una última oportunidad. Encuentra la información que busco, dámela y ayúdame a hundir a los Dresvanni.

—¿O qué? —pregunto en voz baja.

Desvío la mirada hacia Rosalie. Veo la rabia en sus ojos, pero se mantiene en silencio. Quiero decirle que se largue de aquí antes de que las cosas se pongan peor, pero no lo hago. Quiero ver si dice algo. Si hace algo.

—O desearás haberlo hecho —me dice—. No dejaré que mueras rápido. Será una muerte lenta y agónica.

Le sostengo la mirada en silencio y luego vuelvo a mirar a Rosalie.

—No la mires a ella, no va a salvarte. No después de que te hayas tirado a su marido. Deberías haber pensado en eso. Aquí nadie confía en ti —se mofa Eivor mientras se planta casi nariz con nariz conmigo.

—¿Verdad, cariño? —le pregunta a ella.

Rosalie se yergue. —No voy a ayudarte —dice sin vacilar. La mirada en sus ojos es fría y dura. No me cabe duda de que ni siquiera va a intentar salvarme de esta situación.

Bien. No hace falta que se involucre. Prefiero ser el único en morir.

—Así que elige, Damian —insiste Eivor—. Tu vida por la de Alessio Dresvanni.

Vuelvo a mirarle a la cara, manteniendo mi expresión seria e impasible. El corazón me late con una fuerza dolorosa en el pecho, pero hago todo lo posible para que no note que me importa lo más mínimo.

—Haz lo que tengas que hacer.

Y lo hace.

Los hombres de Eivor empiezan a golpearme con sus armas hasta tirarme al suelo. Uno me da en la nuca e instantáneamente me mareo un poco. Sé que si intento defenderme ahora, es más probable que acabe muerto. Será más fácil si espero hasta que me lleven a un segundo lugar... y sé que me llevarán a un segundo lugar.

Dicen que nunca debes dejar que nadie te lleve a un segundo lugar, pero yo me conozco. Conozco mi campo de especialización. Sé que puedo librarme de bridas, cinta americana y cuerdas con mucha más facilidad de la que puedo deshacerme de cuatro guardias armados a la vez. Necesito algo de tiempo para observarlos y decidir cuáles son sus debilidades.

Así que dejo que me derriben con mucha más facilidad de la que habría permitido en otra situación.

Dejo que me aprieten las bridas en las manos una vez que estoy de rodillas, e ignoro la sangre que me gotea por la nariz y la comisura de la boca.

Antes de que me levanten del suelo tirando del cuello de mi camisa, Eivor me estampa el puño en un lado de la cara. Siento que el hueso se fractura muy levemente y el dolor me recorre la cabeza. Se inclina hacia mí.

—Vas a arrepentirte de esto.



Me vendan los ojos mientras me meten en la parte de atrás de mi propio coche y le dan mis llaves a uno de los guardias. Rosalie se ha ido. Al parecer, ha decidido quedarse en la finca mientras su tío me arrastra a algún segundo lugar para sacarme a golpes la información que está tan seguro de que tengo.

No la va a obtener, pero sé que va a intentarlo.

Registro todos los detalles que puedo. Cuento durante todo el trayecto, de un segundo a sesenta, y luego cuántas veces lo he hecho. Gracias a esto, soy capaz de descifrar a cuántos minutos de

la finca de los Fiorelli se encuentra el segundo lugar. Ignoro las amenazas que me sueltan por el camino con desprecio. Ignoro a los guardias envalentonados que me empujan contra la ventanilla.

Cuento y vuelvo a contar.

Veintitrés minutos.

Pasan veintitrés minutos antes de que el coche finalmente se detenga y no vuelva a moverse. Me sacan a tirones del coche y esperan que camine en la dirección que ellos quieran... y lo hago.

Hago lo que me dicen. No me resisto.

Aún no es el momento. Todavía no.

Me empujan a una silla de metal fría que es demasiado pequeña para mi cuerpo. Es dura e incómoda, y me atan el torso a ella.

En el sitio donde estamos huele a humedad y a óxido. Oigo el crujido de viejas paredes de aluminio y lo que estoy casi seguro de que son tuberías que gotean.

Finalmente, me quitan la venda y veo el viejo almacén a mi alrededor.

Parece un edificio abandonado que forma parte del complejo de fábricas propiedad de los Fiorelli. Nunca he estado aquí, pero sé que existe porque Eivor me dio una lista de todos los edificios que posee. Me pregunto si recordará siquiera que lo hizo.

No importa. Lo único que importa ahora es averiguar cómo salir de aquí con vida. Puede que pierda algunos trozos por el camino, pero si consigo salir, eso es lo único que cuenta.

A medida que mis ojos se ajustan a la tenue iluminación, veo a los cuatro guardias que me han traído de rodillas de pie a mi alrededor. Dos más están cerca de la entrada del edificio. Puede que haya incluso más. Decido que debo contar con más de los que veo. Solo veo seis guardias, pero redondeo a diez. Diez guardias a los que tengo que eliminar de una forma u otra. Diez guardias que, muy probablemente, tengan cada uno su propia arma.

Esto podría preocuparme, pero significa que tengo diez pistolas a mi disposición si juego bien mis cartas.

—¿Dónde está el jefe? —pregunto. No me importa quién responda, solo necesito que empiecen a hablar.

—No te preocupes por eso —me responde uno de ellos. Una mujer. Es de hombros anchos y fuerte. Parece capaz de aguantar tanto como los tres tipos que hay cerca.

—Pensé que iba a hacerme pasar un buen rato —digo con una sonrisa burlona.

Uno de los guardias, no ella, se acerca a mí y me da un revés sin pensárselo dos veces.

—Cállate a menos que tengas algo bueno que decir —me ordena.

Me río, sabiendo que eso solo le cabreará más. Me golpea otra vez, y una tercera. Siento la marca de sus nudillos en la mejilla y la cara me late con fuerza, pero no me importa. Cuanto más cabree a esta gente, más energía gastarán y más descentrados estarán.

Cualquiera que trabaje para Eivor tiene que tener un lado perverso. Yo incluido.

—Oh, tengo mucho que decir, cabrón —digo con una sonrisa—. Pero podría demostrártelo mejor.

—Sí, claro, como si pudieras con cualquiera de nosotros —dice otro guardia, con la pistola al costado y los brazos cruzados. Parece el más relajado del grupo.

—No te molestes con él, solo está intentando provocarnos —dice la mujer, y maldigo para mis adentros. Por otra parte, quizá si consigo que discutan entre ellos sea otro punto a mi favor.

El guardia que me ha estado pegando me da un golpe en un lado de la cabeza esta vez y luego me agarra por la garganta. No es lo mismo que cuando lo hizo Alessio hace menos de veinticuatro horas. No, la mano de este hombre aprieta como si pretendiera hacerme daño de verdad. Me levanta de la silla y mis ataduras se estiran ligeramente.

—Vas a recibir lo que te mereces —dice con una mueca de desprecio.

Acumulo toda la saliva que puedo en la boca y se la escupo por la barbilla, alcanzándole la mano y la muñeca.

Retrocede con sorpresa y asco, y retira la mano de mí rápidamente.

Me río. —¿Te asusta un poco de saliva? —Me lamo los labios—. Qué patético.

El tipo gruñe irritado y se limpia la mano en los pantalones antes de volver a acercarse a mí.

—Vas a decirnos lo que sabes sobre la familia Dresvanni o lo vas a pasar muy mal —insiste.

Le miro parpadeando. —Claro, adelante.

—¿Crees que estoy bromeando? —pregunta mientras saca un cuchillo de una de las fundas de su cinturón. Acto seguido, me lo clava en la mano, atravesándola por completo.

El dolor me sube de la mano por todo el brazo y todo mi cuerpo se tensa, pero me muerdo la lengua para no hacer ningún ruido. No va a obtener de mí la reacción que desea.

Saca la hoja, y duele más al salir que al entrar. Inspiro por la nariz con la mayor naturalidad posible, mientras la sangre brota de mi mano y cae sobre el reposabrazos de metal oxidado de la silla.

—¿Eso es todo lo que tienes?

15

Capítulo quince

Alessio

—Juro que más vale que esto sea importante —dice Carmine mientras entra como una tromba en la casa, maleta en mano. Soren camina detrás de él, con una maleta de ruedas en su poder.

He hecho que los dos vuelvan antes de su pequeña escapada. Francamente, me da igual si están irritados por ello. Esto es mucho más importante que el hecho de que tengan un tiempo a solas. Pero, para ser sincero, también siento un poco de envidia.

Carmine y Soren pueden hacer lo que les plazca. Irse y estar a solas, sin nadie que les diga dónde y cuándo tienen que estar, y sin nadie que les obligue a casarse con alguien que no les interesa.

Carmine podría haberme mandado a la mierda y no volver a casa si realmente hubiera querido.

Afortunadamente, no lo ha hecho.

—Vaya si es bueno —dice Tommaso a mi lado en la sala de estar. Todos mis otros hermanos están conmigo. Tommy, Tiberi y Cassian. Llevamos esperando a Carmine y Soren al menos una hora.

—Se ve que lo es, si estáis todos aquí —comenta Soren mientras dejan sus cosas en la entrada y se quitan los abrigos al entrar.

Carmine lanza su abrigo sobre el sofá y luego se queda a unos metros de mí con los brazos cruzados.

—¿Qué está pasando? —pregunta—. ¿Por qué Tommy tiene cara de estar listo para patearle el culo a alguien?

Pongo los ojos en blanco. —Siempre la tiene... pero esta vez es serio —le digo—. Es sobre Eivor.

Soren se detiene a mitad del gesto de quitarse el sombrero, y luego lanza su abrigo y el sombrero cerca de donde están los de Carmine antes de caminar hacia nosotros.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Parece harto de la situación de antemano.

—No lo sé, ¿pero quizá tú sí? —le pregunto a Soren, con curiosidad por saber si era parte de esto, si sabía algo. Lo dudo. Teniendo en cuenta que Damian y yo estamos bastante seguros de que Rosalie no lo sabe... pero nunca se puede ser demasiado precavido.

—¿De qué me estás acusando? —pregunta Soren, con una expresión que se vuelve oscura y tormentosa.

Carmine descruza los brazos y pone una mano en el pecho de Soren. —Mantengamos la calma —insiste—. Si Soren supiera que Eivor trama algo, nos lo habría dicho.

—Te lo habría dicho a ti —acusa Tommaso—. Eso no significa que nos lo hubiera dicho a nosotros.

—Soren ya es parte de esta familia —insiste Carmine, y luego me lanza una mirada—. Nos lo diría.

—Sí, si supiera algo lo diría... pero no lo sé —responde Soren—. Aunque no me sorprendería que anduviera tramando algo.

Tiberi suspira. —Cuéntales lo que nos has dicho a nosotros, Alessio —dice con la molestia impregnada en su tono frío.

Cassian está sentado cerca, en un puf, con una mirada de incertidumbre en el rostro.

—Eivor nos ha estado espiando —explico—. Contrató a Damian para proteger a Rosalie y espiarme a mí. Para encontrar información sobre mí, sobre Carmine, que le diera ventaja para destruirnos.

Carmine parpadea y luego mira hacia el fuego que arde en la chimenea al otro lado de la habitación. —Por supuesto.

—Hijo de perra —maldice Soren y da un paso a un lado—. No puede simplemente jugar limpio, ¿verdad?

—Parece ser que no. —Se me tensa la mandíbula al pensar en las fotografías que encontró Damian. Tengo que decírselo a Carmine. Pero nunca hemos hablado de lo que pasó con nuestro padre. Así que me decanto por decírselo de la forma más vaga posible. Especialmente con el resto de nuestros hermanos presentes.

—Damian encontró información sobre nosotros pero... —empiezo, pero Cassian me interrumpe.

—¿Damian nos ha estado mintiendo todo este tiempo? —pregunta—. Dime que lo has pillado antes de que se lo dijera a Eivor. Ese hombre está loco.

—Si sabes que Damian encontró la información, supongo que ya te has deshecho de él —dice Carmine.

Niego con la cabeza. —Dejadme hablar un momento. —Levanto una mano pidiendo silencio—. Damian vino a mí. No quería entregarle la información a Eivor. Está de nuestro lado.

—¿Cómo sabemos eso? —pregunta Tiberi, una pregunta que había evitado responder antes—. ¿Cómo sabes que podemos confiar en él?

—Porque si hubiera querido traicionarnos, simplemente le habría entregado la información a Eivor —le espeto—. No lo hizo.

—¿Qué hizo? —pregunta Carmine—. ¿Qué información descubrió? No tenemos muchos secretos, pero los que tenemos están bien guardados. No hay ni un solo papel a su alcance que pueda encontrar.

Me lamo los labios con nerviosismo. Me duele el estómago de solo pensar en nuestro padre.

—Él... encontró información sobre nuestro padre —explico—. La quemó. Ya no hay forma de que Eivor le eche el guante, pero cuando se entere de que Damian no tiene intención de entregar ninguna información sobre nosotros, quién sabe lo que le hará.

—¿Y por qué nos importa ese guardaespaldas, de todos modos? —pregunta Tommaso.

—Deberíamos tenerlo aquí para interrogarlo —menciona Cassian.

Tiberi asiente de acuerdo. —Necesitamos saber qué trama Eivor.

—Es obvio —les digo—. Quiere algo para bajarnos los humos. Algo con lo que tener ventaja al enfrentarse a nosotros.

—¿Por qué te casaría con Rosalie mientras hace esto? —Carmine murmura la pregunta.

—Lo suyo es el control —le recordamos Soren y yo—. Además, nos distrajo de lo que realmente buscaba.

Asiento. —Exactamente. —Tomo aire—. Ahora, tenemos que averiguar cómo quitar a Eivor de en medio. Sé que no quieres matarlo, Soren, pero...

Soren yergue los hombros. —Haré lo que sea necesario.

—Primero tenemos que sacar a Damian de esta situación, luego nos encargaremos de Eivor —les digo—. Será el primero a por el que vaya Eivor cuando descubra la verdad. Que no ha estado cumpliendo con el trabajo.

—Repito, ¿por qué nos importa? —pregunta Tommaso frustrado —. Vamos y matemos a Eivor de una vez. Si Damian está por medio... bueno, para empezar, no debería haber estado trabajando para él.

—No —gruño—. Damian está de nuestra parte ahora.

—¿Porque ha quemado unos papeles? —pregunta Cassian—. Ni siquiera lo conocemos.

El calor me inunda el pecho y la cara, y estoy a punto de decir algo cuando oigo que se abre la puerta principal y el clic de unos tacones sobre el suelo de madera.

—¿Por qué debería importarnos este guardaespaldas que ha decidido traicionar a Eivor? —pregunta Carmine también.

Miro hacia un lado y veo a Rosalie entrando en la sala, seguida de una cara familiar. Su exnovio. Julian. El guardia que, por alguna razón, estuvo trabajando en la boda.

—Porque a Alessio le importa —responde ella a la pregunta de Carmine mientras se detiene justo detrás de él.

Todos mis hermanos, y el de ella, se giran para mirarla con confusión.

—Sí, estoy aquí, y traigo malas noticias —nos dice Rosalie.

—Y sí, sé lo de vuestro pequeño *idilio*, Alessio —me dice con desprecio—. Gracias por el aviso. He tenido que enterarme mientras

mi tío le apuntaba a Damian a la cara con las pistolas.

El corazón se me sube a la boca. Ella lo sabe, Eivor lo sabe... y lo que es peor, Damian está en peligro.

—¿Dónde está Damian? —pregunto rápidamente.

—Te lo diré, pero tenemos que hablar a solas —insiste Rosalie.

Miro a mis hermanos, que me observan con diversas expresiones de confusión y diversión.

—Sí, vale, yo... Pasa algo entre Damian y yo. Quitad esas caras y prestad atención —les espeto. Carmine se acerca más a Soren como indicando que quiere hablar con él más tarde.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Rosalie—. ¿Qué hace él aquí? —Señalo a Julian.

—Rosalie me ha contado la verdad sobre su matrimonio y sobre los planes de Eivor. No quiero ser parte de lo que sea que se trae entre manos —admite Julian—. Especialmente no estando Soren aquí ahora, y Rosalie... bueno... —la mira de reojo con cara de perro apaleado por amor.

Suspiro. —Está bien. Pero tendremos que registrarlo. Asegurarnos de que no hay nada turbio —le digo—. ¿Tommaso?

Tommy sonríe. —Me encargo yo. Ven conmigo. —Le hace un gesto a Julian para que salga de la habitación con él.

Rosalie agarra el brazo de Tommy. —Como le hagas daño, estás muerto —sisea.

Tommy le gruñe. —Como no me sueltes el brazo, la muerta eres tú.

—Basta ya, los dos —exige Soren—. Nadie tiene por qué salir herido. Registrad a Julian y traedlo de vuelta para que podamos hablar.

Rosalie suelta a Tommy, que asiente con rigidez y se va con Julian.

—O sea que tienes... ¿un interés en Damian? —me pregunta Carmine—. De eso se trata todo esto.

—Sí, pero... no. También se trata de mantener a todo el mundo a salvo. Eivor es una amenaza. Quién sabe qué será lo próximo que haga. Incluso la familia Tulo quiere que desaparezca, al parecer, o no irían a por Rosalie por culpa de nuestro matrimonio. Quizá podamos

acabar con todo este asunto de los Tulo simplemente eliminándolo a él —sugiero.

Rosalie se cruza de brazos. —Estoy esperando.

Suspiro. — ¿No podemos hablar luego? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza. —No. Tenemos que hablar ahora.

—Está bien —gruño entre dientes—. Hablaré con Rosalie mientras vosotros averiguáis qué deberíamos hacer con Eivor.

Sigo a Rosalie fuera de la habitación y por el pasillo hasta la biblioteca, donde podemos hablar a solas.

—¿Dónde está Damian? —le pregunto rápidamente—. Supongo que de eso querías hablar.

—Sí —admite—. ¿Cómo cojones pudiste no decirme que te estabas tirando a nuestro guardaespaldas o, perdón, a *mi* guardaespaldas?

Trago saliva. —Simplemente ocurrió —le digo—. Pensé que si te lo decía... bueno, no creí precisamente que fuera a sentar bien.

—Claro que no. Se supone que somos un equipo y yo renuncié a Julian por esto —me recuerda Rosalie.

—Yo no te pedí que lo hicieras —le recuerdo yo a mi vez—. Si hubieras querido seguir acostándote con él, me habría parecido bien.

—¿Ah, sí? —pregunta ella—. No estoy segura de si a mí me habría parecido bien. ¿Cómo se supone que íbamos a actuar como una pareja en público y luego ir por ahí tirándonos a cualquiera?

Se me tensa la mandíbula. —Supongo que ya no tenemos que preocuparnos por eso, ¿verdad?

Ella parpadea y mira hacia un lado. —Supongo que no, pero seguimos casados. ¿Qué pensabas que iba a pasar con Damian, de todos modos? ¿Era solo para desfogarte?

Me arden los ojos y trago saliva intentando ignorar las lágrimas. —No es asunto tuyo.

Rosalie me observa. —Te importa de verdad.

—¡Claro que me importa! —suelto—. Tú también me importas. Solo que... de formas diferentes.

Se queda callada un buen rato.

La irritación surge en mí. —Has dicho que Damian está en peligro —le digo—. ¿Qué está pasando?

—Te lo diré... —dice despacio—, si accedes a acabar con Eivor.

Me mofo. —Ya estamos discutiendo eso, Rosalie. Si eso es todo lo que querías...

—No. Tienes que prometerme que lo matarás —exige Rosalie—. Es mi tío y... no debería querer que desapareciera, pero lo quiero. Estoy harta de vivir bajo su dictadura. Está perdiendo el juicio. Cree que puede eliminar a quien quiera, cuando quiera, pero se le está yendo de las manos. No tenemos los hombres necesarios para enfrentarnos a vosotros, a los Tulo y a quien sea que haya cabreado. Esto tiene que acabar.

Observo cómo se le acelera la respiración y sus ojos también se vuelven vidriosos.

—Yo me encargaré de él —digo mientras me acerco a ella—. Lo prometo.

Ella asiente. —Y yo te ayudaré a rescatar a Damian.

—¿Rescatar? —digo rápidamente—. ¿Dónde está? ¿Qué está pasando? De repente el corazón me late con fuerza en el pecho.

—No sé dónde está, pero dejó que Eivor y los guardias se lo llevaran. Ni siquiera se defendió.

—¿Qué? —digo confundido—. No entiendo por qué haría algo así.

—Creo que intentaba protegerme. Todos los guardias tenían pistolas. Habría sido una carnicería si se hubiera defendido allí en la casa —explica Rosalie.

Aprieto los puños. —Tenemos que encontrarlo.

—Lo haremos —asiente ella—. Le mentí a Eivor. Actué como si estuviera furiosa con Damian por el lío, y dije que no lo ayudaría, pero solo necesitaba una excusa para quedarme atrás y llegar hasta ti.

Me acerco a ella y le pongo la mano en el hombro. —Gracias.

—No me malinterpretes, estoy enfadada; es confuso y raro, pero... —admite Rosalie y se aparta de mi contacto—, al mismo tiempo, me alegro un poco.

—¿Te alegras? —le pregunto.

—Parecías miserable, y no quiero eso para ti. No lo quiero para mí. Si Damian puede hacerte feliz, entonces... mejor que mejor, porque está claro que yo no puedo.

—Oh, Rosalie —digo con un suspiro—. No se trata de ti. Es que soy rematadamente gay.

Ella resopla y se tapa la boca con la mano. —Claro que lo eres —asiente—. Lo sabía. Solo pensé que... tal vez de alguna forma podríamos hacerlo funcionar. Supongo que no creí que tuviéramos elección, pero ahora sé que la tenemos.

—Cuando Eivor esté muerto, podremos anular esto —le digo—. Podrás casarte con Julian o con quien quieras.

Ella se acerca a mí, con el ceño fruncido. —Tú también. Ninguno de los dos tendrá que aceptar casarse con alguien por el bien de nuestras familias otra vez. Porque lo juro, si me entero de que Carmine intenta forzarte a otro matrimonio, le daré una paliza yo misma.

Esbozo una sonrisa. —Te creo.

Pero entonces se me cae la cara al recordar a Damian.

—Tenemos que averiguar cómo encontrar a Damian.

Rosalie asiente. —Si es que sigue vivo.



—A ver si lo he entendido bien, ¿quieres que te prestemos a cuántos de nuestros hombres para ir en una misión de rescate por Damian? —pregunta Carmine mientras estamos en la sala de juntas—. Por no mencionar que al menos una cuarta parte de nuestro equipo de guardia se ha ido porque trabajaban primero para Eivor y luego para mí. No puedo prescindir de...

—Podemos prescindir de seis guardias, sé que podemos —le digo —. Además, no hay forma de que Eivor organice ningún tipo de ataque mientras todavía tiene a Damian contra las cuerdas. Está intentando sacarle información a Damian para obligarnos a retirarnos discretamente. Tenemos tiempo.

—Pero no mucho —añade Rosalie—. Los guardias que tiene interrogando a Damian no son conocidos por ser del tipo paciente. Cuando crean que ya debería estar muerto, lo estará.

La rabia me recorre la espalda y me cuesta no salir de la habitación en este mismo instante e ir a por Damian yo solo.

Carmine frunce los labios y da un paso a un lado, paseando por el borde de la mesa un momento.

—Si dejo que hagas esto... y no vuelves —empieza, pero lo corto.

—Lo sé. Me traerás de vuelta y me matarás tú mismo —le digo —. No es la primera vez que lidero una misión. Sí, suelo estar en la parte de las negociaciones y hace tiempo de aquello, pero sé lo que hago, hermano. —Aprieto los puños—. Voy a arrancarles la garganta por ponerle un dedo encima.

Soren, que está de pie cerca, se acerca y pone una mano en el hombro de Carmine. —Creo que debería hacerlo.

—Deberíamos —les recuerda Rosalie—. Yo también soy parte de esto. Se acabó lo de mantenerme al margen para protegerme. Si Alessio va a repartir leña, yo también.

—¿Estás segura...? —empieza Carmine, pero esta vez es Soren quien lo detiene.

—Mi hermana sabe cuidarse sola, créeme —asegura.

Rosalie le sonríe a Soren. —Ya lo creo que sí. Y ahora, ¿vamos a quedarnos aquí parados hablando de ello, o vamos a coger a unos guardias y ponernos en marcha?

Carmine hace un gesto con la mano. —Está bien. Coge a los guardias que necesites, explícales la misión, pero si la cosa se pone demasiado fea, volvéis aquí.

—Voy a hacer lo que tenga que hacer —le digo—. Los demás pueden echarse atrás si quieren, pero yo no voy a volver a menos que sea con él.

Todos en la habitación me miran como si estuviera loco, pero me da igual. Carmine mira a Soren después de un momento, y veo una mirada familiar ahí.

—No me había dado cuenta de que lo sentías tan profundamente —dice sin dejar de mirar a Soren.

Sé en este momento que él entiende cómo me siento, pero yo ni siquiera me había dado cuenta de que me sentía así hasta este preciso instante.

—Yo tampoco —admito.

Rosalie chasquea la lengua. —Vale, basta de sensiblerías, vámonos.

Asiento con la cabeza y lanzo una última mirada a la sala antes de salir con ella. Preparado para elegir a unos guardias, llamar a más si es necesario, y ponerme en camino para averiguar dónde está Damian.

~

—No está aquí —me dice Kellen, uno de los guardias asignados a esta misión. Acabamos de terminar de registrar un tercer edificio de la lista que me dio Damian.

—Eso lo decidiré yo —le espeto.

Me estoy impacientando. Han pasado cinco horas. Quién sabe lo que le habrán hecho a Damian a estas alturas. Cortarlo, golpearlo, quemarlo... matarlo.

Sacudo la cabeza, intentando no pensar en esto último. No. Damian está vivo. Tiene que estarlo.

—Hay un antiguo complejo fabril de su propiedad a unos quince kilómetros de aquí —le digo al grupo. Seis guardias nos rodean a Rosalie y a mí. Todos armados hasta los dientes con múltiples pistolas y cuchillos. Un par de ellos llevan incluso puños americanos.

—No tenemos tiempo de revisar cada edificio de la lista —me recuerda Rosalie—. ¿Crees que lo tendrían allí o no?

Pienso por un momento, sopesando las otras opciones. Una casa unifamiliar, un chalé... una iglesia. Podría ser que lo tuvieran en el sótano de la iglesia, pero algo me empuja hacia el complejo de la fábrica.

—Eso creo. Si no está aquí, replantearemos la estrategia, pero me parece una apuesta segura.

—Está bien. Vamos. —Rosalie se da la vuelta y se dirige de nuevo a los coches, a unos metros de distancia. La sigo, sintiéndome irritado porque me esté dando órdenes como si fuera ella la que manda, y a la vez agradecido de que esté aquí.

Me ajusto el chaleco antibalas mientras abro la puerta del conductor de un tirón y me subo.

Si hay algo que sé con certeza, es que no pararemos hasta encontrarlo.

Capítulo Dieciséis

Damian

—Te crees alguien especial —dice el guardia que lleva horas dándome una buena tunda. Sé exactamente cuánto tiempo ha pasado porque lo he estado contando todo el rato.

Cada vez que me golpean, ya sea con el puño o con la culata de sus armas, no digo ni una sola palabra. Sé que cualquier cosa que diga será usada en mi contra. Solo intentarán encontrar la forma de sacarme la información por la fuerza.

No lo conseguirán. No importa lo mucho que me peguen.

Cinco horas y cuarenta y dos minutos. Ese es el tiempo que llevo en esta silla de mala muerte.

En todo caso, me duele más el culo por el metal duro que tengo debajo que cualquier otra cosa. Es un dolor sordo y constante, mientras que los hematomas de la cara y los cortes del cuello y el pecho se quedan entumecidos al cabo de unos momentos.

—Cuéntame lo que sabes —dice por vigésima vez. Como si no supiera usar nada mejor—. Si me dices qué información le sacaste a Alessio, todo esto se habrá acabado.

Se habría acabado, pero también cualquier cosa significativa que tenga en mi vida. ¿Podría vivir conmigo mismo después de eso? Sí, podría... pero ¿querría? No especialmente.

He hecho cosas peores que entregar información confidencial a un jefe mafioso parásito, pero esta vez... esta vez hay algo más en

juego.

Alessio.

No puedo sacármelo de la cabeza. La forma en que su boca encaja tan perfectamente con la mía. Cómo se siente su cuerpo bajo mis manos...

Pensar en el calor que sentimos al estar apretados pecho contra pecho es lo que me ayuda a soportar esto.

Imaginar la forma en que me sonreirá y cómo besaré esa sonrisa... Me ayuda a desconectar del dolor.

Aun así, suelto un gruñido ahogado cuando el filo de un cuchillo se clava en mi hombro, ahora desnudo, y me abre la carne. La sangre gotea por mi brazo y empapa las cuerdas que me rodean las muñecas.

—¿O tal vez te gusta esto? —me pregunta—. ¿Eres algún tipo de bicho raro al que le va la tortura? —Me corta de nuevo, esta vez trazando una X desde el otro lado de la herida que acaba de hacerme.

Aprieto los dientes e ignoro el roce del cuchillo que me abre y hace que la sangre brote con más fuerza. Vale la pena. Todo esto vale la pena si significa mantener a Alessio a salvo.

Uno de los otros guardias enciende un cigarrillo y se acerca a mí.

—Déjame que me ocupe yo un rato de él —dice ella.

—Aún no he terminado, casi lo tengo —insiste él.

Claramente delira. No «me tiene casi» de ninguna de las maneras.

Sin embargo, no digo nada. Mantengo mi voto de silencio mientras la mujer se acerca a mí y se inclina, echándome el humo en la cara.

—Podemos hacer que esto sea aún peor para ti —me recuerda—. Y recuerda que, pase lo que te pase a ti... algo mucho peor le pasará a tu preciado Alessio Dresvanni.

Poco probable. Aun así, pensar que podrían capturarlo como me han capturado a mí hace que cierre los puños. Esto solo hace que la sangre que sale de mí lo haga más rápido, mientras el pulso se me acelera por las venas.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunta, acercándome el cigarrillo.

Al segundo siguiente, presiona el extremo encendido del cigarrillo contra mi clavícula y siento cómo la piel se me abrasa formando un círculo perfecto. De todas las cosas que me han hecho, esta es, en realidad, la menos dolorosa. Las quemaduras son algo con lo que ya he lidiado, como atestiguan las cicatrices de mi espalda.

Casi me dan ganas de reírme de ellos por intentarlo siquiera, pero mantengo la boca cerrada.

Me muerdo la lengua mientras me queman una y otra vez, por todo el torso hasta la mandíbula. En la cara duele más que en el resto del cuerpo, pero a estas alturas no me preocupan tanto las cicatrices como cuánto tiempo van a seguir con este juego del gato y el ratón antes de darse cuenta de que no voy a decir nada de nada.

Llevo horas observándolos. Sé exactamente cómo se mueven. Dónde prefieren quedarse parados en la habitación. Conozco los patrones de los guardias en las puertas. La mejor forma de quitarles las armas de las manos y ponerlas en las mías. Lo he calculado todo, hasta cuánto tardará la mujer que me está quemando en cansarse de lo que hace y pasárselo al siguiente tipo.

Incluso sé que, si giro las muñecas en una dirección determinada, podré soltarme de las cuerdas con solo unas quemaduras por el roce.

Entonces, ¿por qué no acabo con esto de una vez?

Aún no es el momento.

No están lo suficientemente fatigados. Necesito pillarlos justo en el límite de querer matarme.

—Está siendo un grano en el culo —dice la guardia que me está quemando, mientras tira a un lado el cigarrillo casi terminado y saca su arma—. ¿Por qué no acabamos con él aquí mismo? No va a soltar prenda.

Me pone la pistola en la cabeza.

Uno de los otros guardias se acerca y saca su arma. —Debería ser yo quien lo hiciera. Apenas he podido interrogarlo.

—Vale, ¿quieres probar tú? —le espeta ella con desprecio—. Adelante. No es más que un lacayo inútil de los Dresvanni. Probablemente ni siquiera sepa para quién trabaja en realidad.

La miro con curiosidad un segundo, preguntándome si sabe algo que yo no sepa, pero enseguida decido que simplemente se refiere a que no sé nada de los Dresvanni ni de lo que han hecho.

Se equivoca.

Conozco la crueldad y la oscuridad de su pasado y su presente. Sé que Carmine ha matado a hombres con sus propias manos. Y yo también.

La diferencia entre Carmine y Eivor es sencilla.

Carmine mata con un motivo; Eivor mata simplemente para saciar su ego.

Todo esto no es más que eso. Una lucha por el poder. Quiere ser el más grande y el más malo que existe, y no le importa quién salga herido en el proceso, ni qué aliados pierda.

Incluso el hecho de que el Tulo intente matar a su sobrina no parece afectarle ni de lejos tanto como la idea de estar en el bando perdedor.

El nuevo guardia me golpea la cabeza con su pistola y luego me la presiona contra la sien.

—Sé que sabes algo —gruñe—. No estarías aquí si no fuera así. No *los* estarías protegiendo si no fuera así. —Oigo el clic del seguro de la pistola al quitarlo.

—¿De verdad vale la pena tu vida? —me pregunta, acercándose más—. ¿Vale tu vida por una insignificante familia criminal?

Si fueran tan insignificantes, Eivor no estaría intentando invadirlos, ¿verdad?

Me muerdo la lengua aún más y clavo la mirada al frente.

Sigo contando. Me mantiene centrado.

Ya han pasado seis horas y cinco minutos.

Él alarga la otra mano y presiona con los dedos algunas de las heridas sangrientas de mi pecho, hundiéndolos con violencia. No puedo evitar soltar un siseo de dolor y la cabeza se me está nublando por la pérdida de sangre. Mi sangre me rodea por todas partes. En el suelo, en la silla y en mi ropa, que ha sido destrozada y

arrancada de mi cuerpo. Me siento solo en calzoncillos; el calor de la adrenalina en mi cuerpo es la única razón por la que no he empezado a congelarme.

—¡Contéstame! —grita, frustrándose—. ¡Abre la puta boca! —Me golpea en la parte de atrás de la cabeza con la pistola y esta se dispara, impactando en algo cercano con un fuerte estruendo metálico. La bala rebota, pasando rozando mi pierna, y finalmente se aloja en el suelo.

—¿Ves lo que me has hecho hacer? Asco de gusano —me agarra de la garganta y aprieta con fuerza, obligándome a mirarle a los ojos.

Me vuelve a poner la pistola en la cabeza. Está tan cerca que puedo sentir su aliento en la cara.

—Tienes una oportunidad más —me dice—. O sueltas lo que sabes de los Dresvanni o tus putos sesos acabarán desparramados por el suelo en diez segundos.

Dejo de contar el tiempo.

Ahora cuento otra cosa.

Tengo diez segundos para hacer lo que tengo que hacer para salir de aquí de una puta vez. Me siento mareado, pero de repente me invade la determinación.

Giro las muñecas en sus ataduras mientras él empieza a contar.

—Uno. Dos. Tres. —Su cara se pone cada vez más roja de ira.

Aspiro aire por la nariz, tranquilizándome.

Justo cuando estoy a punto de sacar las manos de las cuerdas, unos disparos revientan la cerradura de la puerta del edificio abandonado.

No necesito saber quién es ni por qué; lo único que necesito saber es que el guardia con la pistola en mi cabeza se distrae de repente. Mira hacia la izquierda y yo aprovecho para actuar.

Saco las manos de las cuerdas y busco su arma. Se la arrebato de la mano y le apunto directamente. No le doy tiempo a suplicar. No espero ni a que procese lo que ha pasado. Le disparo a quemarropa en la cabeza.

Tropieza hacia atrás y luego cae inerte al suelo.

Me agacho y trabajo rápido para deshacer las cuerdas de mis tobillos mientras oigo disparos por todas partes a mi alrededor.

—¡Damian! —me llama la voz de Alessio.

Miro hacia arriba y veo al otro lado del edificio al hombre por el que estaba haciendo todo esto.

Solo alcanzo a mirarlo una fracción de segundo antes de que varios guardias se planten frente a mí, intentando impedirme que me vaya. Les disparo rápidamente, alcanzando a uno en la rodilla y al otro en el brazo. Es suficiente para derribarlos antes de que puedan devolverme el fuego.

Me levanto lo más rápido que puedo, con la adrenalina recorriéndome el cuerpo.

Hay sangre por todas partes. No importa de quién sea.

Me deslizo tras un barril y miro hacia el otro lado, intentando encontrar desesperadamente a Alessio y a quienesquiera que haya traído con él.

Justo cuando estoy a punto de levantarme y correr hacia el lado de las puertas, alguien se me echa encima. Es la guardia a la que he disparado en el brazo. Me tiene la pistola apoyada en la cabeza y enseña los dientes.

—¡No te vas a escapar tan fácilmente!

Le apunto con mi arma al pecho, sabiendo que ni siquiera el chaleco antibalas que lleva la salvará a una distancia tan corta.

—Si yo caigo, tú caes —le gruño.

Antes de que pueda decir o hacer nada más, tiene una pistola en la nuca. Su sangre me salpica la cara y el pecho en un instante. Un agujero perforado en su cráneo con una bala que bien podría haber estado siempre destinada a ella.

Miro hacia arriba y veo que la mano que sostiene el arma pertenece a Rosalie.

—¿Te vas a quedar ahí tirado o te vas a levantar a luchar? —me pregunta.

Aparto a la guardia, ya muerta, hacia un lado, y el cuerpo se desploma sobre un charco de su propia sangre.

Rosalie me tiende la mano y yo la agarro, dejando que me ayude a levantarme del suelo. Me sorprende su fuerza, pero lo paso por

alto. Claramente está más cualificada de lo que me habían hecho creer.

—Te han dejado bien arreglado —comenta, examinándome, pero enseguida se lanza hacia un lado. Varias balas dirigidas a mí pasan rozando mientras yo me desplazo hacia el lado opuesto y apunto en la dirección de la que han venido.

Es un tiroteo total.

Sé que es peligroso intentar encontrar a Alessio en este caos, pero quedan dos guardias y no puedo arriesgarme a que le hagan daño.

Veo a uno de los guardias cerca, agazapado tras un par de barriles cuyo contenido desconozco, pero está sacando su radio, probablemente para pedir refuerzos.

No puedo permitir que lo haga.

Decido que lo que haya en los barriles podría ayudarme en esta situación y disparo directamente contra ellos: una, dos y tres veces.

Una explosión resuena en mis oídos y el guardia de la radio sale proyectado hacia delante mientras el barril se incendia y hace que los de al lado también estallen en metralla y llamas.

Está en el suelo, con la piel abrasada y pelándose, sangre goteándole por la cara y la ropa chamuscada.

Mi propia piel está roja por el calor del fuego, pero me acerco de todos modos. Veo que aún respira y sé lo que tengo que hacer.

No hay lugar para la piedad cuando sé que él me mataría si tuviera la oportunidad.

Le meto una bala en la nuca justo cuando intenta levantarse del suelo y su cuerpo queda inerte.

Giro la cabeza justo a tiempo para ver al último guardia mirándome directamente, con el arma apuntándome. No tengo tiempo de levantar la mía, no antes de que él me dispare. No importa, he hecho mi trabajo. Miro hacia un lado y veo a Alessio y a tres guardias de nuestro bando aún vivos. Sus armas apuntan al último guardia del almacén.

Está acabado. Aunque me dispare, estará muerto en cuanto apriete el gatillo.

Cambia de opinión en el último momento. Desvía su puntería hacia mi lado y, al apretar el gatillo, me doy cuenta de a quién apunta exactamente.

A Rosalie.

Las armas disparan en rápida sucesión y su cuerpo se sacude con cada bala que le entra en la cabeza y el cuello antes de desplomarse en el suelo.

Me doy la vuelta y veo a Rosalie cayendo al suelo, agarrándose el brazo.

—¡Rose! —clama Alessio.

Ambos corremos a su lado y ella gruñe en respuesta, o quizá por el dolor.

—Vámonos de aquí de una puta vez —insiste ella.

Alessio y yo la levantamos del suelo. Todos damos un pequeño respingo cuando otra explosión estalla frente a nosotros; otro barril incendiado por los demás.

El fuego empieza a engullir el edificio y pronto todos los cuerpos de los guardias de Eivor y de los guardias Dresvanni que no lo lograron serán devorados por las llamas.

—¡Vamos, vamos! —Alessio grita a los otros guardias y estos se adelantan a nosotros.

Tenemos que correr a través de una línea de fuego para llegar a la puerta y casi se prenden los restos de mi ropa. El marco de la puerta cruje y gime mientras lucha por mantenerse en pie mientras la estructura del edificio es demolida por el fuego.

A Rosalie le cuesta caminar; nos detengo un momento, la estrecho en mis brazos y la levanto. La saco del edificio en brazos mientras Alessio me sigue sin aliento.

Mis heridas y mi cabeza mareada no importan en este momento. Lo que importa es salir de aquí.

—No tienes por qué... —Rosalie intenta resistirse, con la sangre empapando la pernera de su pantalón.

—Sigue siendo mi trabajo protegerte —le digo con naturalidad.

—No lo es —resuella ella, con los ojos empezando a empañarse.

—Durante unos segundos más, finge que sí, joder —le siseo.

Uno de los guardias ha abierto la puerta del coche más cercano y yo la meto rápidamente en el asiento trasero.

—Llévala a un hospital, llama al médico de la familia, haz lo que haga falta, pero sácala de aquí —le digo al guardia más cercano, que parece el menos herido.

—Sí, señor —asiente él y se pone al volante.

Me vuelvo hacia Alessio, pero él ya me está agarrando de la mano.

—Tenemos que sacarte de aquí —dice apresuradamente. Me arrastra hacia su coche y solo le suelto la mano para subirme al asiento del copiloto.

—¿Estás herido? —le pregunto, sin molestarme en ponerme el cinturón mientras él arranca el coche.

Miro por el retrovisor y veo varios coches por la carretera detrás de nosotros. Debe de haber dos salidas, porque el coche en el que va Rosalie se aleja a toda velocidad en la dirección opuesta.

—¡A ti es a quien han torturado! Debería preguntártelo yo —suelta mientras revoluciona el motor y sale disparado tras el coche de los otros guardias.

—Estoy bien —insisto. Tengo sangre reseca en casi todo el cuerpo y voy a tener dos docenas más de cicatrices para contar la historia, pero no me han disparado y no tengo ningún hueso roto.

Lo cual es sorprendente. Una de las primeras cosas que suelen hacer los captores es romperte algún dedo.

—Eran pésimos en su trabajo —le digo con una risa ronca. Aun así, apoyo la cabeza contra el respaldo del asiento. La visión se me está nublando.

—No te duermas —me recuerda Alessio—. Y ponte el cinturón.

Le echo un vistazo. Él tampoco lleva puesto el cinturón.

—Póntelo tú —respondo.

Él gruñe y toma una curva cerrada en cuanto puede y, mientras el coche de Rosalie va hacia la izquierda, él va hacia la derecha. Todo mientras los coches que había visto antes entran en el recinto de la fábrica. Demasiado tarde para lo que supongo que son más lacayos de Eivor.

Alessio se pone el cinturón de un tirón un segundo después y luego me lanza una mirada fulminante.

—Vale, vale. —Me pongo el cinturón.

Menos mal, porque un segundo después unos puntos negros invaden mi visión.

—Sobre eso de... lo de... no dormirse —murmuro.

Caigo en la inconsciencia como si me hubieran dado con un martillo en la cabeza, y no hay forma de evitarlo.

16

Capítulo dieciséis

Alessio

—Damian. —Le doy varias palmadas en la mejilla mientras permanezco junto a la puerta del copiloto. Tiene un aspecto de puta pena. Su cuerpo, casi desnudo, está cubierto de cortes, quemaduras, sangre y sabe Dios qué más.

—Vamos, despierta —le digo mientras lo sacudo un poco por los hombros. No quiero hacerle más daño, pero tiene que espabilar.

Suspiro y miro a mi alrededor un momento. No hay nadie más. Estamos aparcados en un claro de hierba tras el piso franco, que está escondido en la costa del mar Tirreno, a unos cuarenta kilómetros de Tessari, cerca de Sorrento. Ha estado inconsciente todo el camino y empiezo a estar realmente preocupado por él.

—Damian... vamos —repito mientras vuelvo a mirarlo y le paso los dedos por el lateral de la cara. Tiene heridas circulares en carne viva a lo largo de la mandíbula y la mejilla—. Eres demasiado puto grande, no puedo llevarte en brazos hasta dentro.

Sus párpados tiemblan y el corazón se me sube a la boca.

—Damian —digo rápidamente y me inclino más hacia él—. Ya estamos aquí. Puedo curarte, pero necesito que te pongas de pie y

camines por tu cuenta.

Le doy unos golpecitos en la cara y abre los ojos del todo.

—¿Alessio? —pregunta con la voz ronca y quebrada.

—Aquí estoy. Ahora levántate, vamos. —Lo cojo del brazo y empiezo a tirar de él para sacarlo del coche. Su sangre se me restriega por las manos y noto cómo algunos de los cortes abiertos poco profundos de sus brazos supuran bajo mis dedos al presionarlos.

Jadea buscando aire y luego gira el torso, plantando los pies en el suelo.

—Eso es —lo elogio.

Damian sacude la cabeza y abre más los ojos, pareciendo más consciente de su entorno.

—Yo puedo —insiste, pero sigo sujetándolo del brazo mientras se levanta del coche. Le he quitado el cinturón al abrir la puerta del copiloto.

—Ni se te ocurra —le digo con brusquedad.

Saco las llaves del piso franco del bolsillo e ignoro el dolor de mi propio cuerpo tras el forcejeo con algunos de aquellos guardias. He tenido suerte en comparación con él y Rosalie... y con los guardias que hemos dejado atrás. Lo más probable es que el fuego haya reducido sus cuerpos a la nada. Si queda algo recuperable, los hombres de Eivor se encargarán de que no sea así para cuando lleguen a ellos.

Camino con Damian subiendo los pocos escalones del porche trasero y dejo que se apoye en la barandilla mientras abro la puerta y la empujo para entrar.

—¿Estás herido? —me pregunta de nuevo. Preocupándose más por mí que por sí mismo, a pesar de lo mal que está.

Siento un apretón en el pecho, pero también me saca de mis casillas.

—Deja de preocuparte por mí y entra de una vez para que pueda echarte un vistazo —le exijo.

Lo empujo hacia dentro con una mano en su espalda desnuda, notando las viejas cicatrices bajo mi palma. Al menos no le han hecho ninguna nueva en la espalda.

Una vez que estamos los dos dentro, cierro la puerta tras nosotros y echo la llave. Acciono un interruptor y el corto pasillo de la pequeña casa de pueblo italiana se ilumina con un tenue resplandor amarillo anaranjado.

—Al baño, ahora —digo simplemente.

Le cojo la mano grande y cálida y tiro de él por el pasillo, atravesando el salón hasta el baño, donde lo siento en el borde de la bañera y enciendo la luz.

—Dios, estás hecho un puto desastre —mascullo.

—Gracias —murmura él en respuesta.

Suspiro y abro el grifo de la bañera, busco una toallita cerca y la mojo con agua caliente.

—Con tanta sangre apenas distingo qué necesita puntos —comento.

Paso la toallita por su pecho y brazos, notando cómo se estremece de vez en cuando. Hay una parte de mí que quiere decir que esto no puede ser tan malo como el dolor de cuando le infligieron las heridas, pero me callo. Sé lo que se siente cuando alguien te hace daño y no puedes mostrar cuánto te duele. Imagino que Damian se ha sentido igual que yo en su lugar. Querría evitar que sus captores supieran cuánto lo estaban hiriendo.

Así que ahora que está a salvo, dejo que exprese su dolor como quiera.

Escurro el agua ensangrentada de la toallita y vuelvo a mojarla.

—¿Por qué no echaste a correr sin más? —le pregunto.

Los ojos de Damian se desvían hacia arriba y me miran fijamente. Me siento agradecido de que no hicieran nada por estropear esos ojos suyos. Bellos como el pecado y reflejando mi expresión de preocupación.

—¿Y dejarte a ti para que limpies el desastre? —pregunta—. No. No podía hacer eso.

Limpio lentamente su pecho, quitando la sangre y lo que parece ceniza de su piel con movimientos suaves.

—Podrías haberlo hecho —discrepo.

Él inclina un poco la cabeza hacia un lado. —No quería.

—¿Por qué...? —le pregunto mientras aparto la mirada para escurrir y volver a mojar el paño otra vez.

—¿De verdad no lo sabes, Les? —murmura él.

Me giro para mirarlo una vez más y le acerco la toallita a la cara.

—Quiero oírte decirlo —admito.

Los ojos de Damian se oscurecen y su voz es aún más baja al hablar.

—Me importas, Alessio —me dice. Su rostro se acerca aún más y dejo de limpiar su mandíbula para observar su boca. Tiene los labios un poco agrietados y eso solo hace que me incline más hacia él.

—¿Ah, sí? —le pregunto con una media sonrisa—. No se notaba.

Damian gruñe desde lo profundo del pecho y levanta una mano para agarrarme la camiseta cerca del hombro.

—No me obligues a decir que me estoy enamorando de ti, Dresvanni.

No puedo evitar soltar una risita. Se me calientan las orejas y el cuello. Siento como si tuviera la piel de gallina por todas partes mientras me acerco aún más y nuestros labios casi se rozan.

—No lo haré si tú no me obligas a decirlo yo también —acepto.

Lo siguiente que sé es que los labios de Damian se presionan contra los míos. Me besa con firmeza y pasión. El beso de alguien que no sabía si iba a salir vivo de allí. Yo le devuelvo el beso con toda la urgencia de un hombre que no sabía si volvería a ver a Damian.

El beso resulta de algún modo más íntimo que cualquiera de nuestros besos anteriores, a pesar de ser más suave y con la boca cerrada.

Me separo del beso para mirar su rostro aún ensangrentado. —Preferiría que no volvieras a dejar que te atraparan —susurro.

Él me sonríe. —Y yo también, cielo.

Resoplo. —Estabas deseando llamarme así, ¿verdad? —le doy un ligero empujón en el hombro y él se estremece, pero mantiene la sonrisa en la cara.

Esa sonrisa torcida y sus ojos brillantes hacen que mi corazón cante de una forma que nunca antes había sentido. Por un hombre

al que conocí hace solo unas semanas. Parece una locura, pero en mi vida han pasado cosas más extrañas.

Cosas más sangrientas y desagradables.

Así que, esto que es bueno... pienso aferrarme a ello.

—Quizá un poco, me ha salido solo —responde Damian.

Sacudo la cabeza y luego sigo limpiándole la cara hasta que está casi libre de sangre y sudor. Tiro el trapo a un lado y cojo uno seco, frotando las gotas de agua que quedan sobre su piel desnuda.

—Si pudiera matarlos de nuevo por haberte hecho daño, lo haría. —Frunzo el ceño mientras lo seco y examino las heridas en su carne.

—Prefiero que me hicieran daño a mí antes que a ti —admite Damian.

El calor de mi cuello empieza a bajar hacia mi estómago y entrepierna. Cálido y palpitante.

—Podrías haber muerto —le recuerdo.

Él pone una mano sobre la mía y la toallita. —Lo sé. Habría valido la pena.

Dejo a un lado el paño seco y me inclino para presionar mis labios contra los suyos de nuevo. Esta vez con más fuerza. Él jadea suavemente y yo deslizo mi mano hasta su mejilla, sintiendo la piel suave entre varios pequeños cortes.

Se me corta la respiración al saborearlo. No se parece a nada que haya experimentado antes. Único en él. Almizclado y dulce al mismo tiempo.

Damian pone su mano en mi muslo y me doy cuenta de lo cerca que estamos sentados en el borde de la bañera.

Abro los ojos y me aparto. —Deja que me asegure de que no necesitas puntos —insisto.

Él suelta un suave quejido. —¿Tenemos que hacerlo? —Vuelve a inclinarse, pero no dejo que me alcance la boca.

—No sé tú, pero yo no tengo interés en cuidarte si coges una septicemia, Day. —Le agarro el brazo. Él se deja.

Examino sus heridas una a una, ignorando los pequeños cortes y las heridas superficiales; sin embargo, hay un par de tajos más grandes y profundos que sin duda requieren algunos puntos y un vendaje.

Me inclino hacia el armario bajo el lavabo que está allí al lado y saco el botiquín de primeros auxilios. Tiene algunas cosas extra que no suelen estar en el de una persona normal. Una aguja estéril y el hilo adecuado son algunas de ellas.

—¿Sabes? Tuve que coserme mis propias heridas hace unos años en Cuba —me cuenta Damian.

—¿De ahí vienen las cicatrices de tus muslos? —pregunto mientras preparo la aguja.

Él niega con la cabeza. —No, pero cerca. Una puñalada en el estómago. —Mira hacia abajo brevemente—. Apenas es visible ahora.

—A mí me dieron una cuchillada en el costado hace un año, todavía me duele si me doblo mucho hacia la derecha —explico.

—La mayoría de mis cicatrices duelen cuando llueve, pero en ningún otro momento. —Damian hace una mueca cuando empiezo a coser una de las heridas de su brazo.

—¿No te gustan las agujas? —pregunto.

Él sacude la cabeza. —¿A quién le gustan?

Me río. —Te sorprendería. Conozco a un tipo al que le gusta que lo...

Damian me interrumpe con un chasquido de lengua y yo pongo los ojos en blanco.

—Pasas por todo esto y no puedes oír hablar un poco de juegos con agujas —me burlo, señalando su cuerpo.

—Tienes suerte de que no me amenazaran con una aguja en el ojo o lo habría cantado todo —dice él.

Me lamo los labios distraídamente mientras termino la primera herida y empiezo con otra en su pierna. —Tendría que haberte matado yo entonces, si no lo hacían ellos. —Mis palabras son oscuras y bajas, pero cruzo la mirada con él y me dedica una mueca.

—Probablemente te habría dejado.

Suelto un bufido. —Eso es de lo más tóxico —digo—. Quizá tenga que prometer no matarte para que no te acabes corriendo.

—No hagas promesas que no puedas... ¡ah!... cumplir. —Introduzco la aguja un poco más profundo de lo necesario y él jadea suavemente.

—Lo siento —mascullo antes de continuar—. He hecho esto antes, pero no soy médico.

—Pues habrías podido engañarme.

Acabo la segunda herida antes de pasar a la tercera y última. Damian parece un poco mareado; se inclina de lado a lado ligeramente de vez en cuando y su mirada no se enfoca en mí.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mjm —suelta un canturreo—. Como una rosa.

Vuelvo a mirar hacia abajo para trabajar en la costura y noto que su pulso se ralentiza en la pierna. Demasiado bajo.

—Aguanta un minuto más, casi he terminado. Luego podrás tumbarte.

Me acerco más a él para que, si empieza a ladearse, pueda sujetarlo contra mí. Afortunadamente, aguanta los últimos puntos sin desmayarse.

Tras recoger y tirar la aguja y el hilo sobrante, me levanto y le tiendo las manos. Damian agarra una y lo ayudo a salir de la bañera.

—Vamos a llevarte a la cama —digo.

Guío a Damian fuera del baño hacia el lateral del salón, donde hay un dormitorio pequeño con una cama demasiado escasa para su gran cuerpo. Servirá por ahora.

Se sienta al borde de la cama con un suspiro y me mira.

—¿Cómo estás tú? —pregunta mientras empieza a echarse hacia atrás y a subir los pies.

Me encojo de hombros. —Apenas tengo un rasguño —le aseguro.

Él sacude la cabeza. —Me refiero a... ¿cómo estás de verdad? Con todo esto.

—¿Cómo estoy después de haber tenido que rescatarte del tío de la mujer con la que sigo casado? —le pregunto alzando una ceja—. Bastante puto cabreado, la verdad.

Cruzo los brazos y deambulo a los pies de la cama. —Me aterra que Eivor intente desatar una guerra total por esto. No ganará, por supuesto. Pero habrá mucho derramamiento de sangre. Mucha gente morirá por nada. —Respiro hondo y miro a Damian, deteniéndome donde estoy—. A menos que lleguemos nosotros primero a él.

Él asiente. —Estoy de acuerdo. No necesitamos que lo saque todo de quicio. —Frunce el ceño—. Yo podría acabar con él fácilmente, si pudiera acercarme.

—Ni de broma. —Camino hacia él y me arrodillo—. No vas a volver a acercarte a él. Jamás.

—No puede hacerme tanto daño como... —empieza Damian, pero lo corto rápidamente.

—Ni de coña —gruño—. Podría haberte perdido hoy. No voy a dejar que te acerques a él.

Damian se me queda mirando un segundo antes de hablar. —Entonces, ¿se supone que yo debo dejar que tú te acerques? —me pregunta—. ¿Arriesgarme a perderte?

—Sí —insisto—. Este es mi trabajo. Le prometí a Rosalie que acabaría con él. No me importa lo que tú o mis hermanos queráis. Su vida me pertenece. —Cierro los puños mientras lo miro.

—Te protegeré, no puedes impedírmelo —dice Damian con naturalidad. Su voz se apaga un poco y sus hombros empiezan a hundirse.

—Sí. Está bien. Ahora descansa un poco. —Le paso la mano por el hombro y me levanto. Cojo la manta de los pies de la cama y lo cubro.

Damian se acomoda más en el colchón. No me muevo hasta que ha cerrado los ojos y su respiración empieza a ser más superficial.

Suelto un suspiro de alivio y luego miro el móvil.

Rosalie está en nuestra propiedad recibiendo cuidados, y las cosas parecen tranquilas de momento. Eivor no se ha presentado en la casa trayendo consigo la tormenta.

Salgo del dormitorio para revisar el salón, mirando por las ventanas delanteras mientras se pone el sol. No hay nadie fuera. Me aseguro de que la puerta principal esté cerrada con llave y me dirijo a la trasera.

Tampoco hay nadie aquí atrás.

Parece que no nos han seguido. Aun así, sigo sintiéndome ansioso. No logro calmarme. El corazón me late a mil por hora y no dejo de pensar en lo cerca que ha estado Damian de morir. Lo vi en esa silla. Vi la pistola apuntando a su cabeza. Si no hubiera salido

cuando lo hizo, puede que ahora mismo estuviera preparando su funeral.

Trago saliva con dificultad y entro en el baño.

Necesito algo. Una copa no bastará. Necesito algo más fuerte para aplacar la ansiedad que me recorre la espalda y me revuelve el estómago.

Incluso mientras rebusco en el botiquín, pienso en los disparos que volaban por todas partes. Cómo logramos no ser alcanzados ninguno de los dos, no lo sé. Rosalie no tuvo tanta suerte, pero podría haber sido peor.

Saco varios botes de pastillas, los tiro a un lado y miro el último. Analgésicos. Fuertes.

Abro el bote, me echo unas cuantas en la mano y me las meto en la boca. Tras guardarlas de nuevo en el armario, abro el grifo y recojo agua con la mano para beber hasta tener suficiente para tragarlas.

El simple hecho de saber que las he tomado es suficiente para calmar parte del tumulto. Sé que no debería haberlo hecho... aunque esté lleno de magulladuras y golpes, la cantidad que he tomado es más que suficiente para aliviar el dolor. Suficiente para sumir mi cabeza en un estado mareado de felicidad tras diez o quince minutos. Es lo que espero. No es solo algo que sé que ocurrirá, sino algo que deseo.

Ignoro la voz en mi cabeza que me dice que tengo un problema.

Por fin me permito empezar a relajarme y vuelvo al dormitorio. Me quito la ropa hasta quedarme solo en calzoncillos y me meto en la cama. No hay mucho sitio junto a Damian, pero no importa. Me acomodo cerca de él con mi cuerpo dolorido y le paso un brazo por encima.

Él ya está profundamente dormido.

Observo su pecho subir y bajar con la respiración, y el modo en que su rostro se relaja cuando duerme. Es lo más tranquilo que lo he visto nunca.

Quiero seguir vigilándolo para asegurarme de que no pase nada mientras duerme, pero noto que me pesan cada vez más los párpados. Apoyo la barbilla en su hombro derecho, donde no está

muy herido, y cierro los ojos. Mis sueños se ven afectados por la medicación que he ingerido. Coloridos y salvajes. Rostros de personas a las que he amado y perdido me rodean en círculos que giran. No estoy dormido del todo, solo suspendido en el borde mismo de la consciencia. Mi cuerpo y mis párpados pesan tanto que no puedo moverme.

Aun así, de algún modo puedo verme desde arriba. Los dos tumbados en la cama uno junto al otro. La luz del sol que se cuela parece vetas de oro brillante. Se transforma en olas que rompen en la playa que mi mente ha creado, y de repente la cama ya no es una cama, sino arena... En mi mente, yacemos en la arena cálida de una playa sudamericana y el sol nos quema la piel lentamente a cada segundo que pasa.

Todo está borroso y, sin embargo, a la vez sé exactamente qué está pasando. Mis manos se alzan, no estoy seguro de si de verdad o no, y se bañan en el calor dorado, girando y retorciéndose hasta que se separan de mí por completo. Mis manos se alejan de mí reptando por la playa, y todo empieza a oscurecerse.

Me sumo en un sueño más profundo, uno que no puedo recordar sin que una vellosa lana de oveja me cubra y se lo lleve todo.

~

Me despierta la sensación de unos labios cálidos y suaves sobre mi hombro desnudo. Al principio me cuesta procesarlo, tengo demasiado sueño, pero luego me doy cuenta de que es Damian quien me besa el hombro. Ahora estoy tumbado de espaldas, y él va recorriendo con la boca desde mi hombro hasta el cuello.

Cuando abro los ojos, la habitación está en completa oscuridad, a excepción de la luz de la luna que brilla a través de las rendijas de las persianas. Recuerdo mis sueños brevemente, pero la confusión de esos pensamientos abstractos se desvanece a medida que me despierto.

Aún siento la cabeza algo embotada, pero es una sensación ligera y etérea, en lugar de pesada y casi asfixiante. Es solo el efecto

de las drogas en mi organismo, lo justo para hacerme preguntar qué habrán podido significar mis sueños.

Damian capta mi atención al besarme la línea de la mandíbula y, muy rápido, me invade un calor que baja por mi estómago hasta la entrepierna.

—Mm, estás aquí —susurra contra mi piel. Su vello facial roza ese punto sensible que va desde mi mandíbula hasta la oreja y me estremezco.

Giro lentamente el cuerpo hacia él en la cama y paso un brazo alrededor de su ancho costado. —Aquí estoy —murmuro en respuesta.

—Tenía miedo de que, al despertar... todo hubiera sido un sueño —admite Damian.

Acaricio lentamente su espalda desnuda con los dedos. Todo en este momento es cálido y tierno. La forma en que sus labios se presionan contra mi mejilla y el modo en que su mano se posa despacio sobre mi vientre.

—No es un sueño —confirmo—. Nunca te dejaría aquí solo.

Especialmente después de lo que acaba de pasarle. No puedo imaginarme dejándolo solo nunca más. A menos que sea absolutamente necesario.

—No te perderé de vista ni un instante —masculla cerca de mi oído.

Vuelvo a estremecerme y me acerco más a él, hasta que nuestros pechos están casi pegados. Su cuerpo es más duro, más fuerte, pero aun así suave de algún modo. Puedo sentir los vendajes de sus heridas contra mis moratones, y cada contacto duele un poco. No me importa.

—Eso va a dificultar el trabajo. —Inclino la cabeza hacia arriba y rozo su barbilla con los labios.

Damian me mira y acerca su rostro más y más, hasta que presiona sus labios contra los míos y prácticamente me derrito contra él. Le devuelvo el beso lentamente; entreabriendo los labios para que pueda introducir su lengua con suavidad en mi boca, invitándolo a entrar. Lo hace. Su lengua se desliza entre mis labios y

se mezcla con la mía. Danzando alrededor de mi lengua mientras nos besamos en el silencio de nuestro espacio privado.

Ahora mismo, no importa lo que pasó hace apenas unas horas. No importa que hace un momento estuviera volando más alto que una cometa mientras dormía. Lo único que importa es que puedo sentir su cuerpo caliente y firme contra el mío, y su beso sabe a lo que he necesitado toda mi vida.

Subo la mano por su espalda y noto las cicatrices, pasando los dedos por todas y cada una de ellas, intentando memorizarlas. Quiero recordar cada centímetro de su cuerpo.

—Mmm —gimo en el beso mientras nuestros cuerpos se aproximan más. Mis caderas empujan contra las suyas y noto cómo mi miembro se hincha en mis calzoncillos. Su propia erección presiona contra la mía, y un calor me sube por la espalda hasta la cabeza, haciéndome sentir mareado por un segundo o dos.

No hay dudas, no tengo ninguna duda de que debo estar aquí con Damian. Es casi absurdo lo que siento por él en este momento. Demasiado apegado a él para que sea sano, imagino. Pero ¿cuándo ha importado eso en mi vida?

La mano de Damian baja hasta mis caderas y se desliza dentro de mi ropa interior, apretando mi trasero con una de sus manos grandes. La excitación me inunda mientras nos besamos y me siento abrumado por las ganas que tengo de él. Por cuánto lo necesito.

Me separo del beso, jadeando.

—¿Estás seguro de esto? —le pregunto—. Estás herido y...

Damian me corta. —Te necesito, Alessio —dice con voz melosa—. Necesito... sentirte. Sentir que eres real. Que estás aquí.

Entiendo lo que quiere decir al instante y no digo nada más. Capturo su boca medio segundo después. Mi lengua se enreda con la suya y saboreo nuestra saliva fundiéndose en algo puramente orgásmico. El único sonido en la habitación son nuestros suaves gemidos y gruñidos mientras empiezo a restregar mis caderas contra las suyas.

Damian responde moviendo sus caderas contra mí con más fuerza, pero sin acelerarse. Nuestras erecciones se frotan entre sí a través de la tela de los calzoncillos y mi respiración se acelera.

—Dios, te deseo —gimo en su boca, con las palabras apenas inteligibles.

De repente, Damian me hace rodar sobre mi espalda y usa una de sus manos para separar mis muslos. No tiene que esforzarse mucho. Mis muslos se abren ante su voluntad como si estuviera hecho de plumas.

Se acomoda entre mis piernas y yo le rodeo el cuello con los brazos. El peso de su cuerpo, pesado contra el mío, emparedándome contra la cama, es jodidamente increíble.

—Ah, joder. —Gruño y elevo mis caderas contra las suyas mientras él presiona hacia abajo. Sin embargo, justo cuando empiezo a coger un buen ritmo, Damian se detiene. Se baja los calzoncillos y revela su grueso miembro.

Antes de que pueda deshacer el abrazo de su cuello, él baja la mano y me quita los míos también. Levanto las caderas para ayudarle y doblo las rodillas para que pueda sacarlos de mis piernas. Cuando se acomoda de nuevo entre mis caderas, estamos completamente desnudos.

Su miembro desnudo roza el mío y jadeo al sentir el líquido preseminal que ya gotea de su punta.

—Alguien está emocionado —le pico.

Un gruñido bajo surge del pecho de Damian, sube por su garganta y vibra contra mi pecho. Me estremezco e inclino la cabeza buscando sus labios de nuevo.

Él no pierde el tiempo en devolverme el beso, firme pero lento y apasionado. Cada movimiento de nuestras cabezas es solo un esfuerzo por profundizar aún más el beso.

Hundo las yemas de mis dedos en la carne de su espalda alta y él gime en el beso, un sonido que hace que mis caderas se agiten con más necesidad contra las suyas.

Todo está ya tan húmedo y caliente que apenas puedo soportarlo. Aun así, me obligo a tomarme unos minutos más para disfrutar de lo que está pasando.

Miembro contra miembro. Pecho contra pecho. Labios contra labios.

Restriego mi longitud contra la suya una y otra vez, y escucho la forma en que él prácticamente canta encima de mí. Sus brazos descansan a los lados de mi cabeza y puedo sentir el calor de sus bíceps en mis mejillas y orejas.

—¿Quieres follarme? —le pregunto sin aliento tras romper el beso.

Él toma aire suavemente y besa mis labios una, luego dos veces, antes de hablar por fin.

—No finjas que no estás desesperado por ello, cielo —dice con una voz pausada, como un ronroneo. Se lleva una mano a la boca y se chupa los dedos.

No puedo evitar el gemido que se me escapa cuando baja la mano, mete los dedos entre mis nalgas y roza mi entrada con las yemas humedecidas.

—Creo que... vamos a necesitar algo más que eso —le digo, aunque lo disfruto de todos modos. La forma en que masajea el apretado anillo muscular y cómo su pulgar se desliza hacia arriba rozando mi perineo.

—Ah —jadeo de placer, echando la cabeza hacia atrás mientras él presiona con más fuerza, masajeándome.

—Oh, lo sé —susurra Damian—. ¿Dónde?

Me doy cuenta de que me está preguntando dónde hay algo que podamos usar como lubricante. Casi me cuesta responder, tan absorto como estoy moviendo las caderas contra sus dedos inquisidores.

A pesar de sus heridas y de lo agotado que estaba hace solo unas horas, no parece tener problemas para seguir el ritmo.

—C-cajón... aceite... —logro decir.

Damian se mueve y se inclina sobre el borde de la cama hacia la mesita de noche; la abre y rebusca a ciegas hasta que vuelve a incorporarse con un pequeño tarro de aceite de coco en la mano.

No estaba seguro de si habría lubricante real ahí dentro, pero sabía que, como poco, habría algún tipo de aceite.

El aceite de coco es un hallazgo afortunado.

Espero que Damian se embadurne los dedos y la polla con él, pero en su lugar, lo deja a un lado.

—Mm, deja que te prepare —dice con un murmullo. Luego se desliza hacia abajo, alejándose de mi pecho. Echo de menos su peso presionando contra mí; casi me hace soltar un quejido de protesta. Un sonido que no he emitido en mucho tiempo.

—Vuelve... —mis palabras se ven cortadas de golpe cuando sus manos separan mis nalgas y su lengua se desliza de repente sobre mi entrada.

Todo mi cuerpo se tensa durante un segundo antes de relajarse ante su lengua exploradora. Me lame el ano con total naturalidad. Con su lengua húmeda y cálida dibujando círculos antes de introducirse muy ligeramente.

Cierro las rodillas un poco más y mis muslos tiemblan. Mis manos se agarran a las sábanas debajo de mí. Siento mi miembro latiendo con necesidad contra mi muslo y la parte baja del abdomen, duro como una piedra y dolorido.

—¿Te gusta, Les? —me pregunta, y su aliento me roza las zonas más sensibles, que están húmedas y palpitando de necesidad.

Articulo las palabras seguidas de un gemido. —Joder, sí, cariño.

Ya me da vueltas la cabeza, así que, cuando por fin se lubrica los dedos con el aceite y los presiona dentro de mí, cierro los ojos por completo. Soy incapaz de mantenerlos abiertos.

Me quedo con la boca abierta mientras Damian me penetra con los dedos, lenta y profundamente, nudillo a nudillo hasta que, tras la quinta pasada, tiene dos dedos completamente dentro de mí.

Siento como si estuvieran hechos de puro fuego y me derrito en él cuando se inclina y besa la parte interna de uno de mis muslos separados.

Es el gesto más tierno del mundo, y sigue besándome el muslo hacia abajo hasta llegar a mi palpitante miembro.

—Mírate, deseándome tanto —susurra y su aliento baña la sensible piel de mi polla.

Estoy a punto de decir algo cuando curva ligeramente los dedos dentro de mí al mismo tiempo que empuja, y lame la parte inferior de mi miembro lentamente.

Cada uno de sus movimientos es deliberadamente lento. Casi me enfurece; lo quiero y lo quiero ya. Al mismo tiempo, se siente

jodidamente bien.

Inclino la cabeza y logro abrir los ojos para mirarlo, queriendo ver cómo vuelve a pasarme la lengua y me da toques en los testículos.

—Maldita sea, eres tan sexy —susurro.

Él emite un sonido de asentimiento y me abre más con los dedos.

Se me entrecorta la respiración y la cabeza me cae hacia atrás sobre la almohada.

Damian usa la lengua para recorrer el borde de mi cadera y bajar de nuevo por mi muslo, lo que me provoca un fuerte escalofrío.

—Mm, esta vez te marco yo —susurra contra mi carne.

Entonces me da un mordisco. Sus dientes se clavan con fuerza en mi muslo y succiona y lame mi piel hasta que me retuerzo debajo de él.

Cuando para, ha dejado una marca roja y húmeda en mi piel, y se siente tan bien.

—Más —le ruego—. Por favor... márcame más.

Y lo hace. Muerde y succiona la carne de mi muslo una y otra vez, mientras me penetra con los dedos justo en el punto perfecto de mi próstata.

—Damian —gimo su nombre una vez, y luego otra, y después bajo la mano para enredar mis dedos en su pelo—. Te necesito d-dentro de mí, ya. —Mi voz suena tan desesperada que casi no parece la mía.

Damian saca lentamente los dedos y siento que mis músculos se contraen y me duelen por su ausencia.

No me hace esperar mucho. Se coloca de nuevo entre mis muslos y coge el aceite. Lo extiende por toda su longitud mientras suelta pequeños jadeos de necesidad.

La habitación ya está mucho más cálida que antes, y el sudor se me acumula en el nacimiento del pelo y por el pecho. Con los ojos abiertos, veo el sudor brillando en el vello de su cuerpo y en su piel.

—Joder, estás precioso —jadeo mientras él se masturba y guía su miembro hacia mí.

Me mira justo antes de presionar el glande contra mi entrada y sus ojos son lo más hermoso que he visto en mi vida. Su pelo húmedo cuelga y me tapa un poco la vista, pero no importa.

Soy incapaz de mantener los ojos abiertos una vez que empuja hacia dentro, pulgada a pulgada. Lo recibo con facilidad, incluso mejor que antes. Sus brazos caen a ambos lados de mi cabeza y, mientras se hunde en mí, su pecho se acerca más y su rostro se apoya contra el mío.

Mi interior late alrededor de su miembro palpitante, y mi propia polla gotea. No voy a aguantar mucho.

Es casi como si lo supiera, porque en lugar de embestirme contra la cama lo más fuerte y rápido humanamente posible, Damian va despacio.

Llega hasta el fondo y luego se retira lentamente casi del todo antes de volver a empujar hacia dentro al mismo ritmo.

Su pecho presiona contra el mío, casi aplastándome, y aun así no pierde el movimiento preciso de sus caderas. Giran y se balancean contra mí con la presión justa.

Cada embestida me acerca más al límite.

Giro la cabeza a un lado y presiono mis labios contra su mejilla, luego su mandíbula y cualquier lugar al que llegue. Una mano en su pelo, la otra agarrando con fuerza su espalda marcada. Todo lo que puedo hacer es aferrarme a él y gemir de placer.

Ni siquiera puedo hablar. Tengo los labios entreabiertos y los muslos me tiemblan.

—Se siente jodidamente bien —gruñe Damian contra mi oído—. Me cuesta mucho no follarte como a un animal ahora mismo.

Se me corta el aliento y lo único que sale es un gemido que es casi un sollozo desesperado.

—¿O prefieres eso? —me pregunta—. Mm. Quizá luego. Cuando ambos estemos un poco menos... ah... joder... mmm, heridos. —Sus palabras se ven interrumpidas por sus propios jadeos y sus gruñidos contra mi cara.

Plas. Plas. Plas.

El sonido de sus testículos y muslos chocando contra mi trasero y mi entrada crea un ritmo que llena la habitación. El crujido de la

cama es solo un poco más fuerte.

Todo está mojado y resbaladizo y cada centímetro de mí quiere más. Más y más.

Damian me besa la mejilla, yo la suya, hasta que nuestros labios se encuentran y lo beso profundamente. Una profundidad con la que el fondo del océano no podría competir. Lenguas entrelazándose con ardor y saliva resbalando por mi barbilla cuando nos separamos para respirar.

—Estoy... muy cerca —le digo mientras mi miembro empieza a latir más rápido.

Puedo sentirlo dentro de mí. Cada pulso de la sangre de su polla se siente a través de mi interior y sé que él también está cerca.

Él gruñe contra mi barbilla y empieza a embestirme con más fuerza y solo un poco más rápido.

Los músculos de mi estómago se tensan primero.

—D-dentro —le digo rápido, esperando que entienda lo que quiero decir.

Por la forma en que de repente baja la mano y me agarra la cadera, inmovilizándome contra la cama mientras estampa sus caderas contra las mías una, luego dos veces... sabe lo que quiero.

Me corro apenas un segundo antes que él. Broto sobre mi estómago en varias descargas pesadas, húmedas y pegajosas, calientes. Todo mi cuerpo sufre una sacudida y mis ojos casi se ponen en blanco. Pero no es nada comparado con sentir a Damian correrse dentro de mí.

Empuja una tercera vez y se derrama sin tregua.

—¡Joder, joder! —ruge Damian y gruñe contra mi cara, y su tono de liberación áspero hace que mi miembro palpite en respuesta incluso después de haberse vaciado.

El golpe de su cuerpo contra el mío viene acompañado de un temblor que lo recorre de la cabeza a los pies mientras se libera en mi interior. Solloza. Realmente solloza contra mi piel y noto varias lágrimas resbalar por mi cuello hasta mi pecho.

Le agarro con más fuerza el pelo y le beso la oreja varias veces. Siento lo caliente que está su cuerpo contra mis labios.

Se queda rígido, igual que yo, y los dos nos relajamos varios segundos después, uno tras otro.

Su miembro empieza a ablandarse dentro de mí rápidamente, pero no quiero que se mueva. Quiero sentirlo dentro de mí todo el tiempo que sea posible.

Suspiro profundamente. El sudor perla cada centímetro de mi piel, y el sudor de su cuerpo gotea sobre el mío de vez en cuando.

Me lamo los labios. —Me alegro mucho de que estés vivo.

Damian abre los ojos y me mira a través de sus pestañas húmedas. No dice nada de inmediato; simplemente nos miramos mientras recuperamos el aliento. Mientras el calor y la humedad de la habitación empiezan a disiparse.

Sus dedos encuentran mi cuello y lo acarician.

Mis párpados pesan cada vez más, pero quiero mirarlo.

—Me estoy enamorando de ti, Alessio Dresvanni —susurra.

De repente siento el corazón en la garganta. Acelerado.

Quiero resistirme, de verdad... pero no puedo. No puedo evitar responderle como realmente deseo. Aunque sea una locura.

—Me estoy enamorando de ti, Damian Rossi.

17

Capítulo dieciocho

Damian

Tres días recluido en el piso franco con Alessio no son ni de lejos suficientes. Ojalá pudiera quedarme aquí con él para siempre. Sin que nada ni nadie se interpusiera en nuestro camino. Aprendiendo los pequeños detalles sobre él. Cómo ronca cuando duerme, la forma en que prepara los huevos para el desayuno y de qué temas puede hablar durante horas sin cansarse.

A excepción de que estoy en tensión por si los esbirros de Eivor nos encuentran, son casi como unas vacaciones. Incluso con los puntos en mis heridas y los moratones de Alessio volviéndose más oscuros y de un tono aún más violento.

Hemos estado evitando hablar de lo que tiene que pasar, pero hoy noto en el ambiente que ha llegado el momento. Al cuerno con la curación; si no salimos ahí fuera y hacemos algo pronto... podríamos ser nosotros los que acabemos mal.

—¿Has sabido algo de Rosalie? —le pregunto a Alessio. Al fin y al cabo, lo que yo sabía de Rosalie procedía casi por completo de Eivor y de los otros guardias. Ahora no tengo ese vínculo. Me toca esperar a tener noticias de ella o de alguno de los guardias de los Dresvanni.

Miro el reloj mientras espero a que Alessio responda.

Las once y cuarenta y dos de la mañana.

El sol se asoma por las persianas detrás de nosotros en el sofá, más cálido de lo habitual. El final del invierno está cerca, solo quedan un par de semanas para la primavera.

—Está bien, en cuanto a las heridas, pero está lista para acabar con esto —me informa Alessio.

Me enderezo en el asiento. —Yo también. Ya no podemos seguir rascándonos las bolas. Por mucho que me haya gustado —convengo con una sonrisa socarrona.

Alessio asiente con rigidez, pero hay un destello de humor en sus ojos.

—Está preparada para denunciar todos sus crímenes ante el público, para asegurarse de que sepan lo que ha hecho antes de que lo eliminemos. La policía no nos tocará de ninguna manera, pero ayudará con las repercusiones posteriores —explica Alessio.

Me levanto del sofá y echo los hombros hacia atrás. —¿Cómo se toma Carmine todo esto? —le pregunto.

Él también se levanta y se cruza de brazos. —Quiere que nos llevemos a algunos guardias. Quiere estar allí. Le he dicho que Eivor es mi presa —dice gruñendo por lo bajo—. Yo seré quien acabe con él. —Me lanza una mirada afilada.

—Lo sé, lo sé. —Levanto las manos—. No me interpondré en tu camino, pero no dejaré que te ponga un dedo encima. —Bajo la mirada hacia su boca antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Mientras entremos y salgamos, todo debería ir bien. Algunos guardias opondrán resistencia, pero no todos. Una vez que Eivor esté muerto, Soren tendrá el control total de la casa. —Alessio da un paso hacia un lado, en dirección al dormitorio.

—¿Cuántos guardias deberíamos llevar? —Lo sigo al dormitorio y cojo algo de la ropa que me trajeron. No es mía, pero es de mi talla y eso es lo único que importa ahora mismo.

—Tantos como podamos manejar.

A la una y dieciséis de la tarde es cuando la noticia empieza a difundirse.

Rosalie Fiorelli ha sacado a la luz los crímenes de Eivor Fiorelli.

Desde chantaje y blanqueo de dinero hasta el asesinato de varios políticos durante las últimas dos décadas; todo lo necesario para hundirlo socialmente está al descubierto.

Sea quien sea la persona a la que acudió, ha difundido la historia lo más rápido posible y no le ha dado tiempo ni siquiera a intentar salvarse.

De vuelta en la mansión de los Dresvanni, me estoy armando con varias pistolas y un cuchillo, junto a Alessio, Carmine, Soren y cinco guardias. Tommy, Tiberi y Cassian ya se dirigen allí para vigilar el perímetro. Entre los doce, no debería haber ninguna posibilidad de que Eivor logre escapar.

A menos que ya lo haya hecho, pero según los guardias que recibieron la orden de vigilarlo, no ha salido de la propiedad.

—¿Por qué no se ha ido de la casa? —nos pregunta Alessio mientras estamos en la sala de juntas preparándonos—. ¿De verdad se cree que está a salvo allí?

Soren asiente. —Es muy probable que lo creyera. Hasta la confesión de Rosalie sobre su culpabilidad. Ahora probablemente esté dando bandazos, intentando salir de allí lo más rápido posible.

—Si se va, lo seguiremos —insiste Carmine—. No hay ningún sitio donde pueda ir que no podamos encontrarlo. Si cree que va a ser capaz de ser más listo que nosotros, está muy equivocado.

—Está loco si de verdad se queda allí cuando debe de saber que vamos a por él —dice Alessio con una risita.

Niego con la cabeza. —Se cree todopoderoso. Es fácil de ver, incluso en las pocas semanas que llevo aquí. Un hombre como él... no puedes adivinar su próximo movimiento.

Me ajusto las armas en las fundas y luego me dirijo a la puerta antes de que nadie más lo haga.

—Señor Rossi —me reprende Carmine—. Nos vamos cuando yo diga que nos vamos.

Se me tensan los hombros y me quedo de espaldas a él. —¿Vas a pagar mi factura? —le pregunto. Él no responde—. Entonces no

trabajo para ti.

Salgo de la sala de juntas y un segundo después oigo pasos detrás de mí, varios pares. Parece que Carmine y los demás han decidido seguir mi ejemplo después de todo.

Alessio se apresura a caminar a mi lado y me mira mientras nos dirigimos a la puerta. —¿Estás seguro de que de verdad quieres formar parte de esto? —me pregunta.

Suelto un bufido. —Él me hizo parte de esto. Estaré allí para el final.

No importa que cada paso haga que me ardan las heridas. Tampoco importa que mi cabeza todavía esté un poco aturdida por todo. Lo único que quiero es ver el cadáver de Eivor en el suelo a manos de Alessio antes de que acabe el día.

No deseo la muerte de muchos hombres, pero la de Eivor es una que se ha hecho esperar mucho tiempo. No necesito haber conocido al hombre durante años para darme cuenta de eso.

Alessio y yo vamos en un coche, Carmine y Soren en otro, y los guardias en un tercero. Conducimos superando con creces el límite de velocidad para llegar a la mansión de los Fiorelli, especialmente cuando llega la noticia de que, por alguna razón, Eivor ha despedido a todos y cada uno de los guardias de la propiedad.

—Se ha vuelto loco de remate —comenta Alessio mientras giro por otra carretera secundaria mucho más rápido de lo que debería, haciendo que ambos nos inclinemos en los asientos.

—Todavía no —le digo—. Pero lo estará cuando lleguemos allí, de eso no hay duda.

Sea lo que sea lo que el hombre esté tramando, francamente me importa un bledo. No nos detendrá. Nada de lo que pueda hacer nos detendrá.

—Lo quiero muerto, ya —resopla Alessio—. Después de lo que te hizo...

—Lo sé. Y hoy estará muerto, pase lo que pase.

Sigo al coche de Carmine con los neumáticos chirriando y el motor rugiendo todo el camino hasta que llegamos a las puertas de la mansión de los Fiorelli. Están abiertas de par en par para nosotros, como una trampa.

Aun así, entramos y los coches delante y detrás del mío frenan bruscamente.

Cada segundo que pasa es otro segundo que Eivor tiene para hacer lo que sea que esté tramando. No me gusta. Me quito el cinturón de seguridad y rodeo el coche justo cuando Alessio sale por el lado del pasajero.

—Yo entraré primero —ordena Carmine—. Recordad vuestras formaciones. Guardias detrás, a la izquierda, y vosotros a la parte de atrás. —Señala a los guardias y les indica dónde deben estar. Luego mira a Alessio—. No me importa que quieras ser tú quien lo mate. Será mi cara la que verá primero.

Observo cómo Alessio tensa la mandíbula. —Y la mía será la que verá al final.

Asiento, apoyándolo.

Carmine simplemente se da la vuelta y entra primero en la mansión, conmigo, Alessio y los otros hermanos siguiéndolo en rápida sucesión. Varios guardias con sus armas levantadas forman un semicírculo detrás de nosotros.

Me pongo de espaldas a Alessio, protegiéndolo a mi manera. A pesar de saber que quiere meterse de lleno en esto, sigo queriendo protegerlo.

Igual que debía proteger a Rosalie.

Por suerte, ella está en su apartamento, vigilada y segura. Lejos de todo esto ahora que ha delatado a su tío.

Por mucho que apuesto a que desearía formar parte de ello...

Las puertas se abren de una patada con un estruendo y entramos corriendo. Mi plan original era dirigirme inmediatamente a su despacho mientras los otros guardias registraban el resto de la casa. El hombre parece obsesionado con demostrar que tiene el mando, así que su despacho parecía una apuesta segura sobre dónde podía estar.

Inesperadamente, no tenemos que ir mucho más allá de la entrada para conseguir lo que queremos. Eivor está allí mismo, al final de la escalera, con traje y todo. Con una amplia sonrisa en la cara.

Por desgracia para nosotros, le está apuntando con una pistola a la cabeza de Rosalie.

—Rose —jadea Alessio y, al igual que todos los demás apuntan con su arma a Eivor, él también lo hace. Saco mi pistola y miro en dirección opuesta, asegurándome de que la noticia de que se había librado de todos los guardias no era solo un truco.

Realmente parece que estamos solos aquí. Solo nosotros y Eivor. Con una pistola contra la sien de Rosalie.

—Con cuidado ahora, no querríamos que cometiera un error. ¿Verdad? —pregunta Eivor, con los ojos muy abiertos y la cara un poco enrojecida. Apuesto a que si estuviera más cerca de él, le olería el alcohol en el aliento.

Rosalie se retuerce en su agarre y doy solo un paso más, pero Carmine pone un brazo delante de mí.

—Realmente eres un loco —le comenta a Eivor—. ¿Tu propia sobrina?

—Hacemos lo que podemos para protegernos —responde Eivor, arrastrando ligeramente las palabras.

El tiempo pasa segundo a segundo, todos nosotros aquí parados, encañonándolo, con una pistola en la cabeza de Rosalie. Observo las lágrimas en los ojos de Rosalie y veo a su hermano Soren reflejado en ellas.

—No serías capaz —insiste Soren—. Has hecho algunas cosas jodidas, pero seguramente nunca caerías tan bajo.

Empuño mi pistola con más fuerza, pero me acuerdo de relajar los hombros y mantengo los ojos clavados en Eivor.

—Nada de esto habría sucedido si no hubiera sido por ti —me escupe Eivor desde un par de metros de distancia—. Tenías que *involucrarte* y arruinarlo todo.

—Tus planes nunca iban a funcionar —le digo.

Alessio cambia el peso de sus pies. —No pensaste realmente que podrías enfrentarte a los Dresvanni y ganar, ¿verdad?

Eivor se ríe y presiona la pistola con más fuerza contra la cabeza de Rosalie; todo su cuerpo se tensa. Si yo fuera ella, me preocuparía más que me pegara un tiro por accidente a estas alturas.

—¡Miradme ahora! Teniendo vuestro mundo entero al borde de la muerte —se ríe Eivor—. Un movimiento... un puto movimiento y yo...

Suena un disparo.

Antes de que nadie pueda decir o hacer nada más, una bala atraviesa el lateral de la cabeza de Eivor y por poco alcanza el hombro de Rosalie. La sangre salpica todo su preciado traje hecho a medida y la cara de Rosalie queda cubierta de ella. Un segundo disparo le da en la parte posterior del cuello, pero no importa. El primero lo ha matado casi al instante.

Rosalie le arrebata la pistola de la mano mientras él se desploma en el suelo hecho un fardo de carne ensangrentada.

Mis ojos, y me imagino que los de todos los demás, se dirigen hacia arriba con pánico para ver al tirador.

Nikolas.

El hijo de Eivor.

Está de pie en la escalera con una pistola en las manos, temblando.

—Me cago en la puta —gruñe Alessio—. ¡Esa era mi presa! —Mete su pistola en la funda e inmediatamente empieza a ir tras el chico. Estiro el brazo y lo agarro por la parte de atrás de la camisa, tirando de él.

—No —le espeto—. No es culpa suya. Él no lo sabía.

Alessio gruñe y se zafa de mí. —Era *mío*.

Sé que solo necesita un par de minutos para calmarse, así que dejo que se aleje de mí.

Soren corre hacia Rosalie y empieza a revisarla para asegurarse de que no esté herida.

Enfundo mi arma y subo las escaleras hacia Nikolas.

—Damian... —empieza Carmine, pero lo corto.

—No. Yo me encargo. Confía en mí. —Lo miro, fijando mis ojos en los suyos e intentando transmitirle el mensaje lo mejor posible. Tengo una historia con Nikolas, aunque sea breve.

Miro a Nikolas y extiendo las manos. Todavía sostiene la pistola con fuerza, tirita y parece que sus rodillas están a punto de ceder.

—Nikolas —digo despacio—. Está bien. Ya se ha acabado.

El chico tiene lágrimas recorriéndole la cara. —Iba a... hacerlo. Lo sabía. T-tenía que hacerlo —me dice.

—Eso es —asiento—. Has protegido a Rosalie. Ahora, dame la pistola.

Él me mira con los ojos húmedos, con confusión y asombro en ellos.

Miro por encima de su hombro y veo a Beau de pie en el pasillo, habiéndolo visto todo. Su propio rostro es una mezcla de asombro y alivio.

—No puedo, yo... —se angustia Nikolas.

—Puedes. Solo dámela. Está bien. Ya estás a salvo. —Alargo la mano poco a poco.

Nikolas tiembla cada vez más y me preocupa que se le caiga la pistola y se dispare accidentalmente.

En el último segundo, me entrega el arma antes de desplomarse en la escalera llorando.

—He matado a mi padre —llora y se tapa la boca con una mano —. ¡Dios mío!

Beau corre hacia él y se sienta en la escalera a su lado.

—Tenías que hacerlo, no pasa nada. Tenías que hacerlo. —Rodea al otro chico con sus brazos y yo miro escaleras abajo hacia Carmine, que me asiente con la cabeza; le hago una seña para que suba mientras yo bajo un par de peldaños.

—Eivor lo tenía muy encerrado, alejado de todo esto. Si va a formar parte de esta vida, va a necesitar mucho entrenamiento —explico.

Carmine los mira. —Los dos lo necesitarán. No será fácil, pero los acogeremos. No los dejaríamos a su suerte.

—Bien —asiento. Miro más abajo en la escalera y veo a Alessio caminando de un lado a otro en la entrada de la sala de estar.

—No le hace ninguna gracia esto —me dice Carmine.

Suelto una risita débil. —Lo sé. Ya se le pasará. —Empiezo a bajar, pero Carmine me detiene con una mano en el hombro.

—Se le pasará eso, pero me da la sensación de que lo tuyo no se le va a pasar —me dice—. Así que no lo jodas, o te las verás conmigo. ¿Entendido?

Lo miro despacio y siento que le tengo un poco más de respeto. Asiento. —Entendido.

Puede que Carmine no sea mi jefe, pero si decido quedarme por Alessio, tendré que aprender a aceptar sus órdenes.

Mientras veo a Alessio murmurando para sí mismo en el umbral, con el pelo alborotado y la irritación en los ojos, no puedo imaginar cómo podría dejarle.

Todas sus facetas están empezando a cautivarme. Enfadado, tierno, triste, dolido... y feliz. Me muero por volver a verle sonreír, y no sé cuándo será, pero estaré aquí para verlo. Eso lo tengo claro.

—Solo hacía lo que creía que era correcto —le recuerdo a Alessio mientras me acerco a él.

Suspira. —Lo sé... pero le quita toda la gracia a la venganza —refunfuña—. Tenía muchísimas ganas de devolvérsela por lo que te hizo. Por lo que nos ha hecho a todos.

Asiento con la cabeza. —Puede que no hayas sido tú quien le ha disparado, pero ha tenido lo que se merecía —le digo. Estiro el brazo y le pongo una mano en el hombro, atrayéndolo hacia mí—. Y tú estás a salvo.

La expresión de Alessio se suaviza. —Tú estás a salvo.

Empieza a haber algo de jaleo detrás de nosotros.

—Ahora que Eivor ha muerto, Soren es el Don de la casa Fiorelli. Él convocará a los guardias que Eivor despidió. Algunos se irán y otros se quedarán. No tenemos control sobre eso, pero sobre lo que sí tenemos control es sobre lo que suceda de aquí en adelante —les dice Carmine a todos—. Tendremos que discutir cómo será el futuro.

—¿Ahora? —pregunta Cassian mientras entra por la puerta principal, tras haberse quedado allí escuchando. Tiberi y Tommy le siguen de cerca. Se habían perdido toda la acción, pero estoy seguro de que el cadáver del suelo los pone al corriente.

—Después de que Soren hable con los guardias —explica Carmine—. En un día o dos. Hasta entonces, traeremos al equipo de limpieza y mantenedme informados de dónde estaréis cada uno.

Miro a Alessio y la mirada de sus ojos es tan curiosa como la mía.

—¿Quieres largarte de aquí? —le pregunto.

Mira hacia el desorden junto a las escaleras antes de responder. —Desde luego.



Para cuando llegamos al ático de Alessio, el cielo se ha abierto y está cayendo un aguacero impresionante.

Es casi como si el mundo mismo estuviera sumido en el caos ante la noticia de los crímenes de Eivor Fiorelli, y ahora su muerte.

No hay duda de que el público hablará de esto durante meses. Justo después de la boda de Rosalie y Alessio.

Nada de esto me importa ahora. Me late el corazón con fuerza y estoy desbordante de adrenalina, y todo es por Alessio. Saber que a nuestro enemigo común le han volado la tapa de los sesos es suficiente para que esté medio excitado mientras estamos en el ascensor hacia el último piso.

Miro a Alessio y me coge de la mano en cuanto las puertas del ascensor se abren. Abre la puerta y me empuja hacia dentro. Tropiezo y retrocedo varios pasos.

—Déjame adivinar, ¿enfadado? —le pregunto con una risita.

Cierra la puerta con llave detrás de él antes de quitarse los zapatos de una patada.

—No —objeta—. Estás vivo. Los dos estamos vivos. No sabía cómo iba a salir esto, pero aquí estamos, joder. —Me sonríe y es un placer verlo.

—¿Incluso si no pudiste matarlo tú mismo? —Arqueo una ceja.

Alessio me lanza una mirada fulminante antes de atraerme hacia él tirando de la parte delantera de mi camisa.

—No me lo recuerdes —sisea, y entonces sus labios están contra los míos.

Sus labios suaves y cálidos que saben tan dulces y encajan contra los míos como si fuéramos estatuas de mármol hechas el uno para el otro. Un poco salados, como su sudor. Su sabor y su olor me envuelven más que cualquier otra cosa.

Lo atraigo más cerca y le devuelvo el beso con profundidad. Su lengua encuentra la mía en cuanto separo los labios, y me doy cuenta de que no busca una sesión de amor suave y lenta.

Ambos estamos tensos y, al mismo tiempo, increíblemente aliviados.

Dejo que me arrastre a la cocina, una de las habitaciones más cercanas después del salón. Alessio me empuja contra el borde de la encimera mientras me recorre el pecho con las manos y las desliza bajo mi camisa.

Mi polla ya se está hinchando en mis vaqueros; sentir sus manos contra mi pecho desnudo solo hace que palpite con necesidad.

Cada centímetro de mí está listo para él ahora mismo.

—¿No quieres ir al dormitorio? —le pregunto casi sin aliento mientras interrumpe el beso para quitarme la camisa por la cabeza.

—No —jadea—. Te quiero aquí. Ahora.

Eso es todo lo que necesito oír.

Me agacho y me bajo la cremallera de los vaqueros antes de empujarlos hacia abajo mientras él me besa y me mordisquea el hombro.

—Me tienes —le digo.

Alessio se baja la cremallera de sus propios vaqueros y estos caen al suelo. Presiona su cuerpo contra el mío; nuestras caderas no están del todo alineadas estando de pie, pero lo suficiente como para que podamos restregarnos el uno contra el otro.

—Estás aquí... estás vivo... eres mío —gruñe la última palabra con posesividad.

Gimo y muevo las caderas contra las suyas con más fuerza. Mi cuerpo se llena de un calor que me hace sentir como si mi piel estuviera ardiendo, y se siente tan bien... El ardor de la excitación de la cabeza a los pies, y mi polla dolorida emparedada contra él.

—Tuyo —asiento.

De repente, Alessio me da la vuelta y me inclina sobre la isla de la cocina.

Mientras lo hace, la luz parpadea por el viento que hace fuera.

Me baja los bóxers y yo me salgo de ellos. Un segundo después, Alessio se agacha, me separa las nalgas y me lame el ano. Cada

movimiento es tan apresurado que apenas puedo procesar lo que está pasando hasta que siento su lengua cálida y húmeda contra el anillo de mi agujero y apoyo los codos en la encimera para tener estabilidad.

—Ay, fóllame —jadeo.

Mi erección cuelga debajo de mí, tambaleándose y goteando ya líquido preseminal.

Alessio me da un azote fuerte en el culo mientras me come. Gruño y gimo su nombre y tres palabras ilegibles que ni siquiera pretendía decir.

Las luces siguen parpadeando, pero parece que ninguno de los dos le presta atención.

Estoy demasiado ocupado sintiendo la lengua de Alessio en mi culo.

—Así, justo así —te alabo.

Hasta que se detiene de golpe y me deja hecho un desastre jadeante y retorciéndome.

—Mmm, ¿por qué te has...? —Me detengo a mitad de la pregunta al oír cómo desenrosca la tapa de algo. Puedo olerlo vagamente.

Aceite de coco.

Mi polla palpita al darme cuenta de lo que está a punto de hacer y, efectivamente, siento que dos de sus dedos se introducen en mi interior, entrando y saliendo rápido y con brusquedad. No hay dolor, solo placer.

Solo la presión perfecta contra mi próstata que hace que mi miembro gotee líquido preseminal en el suelo.

—Te necesito ya —jadea. Sus dedos me dilatan mientras los mueve hacia delante y hacia atrás.

Lo único que puedo hacer es gruñirle como un animal de las cavernas, con las piernas abiertas y el culo agitándose con desesperación.

Alessio presiona la cabeza de su polla contra mi agujero y se introduce en mí centímetro a centímetro hasta llegar al fondo. Siento que me aprieto a su alrededor y luego empiezo a relajarme después de un segundo o dos.

—Ahhhh, sí —digo con la respiración entrecortada. Ha pasado demasiado tiempo desde que alguien me ha follado, aparte de mí mismo. El hecho de que sea precisamente Alessio lo que realmente me pone.

Cómo suena mientras bombea dentro de mí una y otra vez. Gimiendo, jadeando, balbuceando. Una mano en mi culo, la otra en mi espalda mientras me folla.

Las luces vuelven a parpadear, y esta vez se queda oscuro de verdad durante un segundo o dos antes de que vuelvan. Hay una tormenta arreciando fuera.

Pero en lo único que estoy concentrado es en el sonido de las caderas de Alessio golpeando contra mi culo.

Se inclina y me besa la parte posterior del hombro, ni una, ni dos, sino tres veces, antes de hincarme los dientes. Gruño mientras me marca. Succionando y moviendo la lengua por mi piel antes de retirar la boca.

Lo hace de nuevo, a apenas un centímetro de la anterior, y para cuando termina de morderme, tengo al menos seis chupetones en la espalda.

—Eres jodidamente bueno —me alaba Alessio—. Eres precioso... tan fuerte. Dios, y eres todo mío. —Empieza a embestir contra mi culo con más y más fuerza, más rápido.

Mi polla se contrae mientras la presión aumenta tanto que me aferro al borde con mis uñas metafóricas. Con la boca abierta, el sudor goteando por mi cuerpo...

El sudor gotea de la frente de Alessio sobre mi espalda; él se inclina y lo lame de mi zona lumbar antes de reasentar su polla dentro de mí y continuar.

Me estremezco con fuerza.

—Me voy a correr, joder —digo entre dientes, y un segundo después estoy goteando semen sobre el suelo de la cocina con varias sacudidas fuertes de mis caderas.

—¿Dentro? —pregunta Alessio.

—D-Dentro —respondo, sabiendo exactamente a qué se refiere.

Solo dos segundos después estampa sus caderas contra las mías en varias estocadas lentas, y siento cómo derrama su semilla dentro

de mí.

Ambos estamos jadeando por la falta de aire, y su cabeza cae y se apoya contra la nuca de la mía.

Nos quedamos así hasta que una ráfaga de viento hace que las ventanas vibren y la luz se apaga de repente con un chasquido.

Miro a mi alrededor un poco sorprendido, pero luego decido que en realidad no me importa.

—Supongo que nos quedaremos a oscuras un rato —susurra Alessio.

Gimo cuando sale de mí y siento su corrida chorreando por la parte posterior de mis muslos.

Dándome la vuelta lentamente y poniéndome derecho, le rodeo la cintura con los brazos y me inclino para besarle. Él me devuelve el beso con lentitud y pasión.

—Vamos, aún no he terminado contigo —dice con voz ronca.

Sonrío contra su boca y no objeto.

Nuestra velada no está ni cerca de terminar. Alessio me guía al dormitorio en la penumbra, donde nos tumbamos y él se acurruca cerca de mí. Besándome el cuello, el hombro, el pecho.

Cada beso hace que se me erice la piel, y él los besa con presteza.

Es tranquilo y pausado. Tierno.

Le acaricio la espalda en círculos lentos y simplemente hablamos.

De todo. Recuerdos de cuando éramos niños. Buenos y malos.

El silencio entre temas no es incómodo. Es simplemente... agradable.

—¿Por qué no hablas con tu familia? —me pregunta Alessio tras una larga pausa.

Hago un sonido de respuesta, intentando averiguar cómo resumir la jodida dinámica de mi familia en un par de frases. Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Es complicado —le digo—. Pero el resumen es... que no aprueban mi vida.

—Esta vida —señala a nuestro alrededor—, o esta vida. —Se señala a sí mismo y luego a mí.

—Ambas —digo con sinceridad—. Ya sea por ser bisexual o un guardia a sueldo... no son del tipo que se pone de mi parte.

—No me imagino no tener a mi familia —me dice Alessio—. Me sacan de mis putos casillas, pero todo esto que hacemos... se basa en estar ahí los unos para los otros. En ponerse del lado del otro cuando más importa.

Asiento con la cabeza. —Mi familia probablemente me vendería en aras de la superioridad moral —explico—. Bueno, excepto mi prima, Fiona.

—Me alegro de que tengas a alguien al menos —murmura y pasa su mano por la parte superior de mi pecho desnudo—. Y... yo me pondré de tu parte.

Alessio me besa el hombro. —Incluso si nadie más lo hace.

Cierro los ojos y suspiro al sentir sus labios trazando lentamente una línea por el lateral de mi cuello.

—No eres como nadie más —le susurro.

—Y soy tuyo —murmura Alessio entre besos contra mis clavículas.

Cuando mi sensible miembro vuelve a hincharse, Alessio se desliza sobre mí y se restriega. Su propia polla roza la mía una y otra vez, hasta que nos corremos juntos por segunda vez, sin aliento, agotados. Solo dura minutos, segundos, pero cada momento con él se siente como una eternidad de placer.

Solo después de besarme con su lengua dominando mi boca, Alessio finalmente se permite apoyar la cabeza en mi hombro y dormir.

18

Capítulo diecinueve

Alessio

—Necesito pasar un tiempo lejos de aquí —nos dice Rosalie mientras todos estamos de pie en la sala de juntas de la finca de mi familia.

—Creo que es una buena idea mientras sigues recuperándote —asiente Soren. No hay ni rastro de Carmine, lo cual normalmente sería alarmante, pero con Eivor fuera de juego, no estoy ni de lejos tan preocupado como lo estaría en otras circunstancias.

Rosalie niega con la cabeza. —No es porque me esté recuperando —admite—. Es porque necesito salir de aquí de una maldita vez. Necesito vivir mi propia vida. La muerte de Eivor me ha hecho darme cuenta de lo poco que he vivido para mí misma. He terminado de recibir órdenes de nadie, y sé que si me quedo aquí, tendré que recibir órdenes tuyas y, francamente, hermano, eso no va a pasar.

Soren se ríe por lo bajo, pero frunce el ceño. —Si eso es lo que necesitas, no intentaré detenerte, Rose.

La miro y veo el sobre con papeles que sostiene. Se acerca a mí y me giro para mirarla más directamente.

—Sabes que te echaré de menos —digo en voz baja.

Ella pone los ojos en blanco. —Te olvidarás de mí en cuanto vuelvas a estar a solas con Damian —me toma el pelo.

No puedo decir que se equivoque.

Me entrega el sobre y luego camina hacia Soren para abrazarlo. Abro la carpeta de archivos y saco los papeles parcialmente.

Papeles de anulación.

Siento que se me quita un peso de encima. El proceso para que nuestro matrimonio se anule de forma efectiva será mucho más fácil ya que no lo hemos consumado, y solo ha pasado poco más de una semana.

No es ni de lejos tan complicado como un divorcio, que requeriría la división de nuestros bienes. Algo en lo que sé que ninguno de los dos está interesado. Quiero terminar con esto lo antes posible, así que saco los papeles por completo y Damian me entrega un bolígrafo antes de que pueda siquiera mirar a mi alrededor para pedir uno.

Me inclino y firmo los papeles uno a uno. Solo son unos pocos, pero los leo con atención para estar seguro. No me extrañaría que Rosalie intentara jugármela, pero después de todo confío en ella más de lo que esperaba.

Después de firmar los papeles, los vuelvo a meter en el sobre naranja y se los entrego a Rosalie mientras termina de despedirse de Soren.

—Gracias —dice, y yo asiento.

Dicho esto, Rosalie sale de la habitación y me pregunto si volveré a verla alguna vez. Supongo que siempre podría ir a visitarla si realmente quisiera, pero parece que está interesada en empezar una nueva vida sin nosotros. Lo respetaré.

Sé que nunca podrá escapar de esta vida, no del todo, y estoy seguro de que ella también lo sabe, pero su autoexilio es lo más parecido a ello que puede conseguir.

Mientras miro de reojo a Damian, me pregunto si elegiré lo mismo para mí. Dudo mucho que Carmine lo acepte con la misma facilidad con la que Soren aceptó la ausencia de Rosalie, pero… tal vez podría irme. Si realmente quisiera.

Damian y yo, los dos. Podríamos ir a cualquier parte que quisiéramos y vivir la vida que deseáramos. Siempre recordaríamos las cosas por las que hemos pasado y las que hemos hecho, pero sería una vida nueva. Nuevas experiencias. Menos duras, espero.

Miro a mis hermanos. Tiberi, Tommaso, Cassian… y me doy cuenta de que no, no puedo ir a ninguna parte. Al menos no a largo plazo. Me necesitan aquí. Más de lo que yo mismo querría. Tengo que quedarme para protegerlos. Para ser nuestra voz ante los políticos y asegurar que nuestro alcance social sea lo más amplio posible. Nadie más aquí es tan bueno como yo a la hora de convencer a alguien de que no lo mande todo a la mierda.

—Tengo que quedarme aquí —digo en voz baja, mirando a Damian de nuevo.

Él asiente despacio. —Lo sé. —Frunce ligeramente el ceño—. No te pediría que te fueras.

Mis dedos rozan el dorso de los suyos mientras nuestras manos cuelgan entre nosotros. —¿Sería egoísta por mi parte pedirte que te quedes?

Se gira para mirarme. —Es curioso que pienses que no he decidido quedarme ya —responde.

Se me sube el calor a la cara y al cuello y entrelazo mis dedos con los suyos. —Cambiar toda tu carrera por un hombre. Qué tradicional por tu parte —le tomo el pelo suavemente.

—No será un cambio demasiado grande —protesta—. Pasaré de trabajar para cualquiera que me contrate a trabajar para esta familia.

Asiento. —A Carmine le gustará eso. Siempre está al tanto de nuevos matones —le digo—. Un sicario o un guardaespaldas, encajarás perfectamente.

—Mientras esté a tu lado, no me importa lo que tenga que hacer —dice Damian. Sus ojos se oscurecen y me aprieta la mano.

Oigo a Tommaso reírse por lo bajo y le lanzo una mirada afilada.

—Solo tiene envidia —insiste Tiberi—. Tommy no tiene ni un hueso romántico en todo su cuerpo.

Pongo los ojos en blanco. —Quizá deberíais meteros en vuestros asuntos —mascullo.

—¿Cómo podemos hacerlo cuando os estáis poniendo tan empalagosos delante de nosotros? —pregunta Tommy, agitando una mano.

—Basta, Carmine ha vuelto —nos dice Soren con tono frustrado.

Miro hacia la puerta de la sala de juntas y veo que Carmine entra nada menos que con Edwardo Tulo.

Toda la habitación se pone de repente en tensión. Como si el aire estuviera hecho de puñales.

—¿Qué coño hace este aquí? —pregunta Tommaso.

Se me tensan los hombros y me giro de modo que mi espalda quede frente a Damian y yo sea el menos vulnerable a un ataque. —¿Qué está pasando, Carmine?

—Que todo el mundo se calme —insiste Carmine—. He traído a Edwardo aquí para hablar. No está aquí para empezar nada.

—¿Cómo lo sabemos? ¡Contrató a alguien para que disparara a Rosalie y a Alessio! —nos recuerda Cassian.

—Soy muy consciente de eso —responde Carmine—. No lo habría traído aquí si no fuera para tratar ese asunto. Creedme, hemos tenido una larga… muy larga conversación. Sabe que si intenta algo aquí, mi pistola se encontrará con la parte posterior de su cráneo.

Miro a Edwardo con sospecha. El hombre de mediana edad parece increíblemente aburrido de estar aquí y a la vez nervioso.

—Prometo que todo fue solo un malentendido —nos dice Edwardo mientras levanta la mano.

—¿Contratar a un sicario y hacer que atacara nuestra cena de ensayo fue un malentendido? —pregunto—. ¿Cómo es eso exactamente?

Edwardo se ríe y se lleva las manos a los costados un momento. Puedo sentir los nervios en la sala. La tensión es tan densa que se podría cortar con un cuchillo.

—Bueno, por supuesto que solo queríamos detener la boda entre vosotros dos —explica—. La unión de los Fiorelli y los Dresvanni sería un desastre absoluto para muchos de nosotros, ya lo veis. Especialmente con Eivor al mando de las cosas.

Me cruzo de brazos mientras escucho al hombre. No me siento cómodo con él aquí, y puedo ver que ninguno de mis hermanos se

siente de forma diferente. Tommy de hecho tiene su pistola en la mano. No apuntando a Edwardo, pero preparado por si acaso.

—Supuse erróneamente que ninguna cantidad de palabras podría convenceros de detener la boda —dice Edwardo, agitando una mano —. Así que opté por amenazar el medio de vida de Eivor Fiorelli. Nunca se trató de heriros a vosotros ni a vuestra familia, queridos Dresvanni, os lo aseguro.

—¿Cómo explicas entonces el hecho de que lleváis meses vigilándonos? —pregunta Tommaso—. De que nos habéis estado espiando. ¿Eso también es solo un malentendido?

Edwardo se aclara la garganta y mira hacia Carmine un segundo. —Admito que os hemos estado vigilando. Sois una de las familias más poderosas de la zona. Sería estúpido por mi parte no vigilar vuestras idas y venidas —dice—. Pero… ahora que Eivor Fiorelli ha muerto, las cosas pueden cambiar.

—¿En qué sentido? —pregunta Tiberi—. ¿Dejaréis de vigilarnos y de amenazar *nuestro* sustento?

—Eso haré —concede Edwardo—. Ahora que vuestras familias están conectadas sin la amenaza de que Eivor tome las riendas, mi familia está encantada de formar una tregua con vosotros.

—Una tregua… —masculla Carmine—. Esta tregua tendría que decidirse incluyendo la reciente decisión de los Fiorelli.

—¿Qué decisión? —pregunta Damian antes que yo.

Soren se acerca más a la mesa. —He decidido unir mi familia con los Dresvanni, entregando por completo el liderazgo a Carmine. La finca Fiorelli y todo su personal, guardias, miembros de la familia y pertenencias, pertenecerán a los Dresvanni. No habrá separación entre nosotros. Será como si fuéramos uno solo.

—Ya veo, bueno… Son muy buenas noticias —dice Edwardo con una sonrisa en la cara—. Parece que no tengo nada de qué preocuparme en absoluto. Aunque casi estaréis duplicando vuestro estatus, sería una tontería por mi parte echarme atrás ahora, ¿verdad?

Tomo aire. —¿Estamos seguros de esto? —pregunto—. ¿Cómo sabemos que podemos confiar en él?

—Estoy con Alessio. Después de todo lo que han hecho los Tulo, ¿cómo sabemos que podemos confiar en que no nos dispararán por la espalda? —pregunta Tommaso.

Carmine agita una mano. —Ya he discutido esto con él, y ya he tomado mi decisión. Edwardo tiene información que necesitamos, y tener a la familia Tulo de nuestro lado será mucho más beneficioso para nosotros que permanecer en este estado de tensión.

—Os pido disculpas por los problemas que causé —dice Edwardo. Sus palabras no significan nada para mí. Sé que simplemente está salvando su propio culo y que probablemente se volverá contra nosotros si una potencia mayor le da la oportunidad en el futuro.

Sin mencionar que no está exactamente en posición de rechazar una tregua con nosotros. Estaría muerto en un segundo si amenazara a alguien en esta habitación.

—¿Qué información? —pregunta Tommy, a quien tampoco le importan nada las disculpas del hombre.

—Hay alguien más de quien tenéis que preocuparos —nos dice Edwardo—. Aunque yo estoy dispuesto a llegar a una tregua con vosotros, los Bianchi no.

—¿Los Bianchi? —pregunto.

—El tirador no era uno de mis hombres. Puede que los contratara a ambos, pero él era de la familia Bianchi. Estaban más interesados en causar problemas que en proteger su propio pellejo —explica—. Pensé que trabajar con ellos me daría ventaja, pero… por supuesto me equivoqué y no tengo interés en ir contra vosotros ahora. —Se ríe débilmente.

—¿Qué quieren de nosotros? —inquiere Tiberi.

—Quieren derrocaros, igual que quería Eivor. Pero ellos no están dispuestos a hacer un trato —dice Edwardo—. Os han estado vigilando mucho más de cerca que mi familia.

Tommaso gruñe. —Tenemos que poner esto bajo control ahora antes de que tengamos una guerra total —insiste—. Tengo algunos contactos en el submundo que pueden darme información sobre los Bianchi.

Carmine asiente. —Sí, de acuerdo. Tenemos que averiguar hasta qué punto se han infiltrado, si es que lo han hecho. Algunos de

nuestros nuevos guardias podrían no estar completamente de nuestro lado. Pero no quiero que te involucres ahora mismo, Tommy.

Tommy casi tartamudea. —¿Qué?

—Entrarías demasiado en caliente, necesitamos a alguien que pueda mantener la cabeza fría —insiste Carmine.

—Esto es una mierda —Tommaso señala con el dedo—. No hay nadie aquí que pueda hacer el trabajo mejor que yo.

—Puede que sea así, pero te necesito aquí manteniendo la cabeza sobre los hombros y no dejando que la familia Bianchi te vuele por los aires antes de que sepamos qué es lo que traman realmente.

—Edwardo puede decirnos qué traman realmente —dice Tommy y rodea la mesa—. Si quiere vivir, joder. —Se lanza hacia el hombre mayor pero Carmine y Soren lo agarran por los hombros y lo detienen antes de que pueda placar al hombre por completo.

—¡Contrólate! —gruñe Carmine—. Por esto no vas a ir tú primero. Ni siquiera puedes aceptar mis órdenes, mucho menos se puede confiar en ti para estar en el campo ahora mismo.

—Que te den —escupe Tommy y retrocede varios pasos—. Lo que sea. Bien. Puedo obtener información sin pasar por tu precioso sistema.

—He dicho que no quiero que te involucres todavía —repite Carmine—. Te quedas aquí y te calmas, ¿entendido?

—Puede que tenga que quedarme aquí, pero no me voy a quedar aquí dentro con todos vosotros, cabrones —gruñe Tommy y sale de la habitación dando pisotones.

—Dios, es como un niño pequeño —mascullo entre dientes—. Pero no se equivoca. Él sería el mejor para el trabajo, aunque se arriesgara a perder la cabeza.

Carmine me ignora. Eso hace que apriete la mandíbula y decida no decir nada más; si quiere jugar a su manera, pues bien. Lo haremos.

—Ahora mismo, quiero a Damian y a otros tipos, Phillip y Margo, encargados de la información —explica—. No quiero discusiones. Media docena de personas se han marchado después de la noticia

de que yo me hacía cargo de los Fiorelli como líder, no necesito que nadie más se ponga terco o lo haga más difícil de lo que ya es.

Damian asiente. —Puede contar conmigo, solo dígame en qué dirección quiere que vaya.

—Bien. Quiero que compruebes su zona de negocios primero. —Carmine se ajusta la chaqueta del traje—. Tiberi y Cassian, quiero que busquéis toda la información de los Bianchi que tengamos en los archivos. Alessio, lo único que quiero que hagas ahora mismo es no interponerte en el camino de Damian. No me importa lo que tengáis entre manos; no dejéis que eso os impida a ninguno de los dos hacer vuestro trabajo.

Asiento rígidamente.

Nos despiden así de fácil, mientras Carmine y Soren se quedan en la sala de juntas hablando con Edwardo.

Sigo a Damian fuera de la habitación y por el pasillo.

—Tengo que hacer una llamada antes de irme —me dice.

Arqueo una ceja. —¿A tu prima? —le pregunto.

Él asiente. —Necesita saber qué está pasando, o al menos… que no estaré por allí pronto.

—Está bien. Estaré aquí. Más te vale despedirte antes de irte —le recuerdo.

Me sonríe con suficiencia. —Sabes, podría empezar a pensar que estás obsesionado conmigo.

Pongo los ojos en blanco. —Tal vez solo un poco, Sr. Rossi.

—Oh, bueno, Sr. Dresvanni, vuelvo enseguida. Lo juro. —Me guiña un ojo y luego desaparece en el salón. Puedo oír cuando finalmente se pone al teléfono. Solo el sonido de su voz.

Me apoyo en la pared cerca de la entrada y, lo admito, estoy intentando escuchar con atención. No porque no confíe en él, sino porque quiero saber más sobre él. Sobre su familia, sobre cómo interactúa con uno de los pocos miembros de su familia con los que habla.

—No, no voy a estar por allí en un tiempo —dice por teléfono. Hay una breve pausa—. No, es… bueno, no se trata de una mujer.

Sonrío para mis adentros con ironía mientras escucho.

—Se trata de un hombre. Un hombre y su familia.

Mis ojos se desvían de lado mientras Cassian pasa por mi lado.

—¿Dónde están Nikolas y Beau? —pregunta.

—Arriba, creo, instalándose —respondo.

Él asiente. —Voy a ver cómo están. Soy el más joven, aparte de ellos. Creo que será bueno que sepan que pueden hablar conmigo. Alguien por aquí tiene que estar dispuesto a hablar de sus sentimientos —murmura la última parte.

—Adelante —señalo hacia el final del pasillo y las escaleras.

Cassian desaparece escaleras arriba, y ladeo la cabeza, escuchando de nuevo.

—Estoy a salvo, lo prometo. Más a salvo de lo que he estado nunca en cualquier otro trabajo, al menos —le dice Damian a su prima—. Hay trabajo para mí aquí, y quiero estar aquí. Prometo que iré a visitarte en cuanto pueda.

Frunzo el ceño. Me pregunto qué se sentirá al no tener familia a la que recurrir sobre esta vida. Ser parte de todo esto pero no ser realmente parte de una familia. Hasta ahora, al menos.

Un segundo después, lo oigo despedirse. Me despego de la pared y entro en el cuarto de estar donde Damian se está metiendo el móvil en el bolsillo.

—Un hombre y su familia, ¿eh? —le pregunto en voz baja.

Me lanza una mirada de sospecha. —Estabas escuchando, ¿verdad?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —le pregunto—. Necesitaba saberlo.

—¿Si realmente estaba llamando a mi prima? —pregunta, como si no confiara en él.

Resoplo. —No, idiota —mascullo—. Si me mencionarías.

Parpadea. —Oh. Bueno, supongo que sí lo hice.

—Lo hiciste —digo mientras me acerco a él.

Damian se acerca a mí y se inclina hacia mí. —Supongo que tengo que irme ya. Trabajo que hacer. Hijos de puta a los que espiar.

—Hmm, qué pena. Iba a invitarte a subir a mi habitación —le tomo el pelo mientras paso mis dedos por la parte delantera de su camisa.

Puedo sentir su corazón latir más rápido en su pecho.

—Tal vez luego —responde Damian.

Chasqueo la lengua. —No hagas promesas a menos que puedas cumplirlas.

—Sr. Rossi, en marcha. Phillip y Margo están esperando —dice la voz de Carmine desde la puerta.

—Sí, señor —responde Damian.

Aunque está hablando con mi hermano, el sonido de esas palabras hace que me entre un hormigueo de la cabeza a los pies.

—Mmm, guarda un poco de eso para luego, ¿quieres? —le pregunto en un susurro.

Me sonríe con picardía a cambio. —Hecho.

Me inclino y presiono mis labios contra los suyos con firmeza. Él me devuelve el beso con ardor y me atrae solo un poco más hacia él. Sin embargo, solo dura un segundo antes de separarnos y le miro a los ojos.

—Vuelve sano y salvo —le ordeno.

Damian asiente. —Por ti, lo que sea.

Se aleja de mí y sale de la habitación. Así, sin más, veo al hombre que amo marcharse para luchar por mi familia. Nuestra familia.

Una familia que perdurará durante generaciones.

GRACIAS POR LEER

De verdad, gracias por quedaros en este mundo conmigo. Por aguantar la tensión, el peligro, las decisiones que toman estos personajes… y por sentir cada momento a su lado.

A estas alturas, ya habéis visto lo que cuesta la lealtad en Tessari.

Habéis visto lo que ocurre cuando el poder y el deseo colisionan.

¿Pero esta historia?

Está lejos de terminar.

Porque mientras algunos lazos se están formando… otros empiezan a resquebrajarse.

¿Y un hermano Dresvanni en particular?

Nunca se le ha dado bien seguir las reglas.

Nunca se le ha dado bien mantenerse alejado de los problemas.

Y mucho menos se le ha dado bien dar la espalda a algo peligroso.

Tommaso Dresvanni no entiende de control.

Él prefiere el caos.

¿Y el hombre que está a punto de conocer?

Podría ser lo único en este mundo capaz de arruinarlo por completo.

Si estáis listos para algo más oscuro, más afilado y un poco más peligroso…

Y si tenéis antojo de todavía más obsesión mafiosa oscura, poder y deseo retorcido, podéis sumergiros en mi serie **Gods of Montcove**

Gracias por estar aquí conmigo.

Con amor,

Holly